¿Por Qué Lloráis Lo Que No Muere? (Spanish Edition)

Laila del Monte

Laila del Monte
¿Por qué lloráis lo que no muere?
Animales...
su viaje hacia el otro Mundo
Isthar Luna-Sol

EDICIONES
Isthar Luna-Sol
«Libros con Estrella»

Laila del Monte

¿Por qué

lloráis

lo que no

muere?

Animales...

su viaje hacia el otro Mundo

Querido Lector si este libro le ha ayudado, dispone de más obras de esta autora y todo nuestro catálogo en:

Ediciones Isthar Luna-Sol

[w] www.istharlunasol.com

[c] info@istharlunasol.com

[t] +34 696 575 444

Titulo original: Les Anímaux... Leur chemín vers l'autre Monde

© Traducción: Jessica Zamora

Primera edición: mayo 2014

© Ediciones Vega

© Ediciones Isthar Luna-Sol 2014

Calle Arganda 29,

29 Madrid (ESPAÑA)

Deposito legal: TO 307-2014

ISBN: 978-84-943786-7-6

Impreso en España

Diseño cubierta y maquetación: oak.bonac@gmail.com Maquetación e-pub: Ulzama Digital

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, integra o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico, ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor.

A mis padres, Michèle y Aaron Sanford

«Existen más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que tu filosofía alcanza a imaginar».

William Shakespeare,

Hamlet, Acto I, escena 5.

«¿Por qué lloras por lo que no muere?»

Los Médicos del Cielo

Nota editorial

sobre esta obra

El contacto con el Alma de Animal que establece Laila del Monte cuando dejan este mundo, nos muestra la evidencia de una realidad que va más allá de muchas de las ideas establecidas sobre los animales.

El amor incondicional y la dedicación que los animales profesan a sus guardianes nos lleva delante de una pregunta fundamental: ¿Tienen conciencia los animales?

Dolor, culpabilidad, malestar por la perdida, autoreproches...

Muchas personas se ven invadidas de estos sentimientos ante la

incertidumbre que se produce cuando nuestro querido y amado animal abandona este mundo.

La Experiencia y Conocimiento mostrados en esta obra servirán para aliviar y llevar la luz del conocimiento a todos aquellos que de corazón anhelan saber más sobre los Animales y sobre Si Mismos.

ADVERTENCIA AL LECTOR

Desde mi más tierna infancia he tenido el honor y la suerte de poder vivir extraordinarias experiencias con el Más Allá.

Me gustaría servirme de mis escritos para compartir con vosotros algunas de estas maravillosas experiencias, que han sido y siguen siendo regalos del «otro Mundo».

Antes de nada, sin embargo, quisiera realizar algunas aclaraciones sobre los términos que empleo a lo largo del texto con el fin de que no tengáis problemas para comprender ciertos fragmentos del libro.

En primer lugar, en este libro utilizo el término «conexión» en lugar de

«comunicación con los animales» porque **el contacto con un animal después de su fallecimiento no está comprendido en la terminología de la comunicación con animales, se trata de una modalidad diferente.**

Las descripciones del Más Allá que realizo cuando establezco conexiones con animales fallecidos han sido traducidas al lenguaje humano para que podáis comprenderlas mejor y experimentar ciertas emociones. En interés del buen hacer literario y vuestra comprensión he escogido términos «humanos» para describir los colores, los olores y las sensaciones que percibo. **Estos términos no forman parte del lenguaje animal.**

A lo largo del libro utilizo con frecuencia la palabra «espíritu» (para traducir el término en inglés *spirit*, que empleo a menudo en mi vida), que también quiere decir «Alma». El uso que hago de este término está basado en mis propias experiencias con el otro Mundo, que han sido y siguen siendo para mí experiencias extraordinarias llenas de Luz.

Este término no se utiliza para designar a los espíritus del mundo llamado astral.

Como ya expliqué en mi primer libro, utilizo el término «guardián» en lugar de «amo» o «propietario» porque los animales son seres libres y

nunca nos pertenecen. Un ser vivo no puede ser jamás el propietario de otro ser vivo. Podemos ser propietarios de una casa o de un objeto material, pero no de un ser vivo y consciente. Los animales son, al igual que nosotros, seres libres. Sus espíritus deciden compartir sus vidas con nosotros y nosotros les ofrecemos seguridad, cobijo y alimentos, pero no somos sus amos.

Cuando utilizo la palabra «misión» no quiero decir que los animales tengan una misión que cumplir para nosotros: ese concepto es puramente humano. Los animales no saben lo que significa la palabra «misión» y no tienen ni idea de qué es una «misión»: si vienen es para vivir su vida de animales y compartirla con nosotros, para experimentar a través de sus sentidos todo lo que experimenta un animal en la tierra. Sin embargo, algunos acaban suponiendo para nosotros una gran ayuda y apoyo y desempeñando un importante papel en nuestra transformación. Por ello utilizo en ocasiones el término «misión», ya que me parece que sin la presencia de un animal concreto en sus vidas algunas personas no hubieran podido sobrevivir a ciertos desafíos o bien superarlos y dejarlos atrás.

Las referencias que hago a antiguas creencias (taoístas, hawaianas, hinduistas, amerindias, egipcias) no son más que pequeños fragmentos que menciono para que veáis que todas las creencias antiguas hablan de una conciencia que continúa después de la muerte. Es posible que estos fragmentos os hagan sentir curiosidad: los he escogido porque son parte de las creencias que he ido descubriendo a lo largo de los años, aquellas que me gustan y me dicen algo. Naturalmente, se trata de temas muy amplios y profundos que no es posible desarrollar o tratar de forma exhaustiva en este libro. Merecen una lectura y estudio en profundidad.

Cuando menciono a Great Spirit me refiero al que es, según mis convicciones personales, el «Creador de Todo lo que Existe». Si el término no os conviene durante la lectura podéis cambiarlo a vuestro gusto por «Creador», «Fuente», «Fuente de Amor» o «Amor Universal».

También podéis traducirlo por «Dios» si así encaja mejor con vuestra religión o vuestras creencias espirituales.

En las partes en las que hablo del Más Allá, el paraíso, el infierno o la reencarnación lo hago de acuerdo con mis propias creencias, basadas en las experiencias que he vivido. No obstante, no es mi intención contradecir las enseñanzas de ninguna religión. **Tomad tan solo lo que os guste y encaje con vuestra forma de pensar o de ser y descartad el resto.**

Cuando menciono a los «Médicos del Cielo» me refiero a unos espíritus sanadores venidos de lo invisible, de la luz más alta. Llevo ya muchos años tratando con ellos: decidieron hacerme el regalo de

convertirse en mis guías después de realizarme numerosas operaciones físicas (ver el primer libro, *Comunicarse con los Animales*).

Es para mí un gran honor.

Se trata de algo que forma parte de mis propias experiencias, de lo que he vivido: nadie puede asimilar como propias ni mis experiencias personales ni la relación que tengo con el otro Mundo.

Cuando hablo de «sanación a distancia», me refiero a una asistencia que puedo prestar gracias a los Médicos del Cielo; no tiene nada que ver con la comunicación con los animales ni con las conexiones con animales fallecidos. Se trata de algo totalmente distinto.

Esta asistencia no es una simple técnica de sanación; tampoco se trata de una capacidad pasajera ni de un «poder». No es algo que pueda transmitir o enseñar.

No soy más que un humilde instrumento, y serlo es un honor para mí.

Los Médicos del Cielo me ayudan a prestar asistencia a los animales a los que les queda poco tiempo de vida, para aliviar su sufrimiento y ayudarles en la transición. No se trata de una técnica. Cuando los animales ya han fallecido no necesitan ayuda para pasar al otro Lado, tienen sus propios espíritus para eso. Yo no les «ayudo a cruzar»: los animales llevan cruzando al otro Mundo desde tiempos inmemoriales, desde mucho antes de que hubiese humanos sobre la tierra, y pueden hacerlo perfectamente por sí solos, sin ayuda del ser humano. No necesitan en ningún caso que nadie les «ayude a cruzar»

Si al animal no se le practica la eutanasia, la decisión del momento de su partida deben tomarla el propio animal y el Creador: nosotros no podemos influir en esta decisión en modo alguno. Si el animal vive más tiempo es porque así lo ha decidido, porque la asistencia que yo le he prestado gracias a los Médicos del Cielo le ha dado la fuerza o energía que necesitaba para poder tomar la decisión. En los relatos de este libro en los que ocurren «intervenciones Divinas» yo no tengo control alguno sobre los acontecimientos: no soy más que un instrumento.

Los maravillosos relatos sobre animales fallecidos que contiene este libro son todos fruto de las conexiones que yo misma he tenido el

honor de establecer. Mi mayor deseo es compartirlos con los lectores; no para vulnerar la intimidad de la relación entre cada guardián y su animal, sino para mostraros a todos los que habéis querido y perdido a vuestros compañeros animales que siguen estando ahí, solo que al otro Lado. Así

Laila del Monte

podréis tomar conciencia de lo reales que son los mensajes que os transmiten, de que nunca os juzgan, y de que a menudo están ahí para ayudaros en vuestra vida y vuestra evolución.

Nada de lo que digo en este libro sobre los «espíritus» debe considerarse como la verdad absoluta: no es más que mi verdad, la de mi realidad, basada en lo que he vivido. Entiendo que aquello que es normal para mí pueda no serlo para vosotros. Lo que de verdad me importa es que entendáis que la conciencia sigue existiendo tras el fallecimiento y que el Amor que habéis encontrado gracias a vuestro querido animal está en todas partes, de manera grandiosa, luminosa e inimaginable.

PRÓLOGO

Apache era mi compañero, mi hermano, y mucho más: nuestros espíritus estaban unidos. Como mi apartamento era demasiado pequeño para los dos, él vivía con mi familia en las montañas, donde de todos modos era muy feliz.

Cada vez que iba para allá, Apache lo presentía. Unos veinte minutos antes de que llegase se ponía a llorar, a ladrar y a dar vueltas en todas direcciones, y al verlo mi familia sabía que yo estaba a punto de llegar.

Recuerdo que siempre sonreía al verme. ¡Sí, sonreía! Era capaz de expresar todas las emociones: no había más que mirarle el morro para saber si sentía tristeza, dolor, pena, júbilo o felicidad.

Resultaba evidente que experimentaba ciertas emociones al mismo tiempo que yo. Cuando nos reencontrábamos venía a mí antes casi de que me diese tiempo de salir del coche. Yo me arrodillaba frente a él, apoyábamos el uno la frente contra la del otro y nos quedábamos así

en silencio durante un buen rato. Pasábamos minutos enteros sin movernos, frente contra frente y los ojos cerrados. Nuestro vínculo era realmente fuerte.

De vez en cuando nos íbamos de excursión por el monte. A él le encantaba ir suelto, y si veíamos animales salvajes se iba con ellos y le perdía de vista durante bastante tiempo. Al rato volvía a mi lado con el porte orgulloso de quien es un poco libre, igual que ellos.

Apache era mestizo, medio pastor alemán de pelo largo y medio pastor belga groenendael.

Era magnífico; poderoso y fuerte, y también muy bueno.

Un día mi familia me llamó para decirme que, como todos los pastores alemanes, Apache tenía displasia. El tren posterior se le iba paralizando poco a poco, con lo que no podía levantarse con normalidad y había que ayudarle a salir y a hacer sus necesidades: ya no era el mismo de siempre.

Cuando fui a verle hizo grandes esfuerzos para venir a mi encuentro, pero no lo consiguió; se quedó tumbado al pie de las escaleras. Me impresionó mucho ver a Apache, tan bonito y orgulloso, así de afectado por aquella enfermedad.

Su estado empeoraba cada día.

Un día que estaba de acampada a 500 kilómetros de distancia, mis familiares me llamaron para decirme que Apache estaba sufriendo demasiado y que verlo así les resultaba insoportable: querían hacerle

partir al otro mundo. Yo me negué rotundamente porque no estaba de acuerdo con que dejase de estar en mi vida, ni tampoco preparado para ello. Además, me encontraba lejos y quería verle al menos una vez más.

Aquel fin de semana participé en un seminario de comunicación con los animales impartido precisamente por Laila Del Monte, a la que acababa de conocer. Me había llevado fotos de Apache, y Laila me ofreció amablemente realizar una comunicación con él. Acepté, aunque en cierto modo tenía miedo de lo que pudiera decirme.

Después de la comunicación, Laila me dijo que le daba la impresión de que Apache no quería marcharse todavía; le parecía que deseaba quedarse más tiempo, porque podía soportar el dolor y prefería partir plácidamente.

También me contó que quería verme, con lo que decidí que una vez terminase el seminario me pondría al volante para recorrer los 500

kilómetros que me separaban de Apache e ir a verle, probablemente por última vez.

Al día siguiente llamé a mis familiares para decirles lo que Laila me había comunicado… y lo que me dijeron por teléfono me produjo una enorme y dolorosa conmoción: habían hecho partir a Apache. Al verle tan mal, mis parientes habían tomado la decisión sin mi consentimiento. Igual que muchas personas cuando se enfrentan al sufrimiento de su animal, creían haber hecho bien al atajarlo, ya que era para ellos demasiado duro de contemplar. Lo que no sabían es que Apache no había querido marcharse tan pronto…

Me quedé hundido. Mi compañero se había marchado al otro Mundo sin que yo pudiera decirle adiós, sin que pudiera estrecharle contra mí, sin que pudiéramos apoyar la frente el uno contra la del otro por última vez.

Le guardaba rencor a mis familiares por lo que habían hecho, pero ellos, que habían visto sufrir a Apache y por tanto se habían enfrentado a su propio miedo al sufrimiento, creían haber tomado la mejor decisión posible.

Apesadumbrado, me esforcé por terminar el último día del seminario y llegada la tarde volví al campamento.

Caía la noche y el cielo estaba muy oscuro. Me fui a acostar sin comer nada y me metí en el saco de dormir pensando en mi amigo Apache; en aquel momento reinaba en la tienda un silencio absoluto, no se oía nada proveniente del exterior. Entonces, mientras pensaba en Apache con tristeza, me llevé una gran sorpresa: noté su olor. Sí, su olor: uno fuerte y agradable, que impregnó la tienda durante varios minutos. Me quedé ahí parado, mudo, sintiendo su presencia, y comprendí que su espíritu había venido a mí, sin duda para demostrarme que aún estaba allí y para hacer

desaparecer delicadamente la profunda tristeza que me embargaba en aquellos momentos.

Entonces, empecé a hablarle: le pedí perdón por no haber podido despedirme y le expliqué que me sentía mal por ello. Le dije que le quería y que iba a echarle mucho de menos, que su partida había dejado un gran vacío en mi vida. Luego, como aún notaba su olor, comprendí que siempre estaría ahí, que podía seguir presente aunque

ahora estuviera en el otro Mundo.

Su olor desapareció de repente. Había venido para hacerme comprender aquello y decirme adiós.

Hoy en día ya no siento tristeza cuando miro sus fotos, aunque todavía le echo mucho de menos. Sé que está conmigo y los dos estamos en paz.

Espero sinceramente que este libro, escrito con mucho cariño a partir de las experiencias vividas por una mujer de buen corazón, os haga comprender lo mismo a todos vosotros. Confío en que gracias a él os deis cuenta de que seguimos unidos a aquellos de nuestros animales que ya han partido al otro Mundo, de que no hay separación alguna entre ellos y nosotros, y de que siguen a nuestro alrededor y a nuestro lado aunque su envoltorio físico ya no esté.

De verdad espero que lo aquí escrito os permita comprender mejor el pasaje de los animales al Más Allá y tomar conciencia de esta verdad que da tanta paz.

Para Apache.

Gabriel Wolf

Agua oscura

«El agua es fluida, mansa y ágil, y sin embargo capaz de desgastar la

roca, que es rígida e incapaz de ceder. Por regla general, todo lo que es

fluido, manso y capaz de ceder puede superar a todo lo que es rígido y

duro. He aquí otra paradoja: lo manso es fuerte».

Lao-Tsé, filósofo chino, siglo VI a.C.

T**enía** catorce años y odiaba el agua…

Ixia murió en una cuadra durante la noche de un mes de verano, en una de las inundaciones que tuvieron lugar en el sur de Francia. De los cuarenta caballos que había en la cuadra, solamente sobrevivieron tres.

Cuando contacté con el espíritu de Ixia dos meses y medio más tarde se me apareció empapado, con los ojos desorbitados, agitado, nervioso y dando vueltas sin parar, como si estuviese buscando algo. Pude sentir su pánico, lo que me sorprendió, ya que estaba acostumbrada a ver a los animales fallecidos como seres luminosos o etéreos, algunos habiendo perdido incluso su forma animal.

Ixia, sin embargo, era muy tangible y real: pude notar el olor salvaje de su pelaje mojado y apreciar todos los detalles de su crin enredada, que flotaba en el agua.

«…El agua es oscura, está fría y se arremolina por todas partes. Intento mantener la cabeza fuera del agua, intento seguir las crines negras del caballo que tengo delante, me doy un golpe contra un trozo de madera,

oigo gritos pero no entiendo lo que quieren decir porque es como si estuviesen detrás de una capa de agua y el ruido es ensordecedor. Sé que hay figuras humanas arriba pero no puedo levantar la cabeza para mirarlas, el cielo es oscuro, estrepitoso, pero no tengo tiempo de pensar en ello. Trato de mantener la mirada fija en las crines negras del pequeño caballo de color beis que tengo delante y aunque el pánico me atenaza no puedo dejarme dominar por él, intento patalear pero el agua es demasiado fuerte: me arrastra rápido, muy rápido, doy vueltas en todas direcciones.

Me vienen a la cabeza imágenes fugaces de Carla pero no tengo tiempo de pensar: el agua me arrastra hasta un pasillo donde el ruido es atronador y veo olas sucias, objetos que flotan y a otros caballos, caballos blancos, pero no puedo entrar en contacto con ellos, siento su pánico. El agua me arrastra más lejos y ya no puedo respirar, la corriente es demasiado fuerte y el agua entra en mi interior, me

inunda, ya no veo nada, caigo en un agujero negro y húmedo sin fin…»

Por la noche, cuando por fin fue posible entrar en la cuadra, Carla fue a ver a Ixia. El caballo yacía, aún medio sumergido en el agua.

Pierre, otro jinete, le había dicho que había visto a Ixia en el último momento, nadando como los otros caballos. Pierre se había puesto en peligro: había pasado allí la noche para tratar de salvar a su propio caballo, un semental, y se había quedado con él hasta el último momento, pero no había conseguido rescatarlo. El raudal había arrastrado a todos los caballos hasta el pasillo de la nave.

Carla me dijo más tarde que había también en la cuadra dos o tres caballos blancos y un poni color crema con las crines negras.

Había empezado a llover mucho antes. Como Carla tenía que asistir a un evento fuera del pueblo, llamó a los propietarios de la cuadra, que le dijeron que todo iba bien. Más tarde la red telefónica dejó de funcionar y todos los accesos quedaron bloqueados, pero aún así Carla, desesperada y muy angustiada, se las arregló para volver al pueblo. La cuadra estaba sumergida, había que coger una barca. Un primo suyo que era bombero le contó que los caballos habían podido escapar, aunque sabía que estaban muertos. Nadie le dijo nada a Carla. Los periódicos publicaron más tarde una lista de supervivientes e Ixia no estaba en ella… y en la portada del periódico local apareció una fotografía de su cabeza bajo el agua.

En la cuadra, ante su cuerpo, Carla se había inclinado para susurrarle al oído que lo sentía, que le quería, que le querría siempre. Y después se había marchado, acongojada, con una tristeza demasiado grande para llevarla en el corazón, con una culpabilidad demasiado grande para soportarla en una vida.

Cuando vi el espíritu de Ixia, supe que no se había marchado. Podía sentir su angustia, su soledad, su pánico. Estaba cerca de la cuadra inundada. Carla, una joven guapa, inteligente y sensible, entendió bien las sensaciones que yo le traduje en palabras y me confirmó que Ixia siempre había sido propenso a la ansiedad y que entraba en estado de pánico con facilidad. Lo único que Carla quería era comprender lo incomprensible; se torturaba a sí misma, quería saber si Ixia había sido feliz y no conseguía dejar atrás lo que había pasado.

A mí me daba la impresión de que posiblemente Ixia todavía no hubiera vuelto a la luz.

«Estoy yendo en círculos. ¿Dónde están los demás, por qué es todo tan distinto? ¿Dónde está Carla?».

Ante la magnitud de la catástrofe y la pena de Carla, me sentía insignificante, como incapaz de tenderle la mano.

El dolor de la dulce Carla era el mío propio, no había diferencia alguna entre nosotras.

Es posible ahogarse de pena y seguir con vida…

Hay cinco ríos que separan el Hades* (el inframundo) del mundo de los vivos: el Aqueronte, por donde fluyen las aguas tenebrosas y pantanosas de la desgracia; el Cocito, el río helado y pálido de las lamentaciones; el Flegetonte, con sus raudales incendiados de llamas ardientes; el Lete, el río del aturdimiento y el olvido, y el Estigia, el río negro del odio. El dios griego Hermes, uno de los mensajeros de los dioses, recoge las almas fallecidas de los seres, las lleva a los Infiernos que hay en el Hades y las deja en la orilla del Estigia, que es a la vez río y frontera entre la vida y la muerte. Caronte, el barquero, recoge las almas y las conduce por las tenebrosas aguas en su barca silenciosa. Allí se encuentra también Cerbero*, el perro de tres cabezas y cola de serpiente del Hades, implacable y poderoso guardián de las puertas que llevan al mundo subterráneo. Cerbero permite que las almas entren al otro Mundo, pero no deja que ninguna salga de allí.

¿Se habría ahogado Ixia en las aguas oscuras que separan nuestro mundo del otro, o es que Cerbero no le había dejado entrar?

Decidí pedirle ayuda a mis «Médicos del Cielo»*. El Médico del Cielo me dijo: ***«Nosotros nos encargamos»***. Me dijo también que aunque podíamos pedirles ayuda, una cosa estaba clara: no nos corresponde a nosotros, a los humanos, ayudar a los animales en su pasaje hacia la otra orilla, ya que para eso tienen sus propios espíritus. Luego, después de su intervención y al volver a establecer una conexión con el espíritu de Ixia, noté como una separación y vi la figura borrosa de su gran cuerpo de

caballo flotando ligeramente ante mis ojos, como si la sombra de su ser físico pasase ante mí por última vez para mostrarme la sencillez de su nueva forma, etérea y luminosa.

Más tarde los Médicos del Cielo me anunciaron lo siguiente: ***«Ha***

trashumado». Había cruzado al otro lado, todo iba bien y ya no tenía de qué preocuparme.

Cerbero le había dejado pasar e Ixia se encontraba ahora en las grandes llanuras del Más Allá, libre para galopar cuanto quisiera. Su cuerpo ya no existía, pero siempre quedaría un bello hilo de oro: el delicado vínculo entre él y la dulce Carla, hecho del gran cariño que ella le tenía a su querido caballo.

Agua celeste

«Estáis completamente sumergidos en el agua y aún así pedís agua. Es

como si dijerais que alguien sumergido en agua tiene sed, que un pez

en el agua tiene sed o que la propia agua tiene sed. La Gracia siempre

está ahí».

Sri Ramana Maharshi

T**enía** diez años. Estaba en España con mi familia, en la isla de Formentera, y era un hermoso día soleado, propio del Mediterráneo.

Ese día habíamos ido a una playa distinta tras un largo viaje en coche.

Mis padres se habían alejado para tomar una bebida fría en la cafetería que había en lo alto de la colina, y mi hermano, Yasha (un amigo de la infancia) y yo nos habíamos quedado en la orilla del mar. El cometido de mi hermano gemelo era cuidarme: me protegía aunque tuviéramos la misma edad porque, como todo el mundo sabía, yo siempre estaba soñando despierta.

El mar, inmenso y de un color azul intenso, se confundía con el cielo, que hacía que la arena, blanca y suave, emitiese destellos de luz. Frente a nosotros se veían las costas de Marruecos, que parecían estar muy cerca.

Me aventuré en el agua, atraída por aquella extensión vasta, límpida y reflectante, sin darme cuenta de que me hundía poco a poco en ella. Mi hermano y Yasha estaban mirando a otra parte. Yo me encontraba cautivada por aquella inmensidad que parecía zafiro tornasolado, por el familiar olor fresco y salino del mar y por el profundo silencio del cielo.

Me sentía envuelta en un velo azul oscuro incandescente que me llevaba a otra dimensión, una en la que el tiempo y el espacio ya no existían.

Continué caminando por la arena suave y aterciopelada que había bajo mis pies, lejos ya de la costa, sorprendida de seguir haciendo pie y rodeada por un espacio infinito de color añil brillante. Mi hermano y nuestro amigo ya no eran más que puntitos en la distancia y percibía vagamente los pensamientos de mis padres, pero todo aquello me parecía ya muy lejano: me encontraba cautivada por la belleza deslumbrante del mar y del cielo. Me acordé de una historia que me había contado Manuela, la mujer payesa* en cuya casa nos alojábamos, sobre cómo Jesús había caminado sobre las aguas. Este océano era ahora el mar radiante de Galilea, e invitaba a que ocurriesen milagros. Pensé que poder caminar sobre el agua era muy raro: el sólido cajón de arena bajo mis pies me permitía llegar lejos, muy lejos en el espacio eterno del mar. De repente, el vacío. Dejé de hacer pie y me vi arrastrada hacia abajo en un tumulto de remolinos de agua oscura y espuma de sal. Me esforcé para no hundirme con el corazón atenazado por el miedo, pero todo era en vano, y al no poder ya respirar, empecé a tragar agua. La lucha por sobrevivir, el miedo, la fuerza de la corriente… no tenía suficientes fuerzas y me hundía, me hundía hacia el fondo, hacia el fondo del todo.

Y después sentí que aquello era el fin, que ya no valía la pena seguir luchando. ¿Así terminaba todo? Me estaba hundiendo hacia el fondo del agua color azul violáceo, seguía hundiéndome, y era muy consciente de todo, más consciente que nunca…

Durante mis viajes por las islas hawaianas me hablaron de la existencia de una isla sagrada e invisible al ojo humano que se encuentra en las costas más remotas del Pacífico: la isla del Espíritu, la tierra oculta de Kawaiola-kane, la isla paradisiaca de los dioses, de

orillas cautivadoras y espléndidas. Hay en esta isla una fuente cuya agua cristalina se derrama junto con los peces que contiene en un estanque resplandeciente. De este estanque radiante nacen tres corrientes de agua clara, una para Kane y otras dos para los dioses Ku y Lono. Kane es el guardián de la Fuente, y por tanto de nuestra vida humana. Cuando Kane viaja a través de las islas, golpea la tierra con su poderoso bastón para que el agua surja de ella. La fuente es de agua pura y cristalina. Si uno de los peces del estanque fuese arrojado a la tierra o al fuego, no moriría. Si a un hombre que ha muerto se le rocía con el agua de esta fuente, vuelve a la vida.

…Y abajo del todo, en el fondo del mar de mi isla, estaba aquella fuente, más pura y luminosa que el resplandor del cielo. Yo no sabía que hubiera luz al fondo del agua, que allí abajo fuera todo tan inmenso. ¿Y,

cómo es que podía respirar sin problemas? Era una manera gentil, dulce y fácil de partir. Aquella luz azul oscuro estaba viva y resultaba luminosa, acogedora y amable: avancé hacia ella…

Ascendí de repente con agua en los orificios nasales, respirando de forma entrecortada, sintiendo que se me desgarraban los pulmones. La sal y la luz cegadora del sol me hacían arder los ojos, que mantuve cerrados.

Noté que un rostro se inclinaba en mi dirección y alguien tiró de mí hacia arriba, hacia la orilla y la vida, la otra vida. ¿Se trataba del rostro del dios Kane? Abrí los ojos y el sol me cegó. Gotas de agua relucientes como el brillo de las estrellas me chorreaban por los párpados. Miré el mundo que había a mi alrededor.

Tenía diez años.

La muerte y el más allá

«…Porque el destino de los hijos de los hombres y el destino de los animales es el mismo: del mismo modo que uno muere, así lo hace el otro. Ambos respiran el mismo aliento y el hombre no es en modo alguno superior al animal: eso no es más que vanidad. Todo acaba en el mismo lugar: todo viene del polvo y se convierte en polvo. ¿Quién sabe si el aliento de los hijos de los hombres va hacia las alturas, y si el de los animales desciende a la tierra?»

Salomón, Eclesiastés 3,19-21

La primera vez que estuve en las islas hawaianas durante una gira fue como si una bocanada de alegría y fascinación me hinchiese el corazón. Me pareció que mi corazón reconocía las islas: todas las sensaciones me resultaban familiares y tenía la impresión de estar redescubriéndolo todo, como si hubiese salido de un mundo confuso e ilusorio para regresar por fin a la vida real. Percibía pequeñas presencias por todas partes, en todos los árboles tropicales, en las magníficas y fragantes flores, en la composición del aire, hasta en la mismísima arena, y el mismo aire parecía vibrar. Es el único lugar del mundo en el que he podido percibir de verdad la conciencia que habita en todas las cosas desde que terminó mi infancia. El aire, el sol, el mar, las flores y los pájaros parecían unirse en un alegre elogio a la

vida, a mi nueva vida.

Era mi paraíso en la tierra, el lugar donde mi espíritu podía liberarse de su prisión y revolotear libremente por las maravillas de las islas.

Las leyendas del Pacífico me transportan a un mundo sobrenatural en el que los dioses siempre están presentes y el hombre nunca está solo en sus aventuras, sino que siempre va acompañado de toda clase de espíritus.

La idea de la muerte me parece más aceptable cuando se explica con tintes fantásticos y espirituales y se menciona a los seres del otro Mundo.

La muerte sigue siendo para nosotros el gran Misterio. No se puede explicar. No comprendemos el sentido de la Vida, ni tampoco el de la Muerte.

Una leyenda que siempre me ha fascinado cuenta que un día un joven llamado Mauai decidió volver a casa de sus padres. Pasado un tiempo su padre le confesó que en el momento de su bautismo había omitido una parte de la oración habitual. Temía que por ello Mauai fuese asesinado por su antepasada Hine Nui Te Po, la diosa de la muerte. El joven descubrió de boca de su padre que la morada de esta diosa terrible se encontraba en el lugar donde aparecen los relámpagos, el punto en el que el horizonte se encuentra con el cielo. Sin el menor temor, afirmó que pensaba poder vencer a Hine Nui Te Po. Una vez su padre le hubo deseado buena suerte, Mauai se puso en camino acompañado por sus amigos de la infancia, los pájaros. Al llegar a los dominios de Hine Nui Te Po, Mauai le pidió a sus compañeros que guardasen silencio mientras se acercaba a la diosa. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de herir el cuerpo de Hine Nui Te Po, el pájaro Piwakawaka se echó a reír, lo que despertó a la diosa, que mató a Mauai en el acto. Así es como la muerte llegó al mundo. Se dice que ningún ser vivo moriría si Mauai hubiese podido acceder al cuerpo de la diosa Hine Nui Te Po.

Nada de lo que escribo en este libro sobre la muerte y el Más Allá lo afirmo como una verdad absoluta. Lo que expongo aquí son mis creencias personales, que se han ido formando poco a poco a partir de mis relaciones y experiencias con el otro Mundo. Escoged lo que os guste, lo que dé sustento a vuestro espíritu, lo que os inspire, y tirad el resto al fondo del mar…

Para las grandes preguntas de la humanidad (¿Quiénes somos? ¿De

dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Cuál es nuestro objetivo? ¿Hay vida después de la muerte?) hay numerosas respuestas posibles, pero ninguna certeza. Sin embargo, algunas personas han encontrado la certeza por sí mismas gracias a sus propias experiencias espirituales y místicas o a su confrontación con la muerte. A pesar de todo lo que se ha escrito sobre este tema, es muy difícil comprender la idea del Más Allá si no es gracias a alguna experiencia que se haya tenido al respecto. Todos tenemos nuestras propias percepciones y creencias que cambian según nuestra

religión, nuestro origen étnico y cultural y las creencias que nos hemos ido creando a lo largo de nuestra vida. Es posible compartir nuestra forma de ver la realidad con nuestros compañeros humanos, pero resulta muy difícil llegar a comprenderles del todo, saber realmente cómo percibe cada uno la realidad en esta tercera dimensión, porque cada percepción es única a cada individuo. Es por ello que no escribo este libro para demostrar que seguimos existiendo después de la muerte. La luz, la intensidad vibratoria de los colores, la energía distinta de cualquiera de las formas que se le conocen y el amor que he percibido son indescriptibles y están más allá de toda explicación. Además, como todo esto forma parte de mi realidad, de mis experiencias, no podría afirmar con seguridad que sea también real para vosotros. Mi realidad se ha ido formando a lo largo de los numerosos años que he pasado comunicándome con animales a los que les quedaba poco tiempo de vida, así como estableciendo conexiones con animales ya fallecidos. Hay historias similares sobre el Más Allá que han contado personas que han vivido *NDEs* (*Near Death Experiences*, experiencias cercanas a la muerte) u *OBEs* (*Out of Body Experiences*, experiencias extracorporales).

En cualquier caso, está claro que no se puede decir que lo vivido por estas personas permita describir el mundo del Más Allá, porque aunque en algún momento se las declarase clínicamente muertas, acabaron por volver a la vida. En el caso de los *NDEs* existe una frontera que las personas no pueden atravesar, ya que de lo contrario no podrían volver a su cuerpo, y en los relatos sobre *OBEs* estamos hablando de personas vivas que describen lo que experimentan al salir fuera de su cuerpo físico, en el mundo llamado astral.

¡Los animales nos hacen tan felices! Son un regalo del cielo. Por eso me gustaría limitarme simplemente a describiros lo que percibo como mi realidad gracias a las comunicaciones, las conexiones con el Más Allá, los sueños y las experiencias espirituales que he vivido en relación con los animales y su pasaje al otro Mundo.

La conciencia de los animales es infinita y eterna, y continúa viviendo

después de la muerte física: es solo que están al otro Lado.

Espero poder así consolaros un poco por la pérdida o las pérdidas que hayáis tenido, aliviar vuestra tristeza y ayudaros a entrever un poquito lo que hay para nuestros animales en el otro Mundo.

Espero poder ayudaros también a eliminar la ansiedad que acompaña a la idea de vuestro propio final para que podáis encontrar un poco de paz espiritual y disfrutar de vuestra vida de forma más plena. Es inevitable que un día perdamos al animal que tanto queremos, y que también nosotros abandonemos nuestro cuerpo. La hora de la partida podría llegar debido a una enfermedad o un accidente, o quizá al cabo de muchos años, o tal vez muy pronto, después de solo unos meses de vida. Lo que está claro es que llegará y que los seres queridos que queden atrás sufrirán por la pérdida. No me cabe duda de que querrán saber a cualquier precio cómo se siente el ser que se ha marchado: ¿está bien?, ¿dónde se encuentra?, ¿es feliz?, ¿ya no sufre?

En mi realidad las reuniones con los seres queridos, los animales sanos y felices y los espacios luminosos con colores intensos existen de verdad.

Las otras dimensiones, el Más Allá y los mundos intangibles no están

separados de nosotros, sino que forman parte integrante del universo en

el que vivimos, que está a nuestro alrededor y en nuestro interior.

La Partida es el viaje universal que todos hemos de realizar. Todas las

creencias espirituales de todas las épocas hablan de una transición y de una expansión de la conciencia más allá del cuerpo humano, y han descrito el viaje o la partida de un alma o espíritu hacia otro mundo. La descripción de este viaje y este otro mundo cambia según la creencia o religión, pero todas ellas dicen que la conciencia continúa existiendo después de la muerte del cuerpo físico. Aunque nos identifiquemos con nuestro cuerpo y nuestra personalidad, no estamos unidos al primero y no somos en realidad ni uno ni otro. Somos mucho más que eso. Pienso de hecho que durante el sueño abandonamos nuestro cuerpo para viajar y explorar: algunas creencias hasta hablan del sueño como si fuera una pequeña muerte del cuerpo. Considero que es posible explorar el mundo del Más Allá a través de los sueños u otros métodos.

En muchas tradiciones antiguas existían rituales de iniciación seguidos de largos periodos de aprendizaje en escuelas de misterios que estaban destinados a aprender a modificar la conciencia para poder viajar.

Aquello permitía a los iniciados la realización de varias formas de trabajo sobre sí mismos en las que se les mostraban las vías de la transformación con el fin de tener un acceso a lo que se les presentaría después del mundo terrenal. Evidentemente, estos relatos tienen distintos enfoques

según la cultura y la época, pero en el fondo muchos de ellos se parecen.

Evidentemente, estos relatos tienen distintos enfoques según la cultura y la época, pero en el fondo muchos de ellos se parecen.

Todos existimos en forma de espíritu, la contrapartida no física de

nuestro ser, que va más allá del cuerpo físico, y todos estamos

conectados a Great Spirit, Fuente de Todo lo que Existe. Cuando nos

marchamos a las grandes llanuras del Más Allá tenemos la posibilidad

de estudiar en profundidad quiénes somos realmente porque ya no estamos limitados por nuestro cuerpo físico, somos libres y nuestra conciencia puede desplazarse a su aire.

Algunos pueblos consideraban en el pasado y siguen considerando en el presente que entrar en contacto con los seres queridos fallecidos es algo natural. Podemos encontrar historias sobre ello en todas las creencias antiguas, y lo que es más, mucha gente dice haber vivido experiencias de este tipo tras la muerte de su animal. La mayoría lo experimenta en forma de sueños, visiones, o sensaciones: reciben mensajes o imágenes, por ejemplo, o bien perciben la presencia del ser querido junto a la cama o dentro de la casa, le oyen maullar o ladrar, lo sienten frotarse contra sus piernas o notan su olor.

Considero que hay que dejar a las almas de los difuntos en paz y no intentar establecer conexiones con ellos sin parar: la tristeza del guardián es para mí algo sagrado que se debe respetar. A veces basta con que un guardián dedique un pensamiento lleno de cariño a su animal para que se establezca un contacto mental entre los dos. Pienso que los animales fallecidos están ocupados explorando su universo interno y quizá también otras dimensiones, ya que Allí existen millares de realidades distintas.

Viajar a través de las capas de las realidades es parte integrante de la evolución de todo ser vivo. Sin embargo, también considero que cuando el guardián siente una gran angustia o tiene algún asunto sin resolver, algo que le esté causando una inmensa tristeza, puedo proponer el uso de la capacidad de ayudar que me ha sido concedida y prestar mi voz a los espíritus de los animales que han cruzado el gran Arcoíris. Gracias a esta capacidad puedo establecer un vínculo con los animales que están en el Más Allá: es un regalo por el que estoy muy agradecida. No se trata de comunicación con los animales; es una modalidad de contacto completamente distinta, en la que además yo no tomo decisión alguna: los

mensajes me llegan desde el otro Mundo, desde otras dimensiones, y tan solo si el animal y otros espíritus así lo desean. Solo así puedo recibir los mensajes que me transmiten los animales fallecidos para sus angustiados guardianes. Es para mí un gran honor, lo considero como un vínculo sagrado entre nosotros, y siento que la transmisión de estos mensajes a los guardianes es una gran responsabilidad.

Se trata de una labor muy delicada, porque he de transmitir el mensaje de la forma más completa posible, con una precisión infinita, y afrontar la inmensa tristeza del guardián que ha perdido a un ser querido. Mi corazón siempre debe estar abierto a ellos, porque todos, tanto los humanos como los animales, sentimos tristeza y experimentamos pérdidas en algún momento de nuestra vida. Es algo que nunca debemos olvidar cuando nos encontramos frente a otro ser.

Todos somos iguales. Todos nos hemos visto en una situación de

incomprensión, nos hemos preguntado «por qué». La muerte nos une a

pesar de nuestras diferencias.

Mi opinión es la siguiente: transmitir los mensajes del Más Allá no es un juego, no es algo que se pueda aprender a hacer, no es una misión ni tampoco un poder especial del tipo que sea. Se trata de un regalo, y estoy muy contenta de poder hacerlo: es un gran honor. Todas las descripciones que hago al conectarme con el espíritu del animal, siga este vivo o se encuentre en el Más Allá, no son más que el reflejo de las sensaciones que he tenido como Laila, como ser humano.

Lo traduzco a mis palabras de ser humano porque si lo transmitiera en lenguaje animal es posible que no lo comprendierais, y así puedo apelar a vuestra sensibilidad e intentar que experimentéis parte de estas sensaciones.

Por eso a lo largo del texto indicaré claramente cada vez: «Esto es lo que he sentido, traducido en mis propias palabras». Resulta obvio, por supuesto, que un perro, un gato o un caballo no va a describir sensaciones con palabras como «lapislázuli», «esmeralda», «zafiro», «aterciopelado»,

«Éter»,« mullido», «brazos de Morfeo», etc.

Los animales experimentan las sensaciones y emociones al instante:

ven los colores y notan los olores, pero no tienen un proceso mental

como el que tenemos los humanos para describirlos, ya sea a sí mismos

o a los demás. Ellos disfrutan con la percepción inmediata de las

sensaciones.

Cuando imparto seminarios de comunicación con los animales siempre insisto en este hecho para evitar fantasías e interpretaciones erróneas durante la comunicación.

Lo que quiero es que comprendáis que el espíritu de vuestro animal continúa viviendo y haceros entrever la grandeza de lo que hay Allí. En interés del buen hacer literario y para que podáis experimentarlo emocionalmente he tomado la decisión de traducir en palabras humanas lo que percibo.

A veces también se me concede la capacidad de poder ver espíritus de animales. Se me aparecen por su propia voluntad en distintas situaciones con un mensaje para su guardián: yo no soy más que un instrumento para transmitir estos mensajes. Puede ocurrir en cualquier parte: en una sala de seminario, en el restaurante de un avión… A menudo vienen a mí sin que esté particularmente preparada, pero es maravilloso ver el espíritu de un gato paseándose él solo por un avión, el de un perro acurrucado a los pies de una persona o el de un caballo en mitad de la sala durante un seminario. Cuando se me aparece el espíritu de un animal me pongo en actitud receptiva para poder captar el mensaje y poder transmitirlo correctamente después.

Me preguntaréis si estos mensajes son reales o una simple ilusión creada por mi propia imaginación. Evidentemente, no puedo afirmar categóricamente ni una cosa ni la otra, pero en mi interior sé muy bien cuál es la verdad. Gracias a las numerosas ocasiones en las que me ha sido concedido el regalo de poder establecer conexiones *from Spirit* (de un Espíritu a otro) con animales que están en el Más Allá he podido obtener pruebas que demuestran que de verdad accedo a la conciencia viva del animal fallecido: los mensajes que me transmiten los animales contienen detalles concretos que yo no tendría manera de

saber de otro modo y que el guardián confirma posteriormente.

Son mensajes que me hacen llegar por iniciativa propia y que siempre son inesperados. Hay veces incluso en las que el mensaje es de otro ser humano fallecido y el animal tan solo lo transmite.

En una ocasión, por ejemplo, estaba en una cuadra y de repente sentí fuertes escalofríos, una sensación extraña. Apareció en mi campo visual la figura de una mujer que parecía salida del éter*: era la madre del jinete con el que estaba hablando, que tenía un mensaje para él. Yo no le conocía y no sabía que su madre había muerto. Fue una experiencia muy clara e insistente aunque breve. Este tipo de mensajes, que tienen sentido para el familiar que queda en la tierra, me permite saber con seguridad que quien me lo transmitió fue el espíritu de una persona fallecida. El hecho de que se comunique conmigo aunque haya fallecido significa que su conciencia sigue viva. ¿Cómo podría si no hablarme y darme información que yo no podría saber de otro modo? No tengo ninguna duda al respecto, y esta certeza se la debo a las numerosas conexiones que he establecido con animales y con algunos humanos que están en el Más Allá. Estas conexiones y mis muchos años de práctica me han permitido también desarrollar la capacidad de discernir si lo que percibo es real o no.

Los animales se me aparecen prácticamente en todos los casos con la personalidad que tenían en su vida terrenal y un aspecto joven y saludable, resplandeciente de vitalidad y alegría de vivir. Es como si el cuerpo que se me presenta fuese una versión perfecta del que tenían en vida. Con esto no quiero decir que el animal conserve este cuerpo y personalidad: lo que pienso más bien es que se aparece de este modo para que yo y el guardián podamos reconocerle, sobre todo en los casos de apariciones por iniciativa propia. ¿Será que los animales conservan la identidad de su vida pasada durante un tiempo antes de marcharse a otro lugar o cambiar de cuerpo? Los animales siempre se me aparecen con cuerpos sanos y sin enfermedad alguna aunque hayan sufrido mucho en vida, pero yo estoy convencida de que en el Más Allá no tienen esa apariencia. A veces los percibo como una conciencia pura, un resplandor lleno de alegría con forma etérea. De todos modos la energía que emana de ellos, la esencia de su ser, lo que

yo llamo su firma o identidad, siempre es reconocible. Cuando digo firma me refiero a su esencia, al tipo de espíritu o energía propio y único de cada animal.

En el Más Allá todo ha sido creado a partir de una energía espiritual,

no física. Es un lugar o un estado compuesto de luz y de amor.

No me cabe duda de que la vida continúa después de la muerte física.

En mi interior lo sé con absoluta certeza. Para mí la muerte es un pasaje a la otra vida, y pienso que las otras vidas y lugares existen paralelamente a los que conocemos, quizá incluso simultáneamente. Las experiencias que he tenido me dicen que en el interior del Más Allá existen distintos niveles, pero esto no tiene relación alguna con el momento cronológico del fallecimiento del animal, que puede haber sido ayer o hace cinco años: nuestros conceptos de espacio y tiempo no son aplicables allí.

Está la primera capa o apariencia, donde yo establezco las conexiones.

Es la que más se parece a nuestro mundo físico, y allí los animales conservan las características que tenían en su vida pasada. A veces veo al animal con una personalidad más pronunciada dentro de un marco geográfico concreto, a menudo acompañado de otras personas que el animal o el guardián conocen. Hay a continuación otras capas, más intangibles y etéreas, en las que predominan los pensamientos. Si el animal se encuentra en una de estas capas es más difícil ubicarlo.

Generalmente veo allí magníficos y luminosos colores y huelo embriagadores perfumes. En este lugar o estado todo se transmite mediante formas cambiantes creadas por los pensamientos, nada tiene forma fija. Humanos y animales compartimos aquí el mismo idioma, ya no existe nada que nos separe. Incluso los pensamientos se pueden transmitir sin necesidad de palabras ni imágenes, mediante una transferencia directa de «conceptos/sensaciones». El mejor término que se me ocurre para describirlo sería «conocimiento interno instantáneo».

También es posible desplazarse de un sitio a otro tan solo con el pensamiento: allí es como moverse y cambiar de espacio. Existe por

último una capa aún más alejada en la que las formas se desdibujan y ya no existe la sensación de tener un envoltorio ni el concepto de sí mismo como individuo. El animal ya es conciencia pura en este punto. La luz es éxtasis.

Con todo esto no quiero decir que cada uno de los niveles suponga una mejora respecto al anterior, porque deben existir múltiples realidades; lo que pienso es que el espíritu del animal viaja a través de las sucesivas capas según su evolución. Insisto en que no he escrito este libro para demostrar la existencia de la vida después de la muerte ni para explicar qué es el Más Allá, porque lo que escribo está basado tan solo en mis propias experiencias. No quiero contradecir las enseñanzas de ninguna religión o creencia: es solo que he decidido transmitiros estos relatos, nada más.

Sabed que los animales no nos juzgan en modo alguno, que siempre

tienen mucho amor para nosotros, un amor que no se apaga jamás y no

se puede apagar, y que hay muchos seres de luz con forma animal cuya

compañía nos brinda la posibilidad de compartir, de ser solidarios, de

ser felices. No estamos solos.

4

Nuestro espíritu

«El nacimiento no es el principio y la muerte no es el final. Lo que

hay es la existencia, que no tiene límites. Lo que hay es la continuidad,

que no tiene punto de partida. La existencia que no tiene límites es el

espacio, la continuidad sin punto de partida en el tiempo».

Chuang Tzu, *Zhuangzi,* 350-301 a.C.

S**and**, una perrita color arena, está agonizando: se le ha manifestado súbitamente un cáncer pulmonar. Este jueves ya no puede ni levantar la cabeza, de modo que Beverley, su guardiana, tiene que darle de beber con una jeringa. Beverley es médico y no está a favor de la eutanasia, pero tampoco del sufrimiento: es una mujer excepcional, muy inteligente y capaz de sentir empatía. Al ver que Sand se asfixia y no puede hacer nada por ayudarla, piensa que ha llegado la hora de tomar una decisión. Beverley llama por teléfono a Scott, su marido, del que se separó y que ya no vive con ella, para que pueda decirle adiós a su perra.

Scott se marchó un día tras treinta y cinco años de matrimonio, sin más, sin dar explicaciones. Sand adora a Scott: es a él a quien considera su guardián y amigo. Cuando se marchó tres años atrás se pasó más de tres semanas guardando la entrada, esperándole sin moverse delante de la puerta de vidrio. Sin embargo y a pesar de todo, Sand se negó a abandonar a Beverley cuando Scott quiso llevársela consigo.

Scott no volvió a ocuparse de ella desde entonces y no regresó hasta ese día en que la perra tenía ya los pulmones llenos de metástasis de un

tumor maligno. Beverley y Scott toman la decisión de llevar a Sand al veterinario para que le ponga la inyección final. Beverley, mientras espera a que llegue Scott, le inyecta a Sand una dosis triple de valium para que se duerma rápidamente en casa. Sin embargo, en su interior sabe que algo no va bien. Sand no está preparada, se resiste; normalmente una dosis así provoca el coma profundo en menos de diez minutos, y sin embargo media hora más tarde la perra sigue consciente, mirando a su guardiana con ojos suplicantes.

Beverley me había conocido unas semanas antes en una conferencia.

Me llama por teléfono y como por milagro estoy al otro lado de la

línea y puedo contestar inmediatamente. Beverley me lo explica todo: quiere saber por qué no se duerme la perra y qué significa esa mirada suplicante.

Al comunicarme con el espíritu de Sand puedo percibir sus pensamientos y emociones a pesar del efecto somnífero del valium: Sand sabe que va a partir, es consciente del mal que la consume, pero no está preparada aún.

Quiere un poco más de tiempo, solo un poco más, lo justo para despedirse antes de que la cosa que hay en su cuerpo se la lleve. Beverley comprende lo que le traduzco a lenguaje humano, y el espíritu cartesiano que desarrolló durante sus estudios de medicina ya no se enfrenta a los deseos de su corazón. Sand y ella están ahora unidas, y quiere que el deseo de la perra se cumpla. Y yo, aunque no conozco a Beverley, también estoy unida a ella ahora a través de Sand.

Sin embargo, en ese momento llega su marido Scott para despedirse de Sand. No quiere saber nada de lo que le dice Beverley, se niega a escuchar sus palabras: años de peleas y rencor se interponen entre ellos como un muro infranqueable. Scott insiste en llevarse a Sand en coche al veterinario cuanto antes y le prohíbe a Beverley que vaya con ellos.

Beverley llora: llora por Sand, por los años que han pasado, por la hostilidad que reina entre ella y Scott.

Beverley vuelve a llamarme para pedirme que hable con Scott, pero él se niega porque no cree en estas cosas. Piensa que su perra debe partir, y por eso quiere llevarla al veterinario lo antes posible, para que no siga sufriendo.

Vuelvo a conectarme con Sand: se siente impotente ante la situación y aturdida por el efecto del valium. Agotada, se esfuerza por levantar la cabeza, que descansa entre las manos de su querido Scott. «Voy a intentar una cosa», le digo a Beverley. No sé hasta qué punto tengo derecho a intervenir en la vida de los animales y por extensión en la de los humanos, pero como Sand quiere quedarse más tiempo, cumplo mi promesa de respetar sus peticiones y remito la responsabilidad a «Más

Arriba». Con la ayuda de mis Médicos del Cielo, le realizo a Sand una

«sanación a distancia». En esta historia que estamos viviendo todos juntos en este momento, la decisión del pasaje de la vida a la muerte no la tomo ni yo, ni los guardianes, ni los veterinarios: esa decisión

queda entre el alma de Sand y el Creador. Es posible que este pasaje suponga la curación definitiva, que partir hacia la luz signifique la recuperación total: volver a estar completo, a ser Uno con el Gran Todo, dejar de estar fragmentado y de ser víctima de una ilusión, del velo de Maya*, el de la separación.

Al realizar esta sanación a distancia estoy intentando ayudar al menos, por el bien de todos nosotros: por Sand, que quiere quedarse un poco más; por Beverley, que derrama lágrimas de impotencia por teléfono; por Scott, que me da tanta pena, porque no comprende lo que Sand ha venido a mostrarle; por todos los animales que he perdido y tanto he querido; por mí y «mi corazoncito», como me dicen los Médicos del Cielo; porque en ese instante todos, Sand, Beverley, Scott y yo, somos un mismo corazón.

No tengo mucho tiempo: Scott se dispone a llevarla al veterinario. Pienso:

«Bueno, si al menos consigo que se sienta mejor…». Unos diez minutos más tarde, cuando Scott está a punto de meter Sand en el coche, la perra se levanta, camina, se dirige a las croquetas, ¡come! Scott no entiende nada, se queda atónito. Ya no se atreve a llevarla al veterinario, piensa que quizá sea demasiado pronto. ¿Y si esto demuestra que Sand no quiere que le pongan la inyección aún? Beverley y Scott deciden esperar y que Sand pase la noche en casa de Beverley. Por mi parte continúo realizándole a la perra sanaciones de urgencia.

Al día siguiente Sand sigue en pie, está incluso en buena forma. Me comunica que quiere quedarse aún un poco más para poder decirle adiós a Scott y pasar sus últimos momentos con él. Scott sigue sin creerse que sea posible hablar telepáticamente con un animal, y menos a distancia, pero aún así se la lleva a su casa.

A pesar de lo avanzado de su enfermedad, Sand se pasó cuatro días corriendo, jugando, comiendo, subiendo a la montaña con Scott, y disfrutando de la vida como si el cáncer no existiera, como si no tuviese ningún poder sobre el cariño que ambos se profesaban.

La cuarta tarde orinó un poco de sangre.

El miércoles por la mañana Beverley recibió un SMS de Scott: «Sand acaba de dormirse plácidamente en mis brazos».

Más tarde, Beverley me dijo: «Sand ha podido disfrutar de sus cuatro días de felicidad».

Al alzarse hacia los cielos, el espíritu de Sand se llevó la tensión y los conflictos que había entre Scott y Beverley, que me dijo que a pesar de todo siempre querría a su marido.

No hace falta esperar a la muerte para perdonar, para amar. Cada

instante que pasamos aquí en la tierra tiene un valor inmenso. En el

momento de la muerte, todo aquello a lo que estábamos apegados, todo

lo que nos parecía importante, desaparece. Lo único que queda

realmente es el Amor, lo demás no es más que Maya, una ilusión.

Tuve la inmensa suerte de crecer en el seno de una familia maravillosa, cariñosa e intelectual, con unos padres que me apoyaron y comprendieron a pesar de ser diferente. Me crié en un ámbito científico y literario, rodeada de muchas ideas, historia y filosofía. Mi familia me enseñó a pensar por mí misma. Mis padres, que eran personas íntegras, no juzgaban jamás a los demás. Era esta una cualidad que tenían por naturaleza, sin la noción de castigo propia de las religiones: era su forma de ser, que habían desarrollado gracias a su filosofía de vida. Yo tenía vía libre para creer en lo que quisiera, ya que mis padres consideraban que las religiones dogmáticas eran causa de guerras y de las masacres de muchos pueblos. Pensaban que el hombre tiene la capacidad innata de ser bueno y honesto, y que la mayor parte de los errores cometidos en la historia se deben a la ignorancia.

Cuando hablaba con ellos y les hacía preguntas sobre lo que hay después de la muerte me dejaban pensar lo que quisiera al respecto, pero si insistía me respondían que después no había nada más. Yo decía:

«¿Cómo que nada más? ¡Es imposible que no haya nada! ¿Qué es la nada? ¿Cómo es?» Ellos me explicaban que el cuerpo se quedaba en la tierra, y yo preguntaba: «Pero la otra parte, ¿dónde va?». Ellos respondían: «¿Qué otra parte? Después no hay nada más». Me

explicaban las creencias de las distintas religiones, como los conceptos de paraíso e infierno, pero a mí no me parecía que todo aquello tuviese mucho sentido…

Tenía derecho a creer lo que quisiera, a encontrar el sentido que quisiera. En España, en la isla de Formentera en la que me crié, Manuela, una mujer payesa que era de allí y cuidaba de nosotros, describía el infierno de forma muy precisa y gráfica. Yo no entendía por qué había tanto fuego y cómo era posible que aquello fuese para siempre. A menudo

miraba el tríptico que había en una de las paredes de la casa de mis padres, *El jardín de las delicias* de El Bosco*: *Infierno, Paraíso y Limbo*.

¡Nada más! Mis padres me dijeron que algunas creencias consideraban que el Limbo no era lo mismo que la Nada. Nada de todo aquello tenía sentido para mí. Me pasé toda la infancia debatiéndome con el concepto de la Nada. Pensar en este «Nada Más» me llenaba de angustia: Nada Más, el sitio donde ya no existían ni mi ser ni el espíritu, aunque yo distinguía muy bien la diferencia que había entre mi cuerpo, mis pensamientos y la otra parte, aquella que de niña llamaba «yo, que vive y va por doquier».

Un día estaba pensando en la Nada mientras miraba por la ventana del apartamento de París en el que vivíamos. El cielo era gris y triste. Me entró una gran angustia al pensar que el «yo, que vive y va por doquier»

iba a dejar de existir. No podía dejar de darle vueltas a la idea de un gran Vacío oscuro que devoraba al «yo, que vive y va por doquier», ¡pero era imposible que ese vacío fuese real, que existiese! Y de repente, fue como si un inmenso relámpago de comprensión iluminase mi interior: el «yo, que vive y va por doquier» continuaría existiendo siempre, mucho después de que mi cuerpo dejase de hacerlo; trascendería las ciudades y los tejados grises de París, las copas de los pinos de mi isla, a mis padres, a mi hermano, a mi colegio y a mis pensamientos de pequeña Laila.

El «yo, que vive y va por doquier» se funde con todo, forma parte de

todo, existe siempre, viene y va. El vacío no existe: todo el espacio está

ocupado, el vacío en realidad no es más que luz.

Me embargó una inmensa sensación de paz y felicidad. Iba a existir para siempre.

Tenía unos nueve años.

Desde entonces siempre he sabido que la muerte no existe.

Todo el mundo tiene un «yo, que vive y va por doquier», y los animales igual. Además, todos nosotros podemos volver a la tierra cuando queramos.

Pienso que todos, tanto humanos como animales, formamos parte de una esencia espiritual, que es nuestro estado natural. El «yo, que vive y va por doquier» es nuestro espíritu, que utiliza un cuerpo físico como vehículo para la conciencia. Este cuerpo físico no es el espíritu, no es más que un envoltorio móvil que sirve para explorar el mundo físico.

Los hawaianos creen que el espíritu (*uhane*) vive independientemente del cuerpo (*kino*). Sin la fuerza del espíritu, el cuerpo se queda inerte.

Solo los *Kahunas** pueden ver los espíritus de los fallecidos y traerlos de vuelta a la vida. Cuando un *Kahuna* devuelve un cuerpo a la vida ve el alma volando alrededor del cuerpo y sobre la tierra y el mar.

Una vez que el cuerpo ya no nos es útil, nuestro espíritu abandona su

envoltorio terrestre y sale volando como un pájaro hacia otras

dimensiones.

El* Kahuna *ve el espíritu volando, lo atrapa y lo pone en su

cantimplora. El pájaro queda entonces prisionero, ya no es libre. Eso es

lo que llamamos estar vivo.

Cuando un animal parte

«Vine al mundo con las manos vacías y me voy con los pies desnudos.

Vengo, me voy. Dos acontecimientos simples que se han enredado».

Kozan Ichikyo*, poema de despedida.

E**n** casa de los padres de Heather, de siete años, había una cabrita, **Freesia**. Un día, Freesia tuvo un cabritillo completamente negro: el pequeño y adorable **Night**. Heather le quería mucho; se hicieron amigos enseguida, y Heather iba a verlo todos los días para pasarse horas jugando con él en el cercado. A Night le gustaba empujar la cabeza contra la mano de la niña y juntos hacían como que peleaban para ver cuál de ellos era capaz de empujar más fuerte al otro. Al principio Heather ganaba siempre, pero a medida que crecía, Night se fue haciendo más fuerte poco a poco. Empezaron a salirle unos cuernecitos diminutos y suaves en la cabeza. Cada vez le gustaba más jugar con Heather frente contra frente.

Un día, la madre de la guapa chiquilla entró en su habitación para decirle que no podían seguir teniendo en casa al cabritillo negro porque era un macho, y los machos huelen mal y son difíciles de contener.

Heather no quiso ni oír hablar del tema: ella quería a su cabritillo

negro,

¡aunque fuera a hacerse grande y a oler mal!

La madre insistía cada día y le repetía que no iban a quedárselo y que estaban pensando en sacrificarlo. Heather no quería que aquello ocurriese y se oponía rotundamente. Pasaron varias semanas y Night, el cabritillo negro, seguía creciendo…

Una mañana, queriendo jugar con su guardiana, Night le hizo daño al empujar fuerte con su cabeza coronada de cuernecitos incipientes.

Heather tuvo miedo, porque se dio cuenta de que su amigo era ahora más fuerte que ella y de que podía hacerle daño sin querer.

Cuando su madre volvió a verla ese mismo día para repetirle que había que sacrificar al cabritillo, la chiquilla estuvo de acuerdo. Dijo: «Vale, pero quiero despedirme de él y estar allí cuando papá lo mate».

Así, al día siguiente, Heather fue a ver a su cabritillo Night, le acarició durante largo rato, le pidió perdón, le dijo adiós y le explicó que iba a ir al paraíso de los cabritillos.

Heather lloraba entonces y aún llora hoy en día.

Fue muy doloroso, pero había tomado una decisión y sin duda sabía también que de todas formas sus padres habrían terminado por sacrificar a Night sin avisarla.

Heather quería estar con su cabritillo hasta el final, no quería abandonarlo. Por ello, se quedó allí sin decir palabra, viendo cómo su padre degollaba a su amigo Night. Heather lloraba silenciosamente mientras contemplaba sus pequeños estremecimientos, su sangre derramándose, su vida apagarse. Se quedó muda, horrorizada por la traición que había cometido contra su amigo, por haberle llevado a la muerte sin protegerle, sin protestar siquiera.

Heather no olvidará jamás aquel momento, y aún no se ha recuperado de aquello. Todavía derrama lágrimas cuando piensa: «Traicioné a mi amigo y le mandé a la muerte».

La pequeña Heather ha crecido y es ahora una bella mujer, un ser magnífico y compasivo. Es la guardiana de un gato adoptado llamado **Sunset**, que tiene parálisis del tren posterior, es incontinente y tiene que usar pañales. Ha sobrevivido a fracturas y múltiples enfermedades, y a pesar de todo sigue corriendo como un *kamikaze*

por toda la casa, arrastrando las dos patas traseras. Cada vez que vuelve a fracturarse un miembro, Heather piensa brevemente en la eutanasia. Todos a su alrededor se lo recomendaban, incluido el veterinario, que no estaba seguro de que fuese posible realizar una nueva operación. Pero Heather no cedía por respeto a la extraordinaria personalidad aventurera y valiente de Sunset. Se ocupaba de él las veinticuatro horas del día, sin un solo día de descanso, y no podía dejarlo nunca solo. Aunque estaba agotada, Heather admiraba a Sunset por su tenacidad, su dulzura, su cariño y sus increíbles ganas de vivir y sobre todo, no quería abandonarlo. Así las cosas, Heather me llamó para sanar a Sunset. Sentí gran admiración por Heather, por su gran corazón, su valor y su perseverancia contra viento y

marea. Ella no se daba cuenta de que poseía las mismas virtudes que su gato Sunset. Me dijo lo siguiente:

«Traicioné a mi amigo y le mandé a la muerte. Entonces… ¿cómo voy a traicionar a otro amigo? No puedo traicionar a Sunset… ¡no puedo!».

Heather no le ha traicionado, al contrario: es gracias al extraordinario cariño que siente por Sunset que él sigue ahí y está en forma a pesar de su incontinencia. Juega mucho y se pasa la mayor parte del día haciendo carreras con el otro gato de la casa.

Cuando un animal parte hacia las grandes llanuras del Más Allá, su guardián se encuentra con que tiene que afrontar la inconcebible inmensidad del vacío de su ausencia física. A veces llora la pérdida del pequeño ser más que la de un ser humano. De repente, ese cariño incondicional que se había convertido en algo tan familiar le es arrancado brutalmente.

Nunca

estamos

preparados

para

algo

así,

independientemente de si la causa es una larga enfermedad o una muerte repentina. ¿Cómo podríamos estar preparados para perder a un ser al que hemos querido tantísimo?

Los guardianes anhelan saber. Les gustaría que yo les tranquilizase, que les dijese que su animal sigue vivo, que está en la luz. A menudo me hacen preguntas como estas después de que su animal parta al otro mundo: «¿Ha sido feliz? ¿Me quiere? ¿Me guarda rencor? ¿Ha sufrido?

¿Está bien ahora? ¿Dónde está? ¿Está con otros animales, o bien con otras personas? ¿Tienen alma los animales? ¿Tienen destino? ¿Es posible que exista algo después de la muerte? ¿Volveré a ver algún día al animal que tanto he querido, podremos volver a vernos? ¿Existe la reencarnación?

Dímelo, dime algo que me tranquilice, dame una idea a la que aferrarme, algo que me permita no pensar que no hay nada más después, que no hay amor, tan solo el vacío. ¿Es posible que nuestros miedos sean reales?

Nosotros los humanos tratamos de encontrar información leyendo los libros de las autoridades religiosas y otros conceptos que encontramos aquí y allá, pero el miedo sigue ahí, carcomiendo las entrañas tras el telón del escenario de la vida todos los días, aunque el ser humano finja que todo va bien, que vive, que disfruta el presente. El miedo sobre lo que habrá después de la vida siempre está ahí. Un día le pregunté a los Médicos del Cielo qué pasaba después de la vida, les pedí información sobre el paraíso y el infierno.

Los Médicos del Cielo dicen: «No hay paraíso o infierno. El infierno es

aquí».

En muchas creencias antiguas se puede encontrar el concepto de la continuidad del espíritu, de la inmortalidad. Quizá estas creencias existan simplemente para darnos esperanza y ayudarnos a vivir, o quizá contengan la verdad… por ejemplo, el taoísmo* nos presenta la creencia de la supervivencia del espíritu después de la muerte. Los taoístas creen que el nacimiento no es el principio y que la muerte no es el final. En tiempos remotos, si un taoísta conseguía trascender el nacimiento y la muerte y alcanzar el Tao, se decía que había cortado el hilo de la vida. En el taoísmo, el alma o espíritu no mueren. El alma no renace, simplemente se dirige a otra vida. Este proceso, la versión taoísta de la reencarnación, se repite hasta que se alcanza el Tao. El mayor objetivo de la mayoría de los taoístas es conseguir la inmortalidad.

La vida, la muerte y el renacimiento conforman un ciclo continuo sin principio ni fin. El espíritu o alma es eterno(a).

Orpheus no tenía más que un año…

Era un pequeño labrador adorable de color negro, nacido en Canadá: un perrito que no hacía más que jugar. Se entretenía con una pelota todo el día y quería que los demás jugasen con él. El problema es que Orpheus tenía metástasis en los pulmones de un tumor extremadamente raro que se le había desarrollado a la altura de los nervios faciales y oculares. El veterinario no le había dado más de una semana de vida con un tratamiento de fuertes dosis de cortisona. Recomendaba la realización de una eutanasia rápida. Debbie, su guardiana, al igual que el perro anterior de su marido Peter, ya había sufrido anteriormente una parálisis facial. La pareja se preguntaba si esta enfermedad sería genética y cómo es que Orpheus seguía jugando con la pelota.

Cuando realicé la comunicación, el pequeño Orpheus me explicó que no podía quedarse mucho tiempo: de hecho, no podía quedarse ni un día más, porque pronto no sería capaz de respirar. Había venido por Debbie y por Peter. No estaba previsto que se quedase mucho tiempo: tal cosa no era parte del «Plan». Le habían enviado con aquella familia para que la enfermedad no les afectase a ellos. Su objetivo principal era mostrarles la felicidad. Su papel era mostrarles la importancia de jugar y ser alegre. Por

eso estaba siempre jugando con la pelota. Orpheus me explicó que su querido Peter, que era médico, había vivido una experiencia profundamente triste. Él había venido para llevarse esa tristeza y ese

pesar. No quería que llorasen por él. Estaba contento de haber podido venir a compartir su vida con ellos. Cada vez le costaba más respirar, y sentía fuertes dolores. Había venido a recordarle a su querido Peter que su alma y su cuerpo debían jugar hasta el último momento. Incluso cuando ya estaba débil sostenía la pelota entre los dientes y la lanzaba a los pies de Peter. Le daba las gracias a Debbie por todo lo que había hecho y podía irse en paz.

Durante nuestra conversación telefónica, Peter me dijo que efectivamente había perdido la alegría antes de que el pequeño Orpheus entrase en su vida. Su primo, con el que había tenido una relación muy cercana, como si fuese su hermano, había muerto en un accidente de coche a la edad de dieciocho años. Desde entonces, Peter había tenido un gran peso en el corazón. Sin embargo, con la llegada de Orpheus había vuelto a reír, estaba contento y jugaba con él a la pelota. El alma de Orpheus era alegre y luminosa. No tenía miedo de marcharse: estaba de acuerdo, de acuerdo con la inyección, de acuerdo con irse al día siguiente.

Orpheus me mostró que su espíritu no podía morir. Era grande, mucho más que el adorable cachorrito de labrador negro llamado Orpheus. Era eterno. ¿Vendría quizá de una de esas islas paradisiacas, las Islas de los Bienaventurados, donde viven los Eternos?

Estas islas, que de verdad existen, se encuentran frente la costa de Jiangsu, en el mar Oriental y ante la cordillera de Kunlun, al oeste de China. Una antigua historia china cuenta que las cinco islas vagan por los océanos sobre los lomos de grandes tortugas. En estas islas paradisiacas viven los Inmortales, que tienen cuerpos transparentes hechos de luz y evolucionan entre animales radiantes y etéreos. Allí crecen árboles que prolongan la existencia terrestre, plantas que devuelven la vida a los muertos y conceden la juventud, y también hongos de la inmortalidad.

Allí fluyen manantiales de agua de vida. Aquellos de los que habitan estas tierras, tanto humanos como animales, que han comido estos hongos o bien las frutas de Penglai* han recuperado la juventud y la vida. Han adquirido además el poder de flotar de isla en isla. Son Inmortales.

Entre muchas otras, hay una leyenda taoísta que siempre me ha fascinado: cuenta la historia de Wei Po-yang*. Ya de niño le interesaban las artes alquímicas relacionadas con la inmortalidad. A los dieciocho años se refugió en las montañas para crear la píldora de la inmortalidad.

Un día, Wei Po-yang convocó a sus estudiantes a la montaña y les dijo:

«Creo que he conseguido crear la píldora de la inmortalidad, pero antes de tomarla probémosla con mi perro».

Wei Po-yang abrió el caldero, cogió una de las píldoras y se la dio a su perro. Este se la tragó y unos minutos más tarde se desplomó en el suelo.

Había dejado de respirar. Wei Po-yang suspiró y dijo: «Es la voluntad del Cielo».

Al ver el cuerpo yaciente del perro, ninguno de los alumnos se ofreció voluntario para tomar la píldora. Así pues, Wei Po-yang dijo: «En ese caso, la probaré yo mismo». Tras tragar la píldora, también él cayó al suelo y su respiración se apagó.

Los dos alumnos más aventajados se dijeron el uno al otro: «Nuestro maestro yace muerto por culpa de esa píldora. Sería una estupidez por nuestra parte tomarla y morir también. Después de todo, lo que queremos es alcanzar la inmortalidad. Como no podemos hacernos inmortales, vayámonos a casa». Los dos estudiantes se marcharon de la montaña.

Otro de los estudiantes, sin embargo, se quedó allí. Se levantó y miró fijamente el caldero, diciéndose: «Mi maestro siempre ha sido un hombre prudente. Nunca se habría tomado una píldora que acabaría por matarle».

El estudiante recogió una píldora y se la tragó. A continuación se sentó en una roca y se puso a esperar. De repente, Wei Po-yang se levantó y le dio unos golpecitos al estudiante en la espalda, riendo. Unos instantes más tarde, también el perro volvió a levantarse y corrió hacia su amo. De pronto, Wei Po-yang se elevó suavemente hacia los cielos, flotando y riendo. Tras él volaban su estudiante y su perro. Me gusta imaginar que el pequeño labrador negro, Orpheus, flota riendo por los cielos que hay sobre las islas…

Trato con los Médicos del Cielo desde hace ya muchos años. Gracias a ellos he aprendido que no existe la muerte, que cuando llega el momento del Pasaje vamos a otro sitio para descansar un poco y que después continuamos viviendo en otras dimensiones. Los Médicos del Cielo nos llaman «las carnes», supongo que porque nosotros nos identificamos con nuestro cuerpo físico, nuestra envoltura carnal, que contiene nuestro espíritu. Hace años que vivo experiencias llenas de amor y luz, tan grandiosas que no tengo palabras para describirlas. En

esos momentos, la habitación en la que me encuentre se ilumina, siento la Presencia como si un gran aliento infinito me hinchiera por siempre y el corazón me estalla de amor. Nada puede describir la naturaleza, la intensidad y el efecto de esta Luz que es tan material y sin embargo intangible.

Es esta realidad la que he elegido vivir a diario.

La Vida sigue en otras dimensiones imperceptibles para nuestros ojos, el Amor es mucho más que la noción que nosotros tenemos de él: aquí no lo conocemos bien. El Amor es resplandeciente, siempre está presente y es eterno.

Las otras dimensiones

«No hay restricciones, no hay orígenes;

Nadie es esclavo; nadie aspira a algo distinto;

Nadie busca la liberación; ¡qué digo!

Nadie es libre: esa es la Verdad.

No hay más que un Yo real, tan solo Él,

que se refleja en los diversos seres;

Aparece como uno o como muchos,

como la Luna sobre las aguas relucientes».

Tripura-tapani upanishád, V. 13 y 15

E**xiste** un número infinito de realidades paralelas que coexisten con nosotros y están a nuestro alrededor allá dónde estemos. Estas otras dimensiones están hechas de energías, de frecuencias. Un ejemplo práctico es el de la radio: cuando la conectáis, recibís una frecuencia, pero hay muchas otras. Cada emisora de radio tiene su propia frecuencia, su propia energía, y por ello solo se puede escuchar una emisora a la vez.

Según el profesor Steven Weinber, premio Nobel de física en 1979, solamente somos capaces de percibir la frecuencia que corresponda a nuestra realidad física. Parece ser que en una sola habitación puede haber un número infinito de realidades paralelas coexistentes, aunque nosotros no lo notemos. Para mí, que puedo percibir las emanaciones de amor (evidentemente no materiales) provenientes de otras dimensiones, ver y sentir ante mí a los animales fallecidos como si aún estuviesen vivos y

recibir sus mensajes en cualquier momento, esto resulta evidente. No me cabe duda de que estas otras realidades de existencia están ahí.

Todos podéis percibir las otras dimensiones, es solo que no os dais

cuenta porque no estáis a la escucha. El bullicio que hay en vuestras

cabezas, el jaleo causado por las emociones cotidianas y vuestras dudas

y creencias son un obstáculo para ello.

Pienso que los gatos, los caballos y en ocasiones incluso los perros pueden sentir la presencia de espíritus. Su capacidad de percibir el otro mundo es mayor que la nuestra. No es raro que un gato se quede mirando durante horas una esquina en el techo. En una ocasión los Médicos del Cielo me dijeron que los perros de una vivienda en la que me hospedaba se habían puesto muy nerviosos y habían hecho mucho ruido al percibir a los espíritus. «¡Menudo escándalo!» me dijeron luego con humor los Médicos del Cielo. ¡Efectivamente, aquella noche los perros habían ladrado mucho! Cuando estoy en mi casa, y los Médicos del Cielo están allí, noto en los espíritus de mis animales que

son conscientes de su presencia. Hoy en día ya están acostumbrados y para ellos es algo normal.

Me gustaría explicar el contraste que existe desde mi punto de vista en lo que se refiere a los seres que habitan las otras dimensiones. Como ya he dicho anteriormente, me crié en un entorno intelectual y científico en el que no era ni siquiera concebible que los espíritus pudiesen existir.

¡Ese tipo de cosas no existían, sin más! Sin embargo, cuando viví mis primeras experiencias con el Más Allá fue como bañarme en un extraordinario Amor celeste. No conocía más que eso, y jamás puse en duda este Agua Viva de Amor. No sentía más que una gran gratitud por poder respirarla y beberla.

Cuál no sería mi sorpresa cuando a lo largo de mis viajes por el mundo me di cuenta de que la gente que iba conociendo creía todo tipo de cosas sobre entes, maldiciones y un supuesto Mal que esperaba pacientemente a los seres humanos en todos los rincones para encandilarles o engañarles.

Admito que una vez superada la incomprensión inicial me dio pena que la gente creyese este tipo de cosas; me daba la impresión de estar adentrándome en las tinieblas de una caricatura de la Edad Media, con sus miedos, sus supersticiones y su ignorancia. Si por ejemplo los animales de un mismo lugar se ponían enfermos y no se curaban, el guardián o la guardiana culpaba enseguida a un supuesto mal de ojo que le habría

echado cualquier vecino. Así ocurrió en una cuadra de Europa en la que había muchos caballos enfermos. La guardiana, una mujer culta y de alto estatus social, se gastó una fortuna pagando a todo tipo de chamanes para que purificasen el lugar y le quitasen la maldición. Esta mujer me suplicó que hiciese algo al respecto, pero yo le expliqué que aquel no era mi campo y que me parecía que se estaba dejando llevar por el miedo. Hasta le expliqué cuál el origen de sus miedos y su malestar: podría cambiar la situación si dirigía su espíritu hacia Great Spirit. Los caballos siguieron enfermos. La mujer, que seguía convencida de que había algún sortilegio maligno en juego, le echaba la culpa a varias personas de la vecindad que supuestamente le tenían envidia, y de este modo continuaba alimentando sus creencias y supersticiones en un círculo vicioso. Es mucho más fácil echarle la culpa a otro.

Hubo otra cuadra en la que los caballos tenían problemas respiratorios

sin resolver de causa desconocida, y allí también se le echó la culpa al mal de ojo. Unos años más tarde se descubrió que la causante había sido una bacteria presente en el suelo. Aunque claro, es cierto que las bacterias tienen conciencia, ¡a lo mejor cuentan como entes!

A veces basta con que un gato empiece a vomitar o deje de comer para que los guardianes empiecen a hacerme preguntas del tipo: «¿No será que mi gato está siendo víctima de alguna fuerza maligna, corpórea o incorpórea?».

Entiendo que enfrentarse a una enfermedad provoque ansiedad, ¡pero de ahí a involucrar a todas las personas con las que nos hemos cruzado y a todo el ámbito desconocido de los espíritus…!

Comprendo también que las personas de nuestro entorno no tienen por qué ser dechados de honestidad, integridad y compasión. Hay de todo.

Pero, ¿de verdad pensáis que todo aquel que os desee cualquier mal va a perder el tiempo en lanzaros conjuros, maldiciones y otros sortilegios o en invocar entes diversos para haceros daño a vosotros y a vuestros animales?

Me he dado cuenta de que la creencia en estas cosas hace que la gente se sienta débil e impotente, que caiga en un estado de temor permanente.

Este tipo de pensamientos les lleva a perder el control de sus vidas, a sentirse infelices, a creer que tienen «el gafe» o «el mal de ojo», como he oído decir a menudo. Llegan a pensar que ya no pueden hacer lo que quieran con sus vidas porque una «enorme fuerza omnipresente» les espía, les quiere mal o les pone la zancadilla.

¿Por qué no poner en duda las capacidades de la medicina moderna o el entorno externo? ¿Por qué no sospechar sencillamente del interior, de las

emociones generadas por los propios guardianes? No comprendo cómo es posible que en la época en la que estamos se siga pensando de esta manera. ¡Es increíble cómo puede llegar a superar el miedo a una persona que normalmente se comporta de forma sensata! He podido constatar que esta forma de pensar está presente en todos los países, en todos los medios sociales y en todo tipo de temas. Ahora me doy cuenta de que la educación que recibí de mi familia fue como un remanso de paz, como una edad de oro del espíritu en un mundo completamente irracional. He visto que incluso la gente culta que trabaja en profesiones liberales está bajo la influencia de esta forma de pensar.

Todos somos responsables de nuestra realidad; la creamos con nuestros

pensamientos.

Me parece que antes de echarle la culpa a otras personas sería conveniente que cada uno reflexionase sobre sus propios pensamientos y creencias y prestase atención a las palabras de los demás, teniendo en cuenta que posiblemente ellos también estén bajo la influencia del miedo y la superstición. Tener pequeños pensamientos negativos forma parte de la naturaleza del ser humano, pero me parece que sería buena idea aceptarlos como propios y responsabilizarse de ellos. Yo diría que lo que llamamos entes no son en realidad más que "*thought forms",* «formas del pensamiento» que creamos y alimentamos cuando acumulamos miedo, rabia o rencor. Cuanto más las alimentáis, más poderosas se vuelven, y no descartaría que al final incluso fuesen capaces de adquirir conciencia propia. Para eliminarlas lo primero es dejar de prestarles atención, de alimentarlas, y añadir una generosa dosis de amor y confianza a diario.

Después de todo, esos pensamientos son vuestros, ¡de nadie más!

En el otro mundo basta con los pensamientos para que todo se defina y

se haga real de forma instantánea. Aquí, en nuestra dimensión, lleva

un poco más de tiempo.

Encaucemos nuestro espíritu hacia los buenos pensamientos a partir de

ahora. Los Médicos del Cielo me dicen a menudo: «Si lo ves negro,

¡piensa en blanco!».

Más cosas que me gustaría preguntaros: ¿por qué tiene que ser malo todo lo que os rodea? ¿Por qué no pensáis mejor que todos estáis rodeados de guías, de seres maravillosos hechos de luz que están ahí para ayudaros, y que hay muchos de ellos para ayudarnos a todos nosotros? Si vivís una bella experiencia llena de luz, ¿por qué tenéis que pensar enseguida que no es real o que se trata de una tentación? Guardémonos para nosotros mismos estas hermosas experiencias, porque es posible que nuestro entorno no las comprenda. He observado que los dogmas de las distintas religiones incitan a la gente a creer que el «Mal» está siempre ahí, al acecho; esta forma de pensar me parece muy peligrosa, porque provoca todo tipo de cazas de brujas, acusaciones y restricciones a la libertad de pensamiento y acción de los seres humanos, como nos ha demostrado claramente la historia de nuestro planeta y el sufrimiento experimentado por numerosos pueblos e individuos. Pienso que la ignorancia, la de la raza humana, es el mayor peligro, el auténtico «Mal».

Como me he tenido que enfrentar a este tipo de creencias una y otra vez no me queda más remedio que admitir que se trata de una forma de pensar bastante habitual. Un día les pregunté por ello a los Médicos del Cielo. Me contestaron que efectivamente en la mayor parte de los casos se trata de una cuestión evidente de superstición e ignorancia, y que los humanos tenemos pensamientos negativos constantemente, como si nos resultase adictivo.

El espíritu se acostumbra a pensar en negativo y comienza a ver lo

negativo antes de lo bello.

No niego que ciertas personas sean capaces de percibir que están recibiendo energía negativa proveniente de alguna fuente concreta, pero no me cabe duda de que son sus miedos y emociones negativas los que permiten que les afecte. La ignorancia, algunos tipos de

educación, el miedo o la culpabilidad permiten que lo negativo entre en nuestras vidas: si somos felices y estamos en paz con nosotros mismos estos pensamientos negativos no podrán afectarnos. ¡No tienen ningún poder a menos que nosotros se lo concedamos!

Mis guías me explicaron que en el caso que mencioné antes de los caballos enfermos la bacteria habría podido estar presente en el suelo sin llegar a afectarles nunca, pero que quizá las emociones negativas, las creencias o los sentimientos de culpa de los guardianes hubieran hecho posible que les perjudicase. Me dijeron que en lugar de estar triste lo que podía hacer era explicarle estas cosas a la gente, mostrarles cómo alcanzar la felicidad interior. Admito que desde que comprendí todo esto me he vuelto más tolerante y he desarrollado en mayor medida mis sentidos de la compasión y la empatía.

Si mantenemos nuestro espíritu iluminado por la luz de los

pensamientos positivos y próximo a nuestro Creador, Great Spirit, si

nos ocupamos en todo momento de sentirnos felices en nuestro interior,

lo negativo dejará de tener poder sobre nuestra vida.

En este mundo hay muchos seres de luz que están ahí para ayudarnos y

apoyarnos.

Moshe, el abuelo materno ya fallecido de uno de mis mejores amigos y superviviente del Holocausto, me contó esta historia: a los diecinueve años vivía en Varsovia, en Polonia. A sus padres y a su hermana menor se los llevó la Gestapo, pero él consiguió escapar y estuvo a la fuga, intentando cruzar la frontera rusa. Era invierno y la temperatura era de menos cuarenta grados; estaba aterido y muerto de hambre y frío pero no le quedaba más remedio que seguir corriendo. Muy enfermo, hambriento y tan débil que ya no podía avanzar más, se hundió en la nieve. Se quedó dormido y soñó que su madre venía, le daba de comer todo lo que solía preparar para la comida del Sabbat y

le decía que iba a sobrevivir.

Cuando se despertó sentía el estómago lleno y hasta le dieron ganas de ir al baño. Su madre se le apareció y le alimentó dos veces más durante su fuga, lo que le dio fuerzas y le permitió cruzar la frontera de Mongolia.

Hacia el final de la guerra, que duró seis años, Moshe incluso había logrado hacerse soldado del ejército rojo. El día de la declaración del armisticio se encontraba en Berlín, donde renunció al uniforme y lo dejó todo para ponerse en camino a Varsovia y ver si encontraba supervivientes. Fue en esta ciudad donde conoció a la que más tarde sería su esposa y daría a luz a su hija en el campo de refugiados de Bergen-Belsen. Esta última actualmente vive en Israel y tiene hasta nietos propios. Moshe llegó a conocerles y pudo disfrutar de ellos antes de

morir. La historia de este hombre, que tanto me impresionó, es un testimonio vivo de que recibimos ayuda desde el Más Allá y de que los milagros existen.

Muchos pueblos antiguos creían que los espíritus invisibles están a nuestro alrededor. También están los de los humanos, que aún son capaces de ayudar a algunas personas aunque hayan fallecido.

El velo entre lo que percibimos y las otras dimensiones es muy fino.

Hace falta muy poco para que se abra ligeramente. En realidad no hay

separación alguna entre lo que percibimos como físico y material y las

otras dimensiones intangibles; eso es tan solo una impresión que tienen

nuestros sentidos. Nuestra conciencia y nuestro cuerpo físico pueden

percibir la fuerza radiante del Amor que viene del otro lado y verse

afectados por él.

La primera vez que sentí este Amor del que hablo estaba en Lourdes: había ido a visitarlo con mi amigo Christopher un día de verano en el que hacía un sol intenso. Cuando llegué, quedé muy decepcionada por lo comercial del lugar: hacía mucho calor, había mucho ruido, muchísima gente con cámaras… era muy distinto de la idea que yo me había hecho de Lourdes. ¿Dónde estaban las grutas de las que hablan los textos antiguos? Había creído que me sentiría como en el Himalaya, con sus cuevas en las que meditan los santos. Cuando llegué al lugar sagrado no vi más que un muro un poco hueco de piedra negra y húmeda. La gente hacía cola para pasar cerca de este muro sombrío. Yo no lo entendía:

¿tanta gente para ver unas cuantas piedras negras? Hice la cola de todos modos, desencantada por todo aquello. ¿De verdad era aquello Lourdes, el lugar donde ocurren milagros? ¡Yo no veía cómo podía haberlos! Tras una larga espera llegué por fin a la estatua de la Virgen, que estaba un poco más arriba. Hacía frío y un hilillo de agua corría entre las piedras oscuras y húmedas a mi contacto. Me di cuenta de que ya no tenía a nadie detrás. Tuve la impresión de que una leve bruma vaporosa se posaba sobre mí. De repente, un estallido de frescor cayó sobre mi rostro, proveniente de la fuente de agua brillante que había bajo la estatua de la Virgen; sentí el impacto de una fuerza tan intensa que caí hacia atrás, con el ardor de un amor incandescente estallando en mi corazón. Si no me caí al suelo fue solo porque Christopher me sostuvo. Sentía cómo una bondad infinita recorría lentamente mi interior; era etérea y vaporosa, más

untuosa que la miel, como una corriente de lágrimas translúcidas fluyendo en ondas cargadas de bienestar. Yo no era más que agua, intemporal, sin sustancia y tan incapaz de moverme como una estatua de sal. Me quedé un buen rato apoyada contra el muro, disfrutando de aquella sensación sublime de dulzura y compasión. Cuando pasado un cierto tiempo llegaron otras personas, Christopher me ayudó a sentarme en un banco cercano, donde me quedé aún durante un rato más, con el deleite del éxtasis desvaneciéndose poco a poco a medida que la luz del sol abrasador del mediodía se me clavaba en los ojos.

Mi vida ha cambiado desde entonces. «Ella» se me aparece de vez en cuando, por su propia voluntad y en cualquier momento. Cada vez que ocurre es como si un aroma de rosas perfumase mi corazón con su compasión.

Hay enormes e inconmensurables fuerzas de Amor infinito que están

ahí a nuestro alrededor, para nosotros. Conservadlas en vuestro espíritu

y podréis percibirlas incluso aunque no las veáis.

Un día fui a visitar el templo hindú que hay en la isla hawaiana de Kauai, la más antigua y sagrada del archipiélago de Hawái. Las leyendas dicen que para ir al otro Mundo los espíritus de los difuntos parten de la costa inaccesible de Na Pali, al noroeste. Este templo es una de las obras maestras creadas por el hombre más magníficas que he visto jamás: es inmaculado, parece una joya perfecta y resplandeciente bajo el sol de los trópicos, y se encuentra en un jardín que podríamos llamar de las delicias, un joyero magnífico lleno de armonía, colores y sensaciones. Resulta realmente paradisiaco. El templo lleva años en construcción y todavía no está terminado. Hay dragones esculpidos en el granito de todas las esquinas y el escultor ha tallado fina y minuciosamente una esfera de piedra en el interior de la boca de cada uno de ellos. Estas esferas no se pueden quitar, pero la gente puede hacerlas girar pasando la mano por encima. En las fachadas del templo se han esculpido grandes cadenas de enormes eslabones a las que se ha dado forma a partir de un bloque entero de granito. Cada uno de los eslabones se aprecia claramente. Ante el esplendor de esta magnífica obra, pregunté: «¿Y cómo ha hecho esto el escultor?». La respuesta del escultor, transmitida por un hawaiano, fue la siguiente: «Yo solo veo la cadena y quito lo que hay alrededor».

Las palabras del escultor en boca del hawaiano me impactaron como

un martillazo y resonaron con fuerza en mi corazón. Aquella era la respuesta. Así era como yo tenía que ver la vida.

¡Lo único que tenía que hacer era ver el resplandor de Great Spirit en

todo y quitar lo que hubiese alrededor!

Lo que hay alrededor son las dudas, las creencias, los miedos y la ceguera, que no permiten entrever el esplendor de la Creación ni percibir el Amor que siempre está ahí para todos.

¿Están preparados para partir?

«Cuando te des cuenta de dónde vienes te volverás tolerante, risueño, bondadoso como una abuela y majestuoso como un rey, y todo ello de forma natural. Profundamente maravillado, serás capaz de enfrentarte a todo lo que la vida te ponga por delante, y, cuando llegue la muerte, estarás preparado».

Lao-Tsé

L**a** verdad es que **Dawn** no quería marcharse…

Era una gran hembra de perro pastor de quince años, con el pelaje castaño y los ojos grandes y de color chocolate. Tenía la pelvis paralizada, de modo que se arrastraba por la casa con las dos patas delanteras. Reina, su guardiana, le había construido un carrito, pero como a Dawn no le gustaba tenía que levantarla con un arnés, lo que le resultaba cada vez más difícil. La perra ya no sabía contenerse y

hacía sus necesidades por toda la casa; tenía una diarrea crónica, así que Reina tenía que lavarlo todo varias veces al día. Además, se pasaba toda la noche ladrando. Pienso que había perdido parte de su claridad mental; como ya no podía desplazarse, ladrar era la única forma que le quedaba de expresarse. Reina ya no dormía por la noche, estaba agotada y casi sin fuerzas: se pasaba el día lavando la moqueta y las sábanas de la cama. Se planteó varias veces la posibilidad de la eutanasia, pero Dawn la miraba con sus grandes ojos castaños de mirada pícara y alerta y Reina no se sentía capaz: adoraba a su perra, le dedicaba todo su tiempo. Siempre que

me hacía preguntas sobre este tema yo le respondía que no me parecía que Dawn estuviese preparada para partir, y ella me decía a su vez que en su interior sabía que no lo estaba. Un día, como veía hasta qué punto se había deteriorado la salud física y mental de Reina debido al estrés, decidí no decirle nada más sobre el tema de Dawn. Le dije: «Escucha lo que te diga tu corazón». Reina tenía miedo de practicar la eutanasia demasiado pronto, de sentirse culpable después, pero ya no aguantaba más. Además, como no podía trabajar, tenía problemas económicos. Esperaba que Dawn partiese por sí sola una noche, pero la perra estaba bien. A pesar de su estado físico siempre tenía la mirada alerta, comía con apetito y ladraba con ganas: aunque no podía andar, no sufría. Los días y las noches pasaban, pero su estado seguía igual. Dawn se agarraba a la vida como a un clavo ardiendo: le parecía que todavía debía proteger a Reina y estar a su lado en aquellos momentos difíciles.

Un año más tarde, Reina, al límite de sus fuerzas y con los nervios de punta, decidió pedirle al veterinario que le practicase la eutanasia a la perra. Había esperado muchas señales, y como Dawn había vomitado varios días seguidos y su diarrea empeoraba pensó que había llegado el momento. Desperté sobresaltada cuando en mitad de la noche Dawn me transmitió el mensaje de que se iba a ver obligada a partir. En realidad era normal que se comunicase conmigo, ya que me conocía bien, pero aún así me sorprendió que lo hiciera a aquellas horas. La decisión de Reina no me cogió por sorpresa. Ella me pidió que estuviese a su lado cuando llegase el momento, y aunque yo sabía que en realidad Dawn no estaba preparada, Reina era mi amiga: la comprendía, y ya había dicho todo lo que podía decir. Todos somos iguales, después de todo, y yo ya había comprendido hacía mucho tiempo que no puedo influir a nadie con mis opiniones. Tan solo puedo transmitir los mensajes de los animales y nada más, porque mi función es exclusivamente la de mensajera. Lo único que me quedaba por hacer era prestarles mi apoyo lo mejor que pudiese, y por lo tanto, acudí. Llegó el veterinario, al que Dawn recibió con sus ladridos.

Coral, el gato blanco de la casa, vino a olisquearnos a todos y luego se marchó de la habitación. Había comprendido muy bien lo que estaba pasando, pero no quería estar presente: se negaba a despedirse de Dawn.

El otro gato, Plum, de color blanco y negro, se acercó a Dawn y restregó la cabeza contra ella en un gesto cariñoso: después, como para consolarme, vino a acomodarse entre mis brazos. Hacía años que yo conocía a aquella pequeña familia. Tenía la eterna duda: «¿Estoy haciendo bien o mal?».

El veterinario dejó a Reina a solas con Dawn un rato. Mi amiga estalló en sollozos contra el cuello de la perra, que parecía tranquila: finalmente lo había aceptado. Le expliqué lo que estaba pasando, pero ella ya lo había comprendido. Todos estábamos preparados, aunque éramos conscientes de que en realidad Dawn no quería marcharse aún. Partió fácilmente tras la inyección. Vi una hermosa forma radiante de color rosa pálido alzando el vuelo sobre mi cabeza: era el espíritu ingrávido de Dawn, que volaba sobre nosotros ahora que era libre de su pesado cuerpo.

Considero que conocer y escoger el momento más adecuado para la partida es de vital importancia: una hora o unos días más pueden marcar toda la diferencia. A veces los animales esperan a que una persona concreta esté preparada o a que vuelva un cierto miembro de la familia.

Tienen sus razones, y me parece que respetarlas es una gran muestra de respeto. Debéis fiaros de su corazón y tener cuidado con lo que os digan otras personas, como los comunicadores, los médiums, los amigos bienintencionados o la familia, porque pueden llevaros a error con lo que ellos han vivido, sus propias creencias o convicciones, sus emociones o su forma de actuar. Muchos comunicadores pueden equivocarse y verse influidos por sus propias proyecciones, miedos y creencias sobre la muerte, o bien por las distintas opiniones médicas. Pienso que un guardián que de verdad quiere a su animal siempre sabe en el fondo de su corazón cuál es el momento apropiado.

«Escucha a tu corazoncito», dicen los Médicos del Cielo.

Para escuchar al corazón de uno es imprescindible ser todo oídos y no dejarse llevar por las opiniones de los demás o por nuestros propios miedos. El momento de la partida es sagrado. Si los animales no deciden esconderse, perderse o morir en un accidente me parece importantísimo conocer sus deseos al respecto. Imaginaos que vais a una gran fiesta, la más espléndida en la que hayáis estado jamás. Se trata de una fiesta excepcional, única, regia, la que lleváis toda la vida esperando, la ocasión más extraordinaria para vosotros: el retorno a vuestra Fuente. Imaginaos que llegáis demasiado pronto o que no vais al lugar correcto, que os habéis equivocado de sitio y no llegáis en el momento apropiado ni a la fiesta correcta, que alguien os ha hecho equivocaros y os vais a perder vuestra celebración. Imaginad ahora que cuando llegáis ya ha terminado, que de camino el conductor cometió un error, tomó la vía equivocada, y

ahora que estáis allí la fiesta de vuestros sueños se termina y todo el mundo se va…

Un día, Gabrielle me llamó para preguntarme si su caballo castrado de catorce años, **Olive Leaf**, quería que se le practicase la eutanasia.

Estábamos en agosto. Quería que le preguntase si le parecía bien, pero lo cierto es que ella ya había tomado la decisión y tenía cita para octubre. El caballo tenía un problema en el posterior derecho, tomaba antiinflamatorios todos los días y sufría dermatitis estival. Gabrielle me dijo que solo podía mantenerlo con buena salud tres o cuatro meses del año. Temía que durante el invierno se resbalase en uno de los terrenos y encontrárselo tumbado en el suelo: no quería llevarlo al límite de sus fuerzas. Pensaba que iba a morir, que de hecho le estaba ocultando su auténtico estado y que ya había sufrido demasiado. Las palabras de Gabrielle no me convencieron para nada: aparte del pequeño problema del posterior derecho, Olive Leaf gozaba de muy buena salud, y yo no entendía en absoluto por qué razón había que practicarle la eutanasia.

Cuando intenté explicárselo, Gabrielle me dijo que la decisión estaba tomada. Con todo, me tragué el enfado y llevé a cabo una comunicación con Olive Leaf para ver su estado y si podía encontrar algo que me permitiera ayudarle. Mi objetivo es ayudar, no juzgar. Sin embargo, como ser humano que soy, a veces me resulta difícil no hacerlo, sobre todo si me parece que se está cometiendo una injusticia contra un animal. Por otra parte, los años que he pasado tratando con los Médicos del Cielo me han enseñado que nadie puede juzgar a otra persona. El estado mental de Olive Leaf era lamentable: estaba muy deprimido y era plenamente consciente de que posiblemente le

practicarían la eutanasia en unos meses. Había intentado hacérselo saber a su guardiana, pero ella no se había dado cuenta de nada. Para colmo, se aburría y se sentía solo. ¡Sí, le dolía la pierna, pero y qué! Quería vivir y ver cosas, estar en libertad en los campos con otros caballos en vez de pasarse todo el día encerrado y a solas en el box. Si no quería que lo montasen era porque le dolía la pierna. No tenía ninguna gana de morir. ¡Le quedaban tantas cosas por vivir! Desde Arriba me informaron de que Gabrielle tenía miedo no solo de la muerte, sino también y sobre todo del deterioro físico. Por eso prefería practicarle la eutanasia a Olive Leaf antes de que le ocurriese cualquier cosa. «Ellos» me dijeron que podía explicarle de dónde venían sus miedos, porque tenían algo que ver con su familia. También me hicieron saber que ella tenía la impresión de no hacer nada bien, que no se sentía lo suficientemente buena, que albergaba mucha culpabilidad y que por todo ello no quería tener que enfrentarse a una enfermedad, a una

situación en la que hubiese deterioro físico involucrado. Cuando hablé con Gabrielle me explicó que su madre había sufrido una grave enfermedad autoinmune en la que los anticuerpos atacan al sistema nervioso; se había quedado paralizada y ahora tan solo podía comunicarse mediante parpadeos. Aquello había traumatizado enormemente a Gabrielle, que además se sentía abandonada. Para colmo, su padre nunca la había valorado.

Gracias a nuestra conversación Gabrielle comprendió de dónde venían sus miedos y me dijo que iba a pensar en ello. Me daba pena; tenía muchísimo miedo. Yo la comprendía, y lloré por ella y por su caballo, Olive Leaf.

Un día, una joven veterinaria llamada Tamara a la que yo apreciaba mucho por su integridad, su ética y su mentalidad abierta me llamó para hablarme del perro de una de sus amigas: **Red**, un gran pastor alemán de once años, estaba muy debilitado y tenía el vientre inflamado y lleno de líquido. Aunque se le habían realizado varios diagnósticos, ninguno era inequívoco. Los veterinarios pensaban que se trataba de un problema del metabolismo y dudaban sobre si era preciso practicarle la eutanasia o no.

Tamara esperaba que mi comunicación con él le permitiese saber lo que debían hacer. Cuando me comuniqué con Red, él me transmitió su voluntad de seguir viviendo; parecía tener miedo de morir y quería seguir al lado de Rosemary, su guardiana, a toda costa. La otra perra de la casa, Mirtil, había muerto hacía poco y Red todavía no comprendía el motivo de su ausencia. La comunicación me dejó un

poco extrañada: en general, mis experiencias con animales me habían permitido observar que ellos, al contrario que nosotros los humanos, aceptan la muerte sin miedo y sin resistirse. El miedo o la resistencia solo aparecen si se trata de un caso de lucha por la supervivencia, como por ejemplo si un zorro persigue a una gallina o un coyote a un gato. ¿Por qué parecería tener miedo de la muerte Red? Tamara pensaba que era posible que la muerte de la perrita Mirtil fuese la causa de la enfermedad de Red, ya que el dolor y la debilidad habían aparecido justo después. Sin embargo, durante la comunicación no me había parecido que Red hubiese tenido una relación muy cercana con la otra perra. Era a su guardiana Rosemary a quien estaba más unido en realidad; estaban muy compenetrados. Él representaba un papel muy importante en su vida y le daba apoyo.

A raíz de la comunicación percibí principalmente que Rosemary estaba muy enfadada con su marido y le guardaba mucho rencor. Le veía como una persona inconstante, poco fiable y que no había cumplido con su deber. Me pareció que Red absorbía muchas emociones por su guardiana.

Tamara, que conocía bien a la familia, me contó que Red no había estado muy unido a la perrita Mirtil y que el marido de Rosemary había dedicado su vida a seguir un camino espiritual y había desatendido a su familia. Me confirmó que los sentimientos de Rosemary respecto a su marido eran los que yo había percibido. También me dijo que según el diagnóstico más reciente Red tenía un tumor en el bazo o en el hígado, y que los veterinarios podían intentar operarle si la comunicación revelaba que quería vivir.

Yo notaba que Red se encontraba muy mal: apenas podía respirar y sentía una dolorosa pesadez en el bajo vientre. Sin embargo, estaba claro que quería vivir. Llegué a preguntarme si su enfermedad no la habría provocado el haber absorbido todas aquellas emociones por Rosemary.

No era más que un pensamiento que albergaba en mi interior, claro; jamás me habría permitido decirlo en voz alta. Nunca hay una verdad absoluta.

Los Médicos del Cielo me explicaron que el noventa y ocho por ciento de las enfermedades de los seres humanos provienen de sus emociones.

¿Ocurre lo mismo con los animales? ¿Asimilan esta proporción de las emociones de sus guardianes? Considero que lo más ético es no decirle nada de esto al guardián, porque podría hacerle sentir aún más culpable, y eso no ayudaría a nadie a recuperarse. Pienso que habría bastado con que Rosemary hubiese sido consciente de sus emociones: tener conciencia de algo es suficiente para que podamos seguir avanzando en nuestra evolución. El resto no nos corresponde a nosotros decidirlo, sobre todo sin tener absoluta certeza. El animal decide venir a nuestra vida y compartirlo todo con nosotros. Todos los seres conscientes, tanto animales como humanos, estamos hechos de emociones y es imposible no percibir las que siente un ser con el que vivimos. Las emociones de los humanos son mucho más complejas y tortuosas que las de los animales, que por suerte son más espontáneos que nosotros. Ellos se limitan a vivir su vida en el momento presente, y sus emociones están ligadas a la realidad inmediata, la que estén viviendo en cada momento. Por eso pienso que, en lo que se refiere a las enfermedades y las emociones del guardián, no se puede decir que el animal se sacrifique. Es un ser que comparte nuestra vida y asimila cosas: es así, no hay más. ¿Se trata de una decisión, de un contrato? ¿Por qué ocurre esto y de esta manera?

Nosotros, los seres humanos que estamos aquí en la tierra, no sabemos nada sobre ello.

No nos corresponde a nosotros juzgar a los guardianes de los animales,

ya que todos somos UNO, todos estamos unidos, todos somos iguales.

Además, en realidad no somos nuestras emociones, ni tampoco nuestros

pensamientos, nuestras opiniones o nuestros juicios de valor; todo eso

es pasajero. Nuestro trabajo espiritual consiste en vaciar el «cubo de la

basura interior» de nuestro ser, que está lleno de nuestras emociones y

pensamientos negativos, y buscar la claridad.

Tras la comunicación la decisión de la guardiana y los veterinarios fue intentar operar a Red. Dado el deterioro físico del perro se decidió operarlo aquella misma tarde en lugar de esperar al día siguiente. Tamara también pudo asistir, porque casualmente se anuló una cita que tenía.

Cuando abrieron a Red, los veterinarios vieron que su vientre estaba lleno de metástasis y de sangre, por lo que decidieron volver a coserle y dejar que durmiera para siempre. Tamara me llamó inmediatamente después y me dejó un mensaje para comunicármelo. Yo me quedé trastornada, no podía dormir. ¿Habríamos podido evitarle esta última operación? Y, sin embargo, el mensaje había sido claro: «¡Quiero seguir viviendo!». Yo sentía que si Red lo había querido así había sido por Rosemary, su guardiana. Pero, ¿por qué habría querido seguir adelante en el estado de deterioro físico en el que se encontraba, y por qué tenía tanto miedo a la eutanasia, a la muerte?

Al día siguiente hablé con Tamara; me dijo que Red había aullado justo antes de que empezara la operación a pesar de que ya le habían puesto la morfina. Al principio habían creído que aullaba de dolor y que era necesario ponerle más, pero luego la veterinaria se había dado cuenta de que aullaba porque no quería partir. No quería dejar sola a Rosemary por nada del mundo. Aquella era la respuesta: era Rosemary la que estaba aterrorizada ante la idea de la muerte de Red. Le expliqué a Tamara que solo he visto que los animales se resistan a la muerte cuando las emociones del guardián les retienen o cuando sienten que deben quedarse por el bien de este último, y entonces ella comprendió a la perfección lo que había pasado. Me dijo que era cierto: Rosemary no había estado preparada en absoluto. La idea de que Red pudiese partir, abandonarla, la trastornaba; la aterrorizaba incluso. Siempre lo llevaba con ella a todas partes; aquel perro había sido su amor, su apoyo, el sustituto en cierto modo del hombre que no estaba presente en su vida. Ahora estaba rota de dolor: Red no podía dejarla.

Pienso que a veces las emociones del guardián interfieren en el ciclo natural de la vida del animal, pero ¿sabemos acaso cómo es realmente el ciclo natural? ¿No es el amor el único y verdadero ciclo natural?

Considero posible que en el caso de los animales domésticos haya a veces un acuerdo entre las dos almas, la del animal y la del guardián. Antes de venir, el animal decide compartir su vida con nosotros y acepta nuestras emociones sin juzgarnos. Hay veces que tratamos de darle sentido a las cosas porque tenemos miedo de que la vida y la muerte no tengan ningún propósito, pero las maravillosas experiencias espirituales que he tenido la suerte de vivir me hacen pensar que este contrato de verdad existe.

Tamara, como veterinaria, se hacía muchas preguntas: «¿Entonces, que tendríamos que haber hecho? ¿Dejarle vivir un poco más? Y sin embargo, no estaba bien, y sufría». Se enfrentaba a un gran dilema, estaba en una encrucijada entre su profesión y su forma espiritual de ver la vida. Más tarde, afirmó con certeza: «No nos corresponde a nosotros decidir si un animal debe vivir o morir, aunque sepamos lo que quiere».

Nuestro espíritu y el del animal llegan a un acuerdo antes de venir

aquí: compartirá su vida con nosotros en la tierra durante un tiempo.

Con este acuerdo se teje entre nosotros un vínculo de oro indestructible.

A lo largo de mis años de experiencia he visto muchos casos de animales que parten por sí solos durante la noche, en paz y en brazos de su guardián. Estos casos también suelen darse después de que yo le realice sanaciones a distancia a un animal al que le queda poco tiempo de vida, ya que esto le permite partir en el momento más apropiado, sin sufrir y cuando su guardián esté preparado. Esto no quiere decir que no haya que cumplir el tratamiento prescrito por el veterinario para aliviar el dolor, al contrario; el tratamiento ayuda al animal. Aunque a veces sea necesario recurrir a la eutanasia para asistir al animal en su partida, si tiene la posibilidad de partir por sí solo siempre lo hará en el momento más apropiado, que habrá podido elegir. Pienso que la muerte debería ser una elección y experimentarse como una liberación, y también que todos los animales saben cómo partir por sí solos, en paz.

Tamara se planteaba también la cuestión de cómo asistir al animal después de la inyección de la eutanasia. Le respondí que los animales tienen sus propios espíritus para eso, espíritus que vienen a buscarlos, y que aquello no le correspondía hacerlo ni al veterinario, ni al guardián, ni

a ninguna otra persona humana. Tras nuestra conversación Tamara se dio cuenta de que la profesión de veterinario tan solo incide en el físico del animal y de que también habría que prestarle atención al guardián.

Los animales y los guardianes estamos unidos en un círculo de Amor

tan poderoso que nada puede separarnos: ni siquiera la eutanasia o la

muerte.

Haberme visto enfrentada al miedo a la muerte y la separación que experimentan los guardianes y los animales que he tratado a distancia me ha hecho preguntarme muchas cosas.

En el taoísmo la muerte ni se teme ni se desea. De hecho, el Más Allá no existe como tal en las creencias taoístas, sino que se encontraría en la vida propiamente dicha, ya que es durante ella que somos eternos.

Mientras vivimos estamos en el Tao*, y cuando morimos volvemos a él: la muerte es el punto en el que la esencia de alguien deja de existir y de ser esa persona. El fin último sería volverse inmortal alcanzando el Tao, el punto más profundo de la vida. Esto sería el Más Allá de un taoísta: llegar a estar en armonía con el universo. Básicamente, al morir se vuelve al Tao, y todos los taoístas quieren convertirse después de su muerte en un antepasado importante que pueda a su vez ayudar a los vivos desde el cielo. Ellos consideran que la muerte en realidad no es una pérdida, sino una transformación. Nuestra existencia mortal no es más que una de las infinitas manifestaciones del Tao, y el ser que conocimos en la tierra, humano o animal, participa ahora en este baile infinito. Debemos aprender a superar el instinto humano que nos hace ver la muerte física como algo negativo; el fin último de la muerte es descansar plácidamente, y lo que nos ocurre tras ella también forma parte del proceso eterno del Tao. Si consiguiéramos aprender a vivir en armonía con el Tao a lo largo de nuestra vida mortal, también conseguiríamos estar en armonía con él en el momento de nuestra muerte humana.

Mistletoe, un perrito blanco ya mayor, había logrado vivir muchos años a pesar de tener síndrome de Cushing. Era muy travieso, curioso y enérgico; la alegría de la familia. Sin embargo su estado comenzó a deteriorarse muy rápidamente y cada día que pasaba estaba más débil. El veterinario le dijo a Jane, su guardiana, que muy pronto tendría que practicarle la eutanasia. Jane, que quería respetar los deseos de su querido Mistletoe, me llamó para saber si el perrito estaba preparado. Al

comunicarme con él comprendí que no resistiría mucho más tiempo en su cuerpo físico; estaba demasiado debilitado y su partida era inminente. Sin embargo, recibí claramente el mensaje de que había que esperar tres días, mensaje que le transmití a Jane aunque no supiera lo que significase ni fuera necesariamente la verdad. No volví a recibir noticias de Mistletoe.

De vez en cuando me acordaba de su caso y me preguntaba qué habría sido de él. Seis meses después de aquello Jane me llamó para hablarme de Mistletoe y me dijo que finalmente había decidido esperar aquellos tres días. El último de ellos, un sábado, se presentó en su casa sin previo aviso su hijo Brad, que estaba en el ejército y llevaba mucho tiempo sin ir.

Cuando abrió la puerta de la entrada, Mistletoe fue directamente hacia él para recibirle. Brad dejó las maletas y levantó al perrito para cogerlo en brazos.

Fue en aquel preciso momento que Mistletoe exhaló su último suspiro contra el corazón de Brad…

El Tao es la esencia misma de la realidad, indescriptible por naturaleza: «El Tao del que se puede hablar no es el Tao eterno. El nombre que se puede nombrar no es el Nombre eterno». **Lao-Tsé .**

8

Entre la vida y la muerte

Sri Krisná dijo: «…El alma no nace jamás y no muere jamás, nunca ha

empezado a existir, no empieza a existir y no empezará a existir. Es

eterna, perenne y primordial. El alma no muere cuando muere el

cuerpo».

Bhágavad-guitá*, 2, 22

B**liss,** una preciosa gata de color gris, se estaba muriendo.El veterinario había visto que presentaba unos valores de creatinina, de urea y de fósforo extremadamente altos. Robin, su joven y guapa guardiana, estaba desesperada y no sabía qué hacer. El veterinario quería practicarle la eutanasia a la gata en aquel mismo momento, pero a pesar de todo Robin prefería llevársela de vuelta a casa.

Bliss estaba muy débil. Un familiar de Robin me llamó con urgencia desde la clínica; cuando realicé la comunicación con la gata, esta me transmitió que iba a partir muy pronto, que no podía quedarse: le resultaba demasiado duro, su cuerpo estaba demasiado débil. Quería partir en compañía de Robin, en sus brazos, y necesitaba ayuda.

Bliss era una gata muy miedosa a la que habían recogido de la calle cuando aún era una cría; Robin decía que era su Estrellita. La gata era consciente de que era el único consuelo de su guardiana y de que su partida le resultaría difícil, y por eso había aguantado en un cuerpo enfermo todo el tiempo que había podido.

En líneas generales diría que tengo sentimientos encontrados sobre la eutanasia. Me parece que no deberíamos imponerles nuestra decisión a los animales, sino asegurarnos de que de verdad estén preparados para marcharse. Sin embargo, muchas veces no les damos elección, y decidimos por ellos si pueden quedarse o si deben partir. ¿Quiénes somos nosotros para tomar estas decisiones? A mí me parece que dejar que un animal tome la decisión por sí mismo es una muestra de respeto. Los animales salvajes que viven en la naturaleza se aíslan de todo y se preparan para el momento de su muerte: saben partir con calma por sí solos, en compañía de numerosos espíritus que acuden para ayudarles.

Nosotros, los humanos, les arrebatamos este derecho cuando recurrimos a la eutanasia, que a menudo se lleva a cabo con frialdad y de manera estresante en una clínica. Los animales a los que se les practica la eutanasia no tienen tiempo de aceptar la muerte, que no los acoge con amabilidad, sino que se los lleva por la fuerza. La muerte puede ser acogedora y cálida, porque no es más que un pasaje a otra vida. A todos los seres vivos les gusta realizar este pasaje tranquilamente, en pleno uso de su libre voluntad.

Por eso siempre hago todo lo posible para salvar la vida de los animales enfermos o para que al menos tengan la posibilidad de morir tranquilamente, sin tener que pasar por la eutanasia en una clínica. La asistencia que les presto ha permitido que muchos animales se salvasen y que otros pudieran partir sosegadamente en el ambiente cálido y familiar de su hogar y en presencia o no de su guardián, según su decisión.

En el caso de Bliss, sin embargo, me pareció que la mejor opción, preferible a la soledad que experimentaría Robin en su casa, sería que se le practicase la eutanasia en la clínica. El veterinario aconsejó lo mismo, y Robin también intuía en lo más profundo de su ser que sería lo mejor. No pretendo en ningún caso influir en las decisiones relacionadas con la partida del animal: no tengo derecho a hacerlo, nadie lo tiene. Lo único que hago es traducir lo que percibo al realizar la comunicación, nada más.

Siempre insisto en que quien de verdad sabe en el fondo de su corazón lo que hay que hacer es el guardián. La decisión final debe estar de acuerdo con lo que dicte el corazón del guardián, que es el que está ligado al del animal y el que de verdad sabe lo que hay que hacer. Las decisiones que contradicen los dictados del corazón son las que luego provocan arrepentimiento, culpabilidad y mucho sufrimiento, a veces durante toda una vida.

Como Bliss no podía partir por sí misma propuse por sugerencia del veterinario que se le practicase la eutanasia en la clínica, ya que la casa de

su guardiana no era un lugar sereno. La relación de Robin con su cónyuge era caótica, convulsa y abusiva, por lo que su corazón no estaba en paz, y además hacía poco había sufrido una enfermedad que le había provocado mucha angustia y dolor físico. Su vida era, en pocas palabras, un auténtico infierno. El único rayo de luz en toda aquella oscuridad era su pequeña Bliss. ¡Robin la quería tanto! Me di cuenta de que la presencia de aquel veterinario le transmitiría a Robin confianza y consuelo, cosas que ella no tenía en su vida. Con su ayuda Robin podría relajarse, y Bliss partir en paz.

Al día siguiente Robin me envió un mensaje para contarme que su Estrellita había partido tranquilamente en la clínica, entre sus brazos. Me alegré, porque sabía que velaría por ella. Quizá Robin, tan guapa y tan joven, pudiese encontrar ahora un poco de paz.

En muchos idiomas se puede emplear con naturalidad el término

«partir» para hablar de un fallecimiento. Pero, ¿partir a dónde? ¿Hacia qué tierras o qué cielos había salido volando la Estrellita? ¿Cómo sabía dónde ir?

El *Garudá-purana*,* el libro del hinduismo que habla de la muerte, dice que el alma viaja a través de un largo y oscuro túnel en dirección al sur tras abandonar el cuerpo. Esta es la razón de que se deje una lámpara de aceite encendida junto a la cabeza del cadáver, para iluminar este túnel oscuro y que el alma no se pierda por el camino. A pesar de lo mucho que había sufrido, la gata Bliss pudo viajar sin problemas. Atravesó la oscuridad y voló hasta las tierras del Más Allá, donde viven los seres radiantes que vienen a nuestras vidas con forma de hermosos gatos de color gris, blanco, rojizo o negro. Robin tenía razón: era una estrellita que había venido a traerle consuelo durante un tiempo, un rayo de pureza en su vida oscura y atormentada.

El espíritu no se pierde jamás en las tinieblas que hay después de la

muerte, ni siquiera aunque se encuentre confundido tras una muerte repentina. Hay espíritus deslumbrantes de bondad que le iluminan el camino.

¿Es la hora de partir?

«La muerte no es la mayor pérdida de nuestra vida. La mayor pérdida

es lo que muere en nuestro interior mientras vivimos».

Norman Cousins

U**n** día una señora me pidió ayuda; a su gato **Ted** le había salido un tumor cancerígeno en el mentón que hacía que oliese muy mal. La guardiana se estaba planteando practicarle la eutanasia, pero su hija Anya creía que era demasiado pronto. El caso es que ningún familiar de los que vivían en la casa podía soportar más el hedor o la saliva de Ted. ¡Decían que el gato ensuciaba demasiado!

Se aproximaba la Navidad y la madre de la familia no dejaba de decir que había que practicarle la eutanasia a Ted antes de que llegase porque su anterior gato había muerto por aquellas fechas.

Anya me preguntó: «¿Es posible 'convencer' a un animal para que acepte morir?». Mi respuesta fue: «¿Es posible 'convencer' a un ser humano para que acepte morir?».

¡Pues claro que no! Todo ser viviente quiere vivir y va a luchar para seguir viviendo, nadie puede convencer a un ser vivo para que acepte

morir. Pienso que en lo que a esto respecta no hay argumentos que valgan. A menudo veo que los guardianes intentan hacer uso de la razón y me dicen frases del tipo: «es mejor para él si parte, así no sufrirá más»,

«no va a poder vivir con esta enfermedad», «está hecho polvo», «no va a pasar de esta noche», «el veterinario dijo que no durará más de dos días»,

«es demasiado mayor», «de todos modos va a morir tarde o temprano, así que más vale que deje de sufrir…». Sin embargo, como he vivido muchos milagros, sé que lo racional no existe. La enfermedad puede desaparecer de la noche a la mañana, y la razón no determina el tiempo que le queda de vida a un ser. La razón pertenece a nuestra forma de vida en esta tercera dimensión; sin embargo, en las otras dimensiones del Más Allá, en las que no hay tiempo ni espacio y donde somos libres y Creadores, la razón no existe. Si el espíritu del animal desea quedarse más tiempo con nosotros pueden ocurrir muchas cosas extraordinarias para que este deseo se cumpla. No debemos sin embargo confundir el espíritu del animal con su personalidad. El animal es mucho más que vuestro gato Félix o Perla, vuestro perro Max o Bobby o vuestro caballo Trueno o Campeón. Ellos también tienen una contrapartida no física y luminosa que vive en otras dimensiones. La decisión de quedarse o marcharse no se toma aquí en nuestro plano terrenal sino en otro sitio, en un lugar que está mucho más allá de nuestra comprensión.

Todo ser vivo quiere vivir hasta el final y disfrutar de los placeres de la

vida.

Summer, un bonito perrito blanco, había pasado toda la vida con su guardiana Jamie. Había vivido trece años y siempre había tenido buena salud. Un día del mes de junio se negó a comer. Jamie lo llevó al veterinario y este le dijo que lo más probable era que el perro tuviese un tumor y que le gustaría abrirle para saber si sería posible intervenirlo.

Tras la operación para realizar esta comprobación, el veterinario le dijo a la familia: «Summer tiene metástasis múltiples en los pulmones, no le quedan más que unos días de vida». El problema era que Jamie tenía que irse de viaje; estaba haciendo un curso y debía asistir a un seminario de una semana de duración durante la que no podría volver a casa. A Summer iba a cuidarlo otro miembro de la familia durante su ausencia.

Jamie, que era una joven muy sensible y de mente abierta, me llamó desesperada. Le expliqué que aunque no estaba en mi poder sanar a Summer, quizá podría conseguirle más tiempo y mejorar su calidad de vida hasta que ella volviese la noche del sábado al domingo. Jamie no podía soportar la idea de que su querido Summer partiese antes de su regreso. Quería poder despedirse de él y cogerlo en brazos por última vez, al menos. Yo empecé a administrarle sanaciones a distancia a Summer

con regularidad, y él recuperó fuerzas a pesar del cáncer: tenía energía, dormía bien, comía y no parecía enfermo en absoluto. Su buen estado le daba ánimos a Jamie. Su pariente volvió a llevar a Summer al veterinario, y este dijo que se trataba de un milagro, que racionalmente hablando era totalmente imposible que Summer tuviese tan buen aspecto teniendo en cuenta lo debilitado que estaba su cuerpo, sobre todo con el poco tiempo que había pasado desde la operación quirúrgica. Pero yo sabía que no le quedaba mucho tiempo, que había un acuerdo entre el alma de Summer y la de Jamie, entre la Sombra de la Muerte y el Creador. Se le había concedido más tiempo. Las sanaciones le permitían vivir en buena forma aquellos días para que Jamie pudiese cursar su seminario de formación sin sentirse culpable. La semana pasó sin novedad. El viernes, mientras realizaba las sanaciones, vi la Luz, la que llena todo de un Amor y una Compasión indescriptibles, la que viene a buscarles. Le envié un mensaje a Jamie enseguida. Ella acababa de escribirme para contarme lo bien que estaba Summer. Le dije que se diese prisa, porque la Luz que le esperaba ya había llegado. Ya el sábado por la mañana el perro empezó a debilitarse. Supliqué para que desde Arriba le concediesen aquel día y parte de la noche, hasta que Jamie volviese. Ella se marchó del seminario antes de tiempo y llegó a casa antes de las siete de la tarde. Pudo disfrutar de más de seis maravillosas horas junto a su amigo.

A la mañana siguiente, Jamie me envió este mensaje: «Summer partió a las 00:15 de la madrugada y exhaló su último aliento contra mi mano.

Sé que fue así porque estaba durmiendo a su lado y podía oírle respirar.

¡Qué regalo tan maravilloso! Fuimos juntos a ver la puesta de sol porque él quería verla, o en fin, eso me pareció. Me senté en un banco con él sobre mis rodillas para que pudiéramos respirar la brisa que soplaba y disfrutar de aquel momento y de la presencia del otro. Duele mucho, lo estoy pasando muy mal y todavía tengo la impresión de poder sentirle cerca, no quiero ni pensar en que no podré volver a abrazarle, a acariciarle… Me siento muy triste pero también aliviada por Summer, le admiro mucho por lo valiente que fue y por todo lo que ha hecho por mí: esperarme, pasar la tarde conmigo, apagarse contra mi mano… Espero que Summer se encuentre bien ahora, que sea feliz y sepa que le quiero con todo mi Corazón».

¿Saben los animales cuándo van a

partir?

«Si un hombre considera que ha nacido, no puede evitar temer a la

muerte. Que descubra si ha nacido o no y si el Yo nace. Descubrirá que

el Yo existe siempre, que el cuerpo que ha nacido recurre al

pensamiento y que la aparición del pensamiento es la raíz de todas las

malas acciones. Descubre de dónde vienen los pensamientos y podrás

morar en el centro más profundo del Yo omnipresente y así ser libre

de

la idea del nacimiento o del miedo a la muerte».

Ramana Maharshi

Zelda, una gatita blanca con manchas negras, partió mientras dormía. Aguantó mucho tiempo a pesar de su enfermedad y nos impresionó a todos con su valor, la forma en que aceptó su partida y la serenidad con la que esperó a que llegase el momento. Yo le realizaba sanaciones a distancia para que pudiese partir sin eutanasia, pero antes de eso la gata debía esperar valientemente a que su guardián Jean volviese a casa, ya que no podía marcharse si él no estaba. Y así fue; cuando Jean llegó, Zelda empezó a prepararse. Aquella noche, antes de irse a dormir por última vez, acarició con la cabeza las manos de sus guardianes Cathy y Jean como suelen hacer los gatos; ellos, sin embargo, se dieron cuenta de que esta vez el gesto estaba cargado de significado, de que se trataba de una despedida llena de cariño. A la mañana siguiente su espíritu ya se

había marchado para unirse a las estrellas.

Los animales saben perfectamente cuándo se van a marchar, aceptan

su partida y se preparan para ella con serenidad.

A veces incluso preparan el momento de la partida y escogen el instante perfecto: esperan por ejemplo a que os vayáis a hacer la compra, o bien a que esté presente un miembro concreto de la familia. Esto dependerá de si prefieren partir solos o acompañados. Me parece muy importante que dejemos que lleven a cabo su partida como mejor les parezca, y sin embargo muchas veces recurrimos a la eutanasia y les impedimos que hagan lo que habían pensado. También pienso que todos se despiden de una u otra forma, aunque a veces los humanos no interpretemos su despedida como tal.

June era una preciosa yegua a la que yo había estado realizando sanaciones a distancia un año atrás. Se mantuvo con vida el tiempo suficiente para criar a su potrillo y después, un día, empezó a

prepararse para partir. Apenas podía tenerse en pie, pero aún así fue a consolar una a una a todas las mujeres de su entorno que habían venido a estar con ella y la querían, y lo hizo antes de que diese comienzo el día del cumpleaños de su guardiana Lori. Fue una hermosa lección de vida y de amor. Aquel gesto maravilloso nos demuestra que muchos animales son conscientes e inteligentes, que saben lo que les pasa y adónde van. A menudo esperan a que nosotros estemos preparados.

Alex era un loro gris africano que poseía una inteligencia extraordinaria. ¡Se comportaba más como un humano que los propios humanos! Sabía contar, reconocía las formas geométricas y los colores y no se limitaba a repetir lo que le decían, sino que poseía capacidad de raciocinio y auténtica inteligencia. Aunque es cierto que su vocabulario no pasaba de cincuenta palabras, era capaz de comunicarse y entendía lo que le preguntaban. Antes de morir había aprendido el concepto de cero y el de la nada, porque si le enseñaban dos objetos iguales y le preguntaban si había alguna diferencia entre ellos, él llegaba a responder: « *None*», es decir «ninguna».

La doctora Irene Pepperberg, psicóloga de animales, se pasó treinta años de su vida (1977-2007) trabajando con Alex en las universidades de Harvard y Brandis para demostrar científicamente a los seres humanos hasta qué punto son inteligentes y conscientes los loros. Fue capaz de

demostrar que su cerebro, a pesar de su pequeño tamaño, es igual que el de un delfín o un gran primate. Antes de su investigación se pensaba que el nivel de inteligencia estaba relacionado con el tamaño del cerebro. La doctora Pepperberg y Alex estaban muy unidos. Un día, mientras ella cerraba el laboratorio, Alex se despidió de ella y le dijo: « *Be good!* », es decir, «sé buena» o «pórtate bien» o «cuídate».

La doctora le respondió: «¡Te quiero!».

Alex dijo: «¡Y yo a ti! ¿Vendrás mañana?».

Irene le aseguró: «Sí, mañana vendré».

Al día siguiente, el 6 de septiembre de 2007, Alex había muerto.

Un gris africano vive una media de cincuenta años. El día anterior Alex había parecido estar en perfecto estado de salud, y cuando se le practicó la autopsia los veterinarios no pudieron determinar la causa de su muerte.

Las últimas palabras de Alex le permitieron dejar constancia de su grado de inteligencia: era perfectamente consciente, sabía que iba a partir y que en otras dimensiones había otros mañanas.

También sabía que lo más importante es el Amor.

Los animales pueden escoger el momento de su partida. Somos nosotros los humanos los que les arrebatamos la posibilidad de tomar esta decisión, a menudo por miedo a verles sufrir. Conozco a personas que me han dicho que todos sus animales han muerto en sus brazos. En cuanto a mí, no he visto morir a ninguno de mis animales desde la infancia.

Siempre se las han arreglado para partir sin que yo esté presente; la decisión no es mía, sino de ellos. A lo mejor querían ahorrarme el sufrimiento o demostrarme que su cuerpo físico no era tan importante, que lo que sobrevive es el espíritu. Aún así, todos se han despedido de mí de una forma u otra antes de partir.

Era una mañana como cualquier otra en California, hace ya muchos años. Mi siamés de seis meses, **Chulo**, vino a mi cama al amanecer.

Chulo era el amor de mi vida, mi sol, mi ángel, mi gatito adorado. No me cansaba de mirarlo, de abrazarlo, de sentirle cerca. Todos los días me alegraba de que estuviese ahí. Nunca antes había sentido una alegría como aquella, que se renovaba cada vez que tocaba su precioso pelaje sedoso, veía sus ojos azules y sentía su espíritu luminoso. Me sentía feliz solo con pensar en él. Aquella mañana se metió en mi cama de forma un poco diferente a la habitual, pero yo estaba muy aletargada por el sueño y

no me di cuenta inmediatamente. Se acurrucó alrededor de mi cuello

como hacía normalmente, pero esta vez la sensación era muy distinta, más ligera e intangible; sus acciones estaban cargadas de un significado concreto y yo podía sentir claramente que su espíritu me estaba hablando.

Sin embargo, como estaba perdida entre las brumas del sueño, me limité a disfrutar de la sensación sin despertarme. Noté que su espíritu me decía que siempre estaría ahí, a mi lado. Era como si los pensamientos que me estaba transmitiendo se grabasen a fuego en mi interior. Eran importantes, la cosa iba en serio… ¡con lo despreocupado que era él! Como no podía ni imaginarme la posibilidad de que dejase de estar a mi lado, no me desperté. Sentía que estaba compartiendo conmigo el indescriptible néctar del cariño que nos profesábamos, pero esta vez la sensación era distinta; el grado de bienestar era mayor que normalmente, mucho mayor, tanto que hasta llegué a pensar entre sueños que quizá se tratase de una de las visitas de Arriba. Todavía no podía abrir los ojos: todo esto sucedió mientras yo estaba en un estado de semiinconsciencia. Después, Chulo salió de la cama sin que yo me diese cuenta para irse a jugar fuera, como de costumbre. Sin embargo, cuando me desperté no estaba. Normalmente acudía corriendo para que le diese de comer en cuanto yo abría la puerta de mi dormitorio, pero aquella mañana no vino. Una horrible sensación de pena y angustia se me agarró al estómago. Sabía lo que había pasado.

Me pasé una semana buscándole por todas partes: aunque sabía que ya no estaba, aún tenía la esperanza de encontrarle. Me negaba a recordar que se había despedido de mí en la cama, porque tenía miedo de llegar a la conclusión de que se había ido para siempre. Hacia el final de la semana la vecina vino a decirme que habían encontrado el cuerpo de un siamés en la carretera, justo enfrente de mi casa, y que probablemente sería el mío.

Era una carretera muy pequeña por la que nadie pasaba nunca, pero aquella mañana, una mañana soleada como todas las demás, algún conductor había circulado por allí demasiado rápido y atropellado el adorado cuerpecito de mi Chulo.

Chulo me había avisado aquella mañana antes de tener el accidente, se había despedido de mí, había grabado su espíritu en el mío, me había hablado. ¿Cómo lo habría sabido? ¿Habría sido aquel accidente cosa del destino?

«Son seres de luz que van y vienen» me dijeron los Médicos del Cielo.

Las circunstancias de la muerte y la

mortalidad

«La vida y la muerte son como un hilo, la misma línea contemplada

desde distintos ángulos».

Lao-Tsé

M**ary** era un espíritu libre, una mujer de gran corazón y generosidad que adoraba a los animales. Ella y su hijito Bryan habían alimentado con biberón a **Lilac**, una adorable conejita blanca.

Lilac vivía con ellos, pero solo la dejaban suelta por la casa cuando ellos estaban allí, porque por su naturaleza de pequeño roedor le encantaba mordisquear los cables eléctricos y había que vigilarla. Era el ángel de la familia, muy mimosa, pícara y traviesa. También era muy limpia y hacía sus necesidades escrupulosamente en una cajita.

Un fin de semana que Mary tenía invitados ella y su pareja decidieron meter a Lilac en su jaula abierta y ponerle agua. La coneja se quedó allí del sábado al lunes, ya que Mary temía que los niños de los invitados fuesen violentos con ella y no la tratasen con respeto. De vez en cuando iba hasta la jaula para controlar el agua y la comida de Lilac y hacerle algún mimito; la coneja parecía estar bien.

Cuando por fin se marchó todo el mundo Mary decidió dejar a Lilac suelta por la casa, y esta atacó a sus zapatos. Su guardiana pensó que estaría enfadada por haberla dejado apartada. Una vez estuvo de vuelta en

la jaula grande la dejaron sola para que se aclimatase y ya no volvió a ponerse agresiva. Cuando Lilac salió de la jaula un rato después, pasó unos treinta segundos fuera antes de volver a entrar enseguida; parecía un poco cansada y no tenía apetito. Sus patas traseras tenían un tono marronáceo, y Mary pensó que a lo mejor tenía diarrea. Aunque era tarde, llamaron al veterinario. La asistente les aconsejó que le diesen un baño de asiento para limpiarla y comprobar que no tuviera lombrices. Lilac no se resistió durante el baño; estaba como fatigada. Lo que corría por la ducha parecía sangre diluida. El hijo de Mary la llamó: «¡Mamá, hay gusanos en la ducha!». Por lo tanto acudieron rápidamente al veterinario, que quiso operar a Lilac al día siguiente por la mañana. Había que ponerle anestesia para curarle las heridas y quitarle las lombrices, que habían empezado a comerse su vulva y parte de su muslo. El veterinario le explicó a Mary por teléfono que aunque era normal que los conejos tuviesen lombrices, en el caso de Lilac ya le habían destruido casi toda la piel de las nalgas y los riñones; como no quedaba suficiente para hacer injertos y reparar los tejidos dañados, no podía hacer nada más.

Entonces, Mary, que tenía un gran corazón, fue con Bryan para ver a su adorada Lilac por última vez y despedirse de ella. La coneja estaba dormida, y el veterinario le puso la inyección que pondría fin a su vida.

Había debido sufrir tanto sin expresarlo de manera alguna…

El veterinario le colocó a Lilac una tela alrededor de la parte posterior del cuerpo para que el niño no se asustase y luego Mary y Bryan se llevaron el cuerpecito de su querida coneja a casa. La familia la enterró en una cajita de cartón en la linde del bosque que había detrás de su hogar.

Mary se sentía profundamente culpable; sufría, y la imagen de los músculos de los glúteos de Lilac al descubierto volvía a su mente una y otra vez. Lo único que había querido había sido protegerla de los invitados. No dejaba de pensar en ello, de repasar mentalmente una y otra vez las circunstancias de su muerte.

Cuando me llamó quería saber si Lilac había sufrido, si había sido infeliz, cómo estaba ahora, si podía perdonarla… y sobre todo quería decirle que todavía la quería, aunque ya no estuviese allí: echaba muchísimo de menos sus patitas suaves. Sentí su pena en mi interior: se trataba del mismo dolor terrible que yo había experimentado tras la muerte de Jasmine, mi querida coneja blanca.

Cuando me conecté con el espíritu de Lilac la vi llena de vida, dando brincos, y a cada saltito que daba aparecían destellos de luz blanca. Era dulce y adorable, inocente y traviesa a la vez. Al final había sufrido, sí…

el dolor y los picores habían sido insoportables. Pensaba que la estaban

atacando desde dentro y había intentado escapar del enemigo, pero era imposible. No había sido culpa de Mary, era normal que los conejos tuviesen lombrices… ya había pasado todo. Su mensaje fue: «Dile que la quiero. Dile a Bryan que le quiero y que ahora estoy bien».

Tenía otros mensajes para Mary. Los animales difuntos siempre transmiten sus mensajes con mucha compasión y sin juzgarnos en absoluto, aunque lo que digan sobre la persona que los recibe sea cierto.

Al recibir estos mensajes también yo siento esta compasión, la renuevo en mi interior con cada conexión, y de esta forma puedo evolucionar y seguir desarrollando mi sentido de la empatía hacia los animales y los humanos.

Lilac le pedía a Mary que se cuidase, porque hacía demasiadas cosas por los demás y no se concedía suficiente tiempo para sí misma. Había descuidado su vida interior para ayudar a otros. La muerte de Lilac, tan violenta, parecía haber estado planeada así, para que Mary se diese cuenta de que se había abandonado.

Le transmití a Mary todo esto.

Tras un rato en silencio, asintió: sí, dedicaba su tiempo a salvar animales. No, no se daba tiempo para sí misma… sí, iba a concederse más tiempo para poder realizarse como persona y prestarle más atención a su pareja.

¿Será que Lilac, con su dulzura e inocencia de conejita, decidió morir de forma trágica para ayudar a Mary a comprender ciertas cosas sobre su vida? ¿Por qué decidiría morir en aquellas circunstancias? Nadie lo sabrá jamás. Y aunque hubiera respuesta, no podríamos saber si se trata o no de la verdad. También es posible que haya múltiples respuestas para una misma pregunta según perciba cada uno la realidad. En cualquier caso, no se puede decir que la pregunta «¿Puede Lilac perdonarla?» tenga respuesta, porque los animales nunca nos juzgan, y por ello esa pregunta ni siquiera tiene razón de

ser. Ellos no albergan ni una pizca de ira o de rencor en su interior. Lilac había abandonado su deteriorado cuerpecito de carne y hueso para adoptar uno lleno de armonía y luz. Su espíritu y su nuevo cuerpo le permitían enviarnos mensajes y hacernos llegar su amor infinito.

Los animales no nos juzgan en modo alguno, sean cuales sean nuestras

acciones y pensamientos. Solo nos profesan Amor. Somos nosotros los

que nos juzgamos a nosotros mismos.

Alegre era un precioso galgo italiano que murió de un linfoma en California a los catorce años. Cuando establecí una conexión con su espíritu, Alegre me pareció inmenso, diferente a todo lo que estaba acostumbrada a percibir. No hay duda de que todos los animales son especiales, pero cada uno de ellos es distinto. Alegre parecía un alma extraordinaria, grandiosa; conectar mi espíritu al suyo me hizo sentir ebria de exaltación. Daba la impresión de que había sido extremadamente importante en la vida de Jessica, su guardiana: a pesar de su cuerpo delgado y frágil le había dado mucho cariño y sobre todo apoyo y alegría, cosas que a ella le faltaban en su vida. Alegre me habló de terapias y me mostró que había venido para ayudar a su guardiana; me dijo que iba a volver con ella y me pidió que le dijera que no estaba sola. Tenía pensado volver a su lado en unos seis meses. Cuando hablé con Jessica descubrí que había tenido un accidente quince años atrás y que desde entonces la habían operado varias veces de la espina dorsal. Su día a día era muy doloroso y siempre estaba deprimida. Yo no me había dado cuenta al hablar con Jessica por teléfono, pero Alegre había sido un perro para discapacitados. Además, como era « *service dog*» iba a los hospitales para visitar a los enfermos de cáncer y a los paralíticos.

Alegre había venido al mundo para ayudar a Jessica y a los demás. A mí no me cabía duda de que era un ser de luz. ¡Alegre le había dado alegría y cariño a tanta gente…!

Jessica no lograba superar su tristeza. Le rezaba a las cenizas de Alegre todos los días. Dos meses tras su fallecimiento dejó de llorar y le pidió que volviese. Iban a operarla otra vez, y el dolor era tan intenso que no se veía capaz de superar aquello por sí sola: necesitaba su ayuda. La llamaron del criadero y le dijeron que todavía tenían la línea de sangre de Alegre; iban a intentar obtener una camada y le

regalarían un cachorro, más o menos para el mes de noviembre… lo que coincidía con los seis meses que él había mencionado.

A Jessica no le gustaban especialmente los perros al principio, y si había adoptado a Alegre había sido por su discapacidad física. No se imaginaba que un cuerpo de perro pudiese albergar un alma así, capaz de transformar su corazón y su vida.

Cuando Alegre se encontraba ya agonizante en la clínica veterinaria, Jessica le había dicho: «¡Venga, que nos vamos a casa!». Estaba tan debilitado por la quimioterapia que su guardiana pensó que moriría en el coche. Sin embargo, Alegre luchó y murió en la cama de Jessica, entre sus brazos. Su último aliento no fue un aliento, sino un grito humano.

Uno de los médicos de Jessica, que era de origen chino, le dijo que según sus creencias aquel grito representaba el «Chi». Había sido un regalo del alma de alegre: por medio de aquel grito le había dado toda su vida y su fuerza vital.

Los animales nunca nos abandonan, ni siquiera tras su pasaje al otro

Mundo. Los Médicos del Cielo me dicen a menudo que somos nosotros

los que nos abandonamos a nosotros mismos.

¿Se trata del destino o de una decisión?

«Todo el que nazca morirá y todo el que muera nacerá. Por lo tanto, no

deberíais lamentaros del inevitable cumplimiento de vuestro deber».

Bhágavad-guitá, 2, 27

U**na** noche soñé que luchaba para salvarle la vida a un caballo alazán. Es bastante normal que dentro de un sueño no sepamos exactamente qué estamos haciendo para salvar una vida, pero en este resultaba especialmente inexplicable. Luchaba por él, me despertaba completamente agotada y cubierta en sudor, y cuando me volvía a dormir regresaba al mismo sueño; así sucesivamente, en varias ocasiones y durante dos noches seguidas. Era más real que la vida misma. Durante el día tan solo alcanzaba a pensar en él. ¡Le veía tan claramente…!

Alma.

Ayudo a muchos caballos, pero cuando Michèle me llamó para hablarme del suyo, que tenía un cólico, supe enseguida que era él.

Cuando vi su fotografía le reconocí inmediatamente. Alma estaba en la clínica; su cólico era muy grave y los veterinarios hablaban de operarle, pero Michèle no quería. Yo me esmeré en realizarle sanaciones a distancia.

El cólico de Alma ha sido el que me ha llevado más tiempo y exigido más perseverancia, pero yo ya me figuraba que sería así, porque había soñado con él. El problema es que no me acordaba de cómo terminaba

el

sueño, solo de que en él luchaba por salvarle la vida. ¡Se me había olvidado el final!

Alma se recuperó del cólico, no hubo que operarlo. Los veterinarios se sorprendieron mucho; el caballo pudo volver a vivir su vida durante un tiempo. Tanto él como Michèle estaban contentos. Por mi parte pensé que el sueño había terminado.

Un tiempo después, no se sabe cómo, Alma contrajo una infección pulmonar. Yo no entendía nada. ¿Entonces no había terminado? ¿La pesadilla continuaba? Pensé que podríamos ayudarle una vez más.

El sueño me había mostrado que debía luchar por él. Seríamos capaces de vencer a la infección, ¡yo lo había conseguido en muchos otros casos!

Nada era imposible, y además Alma iba a empezar a tomar antibióticos.

Unos días más tarde se tumbó en el box y partió plácidamente, tranquilamente, hacia las llanuras del Más Allá. La lucha había terminado.

Cuando Michèle me lo dijo, derramé un mar de lágrimas: había querido salvarle con todo mi corazón. Sin embargo yo no soy más que una intermediaria y no me corresponde tomar la decisión. Michèle estaba hundida: no conseguía aceptar su muerte.

¿Por qué habría partido así, tan de repente y después de todo lo que habíamos pasado?

Yo había olvidado que mi sueño no terminaba; en él solo aparecía la lucha. Yo no era quien debía ponerle fin. El sueño era de Alma y del Creador, Great Spirit.

¿Será que el momento de la partida está decidido de antemano y la sanación lo retrasa? ¿Tengo yo derecho a intervenir?

¿Podemos evitar la muerte?

La vida es sagrada, siempre hay que intentar salvarla.

En ocasiones la muerte llega por la espalda, como una ladrona, y nos despista para que no nos demos cuenta de que está ahí, esperando. Sin embargo, también es hermosa y sublime. ¿Quién decide que debemos partir? ¿La muerte? ¿Nosotros? ¿El Creador?

A lo mejor Alma sabía lo que iba a pasar. A lo mejor la estaba esperando de pie, como un gran guerrero que aguarda su destino. Cuando la muerte se le puso enfrente, Alma la aceptó como a una querida hermana. La muerte le cogió de la mano y los dos se marcharon juntos muy lejos, a las Grandes Llanuras del otro Lado. Creo que Alma sabía lo que ocurriría, que supo diferenciar el sueño de la realidad. A Michèle y a mí no nos queda más que el recuerdo de su gran cuerpo alazán, de sus ojos dulces, de su aliento cálido y de su inconmensurable espíritu.

A **Smoke**, una perrita de lanas blanca de diez años, la atropellaron en la autopista; dejó su cuerpo muy rápido. Valéry y Josie, sus guardianas, salieron del coche en un área de descanso y no la vieron escaparse. Un coche golpeó a Smoke, que murió en el acto.

Smoke vivía con Olive, otra perra que era mayor que ella, y con numerosos pájaros.

Valéry quería saber si Smoke se había perdido en lo intangible después del accidente, si de verdad había sido su hora y si iba a reencarnarse. Las dos mujeres estaban muy conmocionadas por la muerte repentina e inesperada de su perrita.

Al conectarme con el espíritu de Smoke la vi muy alegre, corriendo por un lado y dando saltitos por otro. A veces se quedaba flotando unos instantes con todas las patas en el aire y resultaba realmente adorable.

Cada vez que saltaba emanaba de ella un efecto algodonado y salían destellos de luz; parecía un corderito. Me mostró que ahora estaba perfectamente y que se sentía muy feliz. Sí, había estado un poco desorientada durante un tiempo porque no se había dado cuenta inmediatamente de que ya no era de carne y hueso. El coche la había golpeado en la parte frontal de la cabeza; me transmitió una visión del accidente y me permitió oír el ruido del impacto. Sentí como si me

hubiesen dado un golpe en el vientre; era realmente sobrecogedor y me dio mucha impresión, parecía algo salido de una película. Cuando hablé con Valéry, sonrió: lo que le conté le permitió saber enseguida que se

trataba de su Smoke, porque efectivamente en su vida terrenal a menudo se ponía a dar saltitos y a ladrar dejando las cuatro patas completamente en el aire.

La perra solía vivir en un estado de angustia permanente; ya estaba así cuando sus guardianas la habían llevado a casa por primera vez. Valéry la había comprado en una tienda de mascotas, y Smoke había hecho el viaje hasta el punto de venta en tren, encerrada en una caja. Cuando llegaron a casa no paraba de lamerse las patas y mostraba claros signos de angustia.

A Valéry le alegraba saber que ahora estaba tranquila.

Smoke me habló en tono desenfadado de uno de los pájaros blancos que había en su casa, que no le caía muy bien… y efectivamente, Valéry me dijo que a Smoke le daba miedo aquel pájaro, que era muy ruidoso, y que por ello siempre mantenía las distancias.

Después, la perra me habló de su amiga Olive en un tono cargado de compasión. Me explicó que la otra perra todavía estaba triste, que su partida le había resultado difícil; Smoke la quería y pensaba quedarse un tiempo más a su lado.

A Valéry le parecía que Olive estaba de luto, ya que tenía ojeras y los ojos enrojecidos, como si llorase todo el tiempo.

Smoke me mostró también a un perro de pelo rubio que estaba con ella allí Arriba y que tenía un mensaje para Josie; al parecer no había podido dárselo antes de partir al otro Mundo. Cuando le pregunté a Josie si en el pasado había tenido un perro de pelo rubio ella se dio cuenta de que se trataba de su perra Strawberry, a la que había adoptado cuando estaba compartiendo su vida con otra persona. Aquella persona se había quedado con la perra tras su separación, y aunque Josie sabía que Strawberry había muerto, nunca había sabido las circunstancias de su fallecimiento. La perra tan solo quería decirle que estaba bien, que la había querido y que Josie no tenía que preocuparse tanto.

Valéry no comprendía la razón de que Smoke hubiese partido tan de repente. ¿Habría sido cosa del destino? La perra había sufrido dos accidentes cerebrovasculares en dos años y su guardiana se

preguntaba si no habrían sido indicios de que su partida sería inminente.

Sin embargo, mi encuentro con el espíritu de Smoke me permitió comprender que su muerte había sido un accidente. No estaba previsto que se marchase tan pronto y se disculpó por la pena que había causado.

Smoke me transmitió que en aquel momento se encontraba en un lugar de descanso y que volvería más adelante. Yo notaba que allí su bienestar y alivio eran absolutos y que se encontraba en compañía de otros seres bondadosos. En aquel lugar de serena tranquilidad me era posible acceder

a los mensajes de otros animales, como había pasado con Strawberry, la anterior compañera de vida de Josie. Puede que no se tratase de un lugar, sino de un estado de ánimo. Es difícil de decir.

Smoke todavía era accesible para Valéry y Josie: mientras esperaban, podían conectarse a ella con tan solo dedicarle un pensamiento.

Valéry seguía haciéndose preguntas: ¿Es posible morir antes de lo previsto? ¿No se trataba de algo decidido de antemano?

Le expliqué que yo no conocía todas las respuestas a los misterios del Más Allá y que aquellas eran preguntas que los seres humanos llevan haciéndose desde tiempos inmemoriales. Aunque encontrásemos una respuesta en libros sobre metafísica o en textos antiguos, ¿cómo podríamos saber que es la verdad? En este caso concreto yo había podido saber que la repentina partida de Smoke no había estado prevista gracias a lo que había percibido durante la conexión con ella. Valéry me contó que cuando hacía alguna tontería su difunta abuela solía decirle: «¡Me vas a matar antes de hora!», y por eso siempre se había preguntado si sería posible morir antes de tiempo.

Un día les pregunté por el destino a los Médicos del Cielo: ¿Está el momento de nuestra partida decidido de antemano, viene un ángel de la muerte a buscarnos en un momento concreto? ¿Es posible salvar a un animal de la muerte?

Como he intervenido muchas veces en casos de animales que finalmente se pudieron salvar, siempre me hago esta pregunta. ¿Se salvaron gracias a mis sanaciones a distancia o fue porque todavía no era su hora? ¿Es posible morir antes de tiempo? ¿Si logro salvarlos, es porque también eso estaba escrito en su destino? ¿Existe el ángel de la muerte?

¿De verdad permite que le burlemos tantas veces? ¿Y quién es el ángel de la muerte, de hecho? ¿Cómo es? ¿Es un siniestro esqueleto cubierto con una capa negra, como se le representa en los cuadros, o un ángel lleno de luz y bondad que nos libera del sufrimiento?

Obviamente, todos los mortales se hacen estas preguntas… ¿Cuándo está preparado de verdad un ser vivo? ¿Es posible siquiera estar preparado para morir? Para algunos es una bendición y para otros el mayor de los temores. Nos pasamos la vida esquivando el tema, viviendo como si nunca fuésemos a morir. Condenamos a los criminales a muerte, pero, ¿les estaremos haciendo un favor, después de todo? Quizá se trate de la liberación definitiva, el retorno a una fuente de Amor que hemos olvidado.

Muchos animales se resisten a morir aunque estén muy enfermos porque su guardián no está preparado. Saben que van a partir y esperan al

momento adecuado; esperan aunque ellos sí que estén preparados. ¿Cómo es posible? ¿Significa esto que tienen cierto control sobre el momento de su partida?

Cuando le hice todas estas preguntas, mi Médico Espiritual me miró muy seriamente y se tomó su tiempo antes de responder. Tras un largo silencio quiso saber si se lo preguntaba considerándole mi Médico o mi Guía.

«Se lo pregunto a mi Médico» especifiqué. Me contestó que su objetivo como Médicos del Cielo siempre es «salvar la vida». Después me dijo que nosotros podemos decidir, que todo es modificable.

«Todo es modificable. Vosotros decidís, podéis decidir», dicen los

Médicos del Cielo.

Los animales también pueden decidir. He reflexionado sobre este

asunto de la decisión durante muchos años. Me parece que existen múltiples líneas del destino y que ciertos acontecimientos han sido decididos de antemano, ya que podemos conocerlos antes de que ocurran gracias a sueños o visiones. ¿Significa esto que la libre voluntad no existe? Y si no existe, ¿por qué iban a hablarme de decisiones los Médicos del Cielo?

También he pasado mucho tiempo reflexionando sobre las palabras de mis Guías. Quien hizo posible que llegase a comprender fue una persona que había sufrido un cáncer terminal. Los médicos del hospital no le habían dado más de unas horas de vida a aquella mujer, que experimentó una *NDE (Near Death Experience)*. Cuando llegó a la luz, al mundo del Más Allá, le permitieron decidir si volver a la tierra o partir al otro mundo (morir). Le dijeron que si decidía quedarse en la tierra se curaría. Tras pensar en ello decidió volver, y se curó milagrosamente. Esta experiencia cambió su vida, porque supo que la querían, que no estaba sola, y que tenía la elección de vivir una vida feliz

Ahora sé que en esta tercera dimensión quien toma las decisiones es nuestro espíritu y no nuestra personalidad, con sus creencias y opiniones.

He comprendido que hasta que llega el momento de la muerte es posible curarse completamente y cambiarlo todo.

Somos verdaderamente libres de ir, de venir o de volver. Nosotros

(nuestra alma, nuestro espíritu) podemos elegir.

¿Debemos partir?

«La vida es como caminar en sueños. La muerte es como volver a casa».

Proverbio chino

E**n** mi opinión, las ideas que tiene la gente sobre el envejecimiento y la muerte están condicionadas por nuestra sociedad y nuestra educación.

Muchas personas creen ciegamente lo que nos dicen sobre las razas y la genética y piensan, por ejemplo, que un perro de trece años es viejo y que un caballo de más de diecisiete está moribundo. Estas ideas están tan arraigadas en la mente humana que hasta me da la impresión de que repercuten en la esperanza de vida de los animales. Yo he conocido a un gato de veinticuatro años que estaba en plena forma y a caballos de cuarenta y cinco que llevaban una vida normal.

Muchos guardianes toman rápidamente la decisión de practicarle la eutanasia a su animal en cuanto se ven enfrentados a su sufrimiento.

Como mencioné en un capítulo anterior, a menudo me dicen cosas del tipo: «no soporto más verle sufrir», «de todas formas está ‘hecho polvo’»,

«es demasiado tarde», «hay que detener esto», «está tumbado, así que se acabó», «no debe sufrir más, ya no aguanto verle así…».

Por todo ello, me gustaría compartir con vosotros algunas cosas que he descubierto.

Nosotros, los humanos, ¡también sufrimos! Muchas veces el sufrimiento es parte de las etapas de la recuperación. Que nos quedemos en la cama porque tenemos gripe con cuarenta de fiebre y no nos sentimos en condiciones de levantarnos o comer no quiere decir que estemos condenados. Que no podamos desplazarnos porque cojeamos de una pierna no quiere decir que nos tengan que practicar la eutanasia o llevarnos al matadero. Que no comamos cuando contraemos una bacteria o tenemos diarrea no quiere decir que queramos morirnos. Es posible incluso que no tengamos ganas de ver a nadie si estamos enfermos y en cama, que nos mantengamos apartados de nuestros seres queridos porque queremos estar solos y que nos dejen en paz. ¡Que no nos queramos levantar no quiere decir que nos queramos morir!

Un animal que padezca cualquier dolencia todavía puede vivir muchos años y disfrutar de su vida, incluso si se trata de cáncer. Si le practicásemos la eutanasia a todos los humanos que se ponen enfermos,

¡quedarían muy pocos sobre la tierra! No me cabe duda de que los guardianes sienten gran cariño y devoción por sus animales, pero me gustaría apelar a su sentido común y hacerles tomar conciencia de este concepto de vida, que no es distinto al que nosotros tenemos. Con ello podría conseguir cambiar su percepción de lo que llaman sufrimiento en el caso de un animal y en el de un ser humano.

Que un animal enfermo se cure puede llevar su tiempo, a menos que se produzca un milagro que lo haga sanar rápidamente. Yo misma he visto y vivido milagros inimaginables, así que no hay duda de que pueden ocurrir, pero normalmente la curación lleva tiempo, ya que el cuerpo y el espíritu deben acostumbrarse a un nuevo equilibrio, a una nueva armonía: la energía vuelve a fluir allí donde antes estaba bloqueada. ¿Influirán en ello nuestra forma de pensar y nuestras creencias sobre el cuerpo y las enfermedades? ¿Estaremos proyectando estas creencias en nuestros animales? Si puedo hablar sobre este tema es porque he tenido la suerte de poder prestar mi asistencia a animales en numerosas ocasiones.

Considero que el guardián debe ser paciente durante el tiempo que el animal tarde en curarse, mantener una actitud positiva y no pensar todo el tiempo que es el «fin» y que hay que practicarle la eutanasia.

Vuestros pensamientos conforman vuestra realidad y quizá también la

de vuestros animales.

Además, hay que darle una oportunidad al animal. Se la merece por ser quien es y por todo lo que os ha dado. Querer y respetar a vuestro animal también implica respetar su decisión y resistir vuestro propio miedo a la muerte y a verle sufrir. Los animales, al igual que nosotros, quieren vivir y experimentar su vida, aunque no tengan la misma relación que nosotros con la muerte.

Si vosotros os vieseis obligados a guardar cama durante un tiempo por cualquier razón (enfermedad, heridas físicas, fiebre, etc.) y al tercer día aún os sintieseis débiles y no os levantaseis de la cama como predijo el médico, ¿verdad que nadie iría a practicaros la eutanasia? Y lo mismo si se tratase de un hijo o un familiar. Si no os levantáis es porque queréis o necesitáis quedaros un poco más en cama para descansar y curaros: no es más que una de las etapas obligatorias de la recuperación. Aunque estéis acostados aún sois capaces de imaginar cómo sería vuestra vida si tuvierais buena salud y pudierais disfrutar de cada instante con alegría y energía.

¿Por qué no iban a tener vuestros animales el mismo derecho?

¿Por qué no iban a tener derecho a curarse?

¿Quiénes somos para decidir cuando mejor nos parezca que deben morir, con la excusa de que les vemos sufrir?

¿Pensamos en la eutanasia cuando un niño padece la enfermedad que sea?

Un día, David, un amigo mío que es también un excelente jinete, me contó que una mujer fue a verle para decirle que iba a hacer que le practicasen la eutanasia a su caballo de competición de tres años porque cojeaba y no hacia su «trabajo» correctamente: ya no saltaba los obstáculos como les gustaría a sus guardianes. Mi amigo, muy sorprendido por esta decisión, le preguntó: «¿Tiene usted hijos?». A lo que ella le respondió: «Sí, un niño». David le hizo otra pregunta: «¿Y va bien en el colegio últimamente?». Ella dijo: «No, la verdad es que no, ahora mismo tiene otras cosas en la cabeza…». A esto, David

replicó:

«¡Ah, pues tendría que llevarlo a que le practicasen la eutanasia!». La señora se sintió profundamente indignada por estas palabras. David le explicó que tanto su hijo como su caballo eran seres vivos y que uno no tenía más valor que el otro, que los humanos somos seres vivos diferentes pero no superiores a los demás, porque no existe jerarquía alguna. Ella comprendió lo que le quería decir y a partir de ese momento empezó a cuidar de su caballo como si se tratase de su propio hijo: hasta empezó a quererle por lo que era, y no por lo que podía hacer…

En cualquier caso, siempre hay que consultarlo todo con el veterinario y cumplir con todos los tratamientos médicos que haya prescrito. Está claro que si el animal está sufriendo mucho (si por ejemplo padece una gran insuficiencia respiratoria) y de verdad no hay modo alguno de ayudarle, es preferible practicar la eutanasia. Pero si vuestro animal demuestra que quiere vivir, creo que se merece una oportunidad de curarse y hacerlo.

Los animales aprecian cada instante de su vida más que nosotros, para

ellos nada es banal: cada instante les parece excepcional, una

posibilidad de experimentar la vida a través de sus sentidos. Ellos

disfrutan de la vida en el momento presente.

Recuerdo a una preciosa gata de pelo largo y sedoso y bigotes blancos que sufría una gran insuficiencia respiratoria: se llamaba **Pretty**. Sus guardianes pensaron en llevarla a que le practicasen la eutanasia, pero Pretty les demostraba que estaba luchando y que quería vivir. Su guardiana, Michèle, me llamó, y Pretty recuperó fuerzas gracias a las sanaciones a distancia que le realicé con la ayuda que me prestan desde Arriba. Fue prácticamente un milagro. La gata pudo volver a subir a lo alto del muro del jardín para hacer la siesta al sol, ya no se esforzaba desesperadamente por coger aire, parecía tener energía y volvió a ser cariñosa y a apreciar las caricias de los niños. El

veterinario no comprendía cómo era aquello posible. Pretty pudo vivir un mes y unas semanas más, con gran voluntad y muy buena calidad de vida: estaba alegre y contenta y aparentaba tener buena salud. Más tarde su estado se deterioró rápidamente de un día para otro, pero se notaba que aquella vez estaba preparada para su partida. También lo estaba el resto de la familia, sobre todo los niños. Como volvía a sufrir insuficiencia respiratoria y parecía estar teniendo dificultades para partir, sus guardianes llamaron al veterinario para que le pusiera la inyección. Pretty se quedó plácidamente dormida por última vez y atravesó en paz el puente del Arcoíris en dirección al otro mundo.

Uno, dos o tres meses más de vida puede significar mucho. Resulta hasta mágico; el tiempo y el espacio no existen. Cuando un ser vivo quiere disfrutar de los placeres de la vida, cada instante adicional puede ser eterno. Los animales saben cómo hacer que la vida sea un paraíso en la tierra. Saben cómo vivir cada momento y disfrutar de cada experiencia:

inhalan profundamente cada olor y nos muestran su alegría, su aprecio, su gratitud. Nos enseñan a vivir en el instante presente. Dejemos que sean ellos los que decidan si quieren o no vivir esta vida que han venido a experimentar.

La decisión final de vivir o morir deben tomarla el Creador y el espíritu

de vuestro animal. Sin embargo, a menudo somos nosotros los que la

tomamos por ellos aunque nuestro criterio esté contaminado por

nuestras creencias, miedos o emociones. Debemos intentar ser justos

por respeto a ellos, lo que son y lo que nos dan.

Lo que me gustaría que comprendieseis es que vuestro animal percibe vuestros pensamientos y reacciona en consecuencia. Si pensáis que no tiene salvación, se rendirá y dejará de luchar. A veces el simple hecho de que la palabra «eutanasia» cruce vuestra mente puede provocarle trastornos de comportamiento, como miedo o estrés, que perjudican aún más su estado de salud. Para poder ayudarle es preciso que quiera seguir viviendo: ¡alimentad pues en vuestro interior el vehemente deseo de que sobreviva! Mi labor es hacer todo lo posible para ayudar a los animales a curarse.

Vuestra paciencia y pensamientos positivos sobre su salud nos ayudan.

Me acuerdo también de **Browny**, un caballo de cuarenta años que vivía en un albergue ecuestre en el sur de Francia. Sus guardianes, Jérôme y su esposa Magali, respetaban mucho a aquel caballo que había vivido con ellos durante cuarenta años. Un día del mes de mayo Browny se desplomó súbitamente y se quedó tumbado en el suelo sin poder levantarse, ya que tenía problemas en el anterior izquierdo. Su guardián, que estaba muy unido a él, pensó: «Se acabó, no va a pasar de esta noche», y todo porque tenía cuarenta años y no se podía levantar. Jérôme era consciente de que su querido Browny iba a partir y todos los días temía encontrárselo tumbado y moribundo: ahora, aquel momento había llegado. Tenía cuarenta años y ya no podía más. Jérôme, con el corazón en un puño, fue a llamar al veterinario para que pusiese fin al sufrimiento

del caballo: lloraba, conmocionado, pues quería muchísimo a su Browny.

Había sido un caballo ejemplar, ¡le había dado tantísimo! Jérôme me habló con gran respeto de la extraordinaria generosidad de Browny, que además había sido todo un líder, el jefe del albergue ecuestre: había entrenado a todos los otros caballos más jóvenes, e incluso los más conflictivos o los que tenían algún problema aprendían de él, de su paciencia y de su ejemplo. Browny ya vivía en el prado, era libre de ir y venir por todo el albergue ecuestre a su antojo y de entrar en su box cuando le apeteciera. Fui a verle allí y le realicé una sanación con

la ayuda que me prestan desde Arriba. Percibí una hermosa presencia, radiante y diáfana, pero no me pareció que fuese la deslumbrante Presencia de Amor y Compasión que acude para llevarles al otro mundo.

Browny parecía agotado, sí, pero no me quedó claro cuál había sido su decisión: parecía estar dudando aún. Pensé que fuera como fuese por lo menos podía transmitirle fuerza venida de Arriba para que decidiese si quería quedarse o partir. Le pedí a su guardián un día más de plazo para que Browny tuviera al menos la posibilidad de decidir; así veríamos si quería quedarse. Era él quien debía decidirlo.

Al día siguiente estaba en pie.

Dos meses más tarde volví al albergue ecuestre y vi que Browny estaba en plena forma, trotando junto a un joven caballo castrado de pelaje bayo que habían puesto con él. Parecía feliz, tranquilo, ocupado en pacer y jugar con su joven amigo. Jérôme me dijo que estaba mejor que antes de su caída.

La vida es resplandeciente cuando queremos vivirla…

Un tiempo después descubrí que Browny había partido plácidamente un año más tarde.

También creo posible que en realidad no tengamos que partir y que sea la sociedad la que nos condiciona a ello. Estoy segura de que podemos conservar el mismo cuerpo durante mucho tiempo, solo que no sabemos cómo hacerlo. En algunos pueblos antiguos, como por ejemplo el de Okinawa en Japón, hay personas que han cultivado la longevidad y vivido más de un siglo. A los animales también les afecta nuestra realidad común, nuestro inconsciente colectivo.

Pienso que si el cuerpo y el espíritu estuviesen íntimamente conectados seríamos capaces de hacerlo. El cuerpo se llenaría de luz y vibraría a una

frecuencia mucho más alta, lo que lo volvería inmune a las enfermedades o al deterioro físico. No obstante nuestro cuerpo se encuentra en este plano terrestre, separado de nuestro espíritu, de nuestra Fuente, y ya no recuerda nada. Esa es la razón de que estemos obligados a cambiar de cuerpo si queremos experimentar cosas nuevas. Quizá sea mejor hacerlo así, cambiar el cuerpo por uno nuevo que funcione mejor.

En cierta ocasión uno de los Médicos del Cielo comparó el cuerpo

humano a un coche en una de sus argumentaciones. Explicó que a un coche podemos ponerle gasolina y cambiarle las piezas y el motor varias veces. Y continuó: «Claro, que llega un momento en que el coche es demasiado viejo para que valga la pena seguir arreglándolo. ¿Qué haces entonces? Llegados a ese punto lo mejor es comprarse uno nuevo que te guste más».

Si todos pudiésemos llegar a pensar eso, que morir es como comprarse un coche nuevo más grande y limpio y que circule mejor, a nadie le daría miedo la muerte. Cuando alguien falleciera, diríamos: «Oh, ¿el señor X?

¿Que dónde está? Ah, sí, se ha ido a buscarse otro cuerpo. No os preocupéis, que ya volverá: depende de lo que tarde en encontrar uno que le guste. Tiene que probarse varios distintos y luego decidirse, pero ya sabéis lo bien que se lo pasa probándose envoltorios nuevos. Ya los ha tenido de todas las clases: robustos, delgaduchos, elegantes, de todos los colores…».

Una bonita leyenda del pueblo oromo de Etiopía cuenta que un día el espíritu divino de los Cielos envió a Holawaka a la tierra para que le revelase a la humanidad el secreto de la inmortalidad: bastaba con quitarse la piel vieja cuando ya estuviese gastada y ponerse una nueva, igual que cuando nos cambiamos de ropa. Holawaka era inmortal y viajaba con forma de pájaro, pero el viaje le resultó muy cansado y tenía mucha hambre y sed. Su vista de pájaro le permitió avistar desde los cielos una serpiente que se estaba comiendo a un ratón. Descendió, se posó cerca de la serpiente y le dijo que le contaría el secreto de la inmortalidad si ella a cambio le daba un trozo del ratón. La serpiente aceptó, y esa es la razón de que las serpientes cambien la piel. Y también es la razón de que los Holawakas se volvieran mortales y se vieran obligados a vivir en la tierra, en castigo por la necedad cometida por su antepasado.

14

¿Es posible disuadir a la sombra de la

muerte? ¿Quién decide?

«Cuando te llegue la hora de morir no seas como aquellos cuyo corazón

rebosa de miedo a la muerte, aquellos que cuando les llega la hora

lloran y suplican que se les conceda un poco más de tiempo para volver

a vivir su vida de forma diferente.

Canta tu canción de muerte y muere como un héroe que vuelve a casa».

Líder amerindio Tecumseh*, del pueblo shawnee

D**ream** era una preciosa hembra de labrador de color blanco; tenía trece años.

Nunca olvidaré a Dream. Era la perra perfecta: su guardiana Mabel decía que era su «rayo de sol». Irradiaba algo inexplicable y estaba muy presente en su vida: siempre a su lado, fiable, paciente, cariñosa y reconfortante. El corazón de Mabel albergaba una bondad fuera de lo común, pero su vida había sido difícil debido a las enfermedades que sufrían ella y su hijo. Por eso quería hacer todo lo posible por ayudar a Dream: temía que la perra hubiese absorbido sus problemas como una esponja. Dream, en pocas palabras, no estaba demasiado bien de salud: padecía mastitis crónica y además tenía bloqueado el tren posterior, lo que hacía que le costara mucho levantarse. Su

guardiana, que no quería verla sufrir, se preguntaba si no sería necesario practicarle la eutanasia.

Empecé a realizarle sanaciones a distancia a la perra, que respondió bien

y empezó a encontrarse cada vez mejor. Todos estábamos contentos, porque Dream iba a poder seguir viviendo con Mabel y su marido, tal y como quería. Pareció rejuvenecer, recuperó fuerzas y la inflamación desapareció. Yo le cogí mucho cariño: era como si la conociese, la consideraba parte de mi familia. Siempre me encariño mucho con los animales a los que realizo sanaciones a distancia. Sin embargo, unos meses más tarde Mabel me llamó para decirme que Dream tenía otro problema: había contraído una bacteria que le provocaba diarrea sanguinolenta por la noche. Me esforcé desesperadamente por ayudarla, pero la sombra de la muerte había tomado su decisión. El veterinario no pudo hacer nada; los antibióticos no consiguieron hacer remitir la actividad de la bacteria y el estado de salud de Dream se deterioró completamente en una sola noche. Al día siguiente, cuando vi el desastroso estado de su hígado y sus riñones, supe que era demasiado tarde. Sin embargo, me resultó muy difícil rendirme a la evidencia. Había luchado tanto por salvarla… era como si aquella bacteria me la hubiese arrebatado a mis espaldas, como si fuera una ladrona taimada que se hubiese llevado a nuestra Dream sin hacer ruido. Nos había cogido a todos por sorpresa: a Mabel, a su marido, al veterinario, a mí y a la propia Dream. Aquel día, jueves, el veterinario confirmó el deterioro de sus riñones y su hígado. Yo creía que se trataba de la *Escherichia coli,* porque en aquella época había una epidemia de aquella bacteria en la población humana de Alemania y Francia y los síntomas eran exactamente los mismos. Sin embargo, el veterinario aseguró que no era posible que los animales la contrajesen. Dijo que no se podía hacer nada más: Dream iba a morir, pero no era necesario practicarle la eutanasia, era mejor que partiese tranquilamente en su casa. Así, Mabel se la llevó de vuelta junto con una jeringa preparada con calmantes por si la perra sufría convulsiones. Sus guardianes le pusieron la inyección sobre la una y media de la madrugada. No tardó en hacerle efecto: la respiración de Dream empezó a hacerse cada vez más pausada, y al final se durmió plácidamente en brazos de Mabel.

Mabel creía que el destino había estado esperando hasta aquel momento, y le encontraba cierta lógica a la idea. Yo, sin embargo, no lograba aceptar lo que había hecho aquella bacteria. ¿Cómo se había atrevido a hacer aquello, a robarnos a nuestra preciosa Dream, a nuestro ángel, que era tan buena y tan dulce, así de golpe, sin avisar?

Yo no lo podía entender, porque Dream aún podría haber vivido muchos años. No dejaba de pensar en ello, de bombardearme la cabeza a base de preguntas.

¿Habría sido obra del destino? ¿Un error? ¿Un accidente? ¿Una decisión de su espíritu? ¿Un decreto de Great Spirit?

Cuando me conecté con el espíritu de Dream, todo el rencor que había acumulado contra la bacteria sin nombre que se parecía a la *Escherichia coli* desapareció. La vi preciosa, joven y llena de paz; era como despertar de una pesadilla, como si nada de todo aquello hubiese pasado. Me dio la impresión de que la vida real era aquello, de que la que no existía era la otra. Vi a Dream en un lugar similar a una montaña resplandeciente. En realidad no puedo decir que fuese un lugar; era más bien un estado del ser que parecía un lugar. El aire daba una sensación especialmente extraordinaria; parecía estar compuesto de brillantes arcoíris, y su refulgente claridad se extendía por todo el espacio. Pero aún más extraordinario era el olor que perfumaba el éter. Se trataba de un efluvio vivo, perfumado y consciente que impregnaba todas las células de Dream de un aroma incandescente y la colmaba de un prodigioso y reconfortante bienestar. Resulta imposible de explicar o de traducir en palabras, ya que es muy difícil describir lo que no es físico. Era como si la luz y el aroma sobrenatural fuesen Uno.

Este Uno, este Todo, podía comunicarse con Dream y al mismo tiempo estar en su interior. Dream había vuelto a un estado de salud e integridad perfectos. Todo el cansancio, el sufrimiento, los daños y la separación que yo había percibido en su cuerpo terrestre se habían desvanecido; se habían disuelto en la exuberancia infinita de aquel magnífico y refulgente aroma.

Había otra cosa más que resultaba sorprendente, y es que Dream era consciente de mi presencia, de la de Mabel y de la de su familia, todo al mismo tiempo, como si pudiese percibirlo todo según donde concentrase la atención de su espíritu: no estaba limitada por ningún espacio, podía sentirlo todo a la vez. Aunque veía la tristeza de Mabel no se veía afectada por ella, no le hacía sufrir. Me dio la impresión de que en el lugar donde estaba todo ocurría simultáneamente, como si no hubiese separación alguna entre lo experimentado en la tierra y lo experimentado en el Más Allá. Todo parecía ser parte de la misma cosa. Y también me pareció que allí Dream era más grande, que poseía un conocimiento y un poder magníficos; yo me sentía muy pequeña ante la majestuosa grandeza de su ser. Destilaba nobleza, sabiduría y amor. Me transmitió mediante pensamientos y sensaciones la gratitud

y el cariño infinito que les profesaba a Mabel y a su familia por la vida que había vivido con ellos.

Dijo que les enviaría otro perro.

Los temores de su guardiana habían sido precisamente no haberla querido lo suficiente y haberle transmitido su propio sufrimiento. Le daba reparo adoptar otro perro demasiado pronto porque no quería traicionar a Dream.

No siempre podemos influir sobre los acontecimientos o controlarlos.

No podemos luchar contra el destino. La Decisión sobre la vida o la

partida de un ser vivo no está realmente en nuestras manos.

Esta decisión se toma en otro lugar, en una dimensión que no

comprendemos. Mantengamos el espíritu ágil, flexible y fluido, como el

agua que corre.

Luna, una perrita gris de trece años, tenía insuficiencia cardiaca con edema pulmonar. Apenas podía respirar, estaba siempre tumbada y ya no andaba. El veterinario dijo que había que practicarle la eutanasia, que a su edad y en su estado no valía la pena que sufriera. Sin embargo, a Hanna, su guardiana, no le convencía la idea: no podía imaginarse la vida sin Luna, quería estar con ella. Cuando consultó a otro veterinario este le dijo que a Luna no le quedaba mucho tiempo, pero que si aún podía aguantar no valía la pena practicarle la eutanasia aún. Hanna me llamó para que le realizase sanaciones a distancia a la perra y de este modo mejorar un poco su calidad de vida y ayudarla en su transición hacia el otro mundo. La verdad es que me parecía que el diagnóstico veterinario era correcto y no creía que pudiese salvarse; sin embargo, he aprendido que lo vivido por un animal, su realidad, no tiene nada que ver con mis creencias y convicciones, porque es el animal quien toma la decisión con el Creador.

Así pues, le dije a Hanna que intentaría ayudar a su perra. Todos los días esperaba que me llamase para anunciarme que Luna había cruzado al otro Lado, y sin embargo esta se recuperó milagrosamente. El veterinario no lo podía entender. Continué asistiendo a Luna y al cabo de seis semanas Hanna me dijo que apenas podía dar crédito a sus ojos: ¡la perrita estaba en plena forma! Me confesó que aunque no entendía cómo era posible aquello, lo único que le importaba es que Luna seguía allí. Unos meses más tarde la perra seguía estupendamente, ladraba y a juzgar por lo que me contaba Hanna incluso hacía locuras.

¿Cómo se las arregló para disuadir a la sombra de la muerte? Hanna me dijo: «No le veo explicación posible, por más que lo intente no encuentro

la respuesta. Lo único que sé es que el veterinario quería practicarle la eutanasia. Ha sido un milagro; recuerda que Luna ya ni podía andar».

Las personas que están aquí en la tierra, en esta dimensión, no

entienden los fenómenos extraordinarios. Algunas los llaman milagros

porque no alcanzan a comprender estas nuevas posibilidades. Hay

muchísimas cosas que el ser humano no llega siquiera a concebir.

Existe Allí todo un abanico infinito de posibilidades sobre las que el ser

humano no sabe nada.

Considero que los conceptos de la vida, de la enfermedad, de la muerte y de la realidad podrían ser completamente distintos de lo que creemos. A lo mejor solo nos damos cuenta de esto cuando abandonamos esta dimensión, cuando llegamos a la otra o las otras dimensiones, las del Amor Infinito. Pienso que Luna se curó porque su espíritu decidió quedarse para disfrutar de su vida en un cuerpo sano y en buena forma.

¿Es el espíritu el que decide cuándo, por qué o cómo se manifiesta la sombra de la muerte? ¿Es una decisión tomada desde Arriba con nosotros o sin nosotros? Creo que cuando el espíritu toma una decisión, esta tiene tanto poder que puede derribar los muros de una fortaleza, o en este caso vencer a una enfermedad, y transformar la realidad en una ilusión. Somos mucho más que un cuerpo, antes que eso somos espíritu y energía. El cuerpo físico no es más que una manifestación visible de ambos. Es posible que la enfermedad no sea más que una ilusión de nuestro espíritu.

A lo mejor la sombra de la muerte no existe.

En una ocasión mi pareja y yo adoptamos unas ardillas rayadas, a las que en Europa la gente llama erróneamente «ardillas coreanas». Esto se debe a que cuando pasaron a ser una especie protegida por el Convenio de Washington y se prohibió su captura y exportación, los traficantes las hacían pasar por Corea para poder revenderlas en Francia. En realidad estas ardillitas viven en Norteamérica, más concretamente en Montana, un lugar que me encanta. Hoy en día está absolutamente prohibido traficar con ellas.

Un día vi cinco crías de ardilla rayada en una jaula de una tienda de mascotas. El vendedor hablaba de practicarles la eutanasia porque una de ellas tenía una pata aplastada y muy dañada. ¡No era lo suficientemente bonita para venderla! Las otras crías también estaban en bastante mal estado. Enseguida decidimos llevárnoslas para poder liberarlas cuando se

recuperasen. Mi pareja dedicó mucho tiempo a alimentarlas y devolverles la energía. Les construyó unas cálidas madrigueras en el interior de una pajarera grande, siempre tratando de hacer una reconstrucción lo más fiel posible de su hábitat natural. Yo me encargaba de hacerle las curas asiduamente a la que tenía la pata aplastada, que era la que estaba más débil debido a la infección. Poco a poco se le fue quitando la inflamación de la pata e incluso pudo empezar a apoyar peso en ella y a caminar. Para demostrarnos su gratitud venía cada día a lamernos los dedos y mordisqueárnoslos con suavidad. ¡Le gustaba especialmente la mermelada de frambuesa! Todas las crías estaban delgaduchas y escuchimizadas, probablemente por haber sido destetadas demasiado pronto; no sabían comer ni beber por sí solas, de modo que teníamos que alimentarlas cada tres horas con biberón. Además, aunque era invierno y hacía frío los bebés no respetaban los ciclos de hibernación que son habituales en las ardillas que están en su medio natural.

Una mañana nos levantamos y vimos que dos de las ardillas yacían en la parte inferior de la jaula, fuera de las madrigueras y aparentemente moribundas. Cuando las vi en la mano de mi pareja, con los ojos cerrados y el cuerpecito ya rígido y frío, me eché a llorar. ¿Dónde había ido su pequeño espíritu, tan bonito? Mi pareja me dijo con tristeza: «No hay nada que hacer, ya se han ido». La vida había abandonado a mis bebés ardilla, no había podido socorrerles a tiempo. « *Please, give them back to me!* » le pedí a Great Spirit. « *Please*». («Por favor, Great Spirit,

¡devuélvemelos!»). En aquel instante sentí cómo me invadía una enorme Presencia y noté una poderosa fuerza llena de Amor en las manos que me hizo temblar como una hoja. Cogí a las ardillitas una por una y se las fui pasando mi pareja para que les devolviese el calor. Pude percibir que la gran Intensidad de Amor entraba en ellas… y mi pareja y yo vimos cómo sus boquitas de diminutos dientecitos blancos se abrían para tomar aire, cómo sus preciosos y ahora tibios cuerpecitos iban perdiendo poco a poco la rigidez entre mis dedos, cómo se abrían sus ojos llenos de ternura parecidos a diminutas perlas negras y cómo volvían sus pequeños y afables espíritus.

Se me transmitió entonces la forma exacta en que debíamos cuidarlas y qué bebida y comida debíamos darles. Mi pareja y yo nos quedamos en silencio, rebosantes de reconocimiento y gratitud, con las dos ardillitas ahora vivas y cálidas en nuestras manos: eran la prueba irrefutable de la milagrosa grandeza del Amor de Great Spirit.

¿Puede un animal ponerse enfermo y

partir por nosotros?

«Los que siguen viviendo en el corazón de los que han dejado atrás no

están muertos».

Tribu amerindia tuscarora

¿**Pueden** los animales llevarse consigo nuestros sufrimientos, nuestro destino? Me parece que a veces sí.

Luis, un hombre inteligente y noble, tenía una perrita de cinco meses llamada **Solea** que desarrolló cistitis y después metritis. El veterinario no se explicaba cómo podía tener metritis una perra de su edad. Solea murió muy poco tiempo después, y la tristeza que experimentó Luis, que sentía que la había abandonado, fue insoportable.

Cuando establecí la conexión con el espíritu de Solea ella me comunicó que se había puesto enferma para evitar que fuera Luis quien enfermase.

Me hizo saber que había algo que hacía sufrir mucho a su guardián, algo relacionado con la infancia, la maternidad y sus padres. Era como si la perra hubiese absorbido toda aquella pena en su interior para poder desviarla y transformarla mediante su muerte, pero no quería que Luis se sintiera culpable. Yo no entendía muy bien lo que significaba todo aquello, pero aún así le transmití a Luis el mensaje de Solea. Él me contó lo siguiente: su madre había perdido a su propio padre a los veintisiete años, en la época de Franco. La había criado en España de forma

excesivamente severa una tía que la obligó a casarse con un hombre al que no quería. Aunque tuvo tres hijos, no era feliz. Una mañana se escapó con el más pequeño de los niños, y los otros dos acabaron en un orfanato; uno de ellos era Luis, que entonces tenía entre cuatro y cinco años. Un buen día su madre volvió a buscarlo para ocuparse de él, pero tuvieron una vida difícil y Luis nunca conoció a su padre.

Ya adulto, Luis partió para buscar a su padre y acabó por encontrarlo.

En el momento de su reencuentro, le dijo: «¡Soy tu hijo!», pero su padre se negó a reconocerle como tal.

En cuanto a su madre, acabó muriendo de Alzheimer. Quizá sus recuerdos fuesen demasiado angustiosos…

Luis había tenido una vida difícil, llena de pena y tristeza. Quizá cargar con tanta amargura habría acabado por hacerle caer enfermo…

Solea. Un enorme espíritu de alegría dentro de un cuerpecito peludo que se quedó durante un breve instante para iluminar con su Amor el corazón afligido y solitario de Luis y luego se llevó consigo las penas de su guardián al Más Allá para sepultarlas por siempre.

Los animales vienen a la tierra principalmente para vivir su vida de

animales y experimentar todas las sensaciones y emociones propias de

su naturaleza. Nos invitan a observarles y nos enseñan a vivir en el

presente, a sacarle partido a nuestros sentidos y a descubrir la

naturalidad y la alegría de existir.

Cool, un precioso gato bosque de noruega, murió un mes de invierno tras haber vivido doce años con su guardiana Lynn.

Un día se puso a maullar como si le doliese el estómago. Como sufrió dos oclusiones intestinales y dejaron de funcionarle correctamente los nervios de la pared del intestino, Lynn tuvo que llevarlo a que le practicasen la eutanasia.

Cool entró en la vida de Lynn en el mismo momento en que descubrió que tenía un tumor cerebral; fue un regalo de un desconocido. Cool y Lynn estaban muy compenetrados; él era lo único que le importaba. No se comportaba como un gato, y la gente de su entorno le decía que debía tratarse de un ser humano reencarnado. Cool era muy protector y enseguida se ponía celoso y posesivo. Si decidía que no le gustaba una persona, se volvía agresivo.

Cool sufrió un hipertiroidismo que no se le terminó de curar bien. Su

guardiana estuvo a punto de perderle, y todos sus esfuerzos por salvarle terminaron por afectar a su propia salud: siete meses más tarde el tumor de Lynn reincidió. Entonces, Cool se puso aún más

enfermo. Aunque Lynn le adoraba, le dijo: «Así no voy a poder, no puedo luchar por dos».

Un tiempo después, Cool partió. Lynn pensaba que había sido para que ella pudiese dedicarse a recuperarse de su enfermedad, pero me confesó:

«Desde que partió mi vida es un infierno». Lynn quería saber si Cool comprendía por qué había decidido practicarle la eutanasia. ¿Le guardaba rencor? ¿Pensaba en ella? ¿Velaba aún por ella? ¿Había decidido ponerse enfermo y partir para que ella pudiese concentrarse en recuperarse de su enfermedad? ¿Había sido feliz con ella, aunque estuviese enferma? Lynn había tenido que dejarle quince días en la clínica. Le quería muchísimo; quería que supiese que no le había abandonado, que no había tenido opción, que había sido para que le tratasen el hipertiroidismo. Cuando establecí la conexión con el espíritu de Cool vi que todavía se encontraba muy próximo a su guardiana, estaba a su lado porque no quería que sufriera. Quería que supiese que no la juzgaba; le habían enviado para ayudarla y cuidarla. «¡Era el amor de mi vida y siempre lo será!». Lynn estaba ahora muy sola y deprimida y le guardaba mucho rencor a su enfermedad. Gracias a los mensajes que me hizo llegar el espíritu de Cool comprendí que Lynn vivía su enfermedad como si fuese un castigo.

Desde Arriba me transmitieron imágenes en las que pude ver que había tenido una vida muy difícil repleta de obstáculos, entre los que figuraba una infancia sombría durante la que había tenido una relación complicada con su padre. Cool había venido a su vida para darle consuelo y demostrarle que podía vencer a la enfermedad. Se había mostrado tan protector con ella porque era vulnerable; había mucha gente en su entorno que la criticaba y se aprovechaba de su debilidad, y Lynn, que era insegura, dejaba que la pisoteasen. Ella me decía: «¡Se comportaba como un hombre!». Cool quería hacerle saber que ahora estaba bien, que no tenía que preocuparse por él. Quería que cuidase de sí misma. Cool me transmitió también que si Lynn quería deshacerse de su enfermedad antes debía comprender que la estaba utilizando como escudo protector: la enfermedad le otorgaba una identidad que obligaba a la gente de su entorno a respetarla y a dejarla tranquila. Los animales siempre transmiten este tipo de mensajes con mucha compasión y sin juzgar a su guardián.

Lynn se encargó de incinerar el cuerpo de Cool y puso sus cenizas en una pequeña urna. Me dijo: «Hice todo lo que estaba a mi alcance. ¿Sabe que lo traje conmigo? Hablo con él… ¿por qué no vuelve a verme?».

Cool quería que le recordase con cariño y sin culpa. Me explicó que no podía quedarse mucho tiempo cerca del cuerpo físico de Lynn porque hacerlo le vinculaba a una dimensión física concreta. Sin embargo, siempre estaría ahí para ella; velaba por ella. Lynn me dijo: «Le echo muchísimo de menos». No sabía si algún día podría superar el dolor.

Pienso que Cool vino para prestarle a Lynn su ayuda y apoyo durante su enfermedad y que luego se marchó cuando llegó el momento apropiado. Por eso llegó un buen día a la vida de su guardiana en brazos de un desconocido, como si fuese un enviado del cielo.

Myriam me llamó un día para hablarme de su perra de pelaje cobrizo, **Melody**, que había muerto repentinamente de una enfermedad. Myriam, que poco antes había perdido también a su otra perra, tenía esclerosis múltiple e iba en silla de ruedas. Me preguntó por la razón de la partida de Melody, que se me apareció muy joven, llena de vitalidad y energía.

Lo que más me sorprendió fue que parecía muy grande, a pesar de que en vida había sido de tamaño medio. También quedé impresionada por la nobleza y grandeza de su alma. Melody quería transmitirle a su guardiana que ahora estaba bien y que no tenía que preocuparse por ella. Me explicó que Myriam se sentía culpable por no haberla podido cuidar bien, pero la perra quería que dejase de sentirse así. Myriam me confirmó que como iba en silla de ruedas nunca había podido agacharse para coger a la perra en brazos y que con su enfermedad le había resultado muy difícil ocuparse de ella. Melody me explicó que había venido a la vida de Myriam para hacerle compañía y aliviar su sufrimiento; la suya no había sido una relación habitual entre perro y humano, así que no importaba que no hubiesen podido tener contacto físico. Me dijo que bastaba con que durmiese al lado de Myriam o se sentase a los pies de su silla para que los guías del Más Allá pudiesen ayudarla, y que podían atravesar el cuerpo de Melody para aplacar el sufrimiento de su guardiana. «Mi cuerpo ya no aguantaba más, por eso he tenido que partir. Dile que todavía estamos con ella, que estamos a su lado. Tiene una intuición que le permite acceder al otro mundo, es ella la que se retiene». Unos meses más tarde los familiares de Myriam me escribieron para contarme que también ella había vuelto al Gran Todo.

Pienso que algunos animales vienen para prestarles su ayuda a personas que estén sufriendo o bien enfermas o inválidas. No podemos decir que se trate de un «sacrificio», porque este tipo de decisiones se toman Arriba, y por lo tanto no le corresponde al ser humano decidir cuál es la función u objetivo del animal en su vida. Tras la muerte del

compañero animal a menudo los guardianes me dicen cosas como estas:

«le necesito», «no sé qué hacer sin él», «no soporto que no esté», «no puedo vivir sin él», «me ha ayudado tanto en este periodo tan difícil de mi vida… no habría podido sobrevivir a todos estos desafíos sin él»,

«estábamos muy compenetrados».

El animal concreto que vino a ayudaros a superar vuestros desafíos y enfermedades y se llevó con él un ápice de vuestro sufrimiento es un gran ser, más grande de lo que podéis imaginar. Debemos respetar su decisión y respetarle a él por lo que es.

¿Decide partir el animal?

«Se te aparecerá una Luz, clara, vacía, fulgurante y sin color, y te envolverá más rápida que el relámpago. No permitas que el miedo te haga dar ni un paso atrás, no pierdas el conocimiento. Sumérgete en la

luz. Rechaza toda creencia en el ego y todo apego a tu ilusoria

personalidad, disuelve su No Ser en el Ser y libérate. No son muchos los

que obtienen la Liberación en este momento tan huidizo que podría

describirse como carente de duración si no lograron obtenerla a lo

largo de su vida. Casi todos pierden el conocimiento, presas de un

pánico que experimentan como una conmoción mortal».

Extracto sobre el *chikai bardo* de *Textes Tibétains inédits,* traducido por Alexandra David-Néel.

M**e** despedí de **Calo**, el perro de nuestra familia, que por otra parte ya no estaba completa. Mi exmarido y yo nos habíamos separado y nuestros hijos ya vivían su propia vida como músicos. Yo viajaba sin parar. Calo vivía con mi exmarido, y yo sabía que no le quedaba mucho tiempo. Debía de tener ya unos diecisiete años (no sabíamos su edad exacta porque venía de un refugio), y aunque siempre había tenido una salud excelente, hacía poco le habían diagnosticado un osteosarcoma.

Hablamos con nuestro veterinario de Los Ángeles y decidimos dejarle vivir tranquilamente el tiempo que le quedara con ayuda de las medicinas y por supuesto de los Médicos del Cielo, que me habían dicho que se ocuparían de él.

Mis hijos ya le habían dicho adiós antes de marcharse lejos, a otro país, para continuar con sus estudios de música. Ahora me tocaba a mí, porque pronto iba a marcharme a Europa y era consciente de que no volvería a verle. Calo me explicó que partiría muy pronto, cuando estuviese preparado. Yo le miré fijamente a los ojos y le pedí que me avisase si necesitaba ayuda.

Decirle adiós me partía el alma; Calo representaba nuestra familia, toda nuestra vida en Los Ángeles. Sin embargo, yo sabía que quería partir; estaba cansado.

Mi exmarido, sin embargo, aún no estaba listo para verle marchar: el perro había sido un pilar, con su paciencia infinita y su carácter inquebrantable, siempre presente, siempre íntegro. Yo sabía que Calo estaba esperando a que su guardián estuviese preparado.

Seis semanas más tarde mi exmarido me llamó para decirme que tanto él como el veterinario pensaban que había llegado el momento de practicarle la eutanasia a Calo, y que sería el jueves. «Lo haremos en nuestra casa familiar; he decidido que sea el jueves porque no trabajo ese día. Va a ser duro, pero lo está pasando muy mal. Ya no se levanta ni come, y además tiene la mirada perdida. Creo que ha llegado el momento.

Además, la otra perrita lleva una semana sin acercarse a él, con lo que le quería. ¿Podrías comunicarte con él y preguntarle? Yo creo que quiere partir».

Así las cosas, hablé con Calo a distancia.

Calo estaba preparado y se sentía en paz. Mi exmarido había tomado su decisión.

El perro partió por sí solo durante la noche del miércoles, la anterior al día en que habían decidido practicarle la eutanasia.

Su gran cuerpo de beauceron, robusto aunque ahora más flaco, partió silencioso y ligero como una pluma en una calurosa noche de verano en Los Ángeles. Nadie le vio ni le oyó.

Mi exmarido se lo encontró muerto en el jardín al día siguiente, con el pelaje aún fresco por el rocío de la mañana y el rostro lleno de paz: parecía estar sonriendo.

Los espíritus habían venido a buscarle para atravesar el gran puente del Arcoíris.

Calo quiso ahorrarle un disgusto a su guardián, partir dignamente y no hacerle pasar por la dura prueba de tener que asistir a su eutanasia.

Margaret me llamó porque una persona de su entorno tenía dos burros: **Damsel**, una burra, y su cría **Spark**, un bonito burrito negro. Spark estaba muy enfermo y su guardiana planeaba llevarlo a que le practicasen la

eutanasia. Sufría arritmias, y como su corazón dejaba de latir, se caía y a veces se hacía heridas muy graves. La guardiana no quería intentar nada ni saber nada, tan solo quería que le practicasen la eutanasia cuanto antes y de ese modo separarlo de su madre.

Margaret, que quería y respetaba a los animales, estaba indignada: quería salvar a Spark a toda costa. Removió cielo y tierra y se dedicó

en cuerpo y alma para salvar al burrito, sacarlo de manos de su guardiana y entregárselo a alguna asociación. Finalmente quedó a la espera de que se organizase el traslado en remolque. No dejaba de pensar en Spark: hacía calor y la cría se hacía daño debido a sus caídas cada vez más frecuentes.

La cosa empezaba a ser urgente.

Finalmente se organizó el transporte. Se pusieron en marcha muy temprano por la mañana y decidieron hacer el viaje de un tirón, porque el burrito estaba cansado y en mal estado. En el remolque había tres burros; uno de ellos, un semental, intentó montar al pequeño Spark. Esto estresó mucho a la cría, que acabó por resbalar y caerse. Margaret intentó sanarle y ayudarle, pero no se levantaba. Como estaba teniendo problemas con el semental, los rescatadores bajaron al pequeño Spark del remolque y se detuvieron para pasar la noche en un centro ecuestre a medio camino de su destino, listos para retomar el viaje al día siguiente.

Sin embargo, a la mañana siguiente se encontraron con que el burrito había muerto. ¿Había decidido partir? ¿Había sido por el estrés del viaje?

¿Por el miedo? ¿Por el nerviosismo? ¿Por la separación? ¿Por el comportamiento del semental? Su frágil corazoncito se apagó delicadamente durante la noche, y pienso que fue porque él lo quiso así.

Decidió dejar de luchar y esa noche salió volando furtivamente hacia los acogedores brazos llenos de amor de los espíritus, los que vienen a por los animales.

Considero que algunos animales esperan antes de morir, que deciden cuándo partirán y nos dicen adiós a su manera.

Es increíble hasta dónde pueden llegar el cariño y la voluntad de los animales. Si así lo desean son capaces de trascender los límites del sufrimiento y la resistencia física. **Star**, una hembra de basset hound de siete años, se puso enferma de repente. El diagnóstico no estaba demasiado claro, y oscilaba entre una simple insuficiencia renal, una nefritis y una leptospirosis. Yo había empezado a realizarle sanaciones a Star, que iba mejorando e incluso había empezado a comer de nuevo.

Todos teníamos esperanzas de que se curase. April, su guardiana, una encantadora joven morena de grandes ojos y mirada profunda, rezaba

por la recuperación de su Star: la quería más que a nada en el mundo. April

estaba atravesando un divorcio muy largo y difícil, y Star le hacía compañía, le daba su apoyo y le brindaba felicidad y consuelo.

Star y sus otras dos perras estaban en casa de su exmarido, de modo que April fue un día para llevárselas a su nueva casa. Su querida Star se levantó para recibirla, pero cuando se apoyó en las patas traseras para darle la bienvenida se cayó al suelo de repente. Perdió el conocimiento nada más entrar April en la habitación; aún le latía el corazón y empezó a orinarse encima. April, que no sabía qué hacer, la llevó hasta su cojín y salió corriendo a buscar a su exmarido, que estaba en el primer piso. Para cuando él llegó, el bello y generoso corazón de Star ya había dejado de latir: la pobre April gritó de dolor.

Más tarde, me dijo: «Me alegro de haber tenido la oportunidad de estar ahí para verla partir, pero madre mía, qué triste estoy… no comprendo por qué partió de esa manera, con todo lo que recé para que se curase…

tengo el corazón destrozado».

Tras establecer una conexión con el hermoso espíritu de Star le expliqué a April que a su perra tan solo le habían concedido un poco más de tiempo desde Arriba. Se suponía que tenía que haber partido mucho antes, y me parece que si mis sanaciones le permitieron recuperarse y quedarse un poco más fue porque deseaba despedirse de su querida April.

Pienso que ya había cumplido su objetivo de prestarle apoyo a su guardiana durante sus dificultades, y en efecto, April tenía ahora el valor suficiente para seguir adelante y cambiar su vida.

April me confesó que había recibido señales que indicaban que la partida de Star era inminente. Le había parecido que Fuji, su otra perra, lo sabía y había querido avisarla de ello. Me dijo: «Al partir de esa manera me ha hecho un precioso regalo. Me ha dado la fuerza para confiar en mí misma y seguir adelante».

17

La eutanasia

«Debemos acordarnos siempre de hablar con los animales. Si lo hacéis,

ellos os hablarán también. Pero si vosotros no les habláis, ellos tampoco

lo harán, de modo que no les comprenderéis, y lo que no se comprende

se teme. Cuando tenéis miedo destruís a los animales, y si destruís a los

animales os destruiréis a vosotros mismos».

Jefe Dan George, jefe amerindio canadiense.

L**os** animales salvajes que viven en la naturaleza mueren en soledad.

Se separan del grupo, dejan de comer y de beber y esperan su partida; lo hacen sin temor y sin resistirse, porque comprenden que ha llegado el momento. No tienen miedo del Más Allá ni piensan en lo que habrá después; saben que es hora de volver allí de donde vinieron y esperan. Es una etapa normal que forma parte de su instinto.

El caso de los animales domésticos es un poco diferente. Aunque algunos de ellos, como por ejemplo los gatos, se comporten a veces como animales salvajes y se aíslen para morir, la mayoría depende de la decisión de los seres humanos y a menudo espera a que su guardián esté preparado. A veces recurrimos a la eutanasia demasiado pronto o por error. A lo largo de mis viajes he hablado con muchos veterinarios

ya curtidos en la vida que consideran que la eutanasia es un acto de violencia contra el animal y que tan solo es necesaria en ciertos casos. Considero que los humanos deberíamos replantearnos nuestra mentalidad sobre la eutanasia en lo que respecta a los animales. No me parece ético terminar

con la vida de un animal sin estar seguros de si está preparado para partir o no. Evidentemente lo importante es saber esto último, pero tampoco creo que exista ningún comunicador que de verdad tenga la capacidad o el derecho de determinarlo, ya que existen gran cantidad de interpretaciones posibles y demasiado riesgo de confusión. Eso es algo que queda entre el animal, su guardián y el Creador. Todo esto suponiendo, por supuesto, que el guardián de verdad quiera a su animal y desee lo mejor para él. Considero que un guardián que de verdad presta atención a los deseos de su animal y no antepone sus propias emociones a ellos sabe en lo más profundo de su ser cuándo ha llegado el momento.

No hace falta ser comunicador para eso.

Por otro lado, si el animal está sufriendo demasiado y no puede partir por sí solo quizá lo mejor sea ayudarle: un ejemplo serían los casos de insuficiencia respiratoria, que conllevan una muerte espantosa. Algunos animales no pueden partir por sí solos. Creo que es preciso reflexionar muy bien sobre la situación de cada animal; puedo contar historias tanto a favor como en contra de la eutanasia, ya que se trata de un tema muy complejo. Pienso que somos nosotros, los humanos, los que debemos reflexionar sobre el tema, ya que nos hacemos responsables de la vida o la muerte de nuestros animales domésticos. Debemos pedirle a Great Spirit que nos guíe a la hora de tomar estas decisiones.

Antes de nada me gustaría dejar claro que cuando hablo del tema de la eutanasia no estoy criticando las acciones de los veterinarios. A lo largo de mis años de trabajo he conocido a muchos que eran maravillosos y tenían un gran sentido de la empatía. He visto veterinarios de gran ética e integridad que también han luchado por los animales contra viento y marea, y sé de muchos que han llegado a renunciar a su profesión porque demasiada gente iba a pedirles que practicasen eutanasias sin razón. Hay de todo. Lo que pongo en tela de juicio es toda una forma de pensar de nuestra sociedad: debemos salir de la ignorancia y cambiar nuestra mentalidad.

A menudo son los propios veterinarios los que me hacen preguntas.

Muchos de ellos han reflexionado sobre el tema de la eutanasia al verse enfrentados a él día tras día. ¿Tenemos derecho, incluso aunque seamos veterinarios, a decidir el momento de la partida del alma? ¿Incluso si existe sufrimiento físico? Y si la respuesta es sí, ¿cómo hacerlo? ¿Cuál es la mejor manera de asistir un animal en su partida? ¿Qué es mejor, recurrir a la eutanasia o dejar que muera de forma natural? Los veterinarios son conscientes de que la eutanasia no es natural. Muchos me cuentan que a menudo acuden a su consulta guardianes que les llevan

animales ancianos diciendo que están sufriendo solo porque son sucios y orinan dentro de casa. Se trata de gente que ya no puede o no quiere ocuparse de sus animales; si estos fuesen seres humanos de edad avanzada estarían en una residencia de ancianos, pero como son animales les llevan a que les practiquen la eutanasia. Muchos veterinarios se preguntan qué actitud tomar respecto al animal. ¿Deben ocuparse de él hasta el final o explicarle el proceso de la eutanasia a su guardián, que es incapaz de controlar sus emociones? Si se niegan a practicar la eutanasia el guardián recurrirá a otro veterinario que la practicará sin dudarlo, sin miramientos para el animal ni sensibilidad alguna por el momento sagrado de la partida. Con frecuencia los veterinarios me hacen preguntas del tipo: «¿tiene el animal miedo de la muerte?», «¿percibe las emociones de su guardián?», «¿sufre por tener que partir y dejar a su guardián y su familia?», «¿de verdad tenemos derecho a negarnos a practicar la eutanasia?», «¿necesita el animal que se le practique la eutanasia química en la clínica veterinaria o podría morir tranquilamente en su casa, en compañía de su guardián?». Del mismo modo, muchos veterinarios me piden que les ayude cuando se enfrentan al caso de un animal al que le queda poco tiempo de vida. A pesar del veredicto médico que hayan alcanzado, en su interior sienten que es posible que exista otra dimensión que trascienda la situación que están viviendo, y además se dan cuenta si el animal o el guardián no están preparados, pero la medicina no puede facilitarles ningún dato sobre esto. Se ven a sí mismos en una encrucijada entre su profesión y su intuición más profunda, entre su sentido común y su compasión o incluso sus creencias espirituales, y también ellos se hacen preguntas sobre el tema de la muerte.

Llevo años luchando contra la eutanasia, y a menudo me he tenido que enfrentar a solas al veredicto de un veterinario o a la opinión de un guardián. En muchas ocasiones he sentido que se estaba cometiendo una gran injusticia, lo cual me causaba indignación y tristeza: era como luchar con el viento. Los más frustrantes para mí eran los casos en los que sabía que era posible sanar y salvar al

animal. ¿Cuántas veces habré discutido con los guardianes de potros u otros animales para que me dieran tan solo un poco más de tiempo? ¿Por qué nunca querrían? O si no, me decían:

«Bueno, le dejo sanarlo, pero si dentro de una semana sigue cojeando lo llevo a que le practiquen la eutanasia». Siempre acababa dándome de bruces con el veredicto final y la idea de que era imposible hacer nada más por curar la enfermedad o la discapacidad. Si yo hubiese nacido animal me habrían practicado la eutanasia hace mucho tiempo. No habría podido vivir mi vida y disfrutar de sus experiencias, ni tener a mis hijos,

ni volver a bailar después de que me dijeran que no iba a poder hacerlo nunca más, ni amar, ni vivir todos estos milagros de curación. Me gustaría poder darle a los animales todo lo que me dieron a mí los Médicos del Cielo cuando me curaron: ese es mi mayor deseo. Jamás olvidaré el día en que, aunque apenas podía caminar, pude volver a bailar.

Cada vez que veo que un animal deja de cojear, que se ha salvado de la eutanasia y vuelve a comer, a vivir, y a ser feliz, mi corazón canta más alto que todos los pájaros de todos los árboles de Montana juntos.

También me opongo a la eutanasia cuando sé que un animal quiere seguir viviendo. No estoy en contra de que se ayude a un animal a partir si ese es su deseo, si está preparado para ello y ha terminado lo que tuviese pendiente con su guardián, ya que a veces y particularmente si al animal le retienen los sentimientos de los que le rodean, la partida resulta demasiado difícil. Sin embargo, no entiendo qué necesidad hay de practicarle la eutanasia a un caballo que tenga una deformación en la pierna, a un perro que cojee o a un gato que esté un poco débil y mayor.

Y eso sin mencionar algunas de las incalificables historias que he llegado a oír, como la de una persona que quería que se le practicase la eutanasia a su gato, que había pasado muchos años a su lado, porque se iba a mudar y ahora el animal era una molestia; o la de un cazador que quería que le practicasen la eutanasia a su fiel perro porque ya no cazaba bien, o las de la gente que lleva a sus animales a que les practiquen la eutanasia porque se van de vacaciones…

En el centro ecuestre donde se encontraba una de mis amigas había

dos caballos inseparables. El dueño quería venderlos, pero aunque a uno lo compraron, el otro no se vendía a pesar de ser bonito, joven y fuerte. El propietario, que no lograba venderlo por la suma que quería, decidió enviarlo a la carnicería: lo más fácil era deshacerse de él, y ¡al menos ganaría algo de dinero! Por desgracia, el animal terminó en la carnicería.

Hay prácticas que me resultan totalmente impensables, bárbaras y crueles, y no comprendo que puedan seguir llevándose a cabo en una época en la que hemos logrado tantos avances del conocimiento y la mentalidad.

Espero que esto se considere algo del pasado algún día, igual que pasó con la esclavitud hace no tanto tiempo.

Lo único que puede cambiar las cosas es la mentalidad que tengamos

respecto a los animales: debemos comprender y tener presente que

tienen pensamientos y emociones igual que los nuestros, que son seres

conscientes que comparten con nosotros el ciclo sagrado de la vida en

este planeta. Tomar conciencia de esto nos abrirá las puertas de la

Compasión, nuestro estado natural cuando estamos unidos a nuestra

Fuente.

Los adelantos que hemos conseguido hasta ahora en el planeta se han podido obtener gracias al conocimiento y la mentalidad. Los animales son iguales a nosotros, son seres que viven y sienten. Les debemos comprensión y respeto, igual que a todos los seres de la Creación.

¡Imaginaos las situaciones que podrían darse si sustituyésemos a los animales por humanos! Aquí tenéis algunos ejemplos, inspirados en historias reales de las que yo misma he sido testigo: **ESCENA 1: EN FAMILIA**

«¡Ah, pobrecita mía, ¿sabes qué? Como tienes el brazo mal te vamos a poner la inyección final. Estarás de acuerdo, ¿no? ¿Por qué me miras

así?

Es obvio que lo estás pasando mal. El veterinario piensa que ha llegado el momento. ¿Qué? No te oigo. Todo el mundo ve que estás sufriendo: hasta mi familia y mis amigos lo dicen. No estás bien y encima nunca se te va a curar el brazo, así que, ¿para qué? No vas a vivir así, con un brazo torcido, ¿no? ¡Sigo sin oírte nada! Date cuenta de que estás deformada, estropeada, y no les vas a parecer bonita a mis amigos ni a mi familia; me van a criticar. Además, ya sabes, no soporto verte en este estado; es obvio que te duele y eso me molesta. He pedido cita para que te pongan la inyección mañana. ¡Qué pena me va a dar! Voy a llorar durante meses, te voy a echar mucho de menos. No sé qué voy a hacer para recuperarme.

¿Cómo voy a vivir sin ti? Pero no soporto más verte sufrir. ¿Qué dices?

¡No oigo nada!

ESCENA 2: VISITA AL MÉDICO

«Doctor, ya no aguanto más a este niño. Lo adopté en el orfanato, pero no me gusta. Si le pone usted la inyección voy y me compro otro. ¡Qué mal educado está! Vale que no tiene más que ocho meses, pero no entiende nada, ni siquiera me escucha. Me araña y estropea los muebles.

¡Si viera usted cómo tengo las cortinas! Es insoportable. Una pena, con lo bonito que era, con esos ojos azules. ¿Usted qué piensa?». Y el médico contesta: «Pienso igual que usted, señora. Tiene razón: es un auténtico

engorro, ya no hacen los niños como antes. Tendría que probar usted a ir a otro orfanato, y adoptar uno más joven, muy joven incluso, que esos son más obedientes y se someten mejor a nuestras exigencias, son más fáciles de dominar. Además, si araña a su edad, mala cosa; en el futuro será demasiado peligroso. No se atormente más, señora, que voy a preparar la inyección, aunque le va a costar una pequeña suma, claro, porque no todos los médicos están de acuerdo en hacerlo a la edad que tiene y me estoy arriesgando a que mis compañeros de profesión se pongan en mi contra. Venga, sujétele contra la mesa. ¡Sujétele bien, señora, no se vaya a manchar!».

ESCENA 3: EMPRESA DE MENSAJERÍA

«Buenos días, señor cartero X. Hace dieciocho años que trabaja para

nosotros, y he de decir que ha sido usted nuestro mejor cartero. Era como si tuviera usted alas en los pies, todo el mundo admiraba su buen hacer.

Por desgracia, estimado señor cartero X, tiene usted una fractura, y eso resulta muy inconveniente para nosotros. ¡Vaya problema! Ya no puede andar ni entregar nuestras cartas, así que mañana le vamos a mandar al matadero. Comprenderá que un cartero que cojea no da buena imagen.

Todos los vecinos se dan cuenta, y la gente piensa que nuestra empresa es menos competente y eficiente. Así que nada, mañana vendrá un camión a buscarle, pero no se preocupe que no estará solo, también van muchos otros de nuestros empleados. ¡Y están muy contentos!

No se preocupe, que va a ser rápido y no se va a dar usted cuenta de nada, no es más que un golpecito en la cabeza. No, no, no va a sentir nada, será como cuando se hace un rasguño, y además con ello nos devolverá un poco el dinero que nos ha costado, porque, como sabe, a lo largo de estos años nos hemos gastado mucho dinero en usted, y tenemos deudas. En fin, señor cartero, ya ha terminado la reunión, ahora tenemos que encontrar a alguien que le sustituya. Vaya si nos ha causado problemas, señor cartero. Con lo pacientes que hemos sido con usted…».

ESCENA 4: RESIDENCIA DE ANCIANOS

«Queridos papá y mamá, lo siento mucho, pero como ya sois viejos y habéis vivido suficiente toca que os pongan la inyección. No, de eso nada,

¿para qué queréis seguir viviendo? ¡Habéis tenido una buena vida, habéis

disfrutado mucho de ella ¿no? ¡Pues sed razonables! No, no hay peros que valgan. ¡Lo ha dicho el médico!».

Light era una preciosa yegua de pelaje bayo; tenía cuatro años. Tras parir un potro que nació muerto, tuvo peritonitis y luego babesiosis. Su guardiana Eve, una mujer inteligente con un gran sentido de la intuición, me llamó porque la yegua sufría diarrea continuamente y se le salían los intestinos por el ano; Eve tenía que colocarlos manualmente en su sitio con aceite de parafina. El veterinario ya no podía hacer más, pero Light quería vivir, lo deseaba con todas sus fuerzas. Gracias a las sanaciones a distancia que le realicé con la

ayuda de los Médicos del Cielo se recuperó milagrosamente: su diarrea paró, recuperó peso y dejaron de salírsele los intestinos. Eve y yo estábamos encantadas de que Light fuese a poder vivir, tal y como quería. Sin embargo, tres meses más tarde volvió a sufrir diarrea, con lo que volví a empezar a realizarle sanaciones. El veterinario explicó que la peritonitis le había dejado gran cantidad de adherencias y que ya no asimilaba nada. Light había dejado de comer, su delgadez era alarmante y el veterinario no comprendía cómo se tenía en pie. Él tampoco podía hacer nada más por ella, pero admitía que daba la impresión de que Light quería vivir y que eso le daba fuerzas. Yo, respetando su deseo, continuaba realizándole sanaciones constantemente, ya que aún creía posible salvarla. Aunque crea que el Más Allá es un lugar maravilloso, también considero que si un animal ansía vivir y seguir experimentando su vida en la tierra hay que hacer todo lo posible para ayudarle: eso es lo que significa respetar su decisión. Eve me llamó al día siguiente para decirme que Light estaba acostada y no se levantaba.

Pensaba que había llegado el momento de dejarla partir, porque no soportaba más verla sufrir. Me dijo: «¡Habría preferido encontrármela muerta esta mañana!». Ver sufrir a un ser querido es muy duro, y distinguir lo que es correcto de lo que no, muy difícil. Eve estaba sufriendo aún más que su yegua. Cuando le expliqué que no me parecía que Light estuviese preparada en absoluto para partir, me dio la razón:

«Cuando me marché esta mañana no estaba preparada, aún conservaba sus facultades». Eve sabía que en realidad Light no quería partir, pero ya había tomado su decisión. Aunque era consciente de que la decisión final debían tomarla Light y su Creador, el veterinario acudiría a la mañana siguiente. Para ella todo había terminado, no le quedaban fuerzas para seguir luchando: «La quiero mucho, jamás olvidaré su valor…».

Eve tenía una relación muy complicada con la muerte: se había casado muy joven y perdido a su amado marido en un accidente. Nunca había podido recuperarse de aquello; para ella la vida había dejado de tener

sentido. Cuando Light tuvo el potro que nació muerto a cien metros de su casa, las personas que la cuidaban habían metido el cadáver en un saco y Eve había tenido que cargarlo a la espalda. No paraba de pensar: «¡Odio la muerte!». Una vez más, la muerte, la pena y la tristeza habían entrado en su vida. Eve había hecho todo lo que estaba en su mano, lo había intentado todo para vencer a aquel adversario invisible y mantener a Light con vida. No sabía cómo hacer las paces

con él.

Un día tuve una visión muy real en la que me encontraba en un lugar del Más Allá. Aparecí instantáneamente frente a un caballo al que estaba lavando un ser resplandeciente. Aunque no terminaba de distinguir bien la forma de aquel ser luminoso y no podía ver su cuerpo físico, me pareció que tenía forma humana. Podía comunicarme con él mediante el pensamiento: me informó de que aquel caballo ya no pertenecía al mundo físico. Me pregunté de qué servía lavarlo si ya no era físico. Podía ver una gran cantidad de agua haciendo espuma blanca, y me dio la impresión de que el proceso duraba mucho tiempo. El caballo parecía dormido. El ser resplandeciente me explicó que no se trataba de agua y me pidió que me acercase. Vi que lo que había creído agua no era tal, tan solo se le parecía: en realidad se trataba de millares de partículas de luz de arcoíris. El ser masajeaba el cuerpo del caballo al mismo tiempo que lo cubría de aquella luz, y al hacerlo aparecía una especie de espuma blanca. Me explicó que aquel caballo se encontraba en un lugar de descanso y que él le estaba limpiando de todos sus sufrimientos. Era limpieza y recarga de energía a la vez: por eso el proceso era tan largo. La verdad es que en realidad no existía noción alguna del tiempo: el periodo de purificación parecía tener una duración indefinida. Me pregunté si yo conocería a aquel caballo, y como en aquel lugar todo está definido por los pensamientos y basta con pensar en algo para obtener respuesta, me respondieron. Sí, le conocía.

Luego me invitaron a acercarme más. Reconocí enseguida la esencia de Light, aunque parecía dormida y la sensación que emanaba de ella era distinta a la que yo conocía. Me puse muy contenta al ver que estaba ahí y que estaban cuidando de ella. Había otros animales en aquel lugar, todos ellos acompañados de seres radiantes que los atendían. Todos parecían muy atareados, pero a pesar de ello el lugar irradiaba paz y serenidad. Vi una gata que parecía estar lamiendo a sus crías; me explicaron que habían muerto todas juntas y que ahora estaba allí para descansar y prepararse para otra cosa. Yo me sentía agradecida de poder ver aquel lugar y me acordé de que los Médicos del Cielo me habían hablado de un lugar de descanso, aunque no me habían dado muchos detalles al respecto. Nada más pensar esto volví instantáneamente a mi cuerpo. Sentí cierta

melancolía, porque me habría gustado ver más, pero estuve muy contenta todo el día por haber podido ver a Light. ¡Cómo me habría gustado compartir con Eve lo que había sentido! Si hubiera podido, se lo habría transmitido directamente al corazón.

Un día, Marcy me pidió que volviese a establecer una conexión con el espíritu de su perra **Temple**, que padecía un cáncer grave. Yo llevaba un año realizándole sanaciones. El veterinario había dicho: «Con el cáncer que tiene, hace mucho que debería haber muerto», pero Temple quería quedarse por Marcy. Yo me había marchado a Europa unos meses, y cuando volví a California Marcy me llamó para decirme que le habían practicado la eutanasia a Temple. Me sorprendí mucho, porque a pesar de su enfermedad Temple estaba muy bien. ¿Por qué le habían practicado la eutanasia? ¿Qué había pasado? Marcy no podía ni contestarme de lo mucho que lloraba. Lo único que quería saber era si había hecho bien o no. Al establecer la conexión con el espíritu de Temple vi que no había estado preparada en absoluto. No había querido la eutanasia, había sido un error. No había sido su deseo partir y dejar a Marcy: la habían obligado. Sin embargo, dijo que no quería que su guardiana se sintiese culpable. No la juzgaba en absoluto. Quería que Marcy prestase atención a sus propios deseos y no se dejase influir por los demás. Cuando le transmití este mensaje a Marcy pude sentir todo su dolor y su culpabilidad en lo más profundo de mi ser: me dio muchísima pena.

Marcy me explicó que en realidad ella no había querido que le practicasen la eutanasia a Temple, que parecía estar bien. Todo había sido porque había empezado a cojear; el veterinario había dicho que la perra no podía seguir así, que tenían que dejar de obstinarse y practicarle la eutanasia. El marido de Marcy había estado de acuerdo con el veterinario y había presionado a su mujer al respecto. Aunque en su fuero interno Marcy supiera que no debían hacerlo, no había tenido el valor de oponerse a ellos. «No fui lo suficientemente fuerte» admitió, llorando. «¡Insistieron tanto…!». El día de la cita, Marcy fue de mala gana al veterinario para que le pusieran la inyección a Temple. La perra forcejeaba en sus brazos y la primera dosis no le hizo efecto alguno; como seguía forcejeando tuvieron que sujetarla con fuerza. Marcy lloraba, sintiéndose atrapada e indefensa; habría querido marcharse pero ya era demasiado tarde, todo iba demasiado deprisa. El veterinario insistió y le inyectó una segunda dosis. Nada. La perra seguía forcejeando y Marcy no se atrevía a mirarla a los ojos. Al final el veterinario tuvo que ponerle a Temple una dosis pensada para un caballo, y entonces la perra partió por fin; su corazón se detuvo y su fuerza vital se consumió para siempre. Sin embargo, no se

marchó muy lejos: se quedó muy cerca de Marcy, aunque nadie la vio.

Me pidió que le tradujera en palabras humanas a Marcy que no debía sentirse culpable. Yo casi podía sentir su aliento contra mi cuello. «Te quiero, no me llores, estoy bien. A partir de ahora tienes que prestar atención a tus propios deseos. No tomes ninguna decisión que vaya en contra de lo que te diga el corazón. ¡Tú puedes!».

Muchos de los veterinarios que asisten a mis seminarios también se hacen preguntas sobre la mejor manera de proceder respecto a la eutanasia. ¿Basta con administrarle analgésicos al animal o es mejor ponerle anestesia general antes? En una ocasión una joven veterinaria me preguntó cómo experimentan los animales el momento de la eutanasia.

¿Sufren mientras el practicante inyecta el producto? Algunos veterinarios afirman que los analgésicos no sirven de nada porque el animal está dormido durante el proceso y no sufre. Mi respuesta sería que eso depende de su estado físico y emocional. ¿Dónde se encuentra su conciencia en ese momento? Hay veces que en el momento de la eutanasia la conciencia ya está prácticamente fuera del cuerpo; depende del tipo de enfermedad que tenga el animal, del sufrimiento físico que esté experimentando o de lo conforme que esté con su partida.

En cierta ocasión establecí una conexión con un perro que me hizo asistir al momento de su eutanasia, y pude sentir al mismo tiempo que él los efectos del líquido de la inyección. Era una sensación horrible, como si el cuerpo se paralizase poco a poco; resultaba doloroso, pero el perro en cuestión era incapaz de moverse o de luchar. La sensación se prolongó durante un tiempo hasta que finalmente el perro perdió el conocimiento.

No le habían dormido antes y tampoco le habían dado analgésicos. Por lo tanto, yo diría que los analgésicos son necesarios y que sobre todo es imprescindible dormir al animal antes. Pienso que si la experiencia resulta violenta para el cuerpo físico luego el espíritu necesitará un tiempo para recuperarse y descansar tras abandonarlo.

La muerte debería ser dulce, como rendirse al sueño: una travesía fácil

y plácida, un suave balanceo hacia el otro Mundo.

Cosmos era un precioso poni negro de 20 años.

Mi amiga Phyllis lo había salvado del matadero muchos años atrás.

Phyllis vivía para los animales y consideraba que la vida de Cosmos era sagrada. Había tenido infosura y por ello sus antiguos guardianes habían

planeado mandarlo a la carnicería, pero ella lo había salvado. El poni había vivido feliz en su casa desde entonces en compañía de Safran, su otro caballo. El problema que tenía Cosmos esta vez era que se había fracturado la primera falange del miembro anterior izquierdo, y aunque el veterinario quería practicarle la eutanasia cuanto antes, nosotras esperábamos poder salvarle. Cosmos quería quedarse en la tierra y vivir en compañía de su amigo Safran; por ello, Phyllis no podía dejarle partir.

Dijo: «Lo salvé de la carnicería. Cuando le miro a los ojos veo que quiere quedarse». Phyllis decidió hacer todo lo posible para evitar la eutanasia y curar a Cosmos. Yo sabía que quizás pudiéramos propiciar que la fractura se curase; lo que de verdad me preocupaba era el aspecto pulverizado de sus huesos. Supe que ahí teníamos un problema. El veterinario pensó que la fractura podía curarse y le puso una escayola.

Por desgracia, unos días más tarde el resultado de las radiografías mostró que Cosmos padecía osteoporosis. Tenía la primera falange de los dos pies completamente carcomida. Hasta la fractura se había desplazado, y la escayola no se sostenía.

Todo se iba al traste. Phyllis se vio obligada a tomar una decisión. Me dijo: «Tomar esta decisión es realmente duro. Una vez tuve un perro al que le quedaba poco tiempo de vida y notaba claramente que me estaba diciendo: 'No puedo más, quiero partir', pero ahora es diferente. Siento que Cosmos quiere vivir y no consigo tomar la decisión».

Phyllis se sintió obligada a hacerlo, sin embargo; la veterinaria era clara y decía que no había operación posible, que aunque la fractura se curase no podríamos evitar lo inevitable. «Es imposible, hay que practicarle la eutanasia. Es mejor que esperar a que empiece a sufrir y hacerlo de urgencia». Phyllis, a regañadientes y tras pasarse una noche sin dormir, se vio obligada a tomar la decisión de que se le practicase la eutanasia a Cosmos al día siguiente. Me pidió que hablase con él y

que le prestase mi asistencia. Tras la comunicación percibí que Cosmos lo había entendido, que aunque quisiera quedarse lo aceptaba y estaba preparado.

En la tarde del día funesto, Cosmos pidió salir fuera: aunque apenas podía caminar quería pastar en compañía de Safran. Phyllis le dejó salir. Los dos estaban tranquilos y apacibles; parecían disfrutar de la soleada tarde como si nada fuese a pasar, como si las agujas del reloj se hubiesen parado para siempre en una eterna tarde de viernes de un mes de junio.

La veterinaria llegó tarde y con prisas. Fue demasiado rápido, no colocó bien el catéter y en diez minutos hubo terminado. Phyllis se quedó trastornada: había sido demasiado precipitado. El instante había perdido

su importancia, la partida de Cosmos se había convertido en algo anodino, una cosa de todos los días.

Cosmos había estado ahí tan solo un momento antes, dejándose rascar, y ahora ya no estaba. Phyllis ni siquiera tuvo tiempo de decirle adiós, de darse cuenta de lo que estaba pasando, de estar a su lado.

Y para Safran fue horrible: había estado con Cosmos hasta la llegada de la veterinaria, momento en que Phyllis se lo había llevado un poco más lejos y lo había dejado en compañía de una hembra de poni. Con todo, Safran se puso como loco. Montó en cólera porque le habían arrebatado a su Cosmos. Lloraba y galopaba en todas direcciones. ¿Por qué? Estaban muy bien juntos, y Cosmos había querido vivir. Llegó a atacar a la pequeña hembra de poni, y nadie pudo acercarse. Quedó inconsolable, no dejaba de llamar a su amigo.

Poco después un burrito que también había perdido a un amigo se acercó a ver a Safran. No hizo más que atravesar el prado y Safran le aceptó; parecía que estuviesen hablando. El burrito iba a ver a Safran todos los días. Siempre es duro aceptar una pérdida, pero el burrito y Safran se hacían compañía el uno al otro y se consolaban mutuamente por su dolor.

Tulipe era una bonita gata de catorce años y pelaje rojizo.

Tulipe no tenía elección. Le habían arrebatado su libre albedrío: su guardián quería que se le practicase la eutanasia a pesar de que ella deseaba vivir. Para Karl, el guardián, no había más que hablar: él se había mudado, así que a ella tenían que practicarle la eutanasia. Además, hacía sus necesidades fuera de la caja. No tenía la más

mínima intención de llevarla a la SPA[1] o de dársela a otra persona. La hermana de Karl, Gloria, me pidió que me comunicase con Tulipe; ella no podía discutir la decisión de su hermano porque no se trataba de su gata. Gloria era una mujer de mentalidad muy avanzada y Tulipe le daba mucha pena; sufría por ella. Aunque lo había intentado todo, su hermano no cedía e insistía sobre el tema de la eutanasia. Gloria iba todos los días a darle de comer a la gata, pero pronto tendría que irse de viaje, y fuera como fuese quería saber si Tulipe prefería quedarse en la obra o que la llevasen a la SPA. La razón de que Karl se hubiese mudado con su hijo de dos años era precisamente que la casa se había inundado y se estaban haciendo obras allí. Cuando me comuniqué con Tulipe vi que estaba sumamente angustiada y trastornada. No entendía por qué se había ido todo el mundo, el ruido la aterrorizaba y además era consciente de que su vida corría peligro. Estaba claro que quería seguir viviendo. Vi que el entorno familiar en que vivía era complicado. Karl parecía muy inestable, sufría

depresiones y ataques de cólera sucesivamente. Su hijo, a pesar de su corta edad, ya estaba intranquilo y desequilibrado. La madre no estaba presente. Tulipe había absorbido todo el estrés emocional de la familia, y lo expresaba haciendo sus necesidades fuera de la caja. Gloria me contó que Karl era alcohólico desde hacía mucho tiempo y que había sido él quien había provocado daños por agua en la casa familiar por culpa de su problema; de ahí la rápida mudanza. Para colmo se había separado de su pareja, y como no podía soportar la ruptura su problema de alcoholismo se había agravado. Le expliqué a Gloria que había muchas posibilidades de que Tulipe fuese limpia si se la entregaban a una familia adoptiva o de acogida, pero Gloria me dijo que su hermano había declarado: «Prefiero que le practiquen la eutanasia a dársela a nadie». Respondí que ningún veterinario de Europa aceptaría practicarle la eutanasia a un gato sano, pero Gloria me dijo que su hermano ya había encontrado a uno que estaba dispuesto a hacerlo: el mismo que le había practicado la eutanasia sin hacer preguntas al perrito negro de doce años que había tenido la familia un tiempo atrás. Entonces se lo había pedido la madre de Karl, que planeaba dejar a su marido y no quería tener al perro. Lo cierto es que aquella mujer odiaba a Tulipe, y si hubiese sido por ella la habrían llevado al veterinario directamente. Cuando se enfadaba decía: «¡Tulipe se las ha arreglado para destrozar la casa! ¡Hay que sacrificarla!». Gloria era la única que luchaba por la gata.

Profundamente indignada y con el corazón en un puño debido a esta gran injusticia, me devané los sesos intentando encontrar soluciones rápidas para salvar a la pobre Tulipe. Al ver la ira de Karl y pensar en todo su pasado, en la relación que había tenido con sus padres, en su sufrimiento y en la desesperación que sentía y que tan solo el alcohol lograba aliviar, comprendí que para él matar a Tulipe equivalía a enterrar el pasado de forma simbólica. Sin embargo, la gata no se merecía su ira.

La hermana de Karl me dijo: «Sí, eso sería propio de él. Karl lo destruye todo, y Tulipe solía vivir con nuestro padre».

Por más que yo le daba vueltas a la situación, no le veía salida. No quedaban más que unos días, y Gloria ya no sabía qué hacer. Le expliqué que en mi opinión los animales deben tener la posibilidad de decidir si quieren vivir o morir. Nosotros no tenemos derecho a matarles sin motivo.

La vida es sagrada, se trata de un regalo. Hay que respetar la vida de

todos los animales y aprender a escucharles.

Si yo le encontraba una familia, ¿podría Gloria llevarse a Tulipe sin decirle nada a su hermano? Después de todo, la gata no le pertenecía; ningún ser vivo nos pertenece. Nosotros no somos los amos de nuestros animales, y tampoco sus propietarios. Podemos ser propietarios de una casa, de un coche, etc., pero los animales no son objetos, son seres conscientes y vivos. Los animales son libres, y vivir con nosotros es una decisión que han tomado. Lo cierto es que había bastantes posibilidades de que Tulipe se escapase por miedo al ruido cuando en una semana empezasen las obras. Quizá lograse sobrevivir vagando por la calle o quizá muriese en un accidente; nadie podía saber lo que ocurriría. Si le buscábamos un hogar, le brindaríamos la oportunidad de vivir su vida tranquilamente y de ponerle fin cuando

ella quisiera. Con todo lo que había asimilado por los humanos, se merecía una oportunidad; quizá moriría poco después de todos modos, ¿quién sabe? Gloria estuvo de acuerdo. Pedí que desde Arriba le enviasen ayuda a Tulipe y le escribí a dos conocidas mías, mujeres de buen corazón que querían a los animales.

A los quince minutos de enviar los correos recibí una respuesta positiva como por milagro: una de ellas estaba dispuesta a quedarse con Tulipe. Al día siguiente recibí respuesta al otro mensaje: ¡dos hogares estaban dispuestos a adoptar a la gata! Le pregunté a Tulipe si aquella solución le parecía bien, y me dijo que sí; estaba preparada para cambiar de familia y de casa. Los animales nos ofrecen la oportunidad de comprender el sentimiento de la compasión.

Cuando comprendemos el sentimiento de la compasión alcanzamos el

interior de nuestro corazón, la lluvia de nuestras lágrimas aplaca la

sequía, bebemos el néctar de los dioses y volvemos a la auténtica vida.

La compasión es el camino a la liberación.

En cierta ocasión un gato se comió a la madre de unas ardillitas en la India. El santo Ramana Maharshi, conocido por la gran compasión que sentía por los animales y las plantas, asumió la tarea de ocuparse de las crías y de alimentarlas, y con ello las salvó de una muerte cierta. Como le gustaba utilizar los acontecimientos cotidianos para instruir a sus discípulos, les dijo: «Estas pequeñas no saben que lo más sabio es

quedarse en su nido y por eso no dejan de intentar salir. Aunque fuera todo sean problemas, les resulta imposible quedarse dentro. Lo mismo le ocurre al espíritu: si no estuviese fuera del cuerpo, sino morando en el interior del Corazón, nuestra felicidad sería absoluta. Sin embargo, el espíritu siempre está en movimiento e intentando salir». Su discípulo Rangaswami le preguntó: «¿Qué podemos hacer para mantenerlo en nuestro interior?». Ramana Maharshi le respondió: «Lo que yo estoy haciendo ahora. Cada vez que una ardillita sale, la vuelvo a meter en el nido. Como siempre hago lo mismo, al final aprende lo bien que se está allí».

Cuando “ellos” vienen a buscarnos

«…Pero os llevaré a través de las puertas de la eternidad para que

vaguemos por las tierras salvajes de lo Infinito…».

Zhuangzi

E**n** cierta ocasión le pregunté a mi Médico del Cielo si él estaría ahí cuando yo partiese al otro lado. Con una bondad infinita, me respondió: «Vendremos a buscarte». Es increíble lo mucho que me reconforta esta idea: hace que se adueñe de mí una sensación dulce como la miel. Me hace sentir que nunca estoy sola, que siempre hay alguien a mi lado.

Creo que el mayor temor que tenemos los humanos es encontrarnos solos, no saber lo que va a pasar, sentirnos indefensos. Lo que nos dicen las religiones no logra tranquilizarnos porque nadie nos garantiza que sea verdad, y por lo tanto queda en un simple consuelo psicológico.

Después está el miedo a que nuestra conciencia pueda desaparecer, dejar de existir: el miedo al vacío, a la nada, a la no existencia. Nos mantenemos lo más ocupados que podemos y para sentirnos seguros intentamos controlarlo todo, prepararlo todo, saberlo todo. Es innegable que los dogmas de las religiones nos hacen sentir cierta seguridad: «Sé bueno e irás al paraíso…». Pero, ¿quién sabe si lo que dicen es cierto?

¿Y si no existiesen ni el Bien ni el Mal?

He descubierto que los animales tienen sus propios espíritus, unos que

acuden para ayudarles a realizar la transición en el momento de su

fallecimiento. Un día les pregunté a los Médicos del Cielo por el tema de la gente que dice que «ayuda a cruzar» a los animales. Me respondieron que los animales no necesitan nuestra ayuda ni la de nadie para eso, ya que tienen espíritus propios que vienen a buscarlos. Lo cierto es que los animales llevan partiendo por sí solos desde el principio de los tiempos, desde antes incluso de que el hombre apareciese en la tierra, y nunca han necesitado la ayuda de los seres humanos para ir a la Luz.

Hoy en día sé cuándo esos espíritus están a punto de venir, porque justo antes de la partida de un animal veo claramente una Luz que siento vibrar. En ocasiones, mientras realizo sanaciones a un animal enfermo al que le queda poco tiempo de vida, veo venir una Presencia de Luz tan brillante y vibrante de bondad y compasión que resulta imposible de describir con palabras; la Presencia nos colma tanto al animal como a mí, y la siento resonar en el fondo de mi ser. La sensación que produce es increíblemente reconfortante, y todas las barreras que hubiera entre el animal, la luz y yo misma desaparecen. Hace años, cuando empecé a hacer todo esto, solía pensar: «Ah, ahora se va a curar. ¡Es imposible que no se cure después de la llegada de una Luz como esta!». Ahora, sin embargo, me he dado cuenta de que probablemente el mero hecho de poder partir hacia las grandes llanuras del Más Allá con facilidad y sintiéndose en paz consigo mismo suponga la curación definitiva.

Actualmente cuando percibo esta Gran Luz sé que el momento de la partida ha llegado; no obstante, ya no tengo miedo ni me siento triste, porque sé que la Luz resplandeciente envolverá a los animales y se los llevará al otro Lado del gran puente del Arcoíris.

«Cuando te vayas, vendremos a buscarte», dicen los Médicos del Cielo.

Todos los seres vivientes que existen cuentan con un ser que les presta

su ayuda, un ser lleno de Amor infinito que está presente tanto aquí

en

la tierra como allí Arriba. El ser que nos ayuda y su Amor siempre

están con nosotros, aunque algunas personas no sean capaces de

percibirlos.

Un día Rebecca fue a pasear a sus tres perros por el bosque. Estos vieron una cierva, la persiguieron, la atraparon y la despedazaron a dentelladas rápidamente. Había sangre por todas partes y Rebecca se encontró rodeada de trozos de carne desperdigados. La cierva agonizaba con los órganos al descubierto, aún con vida. La guardiana no fue capaz

de detener a sus perros: impotente, abandonó el lugar de la masacre sin hacer nada.

Cuando fui a verla, Rebecca no paraba de llorar. Se sentía terriblemente culpable; quería muchísimo a los animales y lo hacía todo por ellos. No podía dejar de revivir en su cabeza lo que había pasado.

¿Debería haber rematado a la cierva? Se sentía atormentada por la culpa de haberla dejado agonizante, y me pidió que estudiase la situación.

Vi que el espíritu de la cierva se había quedado en su cuerpo hasta el último momento, lo que resultaba extraño, ya que he visto que los espíritus de los animales que están sufriendo mucho tienen la capacidad de abandonar sus cuerpos, y esto resulta especialmente cierto en el caso de los animales salvajes.

Percibo todo el miedo de la cierva, oigo a los perros y de repente me encuentro reviviendo sus últimos momentos con ella. Veo el cielo plagado de nubes, así como los árboles de color verde intenso del bosque dando vueltas sobre mi cabeza; noto mi sangre escarlata derramarse, el olor del pelaje de los sudorosos perros, sus fétidos alientos exhalando vapor en el aire fresco, sus colmillos hundiéndose en mi carne. El tiempo se detiene de golpe: ya no existe más que aquel instante, el último. Soy consciente de ello y comparto mi conciencia con todos los seres vivos; es como si la tierra entera nos estuviese observando. Siento que el último aliento abandona mi cuerpo y

asciendo junto a él. Veo venir a los Espíritus: parecen un torbellino que girase sobre sí mismo. Ahora veo una enorme y vaporosa nube que perfuma el aire: hace desaparecer mi miedo con su resplandor y me eleva con un soplo lleno de bondad. La nube se lleva el espíritu de la cierva; yo vuelvo a encontrarme en el bosque con su cuerpo derribado en el suelo como única compañía. A lo lejos se oyen los sollozos de Rebecca y algunos ladridos. A pesar de todo, yo estoy tranquila, porque ya no queda nada de toda aquella horrible escena: es como ver el escenario de una batalla en una película. Ahora estoy lejos de la nube luminosa, de vuelta en mi realidad y mi cuerpo de Laila, y la cierva está ya lejos con ellos, ELLOS, que se la llevaron al lugar de descanso del que hablan los Médicos del Cielo.

Ningún ser vivo está solo. Todo el mundo tiene a alguien a su lado. El

sufrimiento en la tierra dura un instante. La luz es infinita.

El entierro y los rituales

«Cuando ya no esté, ¡dejadme!

Dejadme partir,

¡que tengo muchas cosas que hacer y que ver!

No lloréis al pensar en mí;

agradeced los hermosos años

durante los que os he dado mi cariño.

¡No podéis ni imaginar

lo feliz que me habéis hecho!

Os doy las gracias por el cariño

que todos me habéis demostrado.

Ahora debo viajar solo.

Os sentiréis tristes durante un breve instante;

confiad en que solo estaremos separados un tiempo;

eso os aportará consuelo y alivio.

Dejad que los recuerdos alivien vuestro dolor.

No estoy lejos, y la vida sigue.

Si me necesitáis, ¡llamadme y vendré!

Aunque no podáis verme o tocarme, ahí estaré.

Y si escucháis a vuestro corazón podréis sentir claramente

la dulzura del cariño que os transmitiré.

Cuando sea vuestra hora de partir

estaré ahí para recibiros,

fuera de mi cuerpo, pero al lado de Great Spirit.

No vayáis a llorar a mi tumba,

porque no estoy allí, ¡no duermo!

Soy los mil vientos que soplan,

el centelleo de los cristales de nieve,

la luz que atraviesa los campos de trigo,

la suave lluvia de otoño,

el despertar de los pájaros en la quietud de la mañana,

la estrella que brilla en la noche.

No vayáis a llorar a mi tumba,

no estoy ahí, no estoy muerto».

Oración amerindia

T**odas** las creencias antiguas tienen rituales funerarios destinados a ayudar al espíritu a partir al otro Mundo que también ayudan a los que quedan atrás a aceptar la partida. En el antiguo Egipto, por ejemplo, la gente creía en el Más Allá; para ellos era una parte muy importante de la muerte que merecía gran respeto. Para poder llegar al otro Mundo era imprescindible que el cuerpo estuviese intacto, y para asegurarse de que así fuera los egipcios llevaban a cabo la momificación. También adoraban a los animales, a los que consideraban manifestaciones de ciertas divinidades. Con el paso del tiempo numerosos templos empezaron a criar a los animales que se consideraban manifestaciones divinas. En la dinastía XXVI se empezaron a llevar a cabo momificaciones de todos los miembros de una u otra especie animal como ofrenda al dios que les representaba. Millones de gatos, pájaros y otras criaturas momificadas se enterraron en los templos para honrar a las divinidades egipcias. Los creyentes pagaban a los sacerdotes de una divinidad concreta para que consiguieran y momificaran uno de los animales asociados a la divinidad y luego colocaban la momia en un cementerio que estuviese cerca del lugar sagrado de su dios.

Para los hawaianos la muerte no es algo que se deba tomar a la ligera.

Los hawaianos creen que el *iwi*, o lo que es lo mismo, los huesos de una persona fallecida, contienen el *maná*, el poder divino. Por lo tanto, aquellos que poseían los huesos de sus ancestros podían beneficiarse de su poder. Por esta razón los huesos del cráneo, las piernas y a veces incluso de los brazos se guardaban, escondían y preservaban. Antes de eso la tradición era arrojar el cuerpo al mar o enterrarlo en las dunas de arena.

En el caso de los amerindios, muchas tribus creían y siguen creyendo que las almas de los difuntos van a un mundo espiritual y se unen a las fuerzas espirituales que influyen en nuestra vida. Las costumbres funerarias varían mucho entre tribus. Las tribus del ártico, por ejemplo, dejaban a sus muertos sobre el suelo congelado para que fuesen devorados por animales salvajes, y sin embargo, las tribus de

California, más al sur, y otras que vivían en las llanuras o las montañas de ciertos lugares del norte practicaban la cremación. La gente de las tribus costeras dejaba a sus muertos en cabañas mortuorias o en canoas atadas a postes.

Otras tribus ponían comida o efectos personales de la persona fallecida cerca de la tumba. Lo que era común a todas ellas era la práctica de ritos que tenían por fin ayudar a los espíritus a separarse de los vivos y amparar a los difuntos en su próxima vida. Por lo tanto, existen gran variedad de ritos al servicio de una misma idea.

Las prácticas funerarias del taoísmo cuentan con gran variedad de detalles. Los taoístas entierran a los muertos para que sus almas estén en paz y para establecer una separación entre los muertos y los vivos, de manera que «la sombra de la muerte» no esté cerca de estos últimos durante demasiado tiempo. Los taoístas encienden farolillos y velas para que haya luz y de ese modo el espíritu del difunto pueda dejar atrás la muerte, ya que las almas de los fallecidos no pueden partir sin luz, y una vez cae la noche la oscuridad es total. Esta es la razón de que dispongan los farolillos según las posiciones que ocupan el sol, la luna y las constelaciones en el cielo: para que el alma pueda cruzar hacia la Luz.

Considero que los animales no necesitan que se les entierre o que se hagan pequeños rituales por ellos, ya que sus espíritus saben cómo alzar el vuelo rápidamente hacia los cielos con la ayuda de sus propios espíritus guía, a los que me gusta llamar «pájaros del Arcoíris». Los animales no se quedan en nuestra dimensión a menos que nosotros los retengamos con nuestra pena y nuestras lágrimas. Pienso que los rituales tan solo son importantes para nosotros, ya que nos permiten sacralizar la partida del animal, sentirle todavía a nuestro lado, darnos tiempo a nosotros mismos para que nuestro sufrimiento se reduzca y encontrar la paz. La gente me pregunta a menudo qué es lo mejor, si enterrar el cuerpo o quemarlo. No me parece que eso sea muy importante, diría más bien que depende de las creencias de cada uno. Algunas personas prefieren enterrar a su ser querido en algún lugar que le gustase y así poder visitar su tumba, rezarle y ponerle flores; otras personas prefieren guardarse sus cenizas y ponerlas en un altar, o bien lanzarlas a los cuatro vientos, y otras tantas no tienen más remedio que entregar el cuerpo al servicio de recogida y retirada de

animales muertos. Lo verdaderamente importante son los sentimientos que alberguemos en el corazón. Pienso que los rituales son solo para nosotros: los utilizamos para demostrarle al espíritu del animal que honramos su memoria, que no le olvidaremos jamás, pero lo cierto es

que el animal eso ya lo sabe. Los animales no tienen la noción de apego al cuerpo físico que tenemos nosotros; cuando están en estado salvaje mueren a solas en cualquier parte y su cuerpo vuelve a la naturaleza. Sin embargo para algunas personas los rituales y el lugar donde esté enterrado su ser querido son de vital importancia, ya que les ayudan a recuperar la serenidad y a conectarse a la Fuente.

Nina había perdido a su gata **Tahiti**, que un buen día había desaparecido sin más.

Cuando conecté mi espíritu al de la gata me hizo llegar imágenes y sensaciones que me pidió que transmitiese a su guardiana para aliviar su pena. Me mostró cómo se había perdido. La vi paseándose por unos jardines un día en el que hacía buen tiempo. Me transportó a aquel lugar, en el que se estaba muy bien. Una ligera brisa me acariciaba los brazos, y el aire estaba perfumado de los olores de la primavera. Percibí que me encontraba cerca de la familia de Nina, a salvo, pero libre para explorar cuanto quisiera. Podía ver claramente los edificios en los que vivía. Yo era la gata y me paseaba sintiendo la hierba verde suave y fresca bajo las patas; me sentía feliz de estar viva, preparada para la aventura, y percibía todo tipo de olores interesantes. Entonces, Tahiti me mostró algo que había en el suelo. Dejé de sentir que estaba en su cuerpo y la vi comiéndose un trozo de algo que unas horas más tarde la hizo vomitar sangre y tener fuertes dolores de estómago. La gata me mostró un árbol de gran tamaño que parecía estar a la entrada de un parque. Nina me confirmó que sus padres vivían a veinte minutos de uno.

La gata me hizo saber que su cuerpo estaba bajo este árbol; yo se lo dije a Nina, pero ella no se atrevió a ir a comprobarlo. Tahiti había desaparecido hacía tiempo y el cuerpo ya debía estar descompuesto. Un año más tarde, Nina seguía sin olvidar a su preciosa gata; aún lloraba por ella, y se preguntaba si de verdad estaría muerta. Un día, su hermano la llamó por teléfono para contarle algo extraordinario: le dijo que mientras paseaba a su perra Heather esta había desenterrado el esqueleto de un gato de debajo de un árbol, el primero que había nada más entrar al parque, el más grande. Nina fue corriendo a ver a su hermano para confirmarlo, contentísima de poder recuperar el cuerpo de su querida Tahiti, y encontró su collarcito rojo. La familia pensó que podía tratarse de una coincidencia, pero Nina estaba segura de que se trataba de Tahiti y de su

collar. Gracias a Heather, la perra, Nina pudo descartar las dudas que había albergado sobre la muerte de su gata. ¿Cómo era posible que durante un año entero nadie hubiese excavado bajo ese árbol a la

entrada del parque? ¡Con toda la gente que pasaba por ahí a diario de paseo con sus perros! Si Heather excavó en aquel lugar fue porque reconoció el olor familiar de Tahiti bajo la tierra y los restos de hojas muertas.

Además, pienso secretamente que desde Arriba le habían encomendado a Heather la misión de encontrar el cuerpo de Tahiti para ayudar a Nina.

Si el primer mensaje llega a oídos sordos, habrá otros mensajes con distintas formas. Aquel descubrimiento permitió que Nina volviese a encontrar la paz, ya que ahora sabía lo que le había pasado a su pequeña y adorada Tahiti.

Marguerite tenía un gato grande llamado **Spring**.

Era un gato magnífico de ojos verdes y pelaje largo y sedoso de color gris. Murió a los nueve años de un cáncer fulminante en los intestinos.

Intentó quedarse con su guardiana el mayor tiempo posible, pero llegó un punto en que ya no se tenía en pie: la enfermedad le consumió completamente. Marguerite tuvo que tomar la decisión de que le practicasen la eutanasia. Era el gato más bueno del mundo y lo más importante para Marguerite era poder seguir conectada a su Amor, de modo que decidió enterrar a Spring bajo un seto donde había mucha hierba y pequeños arbustos. Aquello era importante para ella: la ayudaba a volver a conectarse a él y le hacía sentir tranquila, como si Spring la estuviese consolando, como si aún pudiese sentir su sedoso cuerpo a su lado. Me confesó: «Me siento más en paz de lo que hubiera creído posible». A veces pensaba: «¡Ah, si hoy no he ido a verle!». Marguerite sentía la necesidad de conectarse con aquella gran fuente de Amor; planeaba poner algo representativo en el lugar donde reposaba el cuerpo del gato: un árbol quizá, uno de una especie con significado. Finalmente decidió plantar una acacia, símbolo de resurrección e inmortalidad, y logró encontrar mimosa de las cuatro estaciones, que florece todo el año:

«¡Para que Spring siempre esté rodeado de flores!».

Siempre he pensado que las flores que tenemos aquí en la tierra son un regalo de Arriba. Sus refinadas, extraordinarias y variadas composiciones, sus múltiples colores y sus olores perfumados nos permiten vislumbrar aquí en la Tierra la belleza del Más Allá y sus infinitas posibilidades de creación. Las flores evocan la renovación y la inmortalidad: no es casualidad que numerosos pueblos las entreguen

en ofrenda a los dioses desde tiempos inmemoriales, que se den como regalo a las parejas casadas, que se pongan en las tumbas de los seres queridos fallecidos y

que según algunas tradiciones se lancen al mar cuando un ser querido parte al otro Mundo. Las flores están íntimamente ligadas a la muerte y nos prometen el renacimiento.

Para honrar la memoria de los fallecidos colocamos flores en sus

tumbas, prendemos velas o incienso y rodeamos de todo ello sus

imágenes o sus cenizas. De este modo sacralizamos nuestras acciones y

también su vida y su partida. Es una bella manera de rendirles

homenaje y hablar con ellos, ya que pueden oírnos. También podemos

recordar y bendecir su presencia en todo instante, porque son infinitos

y están en el soplido del viento, en la lluvia de la tarde, en el murmullo

de las hojas, en el aroma de las flores y en el rocío de la mañana.

Un día, **Maya**, una gata, apareció en el jardín de la joven Léonor.

Parecía débil y frágil, así que Léonor decidió adoptarla. La gata partió al otro mundo en un mes de mayo durante el que llovió constantemente.

Léonor estuvo llamando a Maya, miró por todas partes, y la buscó varias veces. A su madre le pareció oír un débil maullido, pero como el día estaba nublado y lluvioso no lograron encontrar a la gata. Más tarde vieron su cuerpecito tumbado cerca de la puerta del garaje. Sospechaban que los vecinos, a los que no les gustaban los gatos, podrían haber sido los responsables de su muerte, pero aquellas

sospechas no iban a devolverle la vida a la pequeña Maya, con sus bigotes inquietos, sus ojos brillantes y su picardía. Léonor la lloró durante mucho tiempo y se prometió que jamás la olvidaría. Temía que su pequeña Maya se hubiera sentido abandonada y que su espíritu se hubiese quedado atrapado en alguna parte, que no hubiese alcanzado la Luz. Sin embargo, en el lugar donde la había enterrado empezó a crecer y a abrirse una flor magnífica.

El nombre de esta espléndida flor de color fucsia es «amaranto» o «cola de zorro». Un día, una persona le comentó a Léonor que aquello sonaba como «alma graciosa»2, y efectivamente, Maya había hecho reír mucho a su guardiana, ¡no había gato más gracioso que ella! El amaranto (o alma graciosa) era el bello regalo que Maya le había enviado a Léonor desde Arriba para que supiera que su alma era inmortal.

De hecho, antaño existía una costumbre que consistía en deshojar el amaranto e ir diciendo «Paraíso, Purgatorio, Infierno», a medida que se iban quitando las corolas: de ese modo se podía saber qué destino le

aguardaba a uno en el Más Allá. Sin embargo, no pienso que Léonor tenga necesidad de hacerlo, ya que tiene el paraíso asegurado; ¡su corazón es grande como un castillo!

Y hay un secreto aún mejor guardado: una antigua tradición dice que si comemos amaranto con pan de jengibre nuestro ser querido siempre vivirá en nuestro interior. ¿Será que Maya conocía estas tradiciones humanas? Lo que sí que está claro es que las dos vivirán por siempre en el corazón de la otra.

Poco después del fallecimiento de mi coneja **Jasmine** el jazmín estrella que había en mi jardín empezó a crecer. Antes de eso había sido imposible conseguir que lo hiciera, y eso que yo me moría de ganas de ver sus flores blancas y de oler su perfume, que es mi favorito. Nunca sabré si fue una simple coincidencia o un guiño que mi conejita me hacía desde Arriba. En cualquier caso, la planta siguió creciendo más y más a cada primavera que pasaba e impregnó el jardín de su maravilloso perfume.

Una leyenda del *Visnú-purana** cuenta la historia de un rey cuya bellísima hija, Parijata, estaba prendada de Surya, el sol. Este último le pidió que abandonase su reino y se marchase con él, con lo que la princesa dejó a un lado sus ropajes reales y se fue con su amado. Sin embargo, el sol se cansó de la bella Parijata; se volvió frío, la abandonó y salió volando hacia el cielo. La joven princesa murió con el corazón roto de dolor. Su cuerpo fue incinerado en una pira funeraria y de sus cenizas surgió un hermoso árbol en cuyas ramas caídas podían verse magníficas flores de centros color naranja intenso.

Estas flores no pueden soportar la visión del sol, y no se abren hasta que el astro desaparece del cielo. Al amanecer, cuando vuelven a salir los primeros rayos de luz, caen al suelo y mueren.

Estas flores se llaman jazmín de coral, o *parijata* en sánscrito.

Del mismo modo que una flor que se abre al alba, vosotros, los

animales, aparecéis súbitamente en nuestra vida y compartís con

nosotros un breve instante de felicidad que impregna nuestros sentidos

de su embriagador perfume. Sin embargo, una bella tarde este instante

se termina y tan solo nos deja en el alma la estela de vuestro cariño, su

recuerdo.

Los accidentes, las muertes repentinas

e inesperadas

Sri Krisná dijo: «El alma no puede cortarse en pedazos con un arma, ni

quemarse en el fuego, ni mojarse en el agua, ni resecarse al viento.».

Bhágavad-guitá, 2, 24

D**ove** murió por un fuerte golpe en la cabeza mientras cruzaba la calle en la región de París.

Dove no tenía más que cinco años. Vivía en un apartamento con Solange, una bonita joven que le consideraba el amor de su vida.

Se trataba de un magnífico gato atigrado de ojos color esmeralda que apreciaba su independencia y se pasaba la mayor parte del tiempo en la calle. Odiaba estar encerrado en el apartamento y siempre lloraba porque quería salir; sin embargo, cuando Solange le llamaba iba corriendo a su lado como un perrito. Su guardiana siempre temía encontrárselo atropellado en la carretera, pero como le respetaba le concedía su libertad.

Dove sabía cruzar la calle muy bien él solo. Aquella tarde, justo antes del accidente, Solange había llamado a Dove al llegar del trabajo y él había acudido corriendo como de costumbre, pero enseguida se había vuelto a marchar. Cuando llegó la hora de irse a dormir Solange fue a buscar a Dove, pero no le encontró. Cuando dos horas después, sobre las once y media de la noche, bajó para llamarle de nuevo, ya estaba muerto. Y ella no tenía ni idea… fue una vecina quien se lo dijo al día siguiente. «¿Pero

es atigrado tu gato? Murió ayer por la tarde». A Solange se le cayó el alma a los pies: ¡con lo que le quería! ¿Cómo había podido pasar? ¿Por qué se lo habían arrebatado tan pronto, tan joven?

Alguien había dejado su cuerpo dentro de una bolsa, en un lugar resguardado. Solange pudo enterrarlo en el jardín en el que había vivido feliz.

Lo que más le dolía era que el accidente había ocurrido bajo su ventana. Le hubiera gustado mucho que Dove supiese que ella había estado ahí, cerca de él.

Establecí una conexión con el espíritu de Dove. Esperaba poder darle consuelo a Solange, hacerle llegar algún mensaje quizá, ya que había

dejado de vivir desde la muerte de Dove, de cuyo cariño dependía completamente. ¿Debería haberle tenido encerrado en el apartamento, aunque él prefiriese ser libre? ¡Se trataba de un gato, después de todo!

«Dile que la quiero. Lo siento mucho, no quería partir de esta manera, quería ir de caza». Había sido una noche calurosa llena de olores agradables. A Dove le gustaba ser libre, y la muerte le pilló por sorpresa.

No había perdido el conocimiento del todo después del golpe en la cabeza. Vi los faros deslumbrantes en la noche. Dove creyó que podía cruzar la carretera, pero calculó mal el recorrido. Esto es lo que percibí, traducido en mis palabras: «Oigo el ruido del golpe, el olor de la gasolina me asfixia, me duele mucho la cabeza, un líquido cálido se derrama a mi izquierda, me he caído sobre el costado izquierdo y no logro levantarme.

Creo que es el fin, que debo partir, el cielo es tan grande y tan negro…

veo las constelaciones, nunca me había fijado en ellas… me pregunto si vendrá Solange; si parto ya no volverá a verme, no creía que esto fuese a pasar así, tan rápido, no me ha dado tiempo de ver el coche, espero poder volver a ver a Solange, me necesita. Si parto, ¿cómo va a vivir ella? Ya no veo el cielo, no hay nada, me siento muy ligero, ¿qué es esa luz? Hay otras, qué bonito es, ¿dónde vamos? Es precioso, me siento muy bien…».

Solange estaba muy triste. Le hubiera gustado que Dove siempre estuviera con ella, pero nada es para siempre. La vida misma es cambiante por naturaleza.

Para Solange su gato había sido como un hijo. Todos los días la acompañaba a la estación que había a diez minutos a pie desde su casa.

Cuando llegaban maullaba como si le dijera: «¡Pues aquí te dejo!», y luego se volvía a ir. Cuando Solange llegaba en coche se lo encontraba esperándola.

La joven me dijo: «Lloro por él todos los días, quiero que sepa cuánto le quiero y cuánto le echo de menos».

Mientras hablaba con Solange se me apareció la imagen del rostro de un anciano que parecía tener problemas en una pierna y llevaba tirantes y una boina negra. Se lo describí a Solange, quien lo reconoció de inmediato: era su abuelo materno. Me habló de él como

si fuese un santo; dijo que siempre sonreía y lo perdonaba todo. El hombre me transmitió un mensaje para su hija: quería que se acordase de cierta muñeca que le había regalado. En efecto, la madre de Solange no había podido tener muñecas cuando era pequeña porque su familia no tenía mucho dinero.

Posteriormente su padre le había regalado varias muñecas que ella siempre conservaba cerca de sí. Gracias a Dove pudimos recibir un mensaje del Más Allá para la madre de Solange, que había estado a punto de morir el octubre anterior y que a menudo se sentía muy baja de ánimo.

Con aquel mensaje el abuelo nos demostró que aunque hubiese fallecido en 1986 seguía presente y velando por su familia.

Pienso que en las vastas extensiones de las llanuras del Más Allá es posible conectarse con otros seres para ayudar a una persona que esté en la tierra si esta lo necesita. Los animales también pueden conectarse entre sí y con personas fallecidas. Un día les pregunté a mis Médicos del Cielo si ellos podían entrar en contacto y hablar con los otros «seres de Luz»

cuya presencia yo había percibido a lo largo de mis experiencias. Uno de ellos me dijo que sí, que podían hacerlo para ayudar a alguien en caso de necesidad.

Hay Allí una cantidad inconmensurable de bondad para nosotros;

ELLOS nos contemplan, ELLOS velan por nosotros, ELLOS nos

protegen.

A lo largo de las numerosas ocasiones en las que me he comunicado con animales perdidos me he dado cuenta de que si el animal sufre una gran conmoción su espíritu se separa del cuerpo físico aunque no muera.

A veces esto ocurre en el momento del impacto, y en otras ocasiones inmediatamente después. Esta es la razón de que muchos

comunicadores cometan errores y crean que el animal está muerto aunque en realidad siga con vida; como su espíritu ha salido del cuerpo y ya no podemos percibir sus pensamientos puede parecernos «muerto». Para poder distinguir la diferencia y saber si el animal sigue con vida es preciso tener el don de la visión. Insisto en esto porque me parece muy arriesgado jugar con los sentimientos de personas que están tristes o desesperadas porque han perdido a su animal, que posiblemente esté sufriendo, a punto de morir o ya muerto. Es importante no llevar a error al guardián, ya que muchas veces el animal representa toda su Fuente de Amor. A veces me pregunto si este otro lugar o estado al que va el espíritu no será similar al que se menciona en los relatos de *NDEs* (*Near Death Experiences*, experiencias cercanas a la muerte) experimentadas por humanos. Estos relatos suelen ser muy parecidos; Allí se puede tomar la decisión de volver o no al cuerpo, y si se decide volver suele ser para terminar algo, ayudar a la familia o transmitir algún conocimiento concreto a otros seres humanos. Vista la importancia de los animales en la vida de la gente, muchas veces me he preguntado si será igual para ellos. Aunque soy capaz tanto de percibir la conciencia del animal como de discernir si está viviendo una experiencia y si su cuerpo físico está vivo o no, en aquel espaciotiempo distinto al nuestro no puedo acceder a todos sus pensamientos y experiencias. A veces incluso tienen mensajes para el guardián que está esperando a su ser querido. La conclusión a la que he llegado es que el lugar al que llega el espíritu de un animal que está en coma o que ha abandonado su cuerpo físico es diferente al lugar al que habría ido en caso de que hubiese muerto. Me he dado cuenta de que cuando se producen accidentes o en casos de partidas brutales o violentas el espíritu se separa del cuerpo físico justo antes de que se produzca la experiencia traumatizante o causante de gran sufrimiento. Por ejemplo, el

espíritu de un gato que haya sido atrapado por un zorro en Europa o un coyote en los Estados Unidos parte justo antes de que el depredador lo sacuda entre las mandíbulas. Incluso me da la impresión de que el coyote zarandea a la presa de ese modo para hacer partir al espíritu. ¿Quién sabe?

Lo mismo ocurre cuando se producen accidentes de coche, caídas o muertes brutales provocadas por malos tratos, y también en los casos de largas enfermedades que causen mucho sufrimiento al animal. Este último se queda en la tierra a pesar de sus dolores para poder seguir acompañando y dando apoyo a su guardián, pero su espíritu entra y sale de su cuerpo para no tener que soportar constantemente el sufrimiento físico. Esta idea me hace sentir un poco mejor, porque me resulta insoportable ver sufrir a un animal, como pienso que les pasa a

muchas personas. Los vemos tan vulnerables, siempre dispuestos a darnos su cariño incondicional, que no podemos aceptar la idea de que sufran.

Me he dado cuenta de que el lugar al que van cuando su espíritu sale del cuerpo antes del fallecimiento (tras un accidente o durante una enfermedad) parece un lugar de espera en el que no pasa gran cosa. Allí el espíritu se encuentra tranquilo, como cuando nos tumbamos en una cama acogedora y nos quedamos medio dormidos. Da la impresión de que esta pausa permite que el espíritu reflexione sobre lo que quiere hacer a continuación. Pienso que en esta decisión también influye la necesidad emocional que el guardián tenga de su animal. Si por ejemplo el guardián está sumido en una profunda tristeza y no puede soportar separarse de su amigo, si todavía le necesita para vivir, entonces es posible que el animal decida volver. Sin embargo, en ocasiones el animal muere aunque su guardián esté triste y sufriendo.

Aquel lugar lo percibo de forma bastante imprecisa y sin colores; es simplemente etéreo, agradable, reconfortante y apacible. Me recuerda un poco al estado que he podido percibir en los casos de humanos en coma.

En varias ocasiones he tenido el honor de conectarme al espíritu de personas en coma por petición de sus familiares, y por supuesto con el consentimiento del espíritu de la persona en cuestión. Resultaron experiencias muy sorprendentes, ya que los espíritus se encontraban en un estado muy similar al descrito más arriba. Además, los mensajes que recibí para los familiares fueron muy significativos y extraordinarios en todos los casos. Una vez establecí una conexión espiritual a distancia con un joven de dieciocho años, amigo de mis hijos, que había tenido un grave accidente de coche. Estaba en coma y el pronóstico no era nada bueno. Había sufrido daños cerebrales, y por ello los médicos convencionales habían dicho que había muchas posibilidades de que

cuando

despertase

estuviese

paralizado.

Cuando

me

conecté

espiritualmente con él a petición de sus padres vi que estaba en un lugar tranquilo y apacible y que parecía estar descansando y reflexionando.

También me di cuenta de que no estaba solo, sino en compañía de unos seres luminosos que le estaban ayudando a tomar la decisión y a hacer balance de su vida. Aunque no llegué a ver a estos otros seres, pude sentir su presencia. El chico me explicó que se estaba pensando si volver o no y me dio detalles sobre su condición médica exacta que más tarde su familia confirmó. Me dijo que me diría cuál era su decisión en aproximadamente dos semanas de tiempo humano. Pasado este tiempo volví a establecer una conexión con él, una vez más por petición de sus parientes, que eran amigos de mi familia. Él me anunció que había tomado una decisión: aunque aún necesitaba descansar un poco más, volvería en sí al cabo de tres semanas de tiempo terrestre. También me dijo que iba a curarse, que no estaría paralizado y que además cambiaría el rumbo de su vida. Y efectivamente todo ocurrió tal y como él me lo había dicho: el joven recuperó el conocimiento tres semanas más tarde, y para gran sorpresa de todo el personal de emergencias del hospital, su cuerpo estaba completamente curado. Además, cambió completamente de estilo de vida. La comunicación que llevé a cabo con aquel chico mientras estaba en coma me hizo comprender que el alma puede decidir si vivir o morir y si su cuerpo físico se cura.

Tras un accidente o una enfermedad grave, cuando están entre la vida y

la muerte, los animales van a un lugar tranquilo donde hacen una

pausa, descansan y esperan. Bellas y bondadosas almas les ayudan a

tomar la decisión entre volver a la vida terrenal o cruzar hacia el Más

Allá.

Pleasure, una hembra de poni landés de ocho años, murió en la autopista.

Treasure, la hembra de poni de cuatro años que iba con ella, sobrevivió. Chris, la guardiana de ambas, me llamó completamente trastornada muy temprano por la mañana para contarme que Pleasure había fallecido. Un campesino vecino la había llamado a las tres de la mañana para decírselo y se había llevado a las dos ponis a su casa. El cuerpo de Pleasure yacía sobre la plataforma elevadora del remolque del

agricultor. Treasure estaba postrada en un box. Se dejó acariciar y después puso la cabeza contra una esquina como si quisiera esconderse.

El agricultor se fue a dormir. Chris quiso llevarse a Treasure a su casa para que el veterinario pudiese examinarla por la mañana temprano.

Pleasure y Treasure eran amigas. Se habían fugado: hacía buen tiempo fuera, una suave brisa les acariciaba el pecho y los olores eran agradables.

Con todo, Chris no comprendía por qué lo habían hecho, aunque sospechaba que había sido para ir al encuentro de sus potros, que estaban en el parque del pueblo de al lado. Nunca antes se habían alejado, y además tenían muchos sitios cerca en los que pastar. Para llegar hasta la autopista debían de haber recorrido cinco kilómetros. Chris no lo comprendía. Tenía el corazón a rebosar de dudas, preguntas, tristeza y culpabilidad.

Cuando conecté mi espíritu al de Pleasure, la vi muy grande y luminosa, pero parecía inquieta; no se encontraba totalmente en paz.

Quería pedirle perdón a Chris por haberle causado tanta pena, y también a Treasure. Había sido un accidente, no estaba previsto que partiese de aquella manera. Me lo mostró mediante sensaciones: oí ruidos y vi una luz muy intensa que la asustó y la hizo salir disparada al galope, muerta de miedo. Noté el viento contra su pecho y su corazón enloquecido, y también advertí el sonido que hacían las pezuñas de Treasure que, a su espalda, se esforzaba por alcanzarla y llegar a su altura. Tan solo existía aquel recorrido infinito y espantoso hacia el fin.

Chris me dijo que aquel día había habido tormenta, lo que explicaba los sonidos atemorizadores, la luz y la sensación eléctrica en el aire. Esto es lo que sentí traducido a mis palabras: «El suelo está duro bajo

mis pies y resbala ligeramente, pero voy tan rápido que no me doy cuenta; lo único que percibo es el sudor que me baja por el pecho, mi pelaje húmedo y frío, el viento, los espantosos ruidos desconocidos por todas partes y las masas compactas de las bestias que intento esquivar. ¿Dónde está Treasure? La siento detrás de mí. Luz blanca en los ojos, fuerte golpe en la frente…».

El agricultor le dijo a Chris que había chocado de frente con la poni más grande, que había muerto en el acto. La otra estaba detrás, siguiéndola. Llegaron unos policías que ataron a Treasure al vallado de la autopista con una cuerda.

«Mi cuerpo está en el suelo y yo estoy por encima. Treasure está ahí, pero atada con una cuerda. ¿Cómo ha hecho para atarse? ¿Por qué no se mueve? Hay gente, ruido, luces rojas… intento llamar a Treasure pero no me oye, está ahí postrada en el suelo, no me ve. Quiero hablar con ella,

decirle que estoy aquí. Ahora estoy entre ambos sitios y veo a Treasure de lejos, percibo su presencia, la oigo; está sola, se siente muy sola y triste, y aunque estoy a su lado no puede verme. En este lugar me siento aún mejor que cuando pastaba en compañía de Treasure. Es amplio y maravilloso, y se ve hierba por todas partes, verde como un rayo color esmeralda; su sabor es fragante y delicioso, y comerla me quita la sed. La luz que ilumina el aire es preciosa y aromática, me conoce, me habla.

Ojalá Treasure lo supiera…».

Cuando Chris vio el cuerpo sin vida de Pleasure le sorprendió lo bonita y limpia que estaba. Un año atrás había ido a buscarla al norte del país. La escogió porque sintió un flechazo al verla.

Cuando Chris fue a buscar a la yegua que había sobrevivido para llevarla de vuelta a la cuadra en el remolque, Treasure giró la cabeza para mirar la plataforma donde se encontraba el cuerpo tumbado de Pleasure.

Antes de subir al remolque se quedó largo rato mirando el cuerpo de su querida amiga.

Mist, un precioso gato gris, murió una noche del mes de mayo a las tres de la mañana.

Jane, su guardiana, lo vio caer desde la ventana de un apartamento del tercer piso. Aunque bajó a buscarle, el gato murió unos minutos

más tarde. El espíritu de Mist no era consciente de haber abandonado su cuerpo. «¿Por qué lloras? Estoy aquí, muy cerca, a tu lado. Estoy entre tus brazos, ¿es que no lo notas? Estoy apretando la nariz contra tus piernas.

¿Por qué no me ves? ¡Estoy aquí!». Aunque Mist ha visto su cuerpo con la cabeza manchada de sangre sobre las baldosas, no comprende que está muerto porque no se siente muerto. Yo veo su precioso cuerpo color gris seda caer del lado izquierdo; hay sangre. Sin embargo, su espíritu salió de él enseguida, tan rápido que no se ha dado cuenta de que está muerto; salió volando inmediatamente hacia el piso en el que se encontraba Jane:

«¡Tengo que explicarle lo que ha pasado!». No sabe dónde ir. Quiere quedarse con Jane, no quiere que llore. Mist no había tenido intención alguna de partir. Tenía que estar con Jane; ella se sentía triste y deprimida a menudo y le resultaba difícil soportar la soledad. Mist lo había sido todo para ella. Ahora ya no podía contener su inmensa tristeza; se sentía abandonada. Ni siquiera había tenido tiempo de decirle adiós. Había sido ella la que había abierto la ventana. Mist se había resbalado. No había sido culpa suya, pero le había visto morir ante sus ojos.

Jane me dijo que le había encontrado abajo con el cuerpo hecho pedazos, el cuello destrozado y el bonito pelaje manchado de sangre. Se había caído hacia la izquierda, a pesar de que tenía por costumbre hacer

equilibrios sobre la estrecha cornisa. Aquella tarde estaba nervioso y quería ir a la ventana. Jane le había llamado para que volviese y pensó que debería cerrarla, pero Mist enseguida volvió a ir para allá, así que su guardiana pensó que ya se bajaría cuando quisiera. Al acercarse vio que no había llegado a ponerse del lado de la cornisa, y le vio caer al intentar entrar en el apartamento. Jane pensaba que debía de estar soñando. No podía ser que Mist estuviese muerto, no, no podía ser…

Idéale, una bonita yegua alazana ciega, vivía con Lia y Rémy, que la querían y cuidaban mucho. Idéale ya había tenido ocho potros y aún debía parir más, pero aquella vez la cría nació muerta. Lia y Rémy llamaron al veterinario porque el potro no respiraba, pero como Idéale parecía estar recuperándose bien la llevaron de vuelta al box. Rémy fue a verla hacia las diez de la noche y vio que estaba acostada y respiraba mal. El veterinario no podía ir, así que acudió uno de sus compañeros de profesión, que le puso a la yegua una inyección

antiespasmódica y otra intravenosa. Cuando el veterinario estaba a punto de marcharse Rémy se dio cuenta de que a Idéale se le había salido parte del útero; el veterinario, que tenía prisa, volvió a inyectarle un producto y se marchó.

Al día siguiente Rémy se levantó muy temprano, presa de la angustia, y su intuición le hizo dirigirse al box de Idéale. La puerta estaba destrozada y la yegua no estaba allí. La encontraron a quinientos metros de distancia, al pie de una pendiente que había debido de bajar. Había muerto dentro del río, y en el suelo encontraron su ano y tres metros de intestinos.

Lia y Rémy me llamaron porque su pena, su tristeza y su ira eran tan grandes que ya no sabían cómo contenerlas. Se hacían muchísimas preguntas: ¿Había desgarrado algo el veterinario al sacar al potro que había nacido muerto?

El potro había estado mal colocado. ¿Habría podido sacarlo con vida un veterinario distinto?

¿Por qué el otro veterinario no había diagnosticado el problema?

¿Debería haberle practicado la eutanasia a Idéale enseguida?

Tras la muerte del potro Idéale había pasado el día en el prado como si nada. ¿Había sido culpa de ellos?

Todas estas preguntas sin respuesta les rondaban por la mente y provocaban que Rémy no pudiese dormir por la noche. ¿Habría podido él evitar todo el sufrimiento?

Cuando me conecté al espíritu de Idéale se me apareció inconmensurable, deslumbrante de bondad. Su mayor deseo era que sus guardianes supieran que no estaba sufriendo, que eso había pasado ya y que no debían sentirse culpables. Quería darles las gracias por todo lo que

habían hecho. Me sentí arrastrada por la bondad y la ternura que emanaban de Idéale como por un arroyo de Gracia, y la fuerza de esta corriente era tal que se me llenaron los ojos de lágrimas. La grandiosidad de su ser resultaba inconcebible para nosotros. Le transmití las preguntas de Rémy. Sí, había sufrido un prolapso uterino que se podría haber evitado. Cuando se lo pedí me mostró en

imágenes y sensaciones cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Esta es la traducción de lo que me transmitió: «El dolor me hace estremecer, me quema, es tan intenso que trato de deshacerme de él como si se tratase de una bestia feroz que agarrada a mí intentase despedazarme desde dentro. Me vuelvo loca de rabia y de dolor, intento salir, me falta el aire, está cerrado, el pánico me atenaza el corazón, debo deshacerme de la bestia salvaje, empujo, arremeto, la puerta se abre y me precipito fuera, cargo, galopo cada vez más rápido para escapar del fuego del dolor. Siento cómo una parte de mí, lisa y mojada, se va deslizando hacia el suelo; me estoy vaciando sobre la tierra, pero no tengo tiempo de mirar y continúo galopando, huyendo lo más lejos posible. Veo un río brillante y me dirijo hacia él, la hoguera que tengo dentro me está consumiendo, me devora, el agua de color azul verdoso me tiende los brazos y yo me caigo dentro, me hundo hasta el fondo del frescor húmedo y verde, que me engulle por entero. Ahora me voy tranquilizando, las llamas se apagan en el líquido color jade oscuro y la sensación es muy agradable, floto en el azul intenso con el espíritu ya sereno, el Agua del Cielo se vuelve iridiscente, las estrellas color lapislázuli me llaman con su voz melodiosa. Me elevo hacia ellas…».

Cuando la partida es abrupta y se debe a un accidente el espíritu del animal puede separarse rápidamente del cuerpo para no sufrir. Entonces, los Espíritus ligados a él le ayudan a dirigirse allá donde deba ir.

Acudirán a buscarle para ayudarle a partir y dirigirse hacia otros cielos incluso aunque el animal quede vinculado a nuestra dimensión durante algún tiempo, ya sea porque no es consciente de que su cuerpo físico ha muerto o porque quiere consolar a su compañero humano. Pienso que en algunas ocasiones los animales parten de esta manera porque así lo ha decidido su espíritu y que otras veces se producen auténticos accidentes que hacen que el momento de la partida llegue demasiado pronto. En cualquier caso, siempre es un gran trastorno y fuente de sufrimiento para el compañero humano o animal que de repente se queda solo en la tierra sin comprender lo que ha pasado.

El ser humano percibe la abrupta separación de su querido animal

como una gran injusticia, y a veces incluso piensa que se trata de una

traición de lo Divino. Sin embargo, decidir lo que es justo no les corresponde a los humanos. Las decisiones sobre la partida de un ser querido se toman en otra dimensión que resulta tanto inaccesible como incomprensible para nuestra personalidad.

Pero pensad esto:

«La muerte no es más que un pasaje.

Lo único que he hecho ha sido pasar a la 'habitación de al lado'.

Yo soy yo. Vosotros sois vosotros.

Siempre seré lo que solía ser para vosotros.

Llamadme como siempre me habéis llamado.

Habladme como siempre me habéis hablado.

No utilicéis un tono distinto.

No lo hagáis de forma solemne o triste.

Seguid riendo de lo que nos hacía reír juntos.

Rezad, o no recéis. Sonreíd, pensad en mí.

Que mi nombre se mencione en casa como siempre se ha mencionado.

Sin ningún tipo de ceremonia,

sin rastro de solemnidad.

La vida tiene el mismo sentido que siempre ha tenido.

El hilo no se ha cortado. ¿Por qué no ibais a poder verme?

¿Por qué ibais a dejar de pensar en mí?

No estoy lejos, tan solo al otro lado del camino».

Canónigo Henry Scott Holland.

Traducción de un extracto de *The King of Terrors*, sermón sobre la

muerte.

La tristeza

Krisná dijo: «Lloráis por lo que no merece la tristeza. Los que son sabios no guardan luto ni por los vivos ni por los muertos».

Bhágavad-guitá, 2, 11

C**opper** era un precioso perro de cinco años de tamaño medio y del color del cobre. Él y Argos, el otro perro de la casa, habían estado viviendo un tiempo en casa de la madre de su guardiana Ginger porque esta se había ido de vacaciones con su novio Walter. El día que Ginger volvía de vacaciones su madre la llamó para decirle que Copper no se encontraba bien: al parecer había mordido y tragado trozos de una toalla.

Como Copper estaba debilitado y vomitaba sus guardianes tuvieron que llevarle al veterinario de urgencia; resultó que la operación era muy arriesgada, de modo que la pareja decidió esperar un poco para ver si se le pasaba. Sin embargo, Copper seguía vomitando, así que el veterinario decidió operarle. Tuvo que abrirle por tres sitios distintos a la altura de los intestinos, y temía que después tuviera infección. La noche del día en que le operaron Copper se metió en la cama de sus guardianes y se tumbó entre ellos. Aunque sufría mucho, se esforzaba por vivir. No dormía, lo único que hacía era seguir a sus queridos guardianes con la mirada.

Ginger me dijo: «Hubo un momento en el que sentí que lo sabía. Hasta me dio la impresión de que estaba fuera de su cuerpo».

Al día siguiente volvieron a la clínica. El veterinario se quedó con Copper, que no podía aguantar más; su cuerpo ya no podía resistir

aquello. Partió plácidamente por la tarde.

Ginger, una mujer encantadora y dulce, sufrió la pérdida de su Copper como nunca había sufrido antes. Me dijo: «Es horrible que ya no esté, no tengo palabras para describir lo mal que lo estoy pasando. Jamás había sufrido así antes, ni siquiera por un ser humano». Incluso le resultaba difícil ocuparse de Argos, porque ella y Copper habían estado muy unidos. Cuando conecté mi espíritu al de Copper le vi en un espacio ligeramente borroso y desdibujado que sin embargo parecía acolchado al mismo tiempo. Se percibían tonalidades que recordaban un poco al color rosa de la tierra. Me dio la impresión de que Copper estaba flotando y esperando. Resultaba muy difícil acceder a sus pensamientos, a su conciencia; era como si estuviese dormido. Ginger me preguntó si era infeliz. A mí no me parecía que fuese feliz o infeliz, sino más bien que su estado era neutro; probablemente estaba atado, ligado por el gran sufrimiento de Ginger, ya que daba la impresión de que no era libre, de que no podía partir. Ginger quería decirle que le quería más que a nada y pedirle que le diese alguna señal. Le expliqué que debía esperar un poco; las señales llegarían, pero aún era demasiado pronto. Antes de eso Copper debía liberarse de lo que le mantenía unido al plano terrenal. Lo único que Ginger podía hacer por su parte era aceptar que había partido. No era necesario que llegase a sentir la aceptación, bastaba con que tomase la decisión de hacerlo; con eso bastaría para que Copper recibiera la ayuda que necesitaba. Ginger se sentía culpable; lo último que quería era retenerlo. Yo le dije: «No es que le estés reteniendo, es simplemente que no puede partir. No debes sentirte culpable. Llorar es normal, forma parte de lo que vivimos aquí en la tierra». Sin embargo, con frecuencia los guardianes temen que su tristeza desaparezca, porque les recuerda la presencia de su querido animal y les mantiene unidos a él. La tristeza es muy real y tangible. De lo que no se dan cuenta es de que existe un vínculo mucho más espléndido y resistente que el de la pena: el del Amor en estado puro, sin tristeza. Ginger me dijo que no soportaba «el vacío de su ausencia». Le expliqué que el vacío del que hablaba no existía, porque la conciencia de Copper seguía presente en su casa y en su ser. El vacío no es más que una sensación que experimentamos a raíz de nuestra pérdida. Cuando terminamos de hablar, Ginger y Walter fueron a la tumba de Copper. Le habían enterrado en un lugar de su jardín donde solía gustarle estar, bajo un eucalipto. Una vez allí, encendieron velas y hablaron con él. Tres días después volví a establecer una conexión con Copper: esta vez le vi feliz, corriendo y dando saltitos. Me anunció que

volvería: «Volveré y tú me reconocerás, volveré cuando menos te lo esperes, pero en tu interior sabrás que soy yo. Volveré, te quiero».

Ginger me confesó que nunca se había parado a pensar en el Más Allá y en lo que hay después de la muerte. No era un tema que se hubiese planteado, simplemente.

La conciencia de los animales siempre está presente y por lo tanto

siempre están a vuestro lado, aunque no podáis verles, oírles ni olerles.

Su esencia lo colma todo: el vacío no existe. El Todo está lleno de

Amor. Si tomaseis conciencia de esto en vuestro interior no lloraríais.

Un día vi durante un seminario el espíritu de un perrito blanco que no parecía muy mayor acurrucado a los pies de una agradable joven. Soy consciente de que estos animales están en el otro Mundo y me permiten verles, y les estoy muy agradecida por ello. Ver su forma siempre me recuerda que la vida sigue y que el Amor continúa ahí para nosotros. Si el animal quiere hacerle llegar un mensaje a su guardián, yo se lo transmito.

Aunque seguía acurrucado a los pies de Margaret, la joven, el perrito en cuestión parecía intranquilo. Cuando le pregunté a la chica si había tenido algún perrito blanco, se echó a llorar. Sí, lo había tenido: un caniche blanco llamado **Jade**. Tan solo había vivido con ella durante un año y medio; había muerto de una septicemia que había sufrido tras una operación a la edad de tres años. Margaret no lograba aceptar su partida.

¡Había querido tanto a su pequeño Jade! No podía dejar de pensar en él y le lloraba todos los días. Lo único que el pequeño caniche quería pedirle era que dejase de llorar por él: estaba a su lado, vivo, aunque de forma un poco distinta. Tenía que partir pronto, porque tenía cosas que hacer.

Había sido feliz con Margaret. Solo había venido por un tiempo.

He podido constatar en varias ocasiones que cuando el pasaje de su querido animal resulta muy doloroso para el guardián, el espíritu de su amigo a menudo se queda próximo a él, acurrucado a sus pies, enroscado alrededor de su cuello o sentado muy cerca, como si lo estuviera envolviendo con su presencia tierna y reconfortante. El espíritu del animal se queda esperando pacientemente a que el guardián pueda dejar atrás la tristeza y seguir adelante con su vida. Recibo muchos mensajes en los que los espíritus le piden al humano que deje de llorar y de sentir pena y culpabilidad, que siga adelante. Además, siempre dicen que no es necesario que sus guardianes se aferren a la pena para poder sentirles

presentes: basta con que piensen en ellos con cariño. ¡Nuestros amigos no nos dejan solos!

He visto que al espíritu del animal le resulta difícil marcharse donde debe ir cuando la tristeza de su guardián es demasiado intensa, ya que se queda a su lado para consolarlo. Si la tristeza se prolonga durante años y la persona no logra superarla es como si el animal se quedase atrapado en una dimensión concreta, incapaz de hacer el trabajo que se supone que su espíritu debe hacer. Yo no soy nadie para afirmar este tipo de cosas y decir si son verdad o no; esto no es más que la impresión que he recibido de las experiencias que he vivido y de las que he sido testigo. Cuando el guardián logra dejar atrás la tristeza por fin, yo dejo de poder ver el espíritu del animal a su alrededor; es como si su forma terrestre se volviese más diáfana. También empieza a costarme más trabajo discernir la personalidad que tenía el animal cuando estaba vivo. Lo que percibo en este punto es como una chispa de conciencia, vibrante y encantadora.

Resulta realmente pura, exquisita y ligera, como una bonita mariposa.

Hace muchos años, cuando la Tierra todavía era nueva, una bella mariposa perdió a su pareja. Para demostrar lo triste que estaba se despojó de sus bellas alas y se metió en un capullo triste e insulso. Estaba tan apenada que dejó de comer y de ser capaz de conciliar el sueño. Como no quería ser un lastre para su pueblo metió sus alas y su bolsa de medicinas en una alforja y emprendió un largo viaje. Vagó durante muchos días y muchas noches hasta que finalmente dio la vuelta al mundo. Durante su viaje mantuvo los ojos siempre fijos en el suelo y caminó sobre todas las piedras que se encontraba por los campos y los ríos. Un día, mientras iba mirando al suelo, la mariposa vio una piedra de tal belleza que su tristeza desapareció, así que dejó su capullo a un lado y desempolvó las alas.

Llena de alegría, se puso a bailar para demostrar lo agradecida que estaba de poder empezar una nueva vida. Luego volvió a su casa y le contó a su pueblo la historia de su viaje y de cómo se había recuperado de su tristeza. Hoy en día la tribu amerindia shoshone sigue haciendo aquel mismo baile, que representa el renacimiento y les sirve para dar gracias por las nuevas estaciones, la nueva vida y los nuevos comienzos.

«¿Por qué lloras por lo que no muere?» dicen los Médicos del Cielo.

Vidas cortas: ¿Por qué vienen los

animales a nuestra vida?

«Tu vida volverá a empezar. Aparecerás cada día y volverás cada

noche. Todas las noches alguien encenderá un candil para ti hasta que

la luz del sol brille en tu pecho. Te dirán: Bienvenido, bienvenido a esta

casa de tu vida.».

Inscripción sobre la tumba de Paheri en Egipto,

traducida por James P. Allen.

F**unny**, un bonito gato negro con la cara blanca, apareció un día en el jardín de Dana.

Al principio Dana pensó que sería un gato vagabundo, pero como no se iba de su jardín no tardó en adoptarlo. Funny tenía una oreja herida. El marido de Dana se negó rotundamente a dejarlo entrar en la casa porque ya tenían otros gatos. ¡No había más que hablar! Sin embargo, Dana, que era una mujer compasiva que adoraba a los animales, le preparó un refugio fuera y empezó a ocuparse de él y a darle de comer con regularidad. Al cabo de unos días el gato empezó a comportarse de forma dócil. Dana me dijo: «¡Nos encontramos el uno al otro!». Funny y Dana vivieron dos meses de mágica felicidad. Sin

embargo, Funny había venido a refugiarse en su casa ya aquejado de sida felino, y empezaba a debilitarse. El veterinario quería practicarle la eutanasia y desaconsejó la

esterilización, pero Dana quería que el gato siguiera a su lado a toda costa. Le quería demasiado, y además acababa de entrar en su vida; ¡no era justo que partiese ahora! El veterinario accedió a realizar la esterilización, pero como Funny empeoraba día a día, Dana terminó por aceptar de mala gana que se le practicase la eutanasia. Desde aquel fatídico día siempre se sentía atormentada y no podía parar de hacerse preguntas. ¿Había provocado la anestesia de la esterilización que el momento de la partida llegase antes? ¿Por qué había pasado todo tan rápido? ¿Había tomado la decisión correcta en lo que respectaba a la eutanasia? ¿Había sido feliz con ella Funny, aunque estuviera enfermo y hubiesen estado juntos tan poco tiempo?

Cuando me conecté con el espíritu de Funny se me apareció lleno de vida, joven y alegre: parecía muy pequeño y jugaba con una bola de lana.

Me explicó que no estaba previsto que se quedase mucho tiempo con Dana. Había ido a su encuentro cuando ya le quedaba poco tiempo de vida, en busca de un remanso de paz. Dijo que ya había tratado con ella anteriormente en otras ocasiones, pero no me dio explicaciones al respecto. ¿En otras vidas? ¿En otras dimensiones? Quizá mi espíritu habría descartado este mensaje si no hubiera habido tantos indicios de que era la pura verdad. Funny había venido para poner fin a algunas cosas, y por eso el amor entre ellos había sido tan intenso y grandioso. Ocuparse de él había permitido a Dana recuperarse de ciertas secuelas emocionales que le habían quedado tras un abandono que había sufrido en su infancia.

Dana me confesó que era cierto, que sus padres la habían abandonado.

Su relación con Funny la había ayudado tanto porque se sentía sola.

El mayor deseo de Funny era que no se sintiese culpable. Aunque era cierto que posiblemente habría podido vivir un poco más si no le hubiesen esterilizado, ya que su sistema inmunológico ya estaba debilitado, al final habría tenido que partir de todas maneras. Si se me apareció tan joven y alegre fue para que Dana dejase de temer a aquella enfermedad fatal que se lo había llevado, para que comprendiese que el espíritu que sigue existiendo después de la muerte es inmortal y eternamente joven.

Luego, Funny quiso transmitirle a Dana mensajes relacionados con su matrimonio, mensajes que era importante que recibiera. Cuando era muy joven y ya compartía su vida con su marido actual, Dana había abortado.

Decía: «Maté a mi hijo». Aunque sabía que el veterinario no podría haber hecho nada más por Funny, tenía la sensación de haberle matado a él también, porque había sido ella la que había dado su consentimiento para que le practicasen la eutanasia. Dana le guardaba mucho rencor a su

marido por el niño muerto y por Funny. Si él hubiese estado de acuerdo con dejarlo entrar en la casa todo habría podido arreglarse, pero se había negado y no había habido forma de hacerle cambiar de opinión. Ni siquiera había dado su brazo a torcer en pleno invierno, cuando Funny estaba ya muy enfermo; el gato había sido como un hijo para Dana, y aquello había hecho que su rencor se duplicase, se triplicase. Funny me hizo llegar aún más información relacionada con la infancia de Dana, con su familia y su matrimonio, y estuvimos mucho rato hablando. La presencia de Funny nos permitió sacar a la luz emociones que llevaban mucho tiempo enterradas en Dana, que ahora comprendía por qué el gato había entrado y salido de su vida tan rápido. Se dio cuenta de que en tan solo dos meses la había transformado hasta niveles insospechables.

Ahora se sentía preparada para perdonar al veterinario, a su marido, a sus padres y también a sí misma.

¿Había sido Funny un enviado de Arriba o había sido él quien había decidido vagar un día hacia la casa de Dana? Y esta decisión, ¿la había tomado su espíritu para ayudarla? ¿Habría sido totalmente casualidad que llegase a su vida y que su presencia reflejase lo vivido por ella? Aquí abajo no lo sabremos jamás…

Lomi formaba parte de un grupo de gatos de una perrera a los que se les iba a practicar la eutanasia. Gracias a una asociación, Lomi pudo escapar al gaseado y llegar a casa de Wendy, una mujer que era casa de acogida y cuyo corazón era inmenso y bondadoso. Por desgracia, un día todos los gatos que acogía Wendy contrajeron el tifus: de los doce que había en la casa solo sobrevivieron dos, uno de los cuales fue Lomi. Tan solo tenía dos o tres meses de edad cuando llegó a casa de Wendy, y para ella fue un auténtico flechazo: inmediatamente supo que se lo iba a quedar, y eso que acogía muchos gatos hasta que alguien los adoptaba.

Lomi se sentía arropado y contento, se iba desarrollando y jugaba con los otros gatos.

Sin embargo, al cabo de unos meses empezaron a juntársele muchos problemas de salud y su periodo de convalecencia era muy largo cada vez. Le examinaron muchos veterinarios, y todos ellos hicieron lo imposible por ayudarlo, conquistados por su encantadora carita blanca y negra. Lomi atraía a todos los que le rodeaban, ya fuesen humanos o animales. Había en él algo especial, algo inexplicable, como si viniese de otra parte; transmitía bienestar y tranquilidad tanto a Wendy como a todos los otros gatos y gatitos que ella acogía en su casa. Todos se llevaban bien con él y a menudo iban a acurrucarse a su lado: estar con él les calmaba y reconfortaba.

Finalmente, cuando acababa de cumplir ocho meses Lomi cayó gravemente enfermo y fue imposible salvarlo. Cuando murió había otros tres gatos próximos a él. En el momento de su partida se alteró, como si tuviese miedo, y los tres gatos se acercaron a él para tranquilizarlo y estar a su lado. Su partida dejó un gran vacío en el corazón de Wendy y en el de los otros gatos…

Algunos animales tan solo acuden a nuestra vida durante un breve espacio de tiempo; vienen y se van como un rayo. El efecto que su presencia provoca en nuestra vida no se puede definir o medir en términos temporales, porque en nuestro interior viven por siempre.

Peonia tenía un año y siete meses.

Janis, su guardiana, se la encontró tumbada en la acera de enfrente; la había atropellado un coche tras una pelea con la gata de la nueva vecina.

Janis y su marido, Josh, creían que habrían podido protegerla, y se hacían las siguientes preguntas: «¿va a volver?», «¿por qué hemos pasado tan poco tiempo juntos?», «¿habríamos podido hacer algo por protegerla?».

Cuando conecté mi espíritu al de Peonia, la vi llena de luz y amor. No tenía forma de gata, era una conciencia luminosa. No estaba previsto que partiese de aquella manera, pero ahora ya no tenía remedio. Peonia quería que sus guardianes le prestasen atención a su otro gato, que estaba muy triste y no alcanzaba a comprender lo que había pasado. Esto es lo que percibí, traducido en mis palabras: «No vi el coche que venía por la izquierda, quería ir a por el gato negro y blanco de enfrente; el choque fue fuerte, sentí un golpe en el vientre y di muchas vueltas sobre el alquitrán.

No podríais haber hecho nada, no habríais podido protegerme… ahora estoy bien, os quiero. Josh se siente culpable, pero no ha sido culpa suya.

Me han dicho que debe perdonar a su padre, que también partirá pronto; es importante que le perdone antes». Janis estaba completamente trastornada. Peonia había sido su sol, su niña. La gata dijo también que se quedaría un tiempo cerca de ellos y que como había partido tan pronto luego podría volver con forma de gatito. Me habló de una hermana de Janis que necesitaba ayuda con sus problemas y también de la vecina: sus guardianes debían olvidar el rencor que le guardaban tras su muerte.

Luego, sin darme muchos detalles, me habló de un hijo, de un niño. Al oír lo que dije sobre su padre, Josh se quedó pensativo. Janis había estado embarazada y sufrido un aborto espontáneo a los tres meses de gestación:

el corazón del feto llevaba diez días sin latir. Janis soñó con Peonia, su niña, su sol. Me dijo: «Me he sentido igual que cuando ella vivía, me ha colmado con su presencia y traído felicidad y paz». Peonia había sido su única fuente de felicidad.

«Un ser magnífico en el cuerpo de un perrito»

El invierno pasado, cuando te vi por primera vez, estabas tristón, desorientado y un poco asustado. Para mí fue un auténtico flechazo: encarnabas una realidad, mi realidad, y decidí adoptarte.

Del perrito que eras al principio, siempre detrás de mí con la cola entre las patas, pasaste a ser «mi chulito»: caminabas con porte orgulloso y la frente bien alta, e incluso le ladrabas a los demás perros.

Del perrito miedoso que no se atrevía a moverse pasaste a atreverte a saltar encima de mí para lamerme la cara. Ocurrió una mañana al

despertar; ¡cómo me reí aquel día!

Del perrito tímido que retrocedía cada vez que alguien se acercaba pasaste a ser tú el que buscaba activamente las caricias.

Del perrito que lloraba en cuanto alguien lo cogía en brazos pasaste a tener confianza. Cada vez que llegábamos a las escaleras del metro y te ponías en posición para que te cogiese en brazos me daba un vuelco el corazón. ¡Era una monada!

Podría contar tantas cosas…

Angel, no me perdono no haber estado contigo aquella mañana, el 9 de noviembre de 2011. Si yo hubiese estado allí habrías estado bien atado.

Me siento furiosa, me parece una injusticia tremenda que nos hayan separado de este modo. Te fuiste presa de un ataque de pánico. Tengo la impresión de poder revivir cada instante de tus últimos momentos: vuelvo a verte corriendo desesperadamente por la calle para escapar, corriendo sin parar hasta que te golpea la rueda de un coche… recobraste el conocimiento tan solo un momento, lo justo para que yo pudiese ir a verte, y luego volviste a partir, esta vez para siempre. No logro olvidar cómo gemías con desesperación mientras estabas acostado en la jaula del veterinario. Ambos sabíamos que sería nuestro último momento juntos…

Angel, te pido perdón. Traicioné tu confianza, no supe protegerte como debería haberlo hecho.

Has dejado un gran vacío en mi corazón y también en muchos otros.

Te echo de menos, perrito mío…».

Angel llegó a la vida de Leslie un buen día.

Leslie, una joven amable y fascinante, trabajaba para un refugio ayudando a perros «rotos» a recuperarse. Leslie y Angel no tuvieron más que un año de felicidad juntos: ahora ese año ha terminado en tragedia.

Leslie llora, no puede dejar de llorar, no lo entiende, se culpa. Cuando establecí la conexión con el espíritu de Angel emanaba de él una gran cantidad de luz: lo vi despreocupado, jugando y saltando. Esto es lo que percibí, traducido en mis palabras: «Dile que la quiero, que estoy bien, que ya no me duele. Me habría gustado quedarme más tiempo

contigo, aunque solo fuese un poco más, pero no podía, no estaba previsto que me quedase mucho tiempo». Angel me explicó que había entrado en la vida de Leslie para enseñarle a confiar en sí misma, para que comprendiese que podía cambiar, del mismo modo que él lo había hecho. Podía aprender a quererse. Me explicó que su gran falta de confianza en sí misma venía de la relación que había tenido con su madre, pero que él había venido para mostrarle, entre otras cosas, cómo superarlo. No quería que se sintiese culpable y no había querido que ella presenciase su fallecimiento. Angel solo había venido a estar con ella durante una breve temporada, había sido un regalo, y por eso habían estado tan unidos y su relación había sido tan estrecha. Cuando estaban en la clínica él ya sabía que iba a partir, tan solo había querido decirle adiós a su manera. Ya estaba en paro cardiaco cuando había llegado allí tras el accidente, pero los asistentes del veterinario consiguieron reanimarle y le pusieron la perfusión. Leslie me llamó en aquel momento hecha un mar de lágrimas, pero yo sabía que ya no podía hacer nada. Un milagro inesperado del Mundo de Arriba hizo que Angel recobrase el conocimiento, y Leslie pudo ir a verle. El perro se esforzaba por mantenerse consciente a pesar de la morfina, y ella sintió que le estaba suplicando, como si supiese que tenía que partir pero no quisiese. Solo tuvieron veinte minutos para estar juntos y decirse adiós. Leslie estaba destrozada, increíblemente apenada: el amor de su vida había partido y nadie había podido hacer nada para evitarlo. Pienso que no es posible retener aquí a los ángeles y a los *Aumakuas**; no pueden quedarse mucho tiempo porque no pertenecen a este mundo.

Posteriormente Leslie me confesó que había cortado toda relación con su familia: «Me consumen». De niña no había recibido ninguna atención ni ningún cariño. Su madre alentaba en ella pensamientos desagradables que le hacían pensar que no valía nada. Nadie la quería. Angel llegó a su vida cuando ya era una mujer joven: ella le había ayudado a recuperarse con su cariño y el perro se lo había devuelto todo multiplicado por mil: le había dado toda la atención y toda la ternura que ella jamás había recibido antes. El mensaje de Angel desde el Más Allá decía que ahora podía hacer lo mismo por sí misma. Las imágenes que la atormentaban día y noche, en las que veía a su querido Angel correr por la calle y ser

atropellado por un coche, formaban parte del pasado. Ahora tenía que visualizarlo lleno de luz y dando saltos de alegría. Le expliqué a Leslie que llorar era normal, pero no hasta el punto de dejar de vivir. Eso no era lo que habría querido el Angelito que había venido un momento a la tierra para enseñarle que debía vivir queriéndose a sí misma. Aquel había sido su regalo.

Los animales que nos han dejado nos transmiten amor, alegría y paz

como pueden y de distintas maneras, por ejemplo mediante mensajes o

sueños. Aunque estén en el Más Allá nos recuerdan que todos

formamos parte de la Fuente y que ese estado de paz y Amor es lo

natural para nosotros. Es solo que el ser humano lo ha olvidado, o lo

olvida demasiado a menudo…

La culpabilidad

«¿Quién es aquel que ama y que sufre?

Es el único que representa un papel consigo mismo.

El individuo sufre porque percibe la dualidad.

Encuentra el UNO que está en todo y en todas partes

y el dolor y el sufrimiento acabarán».

Sri Anandamayi Ma

G**handi** había aparecido un día en casa de Larry en un estado lamentable: delgado, lleno de piojos y con el pelaje áspero. Larry, que era un hombre bueno y atento, se ocupó de él, y el gato, que se puso fuerte, precioso y con el pelaje sedoso, seguía a su nuevo guardián a todas partes.

Cuando Larry le llamaba, Ghandi venía hacia él como un perrito. Larry incluso le enseñó a cruzar la calle. Era su gato favorito. El cariño y la presencia de Ghandi henchían el corazón de Larry.

Un día, un vecino llamó a Larry para decirle que habían atropellado a su Ghandi: el gato se había cruzado por delante de un tractor en movimiento. Las personas que iban en el coche que circulaba detrás del tractor lo habían visto todo, pero no habían podido hacer nada.

A muchos gatos los atropellan así en la carretera. Algunos no son conscientes del peligro, y otros no perciben correctamente la distancia entre ellos mismos y el vehículo. Otros tantos son víctimas de conductores irresponsables que circulan demasiado rápido o van ebrios al

volante. ¿Es obra del destino o son estos accidentes fruto de la casualidad? Nadie lo sabe.

El caso, sin embargo, es que Ghandi había aprendido a cruzar la calle.

Larry pensaba que había sido culpa suya. Me dijo: «Pensé en él. Ha debido venir hacia mí porque pensé en él. Después, sonó el teléfono. Fui a buscar a Ghandi y me encontré su cuerpo hecho una bola en medio de la carretera. Pensé en él. Hace diez minutos, su cuerpo aún estaba caliente.

Es culpa mía, ¡yo le llamé con mi pensamiento!».

La culpabilidad es una emoción muy fuerte que arrastramos durante años. Mucha gente se siente culpable de la muerte de su animal o de la forma en que se le realizó la eutanasia. La culpa les corroe y se castigan por ello durante años. No se permiten ser felices. Se dicen: «Si tan solo no hubiese abierto la puerta, si me hubiese quedado ese día, si hubiera visto o sabido». Sin embargo, el destino es así. Nosotros, los humanos, no sabemos gran cosa, no podemos verlo todo y no controlamos nada.

Predecir los acontecimientos nos es del todo imposible, y tampoco comprendemos el motivo último que hay detrás de ellos.

A menudo, las personas conservan la culpabilidad en su interior porque ello les permite mantener presente a su animal mediante el sufrimiento experimentado tras su partida. No conciben la felicidad tras la marcha del ser querido. A un ser humano le resulta muy difícil pensar que en todas partes hay aún más amor para él. A los animales les gustaría que estuvieseis alegres y felices. Desde el otro lado del Arcoíris, ellos preferirían veros disfrutar de la vida. Si de verdad pudierais hacerlo tras su pasaje, sería como hacerles un fastuoso regalo: vuestra felicidad y su libertad.

Hablé con el espíritu de Ghandi, que me pareció inmenso, deslumbrante, magnífico. Traducido a mis propias palabras, me dijo lo siguiente: «Ahora estoy bien. No es culpa tuya, Larry. Pensaste en mí en el momento en el que el coche me atropelló. No es culpa tuya. Te quiero, siempre estaré contigo». Ghandi, para demostrar que de verdad era él, me contó los detalles del impacto del coche contra el lado izquierdo de su carrillo. Quería asegurarse de que Larry supiera que yo en efecto había hablado con él, con su gato, y no con cualquier otro. El cuerpo parecía intacto. Tan solo había un hilo de sangre que corría desde su boca. Larry me confirmó los detalles, y se quitó un peso de encima al saber que Ghandi seguía allí y que no había sido culpa suya.

Los animales que están en el Más Allá no quieren que les lloremos toda

la vida. No quieren que nos sintamos culpables. Lo único que quieren

es que seamos felices. Nuestra felicidad les permite evolucionar, llevar

sus espíritus más alto y brillar sobre nosotros y los demás como estrellas

titilantes.

Un día, en un seminario, vi un precioso caballo alazán con una lista blanca no muy lejos de Diane, una de las estudiantes. El caballo daba vueltas en círculo como si quisiera decir algo. El aire a su alrededor

estaba cargado de electricidad, y comprendí que era necesario que le prestase atención. Por tanto, le pregunté a mi estudiante si por casualidad había tenido un caballo que hubiese muerto hacía poco: en efecto, había tenido a **Mulberry**, una yegua alazana con una lista blanca que había fallecido a la edad de treinta y dos años. Diane la encontró en la orilla del río atrapada en la alambrada de espino, con el pecho abierto y las rodillas dobladas. Alguien corrió a buscar al veterinario y unas tenazas para liberarla de los espinos. Mulberry se desplomó completamente. Diana la sostuvo hasta que llegó el veterinario, pero el cuerpo pesado de Mulberry se hundía en el barro mojado, se resbalaba débilmente hacia el agua turbia. Diane apenas era capaz de mantenerle la pesada cabeza fuera del agua. Mulberry continuaba hundiéndose lentamente en el abismo líquido.

A su llegada, el veterinario evaluó en un segundo el alcance del desastre; no podía hacer nada, solamente ponerle una inyección a la yegua para realizarle la eutanasia. Mulberry se sumió profundamente en el último sueño. Tan solo las lágrimas de Diane se vertían ya gota a gota en la corriente tranquila e impasible del río, pero Mulberry ya no las veía: su espíritu flotaba con ligereza hacia el arcoíris que se extendía hacia ella.

El veterinario dijo: «Ya estaba muy lejos».

Le hablé de Mulberry a Diane, que no conseguía reponerse. Incluso hoy en día, derrama mares de lágrimas. Sé que en su interior todavía conserva el recuerdo de la última mirada velada de Mulberry.

Diane creía que todo era culpa suya.

Mulberry sufría una elongación en la cadera. Diane había cambiado hacía poco a la yegua de sitio para jubilarla, ya que la persona que se había ocupado de ella anteriormente la había tenido encerrada en el box y se había negado a sacarla al prado. Diane había querido que la yegua, a su edad, estuviese en libertad. Sin embargo, ya en la hierba con los otros caballos, a menudo la perseguía un caballo: el «otro». Diane tuvo la impresión de que había metido a Mulberry en un «moridero». Ahora se

culpaba por eso y pensaba que si no hubiese sacado a la yegua al prado, esta no habría tenido el accidente. Mulberry, desde el Más Allá, me dijo que no quería que Diane se sintiese culpable. No había sido culpa suya.

No habría podido sobrevivir de todas maneras. Mulberry le pedía que

siguiese adelante con su vida y que prestase atención al «otro» caballo.

No era culpa suya y él también se merecía una buena vida.

Eileen me llamó un día de junio, justo después de la muerte de **Tiger**, su gato gris atigrado de nueve años. Cuando me conecté al espíritu de Tiger sentí que aún estaba allí, muy cerca, en casa de la joven Eileen. Sin embargo, parecía casi incómodo, como si estuviese atado allí, como si no pudiese partir. No percibí el resplandor habitual de los animales que están en el Más Allá. Al buscar lo que le ataba al plano físico vi a otro gato que Tiger no quería dejar a solas, y sentí también la gran culpabilidad de su guardiana. Eileen me explicó que Sol, la otra gata de la casa, atigrada clara y hermana de Tiger, no había llevado bien su marcha y había tenido una pena terrible. Sí, Tiger y Sol se querían. Tiger seguía presente en la casa para velar por Sol hasta que pudiese recuperarse de su tristeza. Sin embargo, había otra cosa, un elemento que ensombrecía la claridad del espíritu de Tiger. Esta sombra era la gran culpabilidad de Eileen por causa suya y estaba unida a su muerte.

Eileen me confesó que tenía la impresión de que no había sabido querer a Tiger. Era un gato muy singular, imprevisible, que daba la impresión de que no había querido ser un gato: nunca parecía contento y hacía pis por toda la casa desde que era pequeño. Todos los amigos de Eileen le decían que se deshiciera de él, pero ella nunca pudo decidirse a hacerlo. Le gustaban los animales, y además, ¿quién iba a adoptarlo?

Eileen se culpaba por sus reacciones y por lo furiosa que se había mostrado con Tiger. Un día, se puso enfermo. Dejó de comer y de beber y vomitaba cantidades astronómicas. Eileen lo llevó de urgencia a la veterinaria, que decidió que tenía que quedarse allí una semana. Eileen se sentía mal por dejarlo solo en la clínica, en una jaula y sin su adorada hermana. Transcurrida una semana, la veterinaria le explicó que los parámetros sanguíneos del gato no eran normales y que siempre estaba deshidratado. Le dijo: «Creo que ya no tiene ganas». Así, Eileen se lo llevó de vuelta a casa el viernes e intentó alimentarlo. La agonía fue larga.

Tiger murió en sus brazos el domingo. Eileen se sentía culpable de no haberlo querido. Aunque le encantaban los gatos, nunca había logrado comprender a Tiger. De vez en cuando le pedía mimos y ella no siempre tenía tiempo. La vida pasa muy rápido y no tenemos tiempo. Ahora era demasiado tarde. Eileen y yo hablamos largo rato sobre Tiger, sobre su

espíritu y la culpabilidad que ella sentía. Le expliqué que no es posible querer a todos los animales de la misma manera. Conversamos sobre su culpabilidad, cuyo origen estaba en su infancia. Llegados a este punto de la conversación, Eileen se encontraba mejor. Todavía lloraba, pero ya no se sentía tan culpable. A medida que hablábamos yo sentía cómo el espíritu de Tiger se aclaraba. Me pareció apreciarlo elevándose hacia el gran Arcoíris a través de la ventana abierta de una noche de verano.

A través de las numerosas conexiones que he tenido con animales fallecidos, he podido observar que la culpabilidad del guardián es como una densa nube oscura que gravita a su alrededor. A menudo esta culpabilidad viene de la sensación de haber hecho mal o querido mal, de haberles abandonado o tomado una mala decisión con respecto a la enfermedad o la eutanasia. Esta culpabilidad vive en el interior de todos.

Muchas veces es un reflejo de situaciones o problemas de la infancia no resueltos, sobre todo en los casos en los que se sienten emociones del tipo: «no he actuado lo suficientemente bien», «no he estado a la altura»,

«aún me siento abandonado», «no soy querido, nadie me quiere», o bien

«nadie me respeta». Pienso que esta culpabilidad impide que el animal vaya a donde tiene que ir y además no permite que el guardián siga con su vida. Es muy difícil deshacerse del lastre de la culpabilidad que anida en nuestro interior después del fallecimiento de un ser que hemos querido.

Pero si supierais la cantidad de Amor que hay para todos Allí, en el otro Mundo, donde nadie juzga a nadie, no hay duda de que el ser humano sería capaz de liberarse de las cadenas que lo mantienen prisionero. Es el ser humano el que se juzga a sí mismo con mucha

más saña que sus congéneres.

Con la práctica de la quietud interior, sea cual sea, podréis deshaceros

de la condena que os habéis impuesto a vosotros mismos y de vuestra

culpabilidad.

La práctica de la quietud interior rellena el vacío que existe entre lo

físico y lo no físico. Le otorga a vuestro espíritu las alas que necesita

para alcanzar estados superiores de conciencia, para adquirir la lucidez

y dirigirse hacia la Fuente. Con el nacimiento de nuestra quietud

interior le damos a nuestro querido animal la libertad para volar hacia

otros cielos y a nuestra alma la libertad para evolucionar.

Jim llevó al veterinario a **Mercy**, su magnífica hembra de samoyedo cuyos riñones habían dejado de funcionar. El veterinario había decidido que había que realizarle la eutanasia. Mercy seguía a Jim dondequiera que fuese. Se adoraban el uno al otro. Su guardián la había llevado al veterinario en cuanto aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad. Este le había realizado un análisis de sangre que reveló tasas altas de urea. El estado de salud de Mercy se deterioró muy rápido, y Jim ni siquiera tuvo tiempo de sanarla.

Jim quería que la eutanasia se realizase en el jardín, que era para los dos su lugar sagrado. Jim la estrechaba entre sus brazos, sus lágrimas corriendo por el hermoso pelaje blanco y sedoso de Mercy, que forcejaba, se resistía y no se quedaba dormida. El veterinario le inyectó más dosis, y ella continuó resistiéndose. Jim la abrazaba con tal fuerza que no se dio cuenta de nada. Al final, ella se apagó delicadamente entre los brazos de Jim. Ni siquiera había podido decirle adiós, no había podido tranquilizarla.

Jim me dijo: «Pienso que la he matado yo. ¿Me guarda rencor por lo que he hecho? Todos los días voy a rezar a su tumba».

Cuando me conecté con el espíritu de Mercy, me pareció incluso más pura y diáfana, de una blancura deslumbrante. Me transmitió que había sido ella la que había querido decir adiós y tranquilizar a Jim. Por eso forcejeaba bajo el efecto de la inyección. El entumecimiento se apoderaba poco a poco de sus miembros, pero ella se enfrentaba a él con su espíritu para mantener la mente lúcida. Tan solo quería decirle una vez: «Te quiero, siempre estaré ahí, no me voy de verdad. No tengo más tiempo, no lo olvides…».

Todo había pasado muy rápido desde la llegada del veterinario. Mercy sentía cómo se adormilaba por la narcosis, luchaba contra el aturdimiento, se resistía. «Quiero quedarme un poco más, solo un poco más con Jim, él aún me necesita, todo se vuelve oscuro, ¿llueve? No, no llueve, es Jim que llora, sus lágrimas son cálidas, está todo tan oscuro, se me nublan los ojos, todavía quiero decirle que no le estoy dejando…».

Los Médicos del Cielo nos piden que no seamos víctimas de la condena

que nos imponemos a nosotros mismos. Nos recuerdan que hay mucho

Amor para todos nosotros en todas partes.

La partida que lleva al perdón

«Tú te mereces tu cariño y afecto tanto como cualquier otro ser del universo».

Buda

N**oëlle**, la bonita hembra de labrador de color blanco de Diana y Dimitri, sufrió una ruptura de aneurisma y murió al día siguiente.

Quince días después, Plume, la gata de la casa, también murió sin razón aparente. Sus guardianes pensaron en la posibilidad de un envenenamiento, pero como no había ninguna prueba de ello me llamaron para que aclarase el asunto. La primera que se me apareció fue Noëlle: parecía muy joven y estaba jugando con un gato blanco y negro, pero yo no sabía si aquel gato era Plume porque no me la habían descrito ni me habían dado ninguna fotografía suya. La perra y la gata parecían radiantes, felices y despreocupadas. Noëlle quería que sus guardianes supieran que ahora estaba bien y que no tenían de qué preocuparse.

Después se me apareció la gata y me transmitió que era Plume. No la habían envenenado; había sufrido una embolia fulminante. Había tenido que partir rápidamente al otro mundo porque estaba unida a Noëlle: su relación era así, las dos iban siempre juntas. Me explicaron que aunque la muerte de ambas hubiese sumido a la familia en la desolación y la desesperación también permitiría que Dimitri arreglase las cosas con su padre. Su guardián tenía que perdonarle; lo que su padre le había hecho era muy difícil de perdonar, pero era importante que lo hiciera, porque si

no podía caer enfermo. También querían darle las gracias de corazón a la pareja por la maravillosa vida y todo el cariño que les había dado. «No lloréis por nosotras, enviaremos a alguien a vuestro lado».

Diana me confirmó que Plume había sido blanca y negra y que el veterinario había mencionado la posibilidad de una embolia. También era cierto que la perra y la gata habían tenido una relación muy estrecha. En cuanto a Dimitri, sí, su padre le había pegado con el cinturón durante años por pura malicia y crueldad, sin motivo real. Aunque volviese del colegio con una nota de diecinueve sobre veinte, su padre le decía que le había faltado un punto y le pegaba hasta hacerle sangre; era un hombre extremadamente violento. Dimitri le tuvo miedo hasta los dieciséis años, edad a la que había acabado por tirarlo al suelo. Su madre nunca le había protegido, siempre había

dejado que su padre hiciera lo que quisiera.

Dimitri había llegado a escribirle una carta a su progenitor en la que le hablaba sobre este tema, pero nunca había recibido respuesta. La partida de Noëlle al otro mundo le había afectado mucho. Le dijo a su mujer: «Su muerte ha removido algo en mi interior, pero no sé qué». Noëlle me hizo comprender que su partida había provocado que su guardián volviese a sumirse en la desolación, la desesperanza y el desconsuelo, ya que volvía a estar completamente solo con su sensibilidad ante la maldad y el peligro. Ella, Noëlle, su hembra de labrador blanca, siempre íntegra, tranquila y serena, había sido un pilar para él, un símbolo de seguridad.

Su cariño incondicional le había dado sentido a la vida de Dimitri, que hacía mucho tiempo que ya no lo tenía.

Plume era de la misma familia de almas que Noëlle y las dos habían venido a la tierra juntas para prestarle su apoyo a Dimitri. Su partida le había causado mucha pena a su guardián y le había dejado una herida abierta, pero quizá el mensaje que le transmitieron le permitiese perdonar a su padre: no hacía falta que le quisiera, bastaba con que le perdonase.

Ambre, el perro de cinco años de Caroline y Jean-Pierre, murió una noche en el prado de los caballos. La veterinaria no fue capaz de determinar si la causa de su muerte había sido la erliquiosis que padecía y su repentino fallecimiento la sorprendió mucho, ya que los análisis de sangre que le había hecho poco tiempo atrás no habían revelado nada acuciante; por ello, también ella se quedó conmocionada, preguntándose si no habría cometido algún error. Aquella tarde Jean-Pierre quería tener al perro dentro de casa y le había llamado para que entrase en varias ocasiones, pero Ambre, que prefería quedarse fuera, se había negado a hacerlo en todas ellas. Su guardián llegó a la conclusión que habría

muerto envenenado y no lograba aceptar su partida. No dejaba de pensar:

«¿Entonces de qué ha muerto, y cómo? ¡Me lo han arrebatado!».

Cuando conecté mi espíritu al de Ambre el perro acudió a mí corriendo, como si me hubiese estado esperando. Me llevó por el prado para mostrarme algo: bajo una alambrada había un resto de comida que olía a carne. Tuve una visión de Ambre comiéndose aquel trozo de carne y fui testigo del efecto fulminante del veneno en su

organismo: una hemorragia interna se lo llevó al otro mundo. «Diles que ahora estoy bien, no quiero que se sientan culpables». Ambre me mostró imágenes del aire fresco de la tarde, de la vegetación húmeda y de los caballos, y sobre todo me permitió experimentar la emocionante sensación de perseguir gallinas.

Le pregunté a Jean-Pierre si había gallinas en el vecindario y él me confirmó que los vecinos de tres casas más allá tenían. Era bastante probable que hubiesen sido ellos los que habían dejado la carne envenenada, porque Ambre se lo pasaba bomba asustando a sus gallinas, que solían dejar sueltas. Había provocado muchos destrozos en su gallinero y a veces incluso iba en compañía de otras dos perras; no podía resistirse por más que se lo prohibieran. Las gallinas eran importantes para el vecino, que vendía sus huevos, con lo que Jean-Pierre ya había sospechado que podría haber pasado algo así incluso antes de que Ambre nos hiciese llegar su mensaje: se había preguntado si no habría sido el vecino quien había dejado el veneno para mantener a los perros alejados de su propiedad. No había prueba alguna de ello; no obstante, el cuerpo de Ambre había aparecido cerca de la verja de alambre, igual que en el mensaje que había transmitido. Se trataba de un lugar de difícil acceso y lleno de zarzas. «Murió allí. Se quedó apoyado contra un montón de madera con la cabeza girada hacia la alambrada».

La veterinaria dijo que aunque no era posible realizarle la autopsia a Ambre, había un síntoma visible que indicaba que la causa de la muerte había sido o bien la erliquiosis o bien un envenenamiento: la hemorragia.

El perro tenía un mensaje para ella también. Quería que supiese que lo había hecho todo correctamente, que no había cometido error alguno, porque le habían envenenado.

Ambre me mostró también un perro marrón con las orejas caídas que parecía haber estado con Jean-Pierre cuando este era niño: me explicó que había mucha culpabilidad asociada a aquel perro y que su guardián debía perdonarse tanto por su muerte como por la de aquel otro animal. Más tarde, Jean-Pierre me contó que Etoile, una hembra de spaniel y la primera perra que había tenido, había muerto atropellada por un coche.

En principio lo que había ocurrido es que unos amigos de la familia no

habían cerrado correctamente el pórtico al marcharse: Etoile había salido a pasearse por la carretera y al día siguiente alguien se la había

encontrado en una cuneta. Jean-Pierre, que entonces tenía apenas diez años, se quedó sin perra de un día para otro. ¿Aquello era la muerte, entonces? ¿La ausencia? Jean-Pierre se acordaba de las circunstancias de la situación, pero lo que mejor recordaba era cómo se había sentido. Le resultaba difícil aceptar la muerte de Etoile.

Las muertes intangibles que Jean-Pierre había vivido le provocaban dudas y la necesidad de comprender, de saber. Quizá los mensajes que transmitió Ambre le permitan hallar cierta paz y perdonarse a sí mismo.

El ser humano no comprende nada, no sabe nada. La muerte siempre

será para él, en cualquiera de sus formas, el enigma definitivo. No hay

ninguna explicación válida.

A **Pearl** la mató un tren: era una preciosa perrita de un año y dos meses y pelaje color marrón, con una estrella de un bello color blanco nacarado en el pecho. Ethel, su guardiana, quedó muy afligida por la brutal y prematura muerte de su pequeña; quería volver a encontrar la paz. Fue su madre la que encontró el cuerpo de la perra una semana después de que se escapase. Pearl vivía con la madre de su guardiana porque Ethel estudiaba en otra ciudad; sin embargo, la chica iba todos los fines de semana a ver a su adorada perrita.

Cuando conecté mi espíritu al de la pequeña Pearl me llevé una sorpresa, porque esperaba ver su cuerpo etéreo e incluso creía posible que debido a su violenta partida no hubiese llegado a la Luz. Sin embargo, al rato de establecer la conexión la habitación en la que me encontraba se inundó de una luz radiante de tonos rosa y dorado, y lo que vi fue una Conciencia grandiosa, serena y apacible. Es imposible describir lo espléndido de aquella visión y el efecto que produjo en mí; si pudiese transmitiros lo que sentí directamente al corazón lo haría, pero lo único que puedo ofreceros son palabras. Aquella Conciencia de luz me hizo llegar varios mensajes para la encantadora Ethel: la querían, la querrían siempre, velaban por ella. Vi a la pequeña Pearl cuando aún estaba viva.

No tenía nada que ver con la Conciencia: estaba llena de vida y de energía, era traviesa y despistada y le encantaba explorar y olfatear. No tenía noción alguna del tiempo ni de la responsabilidad de volver a casa; vivía la vida feliz de una perrita de un año y dos meses. Tuve una visión de su muerte: no me pareció que el tren la hubiese golpeado, ya que normalmente cuando establezco una conexión con un animal que ha muerto por un accidente de coche oigo el ruido del impacto, y esta vez no fue así. La vi al borde de la vía férrea, pendiente de un animalito que se movía por la hierba. Estaba tan concentrada en aquellas sensaciones que no se dio cuenta de que llegaba el tren. Cuando por fin lo oyó se llevó un susto tremendo y retrocedió rápidamente. Sin embargo, la ráfaga de aire y la onda de energía que produjo el tren al pasar la hicieron caer hacia atrás.

Era demasiado tarde: cayó sobre el costado izquierdo y el golpe que se dio en la cabeza le provocó una fuerte conmoción que la mató en el acto.

No sufrió. Le expliqué a Ethel lo que había percibido. La joven me confirmó que su madre había encontrado el cuerpo de Pearl tumbado junto a la vía férrea y completamente intacto, lo que no podían entender, al haberlo hallado justo al lado de los raíles. Ethel dijo también que el cuerpo estaba tendido sobre el costado izquierdo y que tenía un corte en la mejilla derecha. Pasé bastante tiempo explicándole todos estos detalles: era importante para mí que pudiese corroborarlos, porque quería que su espíritu albergase la convicción de que la conexión de verdad se había producido. Así luego podría hablarle de la Conciencia de amor que había venido a su encuentro a través del gran Puente del Arcoíris que nos separa del otro Lado.

Aquello era lo más importante del mensaje, y no tanto los detalles de la muerte de Pearl. Yo era consciente de que para Ethel, que acababa de decirme que a su perra la había matado un tren, aquello podía ser difícil de creer. La impresión que dejaron en ella las imágenes de las que le hablé y su confirmación de ellas le permitieron abrir el corazón a la comprensión de lo que podía ser aquella Conciencia. Intenté transmitirle en palabras la grandiosidad de lo que había visto: Ethel se quedó emocionada, conmovida. Las dos nos quedamos en silencio durante unos instantes, disfrutando juntas del recuerdo de aquella visión. A continuación la Conciencia me explicó que la razón principal de que Pearl hubiese venido a la tierra era hacerle compañía a Ethel, que tenía gran necesidad de que alguien estuviese a su lado; su inmensa soledad tenía relación con su padre, del que la Conciencia me habló en tres ocasiones.

Después me mostró la imagen de un gato blanco y por último me explicó que Pearl había venido a ponerle fin a un ciclo relacionado con un perro que Ethel había tenido en el pasado y había fallecido de forma brusca o sin poder despedirse.

En primer lugar le pregunté a Ethel por el gato. Me confirmó que tenía una gata blanca llamada Edelweiss que había estado muy unida a Pearl y solía jugar con ella. Edelweiss estaba muy triste tras la muerte de Pearl y se acostaba en la cesta de su amiga. La pobre todavía estaba sufriendo por su partida.

Los animales sufren tanto como nosotros tras la partida de un amigo; ellos también deben llegar a aceptar su muerte. El padre de Ethel se había marchado de un día para otro, hacía ya mucho tiempo. Ella, que entonces tenía quince años, lo había pasado muy mal y vivido aquello como un abandono. Admitió que lo echaba mucho de menos y que lo estaba pasando mal por su ausencia: lo único que le quedaba para llenar el vacío que le había dejado eran sus perros. Supo inmediatamente quién era la

otra perra: ¡su Hazel! Hazel había muerto brutalmente: había sufrido un fulminante accidente cerebrovascular cuando Ethel no estaba presente. La joven se reprochaba el no haber estado con ella y había pensado que para ganarse el perdón debía adoptar otro perro. Cuando vio a Pearl, la escogió y se la llevó a casa. ¡Era su perrita!

La alegre presencia de Pearl permitió que Ethel se perdonase y aceptase rápidamente la muerte de Hazel. Sin embargo, ahora también ella había muerto trágicamente en su ausencia, y Ethel se culpaba por ello: una vez más, no lograba perdonarse. Le expliqué que un accidente es un accidente y puede ocurrir en cualquier momento, incluso aunque estemos presentes, pero la culpa de la guardiana estaba profundamente arraigada: venía de su infancia. La joven sentía que ella era la culpable de que su padre, al que tanto había querido, ya no estuviese allí; así lo había interpretado a los quince años, aunque fuese un pensamiento irracional.

Desde entonces los animales entraban en su vida y luego partían de repente, lo que hacía que volviese a empezar aquel ciclo sombrío y triste de muerte, ausencia, soledad y culpabilidad. Pearl y Hazel son solo una parte de las muchas estrellas que había en el interior de aquella Conciencia espléndida. Vinieron para transmitirle a Ethel que

tan solo podría seguir adelante si se perdonaba a sí misma.

Pienso que algunos animales nos eligen en vida para enseñarnos lo que es el Amor incondicional. No hay nada que abra más el corazón que tener a nuestro lado a un animal que nos quiere. Sin embargo, algunas veces es su partida la que nos obliga a mirar en nuestro interior. ¿Qué podemos hacer para recuperar esa chispa de Amor sublime? Lo primero es concedernos el Perdón a nosotros mismos. Si no nos perdonamos es imposible que nos queramos a nosotros mismos, y aún más imposible que queramos a los demás.

Cuando recibimos los mensajes de nuestros queridos animales difuntos,

ya sea en forma de palabras, de señales o de sueños, adquirimos una

profunda comprensión en nuestro interior de la grandeza del Amor que

existe para nosotros, y entonces nos resulta fácil concedernos el Perdón

a nosotros mismos. Perdonarse a sí mismo es el rocío que brilla como

gotas de diamante sobre el lodo. Perdonar a otro es como la lluvia que

limpia el polvo de los campos; el Perdón es el agua pura y fluida que

con su mansedad desgasta todo lo que es rígido y duro. Este agua nos

purifica, nos libera, nos da la vida y nos permite beber de la Fuente

celestial.

Cuando atraviesan el puente del arcoíris

«Al otro lado hay un lugar que se llama

Puente del Arcoíris.

Cuando un animal que ha estado muy unido a una persona muere, va

al Puente del Arcoíris. Allí hay campos y colinas para que nuestros

amigos puedan correr juntos. Todos los animales que han estado

enfermos recuperan la salud y la energía. Los que han sufrido o estado

heridos vuelven a estar fuertes y sanos, tal y como los recordamos en

nuestros sueños de tiempos pasados.

Estos animales se sienten tranquilos y contentos excepto por una cosa:

todos ellos echan de menos a una persona muy especial que dejaron

atrás.

Juegan y corren despreocupados, pero un día uno de ellos se detiene de

repente y mira a lo lejos. La mirada en sus ojos brillantes se vuelve

intensa y su cuerpo se estremece. Deja atrás a su grupo de amigos y

echa a correr cada vez más rápido, volando sobre la hierba verde. Es

porque te ha visto. Cuando tú y tu amigo os reencontráis, os abrazáis

con alegría: ya nunca más os volveréis a separar. Te cubre el rostro de

lametazos, tus manos acarician de nuevo su adorada cabeza y vuelves a

mirarle a los ojos llenos de confianza. Aunque hace mucho tiempo que

se marchó de tu vida, jamás ha dejado tu corazón. Después, cruzáis

juntos el Puente del Arcoíris».

Autor desconocido, Estados Unidos.

W**illy** es el cerdito de Bill, un chico estadounidense de doce años.

Los dos viven en una de las islas de Hawái. A Willy lo alimentaron con biberón y seguía a Bill a todas partes. Bill es un niño enfermo: cuando era muy pequeño contrajo la enfermedad de Lyme, lo que ha afectado a su sistema nervioso: siempre está agotado y a menudo sufre ataques parecidos a los de la epilepsia, además de graves pérdidas de memoria y episodios de narcosis. Como no puede ir al colegio como un niño normal va retrasado en sus estudios, y su mentalidad es la de un niño de ocho años. Sin embargo, tiene el don de la clarividencia: percibe y ve cosas que su familia no puede entender. Los Ancianos de la isla a menudo le observan; parecen saber quién es y le están esperando, porque son descendientes de los *Kahunas*, conocedores del saber y capaces de cambiar las cosas. Los *Kahunas* poseen aptitudes y poderes que se transmiten de generación en generación y se desarrollan posteriormente mediante ritos de iniciación.

En cierta ocasión los Ancianos de la isla le dijeron a la madre de Bill que su hijo posee talentos ocultos que saldrán a la luz en el futuro. Para ella, sin embargo, eso no es importante: le preocupan más los problemas a los que se tiene que enfrentar en la vida cotidiana de su hijo.

Cuando conocí a Bill quedé inmediatamente cautivada por la dulzura que emana de él y de sus grandes ojos color azul turquesa. Parece un ángel: es obvio que no pertenece a este mundo.

Por desgracia, Willy (el cerdito de su infancia ya crecido) se había perdido, y Bill, presa del desconsuelo, llevaba meses llorando sin parar.

Había dejado de comer y ya no podía hacer nada, ni siquiera estudiar; Willy era su mejor amigo, y si Bill había logrado sobrevivir en un mundo que le superaba por completo había sido gracias a aquel maravilloso cerdo. Willy era extraordinariamente inteligente, lo comprendía todo y era el único que sabía cómo ayudar a Bill.

Por petición de mi amigo Joseph, el padrastro de Bill, me comuniqué con Willy para que pudieran encontrarlo. Por desgracia vi que el cerdo estaba encerrado en un cercado, ya que un hawaiano nativo lo había capturado por su carne. Estaba escondido tras una vieja casa con una estropeada puerta azul y un garaje abierto en la parte delantera. Había paños secándose fuera, prendas tendidas y numerosos objetos oxidados detrás de la casa. Más allá estaba la selva. Joseph me dijo que aquello coincidía con la descripción de las casas típicas de los nativos hawaianos y que Willy tenía por costumbre pasearse a solas por la selva, ya que le encantaban los olores de la naturaleza; sin embargo, por la tarde siempre

volvía para estar con su amigo. Quizá hubiese sido capturado durante uno de sus paseos…

Con la información obtenida durante la comunicación y las indicaciones que facilitaron los transeúntes, los padres de Bill siguieron buscando a Willy hasta el agotamiento. El niño se echaba a llorar con la sola idea de que a Willy hubiesen podido capturarlo y matarlo. Tan solo los nativos de la isla están autorizados a cazar jabalís, y solo empleando lanza, cuchillo o arco, nunca con fusil. Un hombre con las manos desnudas contra un animal salvaje: se trata de una caza noble que requiere mucho valor. Es su territorio y su derecho. La carne de un jabalí derribado alimenta a toda una familia durante mucho tiempo.

Willy era ya muy grande y parecía un jabalí. Nadie habría podido saber que solía ser un cerdito rosado al que habían alimentado con biberón en los brazos de Bill.

Yo me enfrentaba a un dilema: aunque había prometido prestar mi voz a los animales y decir siempre la verdad, no podía decírsela a Bill,

que estaba enfermo y era un niño muy sensible. Además, sus padres no querían que lo hiciese; la noticia de que Willy moriría pronto podría sumir a su amigo humano en una profunda crisis que acarrearía un grave deterioro de su estado de salud.

Por lo tanto, cuando un día supe que Willy había dejado este mundo, cuando vi su espíritu volando alegremente sobre las verdes cimas de la isla, le dijimos a Bill que Willy se había ido a la selva a jugar con sus amigos. Se trataba de una selva preciosa llena de árboles majestuosos y helechos magníficos; había lagos del color de las esmeraldas, plantas de aroma indescriptible para nosotros y toda clase de cosas riquísimas de comer de las que más le gustaban a Willy. Además, estaba con todos sus amigos, otros amigos como él; estaba muy contento Allí.

Le explicamos a Bill que para llegar allí Willy había atravesado el Puente del Arcoíris. No estaba lejos, pero de momento quería quedarse allí. Le pedía a Bill que fuese feliz sin él. De hecho, iba a enviarle otro cerdito, uno blanco con los ojos azules.

Cuando Bill crezca podrá atravesar a voluntad y tan a menudo como quiera el Puente del Arcoíris, al contrario que el resto de los seres humanos. Allí podrá ver a Willy y a toda clase de animales. Así lo predijeron los Ancianos de la isla.

Ir y venir a través del Puente del Arcoíris es algo que solo unos pocos

pueden hacer. Para ello hay que tener el espíritu de un niño: puro,

sereno, y lleno de confianza.

Los pájaros del arcoíris

«Había una vez un príncipe que salió de cacería. Llegó hasta un árbol

magnífico que daba manzanas de oro y de repente vio un pájaro de alas

doradas. Quiso matarlo, pero le pareció demasiado hermoso y lo dejó

marchar. Para agradecérselo, el pájaro de fuego le dio una de sus

plumas y le dijo: 'Cuando tengas un problema, agita esta pluma y

vendré en tu auxilio'».

Extracto de *El pájaro de fuego*, ballet de Ígor Stravinski.

N**o** hay nada más mágico que un colibrí. Cada vez que veo su pequeño espíritu, sus colores iridiscentes como prismas al sol y su ingrávido vuelo en suspensión no puedo evitar pensar que se trata de una pequeña conciencia hecha de luz que ha venido para aportarnos un instante de felicidad y belleza eterna. Es un mensajero entre el cielo y la tierra, capaz de cruzar fácilmente entre los mundos para traernos el néctar de la vida. Me gusta imaginar que es uno de los pájaros del Gran Arcoíris.

Aunque no sabe andar puede volar tanto hacia atrás como de lado y también quedarse suspendido en pleno vuelo. Le encanta la libertad y la soledad. No tiene miedo de los depredadores, ¡hasta se le ha visto persiguiendo águilas! Es imposible meter a un colibrí en una jaula,

porque si se le encierra no tarda en morir. Cuando cae la noche entra en un estado similar al de una hibernación muy profunda y su temperatura desciende para conservar energía.

Sin embargo, cuando llega el amanecer es como si renaciera, y enseguida reanuda su vuelo rápido y ágil. Si ves un colibrí, déjalo todo y permite que su mensaje de felicidad y vida penetre en tu corazón, ya que cuando él aparece todo se detiene. Llevará tus plegarias a Great Spirit y de ese modo enlazará nuestro mundo con que está en lo Alto.

Hace más de dos mil años se realizaron unos grabados que representan numerosos animales en la llanura de Nazca, en Perú. Estos grabados, que se conocen por el nombre de «líneas de Nazca» se trazaron en el desierto a lo largo de muchos kilómetros y parecen una vía de comunicación, un llamamiento a los Dioses. Entre los dibujos hay uno de un colibrí de sesenta metros de ancho que resulta imposible de identificar a menos que se contemple desde trescientos metros de altura. Aquel pueblo antiguo conocía el valor sagrado de los colibríes: sabían que son un enlace entre nuestro mundo y el de Arriba.

Una leyenda de la tribu amerindia cochití de Nuevo México cuenta la historia de un pueblo antiguo que perdió su fe en la Madre Tierra; esta última, encolerizada, les dejó sin lluvia durante cuatro largos años.

Aquellos hombres se dieron cuenta de que la única criatura que sobrevivía a la sequía era el colibrí, y tras observar sus movimientos los curanderos vieron que conocía un pasadizo secreto que llevaba al mundo en lo Alto, donde acudía regularmente a beber miel. Al continuar con sus observaciones se dieron cuenta de que el único que podía cruzar aquel portal era el colibrí, ya que él nunca había perdido su fe en la Madre Tierra. Aquello les inspiró y recuperaron la fe, con lo que la Madre Tierra volvió a hacerse cargo de ellos y les devolvió la lluvia. Desde entonces los miembros de tribu cochití realizan danzas rituales vestidos con disfraces que imitan las plumas del colibrí para invocar la lluvia. Por medio de los colibrís los curanderos pueden ofrecerle sus regalos a la Madre Tierra.

Un día soñé que estaba buscando a los Médicos del Cielo y que tras pasar varias veces por distintos espacios acababa en un lugar prodigioso.

En el sueño abría numerosas puertas llamándoles por su nombre hasta que al final alguien que no alcanzaba a ver me guiaba hasta una puerta en concreto. Al abrirla me encontré en una gran sala: me quedé muy sorprendida al ver que estaba llena de multitud de magníficos

pájaros de plumajes resplandecientes color azul verdoso con matices turquesa purpúreo y naranja. Lo que me maravilló es que sus plumas brillaban emitiendo destellos color morado lirio y que sus elegantes trinos penetraban inmediatamente en mi corazón y alimentaban mi espíritu.

Parecían muy atareados; revoloteaban como colibríes, se posaban

ágilmente durante un breve instante para recuperar fuerzas y luego volvían a salir volando enseguida. Tuve la impresión de que estaban bebiendo de una fuente de los colores del arcoíris: yo no la veía, pero sabía que estaba ahí. También cogían pequeños granos con los picos para alimentar los cuerpos enfermos de los animales de la tierra.

Lucy vivía con una pareja de cacatúas. Cuando **Kukua,** la hembra, murió de repente, su compañero **Kiwahe** empezó a arrancarse las plumas y a lamer sin cesar los barrotes de su jaula, de la que se negaba a salir; incluso llegó a ponerse agresivo con Lucy. El pobre Kiwahe sentía una tristeza infinitamente profunda, idéntica a la que podemos sentir nosotros los humanos, y también ira, porque no comprendía la razón de la repentina desaparición de su compañera. Se sentía solo y abandonado a pesar de toda la atención que le prestaba su guardiana.

Al establecer la conexión con el espíritu de Kukua la vi en compañía de numerosos pájaros de plumaje iridiscente. Estaba volando libremente por un espacio que resplandecía con una luz deslumbrante, y por todas partes se oían espléndidos cantos de una belleza indescriptible. El espíritu de Kukua estaba unido a todos los demás y era capaz de percibir tanto el todo armonioso formado por las resonancias celestiales que emitían como el sonido individual creado por cada espíritu aviario: allí todos los individuos están conectados al Gran Todo. La visión que me transmitió Kukua me produjo una sensación de éxtasis… Todo era sublime: Los destellos del aire, los exquisitos susurros, la sensación de unión al grupo y de individualidad a la vez y la capacidad de ver alrededor de uno mismo en todas direcciones. Kukua era libre, pero al mismo tiempo perfectamente consciente de la inmensa tristeza que sentía su querido compañero en la jaula. Cuando fuese el turno de Kiwahe de realizar el pasaje iría a buscarle para guiarle a su vez hacia las grandes y radiantes esferas del Más Allá.

Patch, un perrito blanco con una mancha negra en el ojo, vivía con Noémie y su marido. No se puede decir que fuese obediente: era más bien terco, y le daba mucha guerra a sus guardianes, pero ellos le

adoraban de todas formas. En el mes de julio le diagnosticaron un tumor en la vejiga que medía ya tres centímetros de largo y dos o tres de ancho, lo que indicaba que lo tenía desde hacía tiempo. El veterinario dijo que con un tumor como aquel Patch no viviría más de dos meses, pero el

«hombrecito» de Noémie no estaba de acuerdo en absoluto con aquella decisión: quería quedarse más tiempo. Así, gracias a la ayuda de los Médicos del Cielo pudimos detener el progreso del tumor. Patch parecía despreocupado y contento de vivir. Seguía causándole problemas a la

pareja, pero ahora sus guardianes se daban cuenta de lo mucho que valoraban el tiempo que pasaban con él, de modo que se tomaban las cosas con humor y disfrutaban de cada instante. El veterinario estaba atónito y no comprendía cómo era posible que el tumor hubiese disminuido de tamaño y que Patch siguiera viviendo. Sin embargo, al perrito le daba completamente igual lo que pensase, porque su pequeño espíritu tenía un acuerdo con el mundo de Arriba. Noémie y su marido querían vender su casa porque estaban construyéndose otra. A Patch le gustaba ir con ellos a la obra y les acompañaba allí todos los días: su guardiana tenía la impresión de que quería saber dónde iban a instalarse, como si quisiera asegurarse de que allí iban a estar sanos y salvos. Se mudaron en los últimos días del mes de diciembre. Aunque Patch parecía muy contento en aquella nueva residencia, empezó a debilitarse a finales de enero. Aún aguantaba, pero cada vez le resultaba más duro. Yo estaba muy apenada porque me había encariñado con él y sabía que no le quedaba mucho tiempo.

Le cojo cariño a todos los animales que sano a distancia; es como si todos formasen parte de mi familia. Como les visito todos los días en

«espíritu» llego a conocerles muy bien. Patch era mi diablillo, yo adoraba su espíritu. Noémie volvió a llevarle al veterinario: esta vez el tumor había crecido e incluso se había extendido por la vejiga. Patch había aguantado lo máximo posible para que su querida Noémie pudiese estar segura en su nueva casa y dejarle partir.

El 5 de febrero yo estaba de visita en casa de unos amigos en Los

Ángeles. Hacía buen tiempo, así que estaba al aire libre. Vi un bello pájaro de color azul intenso entre las hojas y enseguida me di cuenta de que se trataba de una señal, porque en aquel lugar desértico no hay pájaros azules. Unas horas más tarde recibí un mensaje en el que me anunciaban la partida de Patch. Todos estábamos preparados; yo ya no me sentía triste, porque el pájaro color celeste había venido a buscarle.

Los navajos creen que el pájaro azul de las montañas es un gran espíritu con forma animal que recuerda a los miembros de la tribu que se levanten al amanecer para darle la bienvenida al sol.

El Pájaro Azul Celeste guía a nuestros animales fallecidos a lo largo de

su travesía aérea, desde el otro lado del Arcoíris hasta el Amanecer de

su Renacimiento.

El cuerpo no es más que un envoltorio

«Solo vivís en la tierra durante unos años,

a los que llamáis una encarnación,

y después dejáis atrás vuestro cuerpo

como si fuese ropa vieja

para ir a refrescaros a vuestro auténtico hogar,

el del espíritu».

Jefe Águila Blanca, Estados Unidos.

A**nita** quería que su perrito **Solecito** pudiese partir tranquilamente en casa, sin necesidad de eutanasia, de modo que los últimos días de su vida estuve realizándole sanaciones a distancia.

Solecito partió tranquilo y sereno, en compañía de Anita y de su marido: los tres estuvieron juntos toda la noche. Su guardiana me dijo:

«Cuando partió sentí como el estallido de una frágil burbujita que luego salió volando hacia los cielos, rápida y luminosa cual estrella fugaz. Lo único que lo retenía ya a esta vida era un hilo delgado y extremadamente fino que ya estaba tenso del otro extremo, y al final logró separarse de su envoltorio carnal y ser libre. Fue muy grato, él lo estaba esperando».

Los antiguos egipcios tenían creencias muy elaboradas sobre la muerte y el Más Allá. Creían que los humanos poseían un *ka* ,* una fuerza vital que abandonaba el cuerpo en el momento de la muerte. El *ka* es como la burbujita frágil, la estrella fugaz que describió Anita. Todas las personas contaban también con un *ba* ,* el conjunto de características espirituales

únicas a cada individuo. Al contrario que el *ka*, el *ba* sigue unido al cuerpo después de la muerte. Los rituales funerarios egipcios que llevaban a cabo los sacerdotes servían para liberar al *ba* de su envoltorio y que pudiese desplazarse libremente. Estas ceremonias, entre las que se encontraba la de la apertura de la boca, se hacían tanto para devolverle a una persona el uso de sus capacidades físicas en la muerte como para liberar al *ba* de su atadura al cuerpo. De este modo podía unirse al *ka* en el Más Allá y crear la entidad *aj**.

Una de las cosas más duras desde el punto de vista emocional para un guardián tras la partida de su animal es la ausencia de su presencia física.

Mucha gente me dice: «Ya no le volveré a ver ni a oír, ya no podré acariciarle, ni abrazarle, ni sentir su olor». Me he dado cuenta de que muchas personas llevan peor esta pérdida que la de un ser humano.

Esto se debe a que es precisamente esta «fisicalidad» de los animales lo que produce un efecto profundamente reparador en el ser humano.

Otras personas me dicen: «Ya no existe, ayer estaba aquí y ahora no

queda más que un puñado de huesos, de cenizas». Es cierto que el ser que hemos querido con el cuerpo sedoso del gato Frisky, la personalidad alegre e íntegra del perro Bud, o el porte noble y orgulloso del caballo Cosmos ya no existe con la misma forma; el concepto único y específico de su espíritu utilizando como vehículo el cuerpo físico que conocíamos no volverá a existir como tal. Sin embargo, es posible que adopte otros tipos de cuerpos, que podrían ser físicos como los que conocemos o bien hechos de luz, que son aún más maravillosos. No lo sabemos.

El espíritu que habita el interior del cuerpo, la esencia, lo que yo llamo

la firma del ser de un animal, existirá por siempre. La firma del ser

trasciende la personalidad que le conocimos al cuerpo que tanto

quisimos, es grandiosa y sublime. En el cuerpo físico que vosotros

conocisteis no había más que un destello de quien la firma del ser es en

realidad.

Un día conocí a dos cerdos maravillosos llamados **Méli** y **Mélo**.

Vivían con Sophie y Jean en el sur de Francia. Un día se refugió en su cercado un gallo muy debilitado al que le quedaba poco tiempo de vida.

Los cerdos le acogieron como si fuera de la familia y se ocuparon con mucho cariño de su bienestar. Sophie alimentaba al gallo con granos de trigo y de maíz; a Méli y Mélo les encantaban, pero no los tocaban porque comprendían que eran para su protegido.

Al final el gallo expiró, y Méli y Mélo estuvieron a su lado mientras exhalaba su último aliento. Cuando Sophie entró en el cercado para sacar el cadáver, ya no quedaban más que las plumas: los cerdos habían devorado el cuerpo de su amigo después de su muerte, porque ya no era más que carne. Méli y Mélo habían respetado el espíritu y el

cuerpo del gallo mientras aún seguía con vida.

Un día me encontré el cuerpo de mi conejita blanca, **Jasmine**, tendido frente a la puerta de mi nuevo estudio de danza, como si estuviese impidiendo el paso con su cadáver. Acabábamos de mudarnos y yo ya lo tenía todo preparado para montarle su nueva casita en mi estudio. Por desgracia, los perros de los vecinos habían destruido las altas vallas del jardín, habían entrado en su cercado y la habían matado. Me dejaron el cuerpo intacto. Yo no había estado fuera más de una hora: había ido a buscar materiales para su casita. Dejé escapar un grito de horror: ya no quedaba nada, su espíritu ya no estaba allí. Lo único que veía era un cuerpo frío y rígido; no había ni rastro de vida en sus ojos negros delineados al estilo egipcio, ni aliento en su boquita, ni calor en su pelaje sedoso. Yo no podía mirarla, no podía tocarla. No era posible que fuera ella. ¡Con el cariño que yo le tenía a aquel cuerpecito ágil y grácil que todos los días daba alegres saltitos por mi estudio, a su espíritu travieso y encantador! Las dos habíamos vivido juntas muchísimas experiencias con el otro Mundo. ¿Por qué me la habían arrebatado? Era terriblemente injusto. Yo había percibido la inquietud de Jasmine. ¿Será que sabía lo

que iba a pasar? Si, seguro que intuyó el peligro. Yo estaba agotada por la mudanza y ocupada con la construcción de su nueva casita y no le había prestado atención; debería haberlo hecho. No fui capaz de acercarme al cuerpo porque para mí ella ya no estaba allí. Normalmente considero que la muerte es una experiencia sagrada y entierro al animal siguiendo un ritual y recitando oraciones, pero en el caso de mi pequeña Jasmine fue diferente: me marché. Le di la espalda al envoltorio, al cuerpo que ya no contenía espíritu alguno. Nunca acepté que me la hubiesen arrebatado.

Una persona de la ciudad vino a buscar el cuerpo. Lo envolvió en un papel y se marchó, pero yo no miré ni le dirigí la palabra: me estaba ahogando en un mar de mis propias lágrimas. Lloré y lloré la muerte de mi angelito. Fue duro, pero dejé atrás su cuerpecito que tanto había querido, no le di importancia. Conservé cuidadosamente y para siempre su pequeño y luminoso espíritu en mi interior.

«El cuerpo tira los ropajes usados y el habitante del cuerpo tira los

cuerpos usados. Después se pone cuerpos nuevos, como si fuesen

ropajes».

***Bhágavad-guitá*, 2, 22.**

Considero que el cuerpo no es lo único de lo que nos deshacemos como si fuese ropa vieja y usada; también nos deshacemos de nuestra mentalidad, que nos atormenta con sus miles de pensamientos. La mentalidad, ligada a nuestra identidad aquí en la tierra, a sus pensamientos y creencias definidos por nuestro contexto sociocultural que está a su vez relacionado con la historia de nuestra humanidad, también se desprende: al final lo único que queda es la conciencia pura.

Esa conciencia somos nosotros: es ella la que es inmortal. Ya existía antes de que lo hiciese nuestro cuerpo físico y seguirá existiendo cuando desaparezca. La conciencia no nace y tampoco muere. Siempre «existe».

Esa es la razón de que los Médicos del Cielo digan que los animales son seres de luz que van y vienen. Vienen a nosotros con el cuerpo de la coneja Jasmine, del gato Chulo, del perro Calo o del caballo Olive Leaf, y nosotros les queremos con la forma que hayan adoptado, pero en realidad ellos no son esa forma. Son pura conciencia, nada más.

La mayor felicidad para un taoísta es conseguir deshacerse de los pensamientos terrenales, del cuerpo físico y de la pena que causa tener que morir. Para liberarse de esta gran tristeza, los taoístas han

desarrollado prácticas espirituales que llevan a cabo en vida. Algunos hasta pueden volverse inmortales, aunque se trata por supuesto de una inmortalidad de naturaleza espiritual. Los que lograban volverse inmortales eran individuos que habían muerto, o al menos eso parecía; sin embargo, al abrir sus ataúdes estos estaban vacíos, ¡el cuerpo había desaparecido! Como ya no pertenecen a esta tierra, viajan por los Cielos o por islas espléndidas y sobrenaturales, como la isla de Penglai. Las creencias taoístas dicen que son capaces de volar montados en nubes y de transformarse en animales o en fuego. Tanto los hombres como las mujeres e incluso los animales pueden ser inmortales.

Se dice que los Inmortales atraviesan las dimensiones celestes volando

a lomos de una grulla blanca. Si observáis el cielo con atención quizá

podáis verlos…

Al otro lado del puente del arcoíris

«El Tao del Cielo funciona de forma misteriosa y secreta: no tiene

forma fija, no sigue ninguna regla definida. Es tan inmenso que jamás

podréis llegar al final; es tan profundo que jamás podréis llegar a

comprenderlo».

El *Huainanzi*.

U**na** antigua leyenda hawaiana cuenta que es posible entrar en Kiwa'a, la Tierra en lo Alto, a través de un hueco entre las nubes que se cierra inmediatamente después de que el espíritu se encuentre a salvo en el interior. Se trata de un lugar mágico donde las tierras están cubiertas de abundante hierba color esmeralda y los espíritus juegan a juegos maravillosos.

Las descripciones que me hacen los animales de lo que hay otro lado

del Arcoíris son por lo general magníficas y similares a este tipo de representaciones. Allí siempre reina una luz iridiscente, y existen cosas parecidas a prados, campos, flores, lagos y ríos, todos ellos de colores tornasolados imposibles de describir en la tierra. A veces resuenan sonidos maravillosos, y resultan particularmente destacables las fragancias extraordinariamente aromáticas que lo impregnan todo. La paleta de colores también es fastuosa. Lo más sorprendente es que las melodías, los colores y los conjuntos de aromas vibran, están vivos, piensan y se comunican. Resulta imposible describirlo o explicarlo porque no forma parte de lo conocido por el ser humano.

Además, todo es más extenso y multidimensional. Las nociones de tiempo o espacio no existen, tan solo está la de estado de ánimo. Los animales no parecen vinculados a ningún lugar concreto sino que se desplazan allá donde les lleven sus pensamientos, van y vienen a sus anchas. A veces me parece ver lugares físicos, más geográficos, y otras veces no veo nada, tan solo luz. Los animales siempre parecen tener buena salud y estar contentos y jugando; es como si de verdad fuesen ellos mismos, como si al saber quiénes son hubiesen vuelto a su verdadera identidad. En cierta ocasión los Médicos del Cielo me dijeron que todas las almas tienen identidad y nombre. Nunca he oído ningún nombre en mis percepciones del Más Allá, pero sí que he notado que los animales son ellos mismos de verdad. Sin embargo, esta identidad no tiene por qué coincidir con la que nosotros conocimos en su última existencia; si se me aparecen con esa forma es para que pueda reconocerles. Allí no existe el concepto de lo temporal, ni tampoco las creencias y los miedos que van unidos a él. En este estado los animales están a menudo rodeados de otros animales, y a veces de personas. A menudo he visto grupos, como manadas de caballos; hay en ellos una unidad increíble, como si el grupo fuese Uno y pensase como Uno aunque esté formado por individuos: es como si fuesen los hilos de una misma tela. El tamaño de los animales resulta difícil de precisar, porque siempre se me aparecen con una forma ligeramente etérea. Lo más impresionante de todo son los sentimientos de Amor y Compasión y la sensación de que nunca nos juzgan que percibo cuando me conecto a ellos.

Este Amor vibrante existe tanto en el interior de los animales como

fuera de ellos, resplandece a su alrededor y en todo. Los intensos

sentimientos que experimentamos por nuestros animales en la tierra no

son más que un débil resplandor del Amor que hay Allí.

Las únicas circunstancias en las que no les percibo como he descrito es cuando a los animales les retiene una gran culpabilidad o cuando sus muertes han sido muy repentinas y violentas.

Sin embargo, no puedo afirmar que el estado del ser en el que les siento y veo sea el lugar al que vamos en la Vida después de la muerte. Pienso que el espíritu pasa constantemente de unos estados a otros, se desplaza, evoluciona, experimenta y aprende. A veces he podido ver un lugar de descanso, o al menos he notado que se trataba de un lugar de descanso

para el animal, ya que algunos necesitan recuperar fuerzas tras haber experimentado mucho sufrimiento, traumatismos o enfermedades graves.

Les pregunté por esto a los Médicos del Cielo y me dijeron que después de pasar al otro lado el alma llega a un lugar de descanso donde puede quedarse el tiempo que necesite; después, vuelve al nivel de vibración que le corresponda. No sabría decir en qué etapa se encuentra el animal fallecido cuando yo contacto con él. A lo mejor existen distintos momentos que tienen lugar simultáneamente o quizá yo solo tenga acceso a una pequeña parte. Lo que está claro es que existe todo un Mundo inconmensurable que el ser humano no conoce y al que es difícil acceder desde aquí en la tierra.

Todos los seres humanos y todos los animales tienen la posibilidad,

entre otras muchas, de viajar espiritualmente mediante sueños o viajes

astrales: de este modo pueden disfrutar de una ínfima parte del

conocimiento que existe en las otras dimensiones.

También considero, sin embargo, que parte de los conocimientos relacionados con este ámbito se adquieren a fuerza de experimentación y estricta repetición, igual que las cosas que aprendemos aquí en la tierra.

Además, ¿cómo podemos saber si lo que vivimos en sueños o durante viajes espirituales es real? ¿Es posible que algunas experiencias estén marcadas y definidas por las creencias, las dudas o los miedos?

A continuación os expongo varios ejemplos de guardianes que pudieron vislumbrar el Más Allá de distintas formas: Caroline tenía una pequeña cacatúa llamada **Bianca** a la que adoraba pero que según ella volaba siempre con gran pesadez. Bianca sufrió una muerte súbita y Caroline se quedó muy apenada.

Una noche Caroline soñó con el impresionante vuelo de unos pájaros magníficos. Oyó una voz que decía: «¡Puedo volar, puedo volar!». Les oía piar y entonar espléndidos cantos, ¡era maravilloso!

Así fue como Caroline supo que su pequeña Bianca estaba feliz y en compañía de otros pájaros en los grandes cielos resplandecientes del Más Allá.

Jeanne tenía un perro llamado **Brownie** que murió de una ruptura de aneurisma. En uno de sus sueños vio a Brownie rodando como una pelota sobre la hierba y diciendo: «¡Qué divertido, qué risa!». Jeanne me dijo

que la hierba era de color verde esmeralda y que titilaba como las estrellas.

Así fue como su guardiana supo que Brownie se encontraba bien y estaba contento.

Hubo otra guardiana que tras perder a su perro soñó que este se encontraba en un hermoso prado lleno de bellas margaritas. Este sueño la reconfortó y le permitió saber que su perro estaba bien y que aún vivía.

A **Luz**, una hembra de carbonero de color negro, la recogieron cuando era un polluelo. Estaba condenada a una muerte cierta, pero Magdalena le dio de comer cebo día y noche y así le salvó la vida. Luz murió una fría noche de invierno a la edad de diez años. Tres meses antes le habían dicho a Magdalena que partiría pronto. La noche aciaga Luz le deseó

«buenas noches» a su guardiana, como de costumbre, pero al día siguiente no se despertó. Dos días más tarde Magdalena soñó que su querida Luz revoloteaba a su alrededor.

Hay una leyenda que cuenta que una mañana una mujer amerindia se encontraba meditando en Medicine Creek* y que cuando miró a lo lejos vio aparecer a través de la bruma a los espíritus de la última manada de bisontes, bisontes que habían sido exterminados por los colonos.

El líder de la manada se dirigía hacia el monte Scott seguido por las hembras, las crías y otros machos más jóvenes. Mientras la mujer les contemplaba la montaña se abrió; entonces pudo ver que dentro del monte Scott el mundo era verde y nuevo, igual que en los recuerdos de su infancia: el agua de los ríos era clara y los ciruelos salvajes estaban en flor. Los bisontes se adentraron para siempre jamás en aquel mundo lleno de belleza que se encontraba en el interior de las laderas de la montaña. El monte Scott volvió a cerrarse y desde entonces nadie ha vuelto a verlos…

Los animales que se reencuentran y los

espíritus de grupo

«Estaba de pie sobre la más alta de las montañas y bajo mis pies veía el

aro del mundo. Mientras estaba allí veía más de lo que puedo decir y

comprendía más de lo que veía, porque veía de manera sagrada las

formas Espirituales de todas las cosas y la forma de todas las formas

tal

y como deben vivir, juntas, como un solo ser. Y vi que el aro sagrado de

mi pueblo era uno entre muchos que formaban un círculo, y que este

círculo era inmenso, como la luz del día o la luz de las estrellas. En el

centro del aro crecía un magnífico árbol en flor para resguardar a

todos los hijos de una madre y un padre. Y vi que era sagrado».

Visión de Alce Negro, famoso curandero

de la tribu sioux de los oglala.

¿**Se** reencuentran nuestros animales Allí? Mi opinión y lo que he podido ver a través de mis conexiones es que hay animales que están unidos en el otro Mundo y por ello vuelven a encontrarse allí, aunque eso no implica que aquí en la tierra tengan lazos de sangre. Son animales que vienen a vivir con nosotros y tienen una relación estrecha entre sí; no han venido solo por nosotros, también para compartir sus vivencias juntos. A menudo cuando uno de ellos muere el otro también muere poco después. Hay veces que hasta tres o cuatro animales parten unos tras otros.

Una experiencia así resulta muy dura para el guardián y amigo que queda en la tierra. Es posible también, aunque parezca improbable e inesperado, que varios de ellos decidan compartir nuestra vida y que cuando llegue el momento partan prácticamente a la vez.

Un ejemplo: la perra Noëlle murió por una ruptura de aneurisma.

Quince días después, el gato Pomelo, que solo tenía tres años, murió por causas desconocidas. Sus guardianes pensaron que lo habrían envenenado, y sin embargo lo que había pasado en realidad era que los dos habían terminado de hacer lo que debían, y por tanto les había llegado la hora de partir. Se reencuentran en el mismo espaciotiempo del otro Mundo.

Carolyn, una amiga mía muy querida, tenía tres gatos que murieron uno detrás de otro en muy poco tiempo. El primero en partir, **Gipsy**, murió brutalmente en un accidente de coche. Había sido un gato vagabundo y el último en entrar en su vida: sus otros dos gatos lo

habían encontrado y adoptado. Carolyn pudo recuperar su cuerpo destrozado.

Ruby, el gato más grande de la casa y el segundo en entrar en su vida, fue el siguiente en partir: lo hizo en brazos de su guardiana y debido a un violento ataque de uremia. La tercera fue **Neiad**, que había sido la primera en entrar en la vida de Carolyn. Murió por un problema en el hígado y también en brazos de su guardiana, aunque antes de partir se pasó toda la noche a su lado en la cama para colmarla de amor. Hecho esto su espíritu salió volando delicadamente hacia las estrellas.

Carolyn los enterró a los tres en su jardín. Aunque comprendía que aquello era ley de vida, las sucesivas partidas de sus gatos le resultaron muy duras. Yo pensé que probablemente eran espíritus de grupo que habían venido a pasar un tiempo con ella y que sus muertes eran necesarias para que su guardiana evolucionase. El gran vacío que habían dejado en su vida permitiría que Carolyn cambiase y caminase hacia delante; se habían quedado con ella el tiempo que hacía falta.

Un día llevé a cabo una comunicación para Mary y su perro, con el que tenía problemas porque era agresivo. Durante la comunicación vi al perro en cuestión y también la imagen de un perrito blanco de forma muy etérea que parecía rodeado de un color atigrado. Sin embargo, como estaba ocupada explicándole a Mary cómo se sentía su perro agresivo no le presté demasiada atención. No obstante, el perrito blanco insistía, así que le pregunté a Mary si había tenido alguno como él en el pasado. Sí, se trataba de su pequeña **Selky**, que había muerto de una neumonía sin diagnosticar: no pudieron curarla a tiempo y había muerto en tan solo unos días. Mary admitió que todavía le daban ganas de llorar al pensar en

ello; se sentía culpable. Pensaba que el veterinario no había realizado bien el diagnóstico y que quizá la muerte de su perra se podría haber evitado.

Lo más importante para Selky era que Mary supiese que estaba bien y que aún vivía, pero no tenía ningún mensaje concreto para ella, solo quería demostrarle que estaba ahí. Yo me preguntaba por qué habría insistido tanto. Entonces Mary se echó a llorar y me dijo: «¡La que no logro aceptar es la muerte del otro!».

«¿Qué otro?» le pregunté yo.

Me habló de su amor, **Best**, un bóxer que había muerto a los dos años y medio. Su pelaje había sido atigrado y de color marrón, con una línea negra y una mancha blanca en el tórax.

Entonces comprendí por fin lo que estaba pasando. La pequeña Selky quería mostrarnos que estaba con Best, pero yo apenas había percibido la forma física de este último, tan solo su color. Best había estado enfermo desde que era un cachorro: con solo un año ya sufría de incontinencia y orinaba incluso dormido. Mary lo había llevado a muchos veterinarios porque había temporadas en las que tenía muy mala salud, y ahora se culpaba por ello. Se preguntaba si la enfermedad de Best no la habría provocado el haber tomado demasiados medicamentos, porque todo había empezado después de que le pusieran una vacuna cuando era muy pequeño. Un día, al despertarse, Mary se lo encontró acostado y agonizando. Lo llevó corriendo al veterinario, donde le pusieron una inyección de cortisona. ¿Cómo era posible que un perro se pusiese a agonizar en una sola noche?

Mientras Mary me hablaba de Best fui capaz de percibir por fin su imagen en el Más Allá; él mismo me la transmitió. Parecía lleno de vida y rebosante de energía, alocado incluso: corría por todas partes como un cachorrito. Me explicó que no quería que Mary se sintiese culpable, que habría tenido que partir de todas maneras porque sufría una malformación congénita que le provocaba muchos problemas físicos. Mary me confirmó que aquello era lo que había sospechado uno de los veterinarios, pero no le habían hecho autopsia. Para Best lo importante era transmitir que era feliz: estaba con Selky y con otros muchos. También pienso que hay espíritus de grupo: son como una familia espiritual, como un alma colectiva, y se encuentran en la misma frecuencia de pensamiento. A veces se pueden percibir como si fuesen UNO.

Los mensajes que transmiten se perciben como si vinieran de un Solo y

Único Espíritu. Sin embargo, este Espíritu Singular está compuesto por

una multitud de conciencias resplandecientes que os hablan todas a la

vez. A este Espíritu Único lo llamo el CLAN.

He observado también que en ocasiones los animales que llegan a la vida de una persona son muy parecidos en comportamiento y forma de ser a aquellos que ha perdido. Cuando esto ocurre la persona suele hablarme de reencarnación, pero creo posible que estemos vinculados a un grupo de almas y que sea la forma física de una de ellas lo que llega a nuestra vida.

Merlin, un magnífico pastor belga, murió a los diez años en una escuela de veterinaria.

Britney, su guardiana, le había dejado en el campo con sus padres porque sus vecinos estaban haciendo obras. Merlin era miedoso, muy sensible y detestaba los ruidos. Cuando un mes más tarde Britney se lo llevó de vuelta a casa vio que había sangre en su orina; el veterinario le diagnosticó piroplasmosis. Su estado se deterioró muy rápidamente en los días que siguieron, e incluso dejó de comer. Los veterinarios le hicieron una transfusión de sangre, pero no lograron descubrir cuál era la causa de su problema: lo único que vieron fue que su tasa de glóbulos blancos había descendido.

Britney tuvo que tomar una decisión: o le practicaban la eutanasia o buscaban otra solución. Sin embargo, esta segunda opción implicaba una intubación, porque Merlin ya no podía respirar. Finalmente se decidió por la eutanasia.

Dos años más tarde Britney seguía sufriendo por la partida de Merlin y sintiéndose culpable, de modo que se puso en contacto conmigo para saber si había tomado la decisión correcta. Cuando establecí la conexión con Merlin, le vi inmediatamente. Me pareció muy grande, lleno de fuerza y sabiduría, completamente distinto a la personalidad que había tenido cuando estaba en la tierra con Britney. Lo realmente sorprendente es que no estaba solo. Formaba parte de un grupo de otros espíritus como él y hablaba en términos colectivos. Estos espíritus formaban una especie de clan que daba la sensación de ser muy poderoso. Resultaba muy chocante, porque cuando percibí cómo era Merlin en su vida terrestre le vi vulnerable, a menudo angustiado por la separación y temeroso de los ruidos. Era Britney quien le protegía a él, y no al contrario. Y sin embargo, en la otra dimensión, unido al clan, irradiaba mucha fuerza y parecía más grande de lo normal.

Merlin me explicó que la babesiosis le había provocado una especie de leucemia; su corazón y sus órganos habían resultado afectados y no

habría podido quedarse mucho más tiempo. Me dijo que Britney no tenía de qué preocuparse, había tomado la decisión correcta: su cuerpo no habría aguantado, no habría podido vivir mucho tiempo. Deseaba que no se sintiese culpable y sobre todo que supiera que la quería. A continuación el clan me transmitió información de forma colectiva: la vida de Britney había sido muy difícil hasta entonces debido a su infancia, pero las cosas iban a mejorar: encontraría la casa nueva que buscaba y la situación en su trabajo también progresaría. Sin embargo, para que todo aquello fuese posible debía olvidar el rencor que sentía por su padre y perdonarle, porque aquello le estaba impidiendo avanzar.

Britney había tenido muchos problemas en sus relaciones íntimas con los hombres debido a lo que había sufrido de niña. Los espíritus del clan me explicaron que siempre estaban cerca de la guapa Britney, que le habían enviado a Merlin para que la ayudase y le prestase su apoyo, ya que siempre estaba luchando y enfrentándose a situaciones muy difíciles.

Gracias a Merlin el clan podía estar siempre a su lado y apoyarla desde el mundo invisible. Britney me confirmó que había tenido una infancia muy difícil durante la que había sufrido abusos sexuales por parte de un amigo de la familia. Había pasado muchos años tratando de olvidar aquellos dolorosos recuerdos, principalmente mediante psicoterapia. Le expliqué que el mensaje hacía especial hincapié en su padre: él era el auténtico destinatario de toda la ira que Britney tenía profundamente enterrada en su interior, porque además de haber estado poco presente en su vida no había querido oír ni hablar del asunto del amigo de la familia, y mucho menos aceptarlo: había hecho oídos sordos.

Sin embargo, desde el punto de vista de una niña, su deber como padre era protegerla de las agresiones externas. Britney se había tenido que enfrentar a solas a la incomprensión propia de la naturaleza humana. Con la bondadosa ayuda del clan pude hablar con ella sobre cosas que habían ocurrido durante su infancia y logré que volviese a sacar ciertos recuerdos a la luz.

Sí, se acordaba. Britney admitió después que le guardaba rencor a su padre. Todo había sido por su culpa: todas las relaciones sentimentales difíciles que había tenido y especialmente todo lo relacionado con el tema de su sexualidad. Se sentía culpable, no conseguía confiar en nadie y no lograba ni entregarse ni recibir.

También me habló de la casa de campo donde quería irse a vivir y de

su actividad profesional. Britney tenía un carácter dulce y agradable, pero

le costaba mucho trabajo controlar sus emociones. Era cierto que quería ascender en el trabajo, pero sentía que la situación estaba bloqueada. El mensaje del clan la tranquilizó. Se quedó maravillada: se sentía arropada, protegida, querida. Me dijo que ya había entrado en contacto con ellos en sueños y que había sentido su presencia sin llegar ver su forma. En estos sueños le habían transmitido un mensaje: «¡Abre el corazón!».

Flor era una adorable perra de color marrón de siete años.

Un tumor agresivo se la llevó en un mes. Su guardiana no supo de la existencia de aquel tumor en el hígado y el bazo hasta el día de su fallecimiento. El veterinario trató de operarla de urgencia, pero Flor ya sufría hemorragia interna.

¿Por qué había muerto tan rápido? Carmela, su guardiana, ni siquiera tuvo tiempo de hacerse a la idea.

Cuando antes de intentar operar a la perra el veterinario le había explicado la situación a Carmela, ella se había marchado de la consulta con la excusa de no querer estresar a Flor. Ahora se sentía muy culpable por ello: la perra debió de pensar que la había abandonado. Además, una o dos semanas antes de su fallecimiento había adoptado a un cachorrito de la misma raza que era idéntico a ella.

No dejaba de pensar: «Va a morir, va a morir…».

Carmela quería saber cómo se sentía Flor; además, no sabía qué hacer con sus cenizas. Cuando establecí la conexión, el espíritu de Flor me mostró una imagen de sí misma corriendo jadeante en dirección a una cabaña de madera que había en un bosque. Pude oír la voz de Carmela llamándola: «¡Flor, ven! Flor…».

La perra se me apareció muy grande y radiante. Estaba feliz, aunque un poco inquieta: sobre todo quería decirle a Carmela que no se preocupase, que no se sintiese culpable. Quería que siguiese adelante con su vida.

Esto es lo que me transmitió el grupo de espíritus, traducido en mis palabras: «Enviamos al cachorrito porque Flor debía partir y no queríamos que tuvieses que enfrentarte sola al vacío de su ausencia. Aquí somos muchos y todos venimos del mismo sitio; te hemos

enviado un cachorro con la misma forma física que Flor para que estés contenta. No queremos que te asustes, estamos aquí para ayudarte. ¡No estés triste!».

En cuanto a la pregunta de Carmela sobre qué hacer con las cenizas, Flor pidió que las enterrase en el lugar del bosque que me había mostrado durante nuestra conexión espiritual, ya que aquel lugar le resultaba familiar: «No me abandonaste, mi espíritu ya te había dicho adiós. Fue él quien te susurró aquellas palabras cuando te enviamos el cachorro. No te sientas culpable, sigue hacia delante. Te queremos».

También le propuso que cerrase la brecha sentimental relacionada con su pareja. Yo no sabía de qué hablaba, ni siquiera sabía si Carmela era soltera o no. Flor me dijo que su guardiana era muy sensible y que podía aprender a utilizar su sensibilidad para su propio bien y no para pasarlo mal.

«¡Cuídate!» le dijo. «Venimos en paz, para ayudarte con tu vida.

Podrás superar los problemas que tienes ahora».

En aquel momento un precioso escarabajo de color verde esmeralda brillante se posó sobre la hoja de papel donde yo estaba tomando notas.

Encantada, solté rápidamente el bolígrafo.

¡He de decir que me encantan los escarabajos! En California solo salen durante un mes del verano, y nunca entran en casa. Me encanta el ruidito de motor que hacen con las alas: me parece algo mágico. Tras posarse sobre la hoja el escarabajo dio tres vueltas a mi cabeza batiendo las alas con fuerza; luego fue en dirección al jardín y se marchó.

Desencantada, volví a mis notas y decidí llamar a Carmela por teléfono para decirle lo que había percibido durante mi comunicación con el espíritu de Flor.

Carmela me confirmó que al lado de su casa había un bosque donde solía pasear con Flor y me dijo que sí, que allí había una especie de cabaña abandonada. Cumpliría el deseo de la perra y enterraría sus cenizas en aquel lugar.

En cuanto a su pareja, hacía ya dos años que se había separado de él.

Sin embargo, seguía soñando con ello: tenía muchos remordimientos

relacionados con aquella relación y estaba enfadada consigo misma por haber estado con él tanto tiempo. Comprendía lo que Flor había querido decirle y se sentía feliz de saberse arropada. Le expliqué que los espíritus del clan estaban a su alrededor y que habían acudido para ayudarla con la forma física de un animal. ¿Cuál había sido su forma original, su papel, su grado de conciencia, su dimensión? Aquella información no me la dieron. Supongo que lo importante no es saber esas cosas, sino que no estamos solos. El escarabajo verde volvió a entrar por la puerta de mi casa en cada uno de los tres días que siguieron a mi conexión con Flor: siempre venía a dar vueltas alrededor de mi cabeza y zumbaba como si me hablase. Un día se posó sobre la palma de mi mano: pude admirar mi joya de escarabajo durante largo rato y conectar mi espíritu al suyo.

Desde hace unos años acude a mí un escarabajo color esmeralda siempre que voy a tener una experiencia de tipo espiritual, tengo dudas o realizo alguna petición. Ocurre tanto si me encuentro en Europa como si estoy en Estados Unidos, aunque admito que siempre pasa en verano.

Todas las veces sucede exactamente lo mismo: el escarabajo viene hacia mí, se queda un buen rato posado sobre mi mano y luego se va volando.

A menudo entra por una puerta o una ventana y revolotea alrededor de mi cabeza. Siempre me da la impresión de que me está hablando, y su presencia me tranquiliza. Por esta razón, verle me llena de alegría; adoro sus colores iridiscentes y su pequeño y maravilloso espíritu.

Es increíble la cantidad de hermosos regalos que nos llegan del otro Mundo, ¡basta con prestar atención!

El cuarto día tras mi conexión con Flor fui con unos amigos a San Diego para visitar SeaWorld. Hacía mucho calor y había una multitud de millares de personas. Mientras esperábamos impacientemente a que saliese la orca, vi a lo lejos un bonito escarabajo de color esmeralda brillante que revoloteaba entre la multitud y centelleaba bajo el sol del mediodía. Vino directamente hacia mí y se posó primero en mi cabeza y luego en mi mano. Yo estaba encantada y me dieron ganas

de saltar de alegría, pero me contuve por miedo a que se fuese volando. En aquella época me hacía muchas preguntas sobre mi relación con el Más Allá, y por eso supe que se trataba de una señal.

En las creencias egipcias el escarabajo verde representa la victoria de la vida sobre la muerte. Incluso el sol se representa con un escarabajo.

Si en un día soleado un bonito escarabajo verde brillante viene a

rozarse contra vosotros, se trata de un* Aumakua *; viene a susurraros la

promesa de que al día siguiente habrá un renacimiento.

El escarabajo sagrado Jeper era la reencarnación de Jepri, el dios del sol, que renace cada mañana. El dios Jepri, representado con un gran disco solar, se regenera en el otro Mundo y cada mañana hace girar el disco solar a través del cielo, hacia el horizonte. Del mismo modo, el coleóptero hace girar su bola de estiércol sobre la tierra para enterrarla en la arena. Por lo tanto, Jeper es el símbolo terrestre del sol y el mismo Jepri simboliza la creación espontánea, la regeneración, que tiene una relación muy estrecha con la existencia eterna. La historia de la Creación dice que Jepri se desarrolló a partir de la materia prima que él mismo había producido, del mismo modo que el joven coleóptero surgió completamente formado del estiércol. Esta es la razón de que se le considere símbolo de eterna renovación y de retorno a la vida, un recordatorio de lo que está por venir.

Los antiguos egipcios creían que el descenso a la tumba bajo tierra era

un prólogo al renacimiento, a la infinidad de la vida, ya que la vida y la

muerte se suceden la una a la otra en un ciclo continuo.

La presencia de un escarabajo nos recuerda también el secreto de la flor dorada. Los taoístas piensan que el escarabajo que empuja su bola de estiércol nos muestra el arduo trabajo que nos queda por hacer

para alcanzar las delicias de la inmortalidad espiritual, el néctar de la flor dorada. El escarabajo es capaz tanto de volar como de cavar en la tierra, y por esta razón se le considera un intermediario entre los dos mundos, el terrenal y el del Más Allá. Nos demuestra que es posible tanto volar por los cielos como descender al mundo de Abajo.

Para mí la aparición de los escarabajos aquellos días fue una señal. Está claro que no hay que ver señales en todo ni interpretarlo todo, pero a veces sentimos algo en lo más profundo de nuestro interior que nos confirma que lo que hemos percibido eran mensajes en respuesta a nuestras dudas. Los escarabajos me los enviaban desde Arriba para guiarme en mi travesía entre los dos mundos, para mostrarme que la conciencia sigue existiendo en el otro Mundo y para hacerme saber que no estaba sola en el largo camino del trabajo sobre mí misma.

Unos días más tarde, Carmela, que era pintora, me dijo que mi historia le había inspirado para pintar un escarabajo. Me envió el siguiente mensaje por correo electrónico: «Mientras estaba pintándolo en el suelo ha venido un escarabajo de verdad y se ha metido en mi taller, entre mis pinceles. Por eso quería decírtelo».

Para que una sinfonía sea sublime es necesario que haya una orquesta.

Para que una orquesta sea una orquesta debe contar con muchos

instrumentos: de cuerda, de viento-metal, de percusión y de viento. Para

que la sinfonía sea armoniosa, todos deben sonar a la vez. Para que nos

lleve al mundo mágico de los sueños debe tener forma, composición,

melodías, ritmos, colores y texturas.

Un día volveremos a encontrarnos con todos los diversos pequeños seres de toda clase que hemos conocido y tanto hemos querido en nuestras múltiples vidas; volveremos a reunirnos con ellos y formaremos parte integrante del Himno espléndido de Great Spirit.

La vida después de la muerte: los

animales que se me aparecen, los

espíritus guardianes

«Se dice que en el aire invisible hay espíritus merodeando por todas partes a la espera de que los niños los encuentren tras buscarlos con paciencia y durante el suficiente tiempo. […] [El espíritu] entonó su canción espiritual para que el niño la memorizase y la utilizase para llamar a su guardián espiritual cuando fuese adulto».

Mourning Dove, Christine Quintasket,

de la tribu amerindia salish

N**o** me cabe duda de que la vida continúa. La muerte es una ilusión.

He tenido numerosas experiencias en las que he visto con total nitidez las formas físicas de animales fallecidos o recibido información que no tenía otro modo de saber, lo que me demuestra que la conciencia

continúa existiendo. Los animales se me aparecen con formas físicas reconocibles, como he dicho más arriba; no es raro que durante un seminario o en un lugar público vea la forma de un animal junto a alguien o bien en un rincón, cerca de un grupo de tres personas. En este último caso debo determinar a cuál de ellas está vinculado el animal. Algunas veces veo al animal sentado a los pies de una persona o enroscado alrededor de su cuello; otras veces aparece en mi casa, independientemente de si me encuentro en Europa o en Estados Unidos.

Cuando veo la forma de un animal en mi casa sé que es porque voy a conocer a sus guardianes. Los animales del Más Allá siempre se me aparecen con algún rasgo característico que me permite reconocerlos, como el tamaño, la raza o un color específico, y generalmente los guardianes son capaces de identificarlos enseguida. También me permiten entrever su firma del ser, que es única a cada uno de ellos. Digamos, por ejemplo, que veo un perrito blanco en una esquina: es posible que varias personas de las que se encuentren en la sala hayan perdido un perrito así, y si desconozco la edad del animal o no aprecio otras características físicas diferenciadoras resulta difícil determinar quién es el guardián del perrito blanco en cuestión. La firma del ser de la que hablaba antes es lo que me permite saberlo, reconocer a qué guardián está ligado el animal.

Gracias a ella puedo ver el vínculo que había entre ellos: es como un hilo de plata que les une, como si todavía estuvieran en el mismo plano de existencia. Sé que los animales de los que hablo han fallecido porque su forma es más etérea, luminosa, casi transparente. Poder verles es un gran honor para mí: me hace sentir que comparten su secreto conmigo, y la sensación es maravillosa. Siempre me admiro al verlos tan bonitos con su forma etérea y me emociono al percibir su benevolencia. Pienso que usualmente aparecen para demostrarnos con su bondadosa presencia que velan por nosotros. Otras veces es porque tienen mensajes importantes y urgentes que transmitir a sus compañeros humanos.

En cierta ocasión me encontraba en un estudio de París para grabar un disco cuando de repente vi con toda claridad un gato de pelaje anaranjado que estaba frotándose contra los muros. Yo sabía que en aquel lugar no tenían gato, y sin embargo allí estaba aquel, desplazándose por el pasillo y frotándose contra los muros: parecía querer que le prestase atención, así que le pregunté al músico si por casualidad tenía un gato de pelaje anaranjado. Me dijo que no. ¿Conocía a alguien que lo tuviese? «No», me dijo. Su vecino tenía un gato con el pelo de varios colores, entre ellos el naranja. «No es ese» le

respondí yo.

Decidí no prestarle atención al gato, pero él seguía insistiendo.

Entonces caí en la cuenta: ¡pero si era **Pumpkin**! Pumpkin era un gato de pelaje rojizo que había muerto en Los Ángeles recientemente. Yo le había prometido a su guardiana que me pondría en contacto con él, pero como había estado muy ocupada con las sanaciones a distancia urgentes y los viajes lo había dejado para más tarde. Ahora allí estaba él, en París y ante mis ojos, para recordarme mis compromisos. Tenía cosas importantes que decirle a su guardiana. No me juzgaba en absoluto…

Con todo, admito que me sentí culpable de haberle hecho esperar. Él tan solo había venido a recordarme que estaba preparado, que quería hablar para poder aliviar la tristeza de su guardiana.

El tiempo y el espacio no tienen ninguna influencia sobre la dimensión

donde se encuentran nuestros queridos animales difuntos.

Le pedí perdón y le prometí mentalmente que le concedería tiempo: no se me había olvidado. ¡Era precioso! Me dio la impresión de que se frotaba contra mis piernas bajo la mesa y sentí un pequeño cosquilleo de agradecimiento.

Me parece que hay animales que velan por nosotros, que son un poco como espíritus guardianes, y por eso siguen apareciendo regularmente junto a una persona aunque ya hayan fallecido. Puedo verlos incluso si se trata de espíritus que hace ya muchos años que volvieron al Gran Todo.

Lo que resulta sorprendente es que a menudo continúan muy próximos a su guardián, sentados a sus pies. No creo que eso implique necesariamente que sigan en nuestra dimensión y no hayan podido volver al Gran Todo. Pienso que aparecen para demostrar que siguen velando por su humano.

Algunas creencias antiguas consideran que poseemos múltiples cuerpos de energía, y que esto es así incluso en el otro Mundo. Así, una sola conciencia tendría la capacidad de multiplicarse en varios cuerpos de energía. Considero que lo que el animal me muestra es un cuerpo que tan solo contiene una parte de su conciencia; no creo que podamos percibirla en su totalidad, ¡eso sí que sería maravilloso!

En una ocasión me encontraba impartiendo un seminario de comunicación con los animales y de repente vi el espíritu de un perrito blanco a los pies de una de las veterinarias asistentes al curso. Parecía un perrito de lanas y tenía algo parecido a un largo collar de color rojo intenso alrededor del cuello. De vez en cuando se daba una vuelta por la sala y luego volvía a sentarse a los pies de la veterinaria. Como estoy acostumbrada a tener visiones de ese tipo no le presté demasiada atención; él parecía tranquilo. Sin embargo, el día avanzaba y el perrito todavía seguía allí cuando ya quedaba poco para que terminase el curso, así que le pregunté a los asistentes si alguno de ellos había perdido a un perrito blanco. Aunque algunos levantaron la mano, la descripción que hice del perrito que podía ver claramente en la sala no coincidía

exactamente con la de los animales de ninguno de los guardianes.

Además, él no parecía reaccionar, y continuaba sentado a los pies de la veterinaria. Entonces ella levantó la mano y dijo: «Yo conozco a un perrito blanco, un perrito de lanas que murió hace poco. Pertenecía a una amiga que vive en Inglaterra». Le pregunté si aquel perrito solía llevar un collar de color rojo intenso. Ella dudó unos instantes y luego dijo: «Ese collar es la sangre que le salió de la oreja y se le derramó por el cuello: dejó un rastro que aún es visible». Yo no entendía por qué aparecía el perrito en Francia con aquella veterinaria si había muerto en Inglaterra.

Ella explicó la razón: «Porque mi consulta está en Inglaterra y conservé su cuerpo quince días en el congelador de mi clínica». El perrito había muerto en el acto al caérsele encima la *scooter* de la amiga de la veterinaria mientras esta la estaba limpiando. Prometí que establecería una conexión con él más tarde.

Cuando lo hice me pareció que tenía una personalidad muy enérgica y que estaba lleno de vida. Esto fue lo que me dijo, es decir, lo que percibí en palabras o sensaciones: «Tengo algo que decir antes de marcharme.

Dile que estoy bien pero que volveré. Ahora debo partir, pero me

gustaría dejarle un mensaje: te quiero, gracias por todo lo que me has dado. No ha sido culpa tuya. Por favor, no te sientas culpable».

Me habló de su guardiana: dijo que debería ocuparse de su relación sentimental y que si se mudaba le llegarían cosas nuevas. Ahora estaba experimentando muchos cambios, pero debía confiar en la vida, porque contaba con ayuda. Las cosas mejorarían.

«¡Volveré!».

En efecto, la guardiana del perrito de lanas estaba viviendo una turbulenta relación sentimental con una amiga y pensaba marcharse a vivir a Australia, su país natal. Se había planteado dejarlo todo: a su amiga, su trabajo e Inglaterra, pero tenía miedo de dar el paso. Los mensajes llenos de cariño del perrito de lanas blanco le aportaron un poco de paz: pudo dejar atrás la culpabilidad y tomar decisiones beneficiosas para su vida.

Algunas creencias amerindias dicen que cada individuo está vinculado a nueve animales diferentes que estarán a su lado durante toda su vida y serán sus guías. Todos tenemos a nuestro lado el espíritu de un animal Tótem, un animal guía que se nos revela en la infancia y que vela por nosotros. A veces un mismo animal tótem predomina sobre los demás y se queda a nuestro lado toda la vida; otras veces acuden otros espíritus para unirse a él o bien es sustituido por uno diferente.

Los distintos guías animales entran y salen de nuestras vidas en función del rumbo que tomemos y las cosas que debamos conseguir a lo largo de nuestro viaje.

Todos tenéis un animal principal que está a vuestro lado durante toda

la vida, tanto en el mundo físico como en el espiritual. Se trata del

guardián principal de vuestro espíritu, y vuestra conexión con él es muy

fuerte. Puede comunicarse con vosotros y permitiros verle mediante

visiones o sueños. Se trata de un guía que vela por vosotros y os transmite su fuerza, su sabiduría y sus cualidades.

Durante otro curso vi un perro de gran tamaño color gris y negro acurrucado a los pies de una mujer de rostro agradable. El perro era una auténtica preciosidad, y parecía querer proteger a aquella señora: me dio la impresión de que tenía algo que decirle. Me atreví a preguntarle a la mujer si se le había muerto un perro grande hacía poco. Ella me dijo que sí, que su husky **Aymeric** había partido la semana anterior. Le expliqué que me parecía que el perro quería decirme algo. ¿Me daba su permiso para establecer una conexión con él? Decidí que lo haría más tarde, cuando terminase el seminario.

Cuando me conecté con el espíritu de Aymeric le vi libre y feliz, corriendo a toda velocidad por extensas llanuras resplandecientes y cubiertas de vegetación y sintiendo el silbido del viento en los oídos.

Luego me habló de un niño cuya imagen pude ver: me pareció que tendría seis o siete años. Aymeric me explicó que aquel niño precisaba mucha atención, y lo cierto es que sentí que no podía hablar o que tenía algún problema para expresarse. Luego me explicó que había mucha tensión con un hombre, que yo supuse sería el marido de la mujer; al parecer el matrimonio tenía muchos problemas en la intimidad.

Yo me preguntaba cómo iba a decirle todo eso a aquella amable señora.

Eran temas muy personales y no me atrevía. Sin embargo, Aymeric me instó a hablar con delicadeza: sentí como una leve presión llena de bondad. Prometí prestarle mi voz a los animales y respetar sus deseos: es una promesa que he cumplido durante años, tratando siempre al mismo tiempo de respetar las emociones de los guardianes. No siempre resulta sencillo…

Lo primero que le pregunté a la señora fue si tenía un hijo. Me confirmó que tenía uno de seis años que era autista y albergaba mucha ira

en su interior. Le sorprendió mucho que Aymeric me hubiese hablado de él. Yo le expliqué que en ocasiones el Más Allá nos hace llegar mensajes para ayudarnos a progresar en nuestra vida: no es decisión mía, son los espíritus quien los transmiten. Me decidí a hablarle con extrema delicadeza del tema de su relación con su esposo; le pregunté qué tal iban las cosas con él. Me dijo que ya no le quería, pero que no tenía dinero para marcharse y que además tenía que pensar en sus dos hijos.

El mensaje de Aymeric había sido que tenía que comunicarse, que lo más importante era que hablase con su marido sobre su relación íntima: era ella quien debía sacar el tema. Los problemas del habla de su hijo irían a mejor si ella lograba expresar por sí misma su punto de vista de la situación. La señora estaba cada vez más sorprendida de que fuera posible percibir detalles como aquellos. Volví a explicarle que aquello me llegaba desde Arriba: los mensajes del Más Allá siempre se transmiten con mucho cariño y bondad.

El mundo está lleno de espíritus invisibles, espíritus de la Naturaleza y

del Éter que están por todas partes: en las flores, en las plantas, en los

árboles, en los animales de todas clases, en los ríos, en los lagos, en la

tierra, en la arena, en las piedras, en las montañas y en los océanos. Se

encuentran en los perfumes de las flores y las frutas, en el cielo y en las

estrellas: rozan vuestros pensamientos y tocan vuestro corazón.

En otro seminario distinto vi un caballito en un rincón de la sala. Era un día de invierno y fuera estaba nevando. La imagen era tan real que empecé a tener dudas sobre los cimientos de mi propia realidad. Aunque sabía perfectamente que un caballo no puede aparecer sin más en una sala de seminario, no dejaba de resultar chocante.

Vi que estaba dando vueltas en círculo, siempre por el mismo lado de la sala. Decidí esperar a ver si se quedaba, porque en aquel momento no podía prestarle atención. Estaba en pleno curso, después de todo, y los estudiantes me hacían preguntas. No pareció molestarle, pero ahí siguió, como si nada. Me imaginaba que querría transmitir algún

mensaje, pero no sabía a quién. Pregunté a los estudiantes si por casualidad alguno conocía a un caballito marrón con las crines color beis. Una señora levantó la mano enseguida: «¡Es mi poni, Mandarine!». Y efectivamente, cuando se la describí confirmamos que era ella.

Mandarine había muerto por un edema pulmonar y una fractura de

hombro. El veterinario había dicho que si seguía comiendo es que aún no era su hora, pero Mireille veía que no podía respirar. Esto le preocupaba, pero no se atrevía a decirle nada al veterinario. Mandarine murió en la noche del 24 al 25 de diciembre. La encontraron atravesada en la puerta del box; había intentado salir.

Mireille se sintió terriblemente culpable; le habría gustado ahorrarle aquel sufrimiento a su poni. Debería haber sido más fuerte y decirle al veterinario lo que había observado.

Me conecté al espíritu de Mandarine; la vi feliz, galopando y respirando a pulmón lleno. Me mostró los últimos momentos de su vida en la tierra. Era cierto que su final había sido difícil: como se ahogaba y sentía que se estaba asfixiando había tratado desesperadamente de salir del box para coger aire, y al verse encerrada había sido presa del pánico.

Había luchado y tratado por todos los medios de salir para poder respirar.

Murió tratando de aspirar el aire de Vida.

Esto es lo que me transmitió, traducido a mis palabras: «Ya no puedo respirar, tengo que salir, no puedo salir, no queda aire, tengo el corazón atenazado por el miedo, no queda ni una pizca de aire en todo el universo, voy a morir, necesito aire ahora…».

En el Más Allá el aire es infinito y está compuesto de rayos de luz.

Allí

todo el mundo es libre, nadie sufre ni está encerrado.

Mandarine no quería que Mireille se sintiese culpable. Lo más importante para ella era que supiese que ahora estaba bien.

Era libre como el viento y me mostró imágenes de sí misma galopando ágilmente a través de las Vastas Llanuras del Éter radiante.

Las creencias hawaianas dicen que existen unos espíritus llamados *Aumakuas* que guían a la gente. Si una criatura se cruza en vuestro camino y os transmite un mensaje espiritual relacionado con vuestra evolución, se trata de un *Aumakua*. Cuando vuestra alma haya crecido lo suficiente alcanzaréis la isla encantada de los *Aumakuas*, la isla del dios Kane, que está en el océano violeta, oculta a vuestros ojos.

Los* Aumakuas *son seres que poseen una conciencia mayor que la

nuestra y viven en las altas dimensiones que nos rodean. Se dice que

estas dimensiones, las que se encuentran entre los hombres y los dioses,

son de colores azules y dorados. Los* Aumakuas *son mensajeros del

mundo de lo Alto, del mundo del Amor, y para aparecérsenos en la

tierra deben adoptar alguna forma. ¿Qué mejor que un bello cuerpo

animal?

Jennifer perdió a su gato **Bluebell**.

Le enterró en el jardín un domingo y cuando un cuarto de hora más tarde se dirigía al garaje para tirar algo a la basura, vio un gato blanco que se acercó a ella sin temor alguno y se puso panza arriba en actitud alegre, como si le estuviera haciendo fiestas. Jennifer leyó en su collar un nombre, Grâce, y una dirección: aunque no vivía lejos, ¡jamás le había visto! De pronto se dio cuenta de que debía de tratarse de un

guiño especial, un mensaje para ella, porque aquel gato no mostraba ningún tipo de miedo o aprensión a pesar de que no la conocía, y de hecho parecía inmensamente feliz mientras rodaba por el suelo. Jennifer pudo superar su tristeza gracias a este encuentro, que interpretó como una señal de Arriba: comprendió que seguía habiendo amor incondicional para ella. No importa que aquel gato blanco viviese en el vecindario: se trataba de un *Aumakua*.

A menudo los *Aumakuas* son animales de color blanco que aparecen en nuestra vida para traer mensajes del Más Allá: su resplandeciente blancura simboliza la paz. Ver un *Aumakua* nos permite sentir la pureza de la Luz, sobre todo en los momentos más difíciles de nuestra vida.

Pienso que verlos también nos permite saber qué camino interior tomar para ayudar a nuestra alma a evolucionar y de este modo sentirnos vinculados a lo Divino. Sabremos cuál es este camino en lo más hondo de nuestro interior, y si no nos lo transmitirán mediante oportunidades o señales que incluso puede que provengan de la isla encantada de los *Aumakuas*, la isla oculta del Dios Kane. Es imposible que no las reconozcamos, porque las percibiremos como una obviedad, una verdad, un profundo conocimiento.

Las creencias amerindias dicen también que cuando un espíritu sagrado viene a darnos un mensaje o a traernos una buena señal o un buen presagio se nos presenta con la forma de un animal de color blanco: un águila, un bisonte, una cierva, una garza, una lechuza, etc.

Los Animales Blancos que aparecen de repente en vuestro camino a

veces son mensajeros de espíritus sagrados.

Un día vi sentado cerca de una mujer llamada Patricia el espíritu de un perro muy joven que tenía las patas blancas. Lo que resultaba sorprendente es que el perro estaba rodeado de bruma, como si hiciera frío, aunque parecía tranquilo. Cuando le pregunté a la joven si había tenido un perro de patas blancas que hubiera muerto joven, ella se echó a llorar: me confirmó que se trataba de **Lady**, a la que habían encontrado ahogada en un estanque del jardín un día del mes de enero. Lady me dijo que no se había dado cuenta de que había agua. Se había escapado de la vigilancia del cuñado de Patricia porque quería jugar; había estado jugueteando con la nieve y percibiendo los

olores, sintiéndose feliz.

Esto es lo que sentí, traducido en mis palabras: «De repente, hay un gran crujido: la tierra se abre y el agua plateada y glacial me coge por sorpresa. Intento salir pero me hundo en el barro y no puedo, me resbalo por este espejo gélido, está demasiado frío, no puedo respirar, mi respiración se vuelve más trabajosa, todo se vuelve blanco, opalescente.

Una bella luz de amor me saca de la escarcha y vuelvo a poder respirar: el jardín ha cambiado, ahora está lleno de árboles cubiertos de hojas y de flores, todas de colores vibrantes. Hay animalitos por todas partes. Hace buen tiempo».

Lady tan solo había venido a la vida de Patricia durante un instante; quería decirle que no se preocupase, porque seguía a su lado y se sentía feliz. Cuando su guardiana había recuperado el cuerpo paralizado por el frío de Lady le había dado la impresión de que estaba dormida.

Cuando sentimos su presencia, las

señales: “Nuestro amor está ahí para

vosotros, para siempre”

«Las flores de loto se abren aunque el sol esté a miles de kilómetros de

distancia: la distancia no es un impedimento».

Mata Amritanandamayi Devi

T**oby**, un gato grande y magnífico de pelaje rojizo, vivía a las afueras de Nueva York.

Estaba enfermo de leucemia y su estado físico estaba tan deteriorado que apenas parecía estar vivo. Apesadumbrada, su guardiana Terry lo llevó al veterinario en compañía de su marido para que le practicasen la eutanasia. Una vez estuvieron en el coche Toby pareció recuperar fuerzas y se puso a ronronear. Terry trató de ponerse en contacto conmigo desesperadamente en varias ocasiones a lo largo del trayecto para saber qué hacer, pero dio la casualidad de que yo estaba viajando en avión. De todas maneras yo no le habría aconsejado nada, tan solo habría podido guiarla, ya que tomar decisiones sobre el destino de los animales no me corresponde a mí: esas decisiones son parte de la relación entre Toby, Terry y el Creador, Great Spirit.

La pareja decidió que en aquellas circunstancias no podían llevarle a que le practicasen la eutanasia, de modo que dieron media vuelta: tuvieron la impresión de que Toby les estaba diciendo claramente que no

quería que le pusiesen la inyección en la clínica. Ya de vuelta en casa el gato volvió a sufrir un ataque al corazón y murió en brazos de Terry. «Le cogí en brazos. Solo estábamos él y yo. Fue como un regalo, como una bendición».

A pesar de todo lo que le dije sobre el tema, Terry no creía en el Más Allá. No le interesaban las palabras, quería vivir una experiencia en carne propia, tener la certeza de que Toby seguía viviendo. Entonces le dije:

«Pide y verás». Unas semanas más tarde, Terry me llamó. Estábamos en abril, llevaba diez días lloviendo sin parar, hacía frío y el cielo estaba tan sombrío como el corazón en luto de Terry. «Hoy ha hecho bueno, así que he ido a sentarme al jardín donde solíamos ir juntos y en el que me pasaba horas mirándole jugar. He percibido claramente su presencia, la he sentido en la fragrante brisa primaveral. Le he visto correr y jugar bajo el sol como otras veces. Ahora me encuentro en paz, porque sé que sigue viviendo».

Kate adoptó a **Cloud**, un bonito siamés que había pasado ocho años viviendo en una jaula sin tener contacto con los seres humanos.

La criadora era extremadamente violenta con los gatos. Tras la adopción Kate siempre mantenía a Cloud encerrado en casa por seguridad; en tan solo unos meses se encariñó con él, era su gatito

querido. Un día Cloud se escabulló fuera y Donald, uno de los galgos que Kate había salvado, le atacó y mató. Kate se encontró a su perro, que ya había matado al yorkshire de los vecinos, con el morro lleno de sangre. El veterinario, que normalmente estaba en contra de la eutanasia, pensó que Donald debía de tener algo en el cerebro, y decidieron practicársela.

Al conectarme con el espíritu de Donald este me explicó que no había querido hacerle daño a Kate, pero que su instinto era demasiado fuerte.

En el pasado había sido entrenado por los hombres con mucha violencia y no lograba adaptarse a vivir una vida normal en compañía de otros animales. Cloud también se me apareció y me dijo que había sido un accidente, y que aunque le habría gustado quedarse más tiempo con Kate, quería que perdonase a Donald. Seguía cerca de ella, en su corazón; siempre estaría ahí y le enviaría señales. Irradiaba una maravillosa sensación de bondad y benevolencia. Kate le oyó ronronear el día que encontró su cuerpo yaciente en el suelo, a pesar de que ya estaba rígido y frío. Tiempo después sintió claramente que se acurrucaba contra ella una noche, muy mimoso y con la cola en penacho.

A veces, según el tipo de grupo del que vengan y quizá de nuestro grado de receptividad, los animales nos dan señales de su presencia alterando nuestras sensaciones físicas. Parece que algunos pueden

interferir en nuestra dimensión física y hacernos sentir mucho calor, humedad o fuego, cosquillas, una brisa o impulsos eléctricos a menudo acompañados de un intenso sentimiento de cariño o éxtasis. Otras veces también afectan a nuestros aparatos eléctricos, como pueden ser las luces, los teléfonos o los ordenadores.

Las señales que nos dan los animales del Más Allá siempre son agradables: nos provocan alegría, risa y bienestar. Son un regalo que nos hacen para decirnos que están a nuestro lado, que no están

muertos.

Velvet, la conejita blanca de Donna, se apagó tranquilamente en casa una bella tarde de verano. Su guardiana estuvo cuidándola durante todos los meses que duró su enfermedad. La noche en que murió Velvet, tanto Donna como su pareja oyeron el mismo ruido a la vez: el que solía hacer la coneja cuando se desplazaba por el salón. En cuanto Donna se puso a hablar sobre aquel sonido se apagó súbitamente una vela que había encendido en honor a Velvet como muestra de agradecimiento por todo lo que le había dado. El ordenador, que estaba apagado, se encendió dos veces, y tanto ella como su pareja sintieron un calor intenso en el plexo solar y en las manos. Aquella sensación colmó a Donna de amor. Me dijo:

«Me bañé en aquel amor; no sé cómo explicarlo, pero jamás he sentido nada tan hermoso. Cuando pasaba la mano sobre el plexo sentía un calor equiparable al del fuego ardiente; sentí un impulso de vida, una apertura increíble. Los dos nos echamos a llorar, pero nuestras lágrimas no eran de tristeza sino de cariño, de reconocimiento y de gratitud. Fue como una revelación: pude sentir todo lo que Velvet me había dado. Ahora ya no veo las cosas como antes». Le expliqué que vivir una experiencia maravillosa como aquella provoca una gran apertura espiritual. Si fue capaz de afectar a la dimensión física de aquella manera, el espíritu que habitaba el cuerpecito de Velvet debía estar unido a algo muy grande, a un grupo de magníficos seres de Luz. También considero que la apertura espiritual que sigue a la partida de un animal muy querido forma parte de la evolución de la persona; Donna estaba preparada para vivir aquello, se trataba de una etapa que estaba escrita en su destino. Experimentar una experiencia espiritual tan magnífica como aquella permitió que una persona como Donna, que nunca antes había vivido nada parecido, se abriese profundamente y transformase su vida. Me confió lo mucho que

deseaba vivir con aquella nueva sensación en su interior. La semilla de amor que Velvet había plantado como regalo tras su fallecimiento en

la dimensión no física permitió que Donna abriese su conciencia y albergase en lo más profundo de su ser la certeza de que todos estamos unidos al Gran Todo.

La gata tricolor de Ruth**, Rose**, murió en brazos de su guardiana tras desarrollar una leucemia fulminante que se la llevó en quince días.

Poco después de su partida, Ruth percibió un ruidito dentro del aparador. Al acercarse al mueble oyó tres suaves maullidos. Miró por todas partes, pero no vio nada: sin embargo, los maullidos los había oído de verdad. Se trataba de Rose, que acudió a darle a su guardiana una señal de su presencia: quería demostrarle que aunque ya no fuera visible aún vivía.

La pequeña Livia, de seis años, tenía una bonita gata llamada **Amrita** a la que adoraba. Amrita, que significa «néctar» en sánscrito, estuvo al lado de Livia durante toda su infancia y le dio de beber del cáliz de su inmenso cariño incondicional. El día de la muerte de Amrita, Livia, que ya era una chica joven, le pidió al cielo que le diese una señal. Una semana más tarde su padre encontró un carrete de fotos sin revelar. No contenía más que tres fotos, el resto salieron negras. Las tres eran fotografías de Livia con la preciosa Amrita. ¡A veces las señales nos llegan de formas muy misteriosas!

Los animales fallecidos envían señales visibles y reconocibles a los

amigos que dejaron en la tierra por medio de animales blancos, alegres

pájaros, mariposas de muchos colores, aromáticas flores o visiones

sobrenaturales de arcoíris.

Estas señales siempre son excepcionales: aparecen y desaparecen

misteriosamente. Sabemos que vienen del Más Allá porque siempre que

las recibimos experimentamos en lo más hondo del corazón una

sensación profundamente bella, fascinación o alegría intensa.

Pienso que en lo más profundo de nuestro ser somos conscientes de la posibilidad de que estas señales sean maravillosos regalos de los *Aumakuas* de la isla encantada y oculta del dios Kane. Cuando recibimos

una de ellas sentimos claramente que nuestra vida ha cambiado, que nos ha pasado algo extraordinario o inexplicable. Se trata de algo difícil de compartir con los demás: es una sensación muy personal que queda arraigada en nuestro corazón.

Cierta leyenda india de la Nación Tribal Jatibonicu Taíno me gusta especialmente. Cuenta que hace mucho tiempo había en las lejanas colinas un pequeño estanque alimentado por una cascada. Aquel era el lugar favorito de Alida, la hija de un gran y poderoso jefe indio.

Un día que Alida iba de camino al estanque tras una larga caminata se encontró con un desconocido, un joven indio que no era de su tribu. Él se presentó: se llamaba Taroo y pertenecía a una tribu enemiga a la que habían atacado y que desde entonces vivía en el bosque cercano a aquel estanque. Alida y Taroo se hicieron buenos amigos; se veían en aquel lugar a menudo, pero sus encuentros siempre eran breves para que nadie descubriese su amistad secreta. A pesar de todas sus precauciones, un día alguien les sorprendió y fue a contárselo todo al padre de Alida. Este le prohibió a su hija que volviese al estanque y decidió organizarle un matrimonio con un hombre que él mismo escogió para poner fin a su romance con Taroo.

Alida, rota de dolor, le rogó a su dios Great Spirit que la ayudase: «¡No dejes que me case con ese hombre al que no quiero!». El dios se apiadó de ella y la transformó en una hermosa flor roja.

Por su parte, Taroo, que no sabía nada de todo esto, seguía esperando en vano a su amada en la orilla del estanque. Una noche la luna se apiadó de él y le dijo: «Deja de esperar a Alida. Vuestro secreto se ha descubierto, y para no casarse con otro hombre pidió ayuda a los dioses, que la transformaron en una exquisita flor roja».

«¡Ayudadme a encontrar a Alida!» exclamó Taroo. Los dioses se apiadaron de él y le transformaron en un pajarito de vivos colores. Le dijeron: «¡Vuela, pajarito y encuentra a tu amor entre las flores!».

A la mañana siguiente los indios vieron abalanzarse entre las flores a un pájaro rápido como una flecha y brillante como una joya que nunca habían visto antes; oyeron el zumbido de sus alas y le vieron planear sobre todas las flores y besar sus pétalos. Quedaron cautivados enseguida por aquel pájaro de alas musicales y lo llamaron colibrí.

Cotton, un bonito caniche blanco como el algodón, tenía graves problemas respiratorios debidos a osificaciones del tejido de las fosas nasales. Yo llevaba más de cinco meses realizándole sanaciones a

distancia y el perro se había recuperado bien, volvía a tener energía y comía con apetito. Aunque todavía le costaba respirar, estaba mejor y

parecía estar disfrutando de la vida y del cariño de su guardián, Tom.

Peter, el hermano de este, se ocupaba de Cotton a menudo; aquel perro era el angelito de la familia. Por desgracia, una semana antes de su partida empezó a encontrarse bastante mal; el morro empezó a sangrarle de nuevo, y parecía sentir dolor.

Yo quería mucho a Cotton y me sentía muy unida a él: era adorable, dulce, inteligente, afable y siempre estaba alegre. El corazón me daba un vuelco de alegría cada vez que era su turno de recibir sanaciones a distancia. La semana anterior a la partida de Cotton su guardián estaba preocupado; temía que yo no tuviese la foto del perro, ya que el correo le había venido devuelto. Yo me eché a reír y le dije que me la había enviado por correo electrónico, ¿no se acordaba? Le recordé que nunca habría aceptado ocuparme de Cotton a distancia sin poder verle, ¡con lo mono que era! Era una auténtica cucada. Yo no sospechaba que una semana más tarde ya no me quedaría de él más que su imagen sobre el papel y su recuerdo en el corazón…

Cotton fue el gran amor de su guardián, un ángel cuyo recuerdo siempre atesorará en su memoria. El perro no tenía más que un año y medio cuando Merryl, la mujer de Tom, partió al otro Mundo antes de tiempo. Ella lo había elegido entre sus hermanos y hermanas cuando aún era un cachorro después de dos visitas: a la segunda él había sido el único en acercarse a la rejilla y a Merryl, que supo que él era el que quería.

Cotton le dio mucha alegría a Merryl durante su enfermedad: era un ángel, un regalo del cielo. Cuando su guardiana murió, Cotton estuvo ahí para Tom, que pudo volver a ser feliz gracias al cariño y apoyo constantes que el perro le brindó durante el periodo de duelo. Tom era un hombre extremadamente inteligente y generoso. Necesitaba a Cotton; no podía dejarle. El perrito notaba su pena y le daba besos a su guardián siempre que se lo pedía a pesar de tener el hociquito teñido de sangre.

Uno de los días de aquella última semana Tom vio que a Cotton volvía a sangrarle el morro. El perro no dejó que se acercase a él, y fue entonces cuando su guardián decidió que había que practicarle la eutanasia: sentía que había llegado el momento, no quería que siguiera sufriendo. Sin embargo, cuando estuvo hecho fue presa de terribles remordimientos: se sentía culpable y no sabía si había

tomado la decisión correcta o no.

Aquel perrito había sido su ángel y ahora se había marchado… ¿Había hecho bien al hacerle partir así?

Cuando vi a Cotton en las grandes llanuras del Más Allá estaba corriendo por extensiones verdes llenas de corrientes de agua. La hierba de Allí da una sensación indescriptible: es de unas tonalidades que no

existen aquí en la tierra y parece respirar y hablar. Hay arroyos que tan solo parecen serlo: en realidad son compuestos de cristales de luz que crean un efecto líquido iridiscente. Hasta el agua emite un murmullo, e incluso parece cantar. Da la impresión de que todo está conectado y vinculado mediante las ondas del pensamiento. Cotton parecía feliz y despreocupado, y lo más importante: respiraba sin problema alguno.

A las seis de la mañana del día que siguió al de la eutanasia Tom oyó ladrar a Cotton en lo alto de las escaleras. El perro solía hacer eso cuando quería que Tom le bajase porque se encontraba bien y le apetecía jugar o pasearse. Era como un código entre los dos: se comprendían. Tom, atormentado por la culpa, pensó que había oído los ladridos de Cotton porque había obrado mal. Sin embargo, cuando me conecté con Cotton él me dijo que aunque habría podido quedarse más tiempo, su guardián no debía arrepentirse de haber tomado la decisión de la eutanasia: el perro lo aceptaba, no quería que Tom se sintiese culpable. Mi interpretación era distinta de la del guardián: Cotton estaba en lo alto de la gran escalera que lleva al otro Mundo, el Puente, la escalera del Arcoíris, y con sus ladridos le había dado una señal que ambos conocían bien para que comprendiese que ahora estaba bien y preparado para jugar.

Peter, que adoraba a Cotton y cuidaba mucho de él, me dijo que cuando aquella misma mañana había ido al laboratorio clínico a sacarse sangre, una de las enfermeras había movido un jarrón de lirios y lo había puesto en la sala de espera, a su lado. Había oído a otra enfermera decirle: «¡No puedo soportar el olor, huele a muerte!».

Él se quedó preocupado porque sintió que era una premonición, una señal aciaga, y efectivamente aquella tarde le practicaron la eutanasia a Cotton. Todo aquello había cogido a Peter por sorpresa, porque el día anterior el perrito estaba bastante bien. Yo le expliqué que a pesar de todo a mí no me parecía que hubiese sido una señal aciaga, sino un hermoso regalo venido de Arriba, porque el perfume de los lirios es

sublime y divino. Esto es solo mi interpretación, claro está, pero yo creo que el regalo consistía en transmitirle a Peter por medio de aquellas magníficas flores blancas que el espíritu de su querido Cotton iba a volver a los brazos llenos de amor de la Madre Tierra, Madre divina. A mí no me parece que la flor del lirio sea una señal fúnebre; creo que simboliza la pureza del alma que vuelve a su Fuente.

Además, en las creencias cristianas a menudo se representa a María, Madre Divina, rodeada de lirios blancos. Se dice que cuando a los tres días de su muerte abrieron su tumba su cuerpo ya no estaba: sin embargo, el lugar estaba lleno de lirios blancos.

Mango, un simpático perro, había sobrevivido a varios accidentes cerebrovasculares.

Gracias a los Médicos del Cielo y al cariño extraordinario que le profesaban sus guardianes pudo vivir durante un año más y disfrutar plenamente de su vida. Sin embargo, pasado este tiempo un nuevo accidente cerebrovascular se lo llevó al Mundo en lo Alto a la edad de quince años. Esto fue lo que me contaron sus maravillosos guardianes, Jacynthe y Frédéric, tras su cremación:

«Íbamos de vuelta en el coche; llevaríamos unos diez minutos de camino cuando justo enfrente de nosotros, en el cielo completamente azul, apareció el perfil formado por nubes de una gran cabeza de perro.

Levanté la mirada un poquito y le dije a Frédéric: '¡Mira! ¡Una cabeza de perro!'. No había más nubes que aquellas en el cielo, y estaban justo delante de nosotros. El perfil que teníamos ante nuestros ojos era grande, realmente grande (no ocupaba una pequeña zona, sino que era un gran retrato visto de lado), ¡y era idéntico al de Mango! Lo vimos todo claramente, con nitidez: su nariz, su ojo, su oreja… la imagen llegaba hasta la parte inferior del cuello. Estaba mirando hacia la derecha. ¡Era idéntico a él!

Le dimos las gracias por aquel maravilloso regalo que nos había hecho; era como si quisiese decirnos: 'Me habéis acompañado hasta el final, sabed que he llegado bien'. Una vez los dos lo hubimos visto y nos lo describimos el uno al otro para confirmar que estábamos viendo la misma bella imagen, el perfil empezó a desdibujarse poco a poco».

Unas horas antes de aquello, durante la cremación, Jacynthe había escrito las siguientes palabras en honor a Mango en el libro de visitas del crematorio:

«En la tierra como en el cielo. Para Mango».

Una antigua leyenda japonesa cuenta la historia de un anciano llamado Takahama que vivía en una casita tras el cementerio de un templo. Era amable y sus vecinos lo apreciaban, aunque la mayoría pensaba que estaba un poco loco.

Un día se puso muy enfermo, tanto que hasta hizo llamar a su familia.

Los parientes llegaron, y mientras miraban dormir a Takahama vieron entrar en el cuarto a una gran mariposa blanca que se posó sobre la almohada del anciano. Su sobrino trató de sacarla fuera, pero la mariposa volvió a entrar hasta tres veces. El sobrino la persiguió hasta el cementerio y la vio detenerse unos instantes sobre la tumba de una mujer antes de desaparecer misteriosamente. Al examinar la tumba el joven vio grabado el nombre «Akiko», seguido de una inscripción que rezaba que

aquella persona había muerto a los dieciocho años. Aunque la tumba había sido erigida cincuenta años antes y estaba cubierta de musgo, el chico vio que alrededor había flores por todas partes.

Cuando el joven volvió a la casa, sus parientes le dijeron que su tío Takahama había fallecido. Él le contó a su madre lo que había pasado en el cementerio con la mariposa blanca.

«¿Akiko?» murmuró su madre. «Akiko era la prometida de tu tío cuando era joven, pero murió poco antes del día de la boda. Cuando ella abandonó este mundo, él decidió que no se casaría jamás y que siempre viviría junto a su tumba, cerca de su primer y único amor. Takahama iba a poner flores en la tumba de Akiko todos los días. Hoy ella ha venido a buscarle: esa mariposa blanca que has visto era su alma, dulce y llena de amor».

Si veis a una gran mariposa de un blanco puro revolotear varias veces a

***vuestro alrededor, preguntaos lo siguiente: ¿se trata de un* Aumakua**

que ha venido a rozar mi corazón?

Una mujer llamada Sue me llamó porque en el pasado había perdido a **Thunder,** su queridísimo pastor alemán.

En una ocasión, cuando aún estaba vivo, Thunder había perdido su medalla identificatoria. Su guardiana siempre pensaba en su gran Thunder con profunda tristeza. ¡Cómo le gustaría que volviese! Le resultaba difícil vivir sin él. Unos años después de la muerte del perro, Sue encontró su medalla mientras cavaba en el jardín: estaba enterrada en la tierra y completamente cubierta de óxido. Contentísima de haber recuperado aquel recuerdo de su querido perro, la abrió con unas pinzas. Cuando lo hizo, un aroma a rosas extremadamente intenso y cautivador surgió de la medalla y le caló hasta el fondo del corazón. Maravillada, fue inmediatamente a enseñársela a su padre. Cuando el hombre respiró el maravilloso perfume que emanaba la medalla se quedó estupefacto y sin palabras. Le daba vueltas en todas direcciones diciendo: «¡No es normal!

¡No es normal para nada!».

Ni siquiera tenían rosales en el jardín…

Si percibís un aroma de flores tenue y magnífico como el del jazmín, la

rosa o el lirio, o bien un embriagador perfume a sándalo, cedro o salvia

es que un* Aumakua *ha pasado cerca de vosotros sin que llegaseis a

verlo.

“Dile que le quiero”

Los mensajes, los regalos

«El amor sobrevive a la muerte y a los estragos del tiempo. Hoy en día

sigo queriendo del mismo modo a todos a los que he querido en esta

vida o en otras».

Paramahansa Yogananda

La gente me pide a menudo que hable con el espíritu de su animal fallecido. Quieren que le diga: «Te quiero, no te olvidaré». Sin embargo, eso los animales ya lo saben. No es necesario que yo actúe de intermediaria para decirles eso, no sería honesto por mi parte. El cariño que sentís por ellos y el que ellos sienten por vosotros siempre está ahí, siempre está presente. Nosotros, al igual que todos los seres vivos, somos y hemos sido siempre almas que existen fuera del cuerpo: esa es nuestra auténtica esencia. El amor es precisamente lo que da forma al universo y a nuestro espíritu. Basta con que penséis en ellos para que os perciban, del mismo modo que reciben vuestros pensamientos cargados de cariño estén donde estén. Todos somos seres multidimensionales.

Los Médicos del Cielo me dicen: «Vosotros os olvidáis más fácilmente de nosotros que nosotros de vosotros».

Hay muchas maneras de conectarse y de comunicarse con el mundo Espiritual. Si estáis atentos y receptivos a su voz, el Espíritu os revelará mensajes a través de los animales y la Naturaleza.

Los animales fallecidos nos envían mensajes con frecuencia. Algunos están codificados con símbolos e imágenes y resultan difíciles de descifrar, y otros no. Pienso que cuando un mensaje alcanza el corazón de una persona como una flecha de luz o verdad siempre resulta claro y la persona se da cuenta inmediatamente de que proviene de su animal. Hay veces en las que el animal tan solo busca demostrarle a su guardián que sigue con vida, y para ello me transmite un mensaje cuyo contenido yo no podría saber de otro modo; esto le permite al guardián estar seguro de que el mensaje proviene de su animal y además le lleva a reflexionar sobre lo que hay después de la muerte.

Una vez establecí una conexión con el espíritu de un gato llamado **Star** que había muerto a los quince años debido a complicaciones de una diabetes. Star me explicó los detalles de su fallecimiento sin detenerse demasiado en ellos, como si aquello ya no tuviese importancia. Tenía mensajes para su guardiana Carmela; habló sobre sus estados de ánimo y sobre lo descontenta que estaba con su trabajo, y le dijo que era importante vivir de acuerdo a las aspiraciones de uno. Luego insistió mucho sobre un problema que tenía en los pies Shawn, el marido de Carmela, que efectivamente sufría debilidad en los tendones de Aquiles.

Considero que los animales transmiten este tipo de mensajes cuando sus guardianes albergan muchas dudas, ya que de este modo estos últimos pueden saber con certeza que de verdad es su animal quien se los transmite y no cualquier otro, y también que sigue próximo a ellos, vela por ellos y sabe lo que está pasando en sus vidas. Otras veces los mensajes llegan a los guardianes con forma de sonidos o imágenes o bien de manera simbólica: oyen el nombre de su animal en una canción de la radio, lo ven escrito en un libro, conocen a una persona que se llama igual, etc.

En cierta ocasión establecí una conexión muy especial con un perro fallecido llamado **Otis** y luego estuve tres días seguidos viendo su nombre en la autopista, en camiones y pancartas publicitarias. Era

como

si desde Arriba estuvieran haciendo hincapié en su nombre para recordarme su presencia y el conmovedor mensaje que había transmitido.

En otra ocasión una joven estudiante me contó lo siguiente hablando de su perro fallecido: «Vi un enorme arcoíris sobre mi cabeza y supe que se trataba de un mensaje suyo». Evidentemente, cualquier persona cartesiana diría que no fue más que una casualidad que viese un arcoíris en aquel momento, ya que se trata de un fenómeno natural creado por la luz y el clima. Sin embargo, ella albergaba en lo más profundo de su corazón la certeza de que aquello había sido cosa de su perro, y nadie habría podido convencerla de lo contrario. Aquella visión alivió la tristeza y la pena de la joven, que pudo seguir adelante con su vida portando el arcoíris de su perro en el corazón.

Gold nació el 21 de diciembre de 2009 y murió el 16 de enero de 2010, con tan solo 27 días de vida.

Gold era un burrito miniatura que nació, vivió y murió en una magnífica *Wilderness Preserve* (reserva de fauna silvestre) de los Estados Unidos. Es imposible imaginarse una criaturita más adorable que él; cuando vi su foto mi corazón dio un vuelco de alegría. ¡No sabía que pudiese existir un pequeño espíritu tan encantador y lleno de gracia!

Mónica, su guardiana, lo adoraba, y su partida le causó una pena inmensa; le costaba aceptarla. Quería saber si Gold había abandonado su cuerpo, si su espíritu había partido sin problemas. ¿Había hecho el gran viaje? ¿Seguía a su lado quizá?

Establecí la conexión con el espíritu del pequeño Gold. Se me apareció luminoso, lleno de energía y brincando como si quisiera demostrarme que ahora estaba completamente sano. A pesar de todo quería hablar, porque había algo que le inquietaba. Antes de nada quería asegurarle a Mónica que estaba bien: ya no estaba enfermo ni se sentía mal. Tampoco necesitaba ayuda, había logrado cruzar al otro lado. Mónica no me había explicado qué problema de salud había sufrido el burrito, pero él me indicó que había sido una enfermedad congénita que se había transformado en una insuficiencia cardiaca. Hablaba mucho de un bebé; yo no sabía qué quería decir, pero no dejaba de oír las palabras «bebé» y

«pérdida de un ser querido». Me explicó por medio de imágenes y

sensaciones que Mónica había cuidado de él mientras estaba enfermo para enmendar algo que tuvo lugar en su vida y había quedado sin resolver, algo relacionado con la pérdida de un ser querido. Cuidar de Gold le había permitido a Mónica reparar aquella brecha: ahora el burrito estaba en paz y ella debía seguir adelante con su vida.

A continuación me habló de la relación de su guardiana con una mujer que se encontraba en el lugar donde él había vivido. Lo cierto es que Mónica había mencionado el nombre de aquella mujer poco antes; la había presentado como la propietaria del lugar. Sin embargo, gracias al espíritu de Gold pude ver que mantenían una relación íntima que no parecía demasiado armoniosa. La otra mujer dominaba y controlaba a Mónica: se trataba de una relación abusiva. Gold insistía en que su guardiana debía marcharse de aquel lugar, encontrar un nuevo camino y buscar a alguien mejor para ella. Aclaró que las circunstancias de su enfermedad y su partida le permitirían a Mónica abrir los ojos, darse cuenta del tipo de relaciones que mantenía, verlo todo claramente y en consecuencia ser libre de buscar la felicidad. Gold la instaba también a mirar en su interior y a hacer caso de su intuición, porque en el fondo ella ya lo sabía. Terminé la conexión un poco saturada de información.

¿Cómo iba a explicarle todo aquello a Mónica? ¿Cómo traducirlo en palabras sin hacerle daño y sin entrometerme en su vida privada? ¿Y si la otra mujer era simplemente la propietaria y Mónica no mantenía aquel tipo de relación con ella?

Hablé con Mónica. Ella me explicó que el apodo que le había puesto a Gold era la palabra que en español significa «bebé», lo que explicaba por qué aquello no dejaba de aparecer durante la comunicación. Me dijo que el veterinario había sospechado que Gold podía haber tenido algún defecto congénito, pero que no estaba seguro porque no le había hecho autopsia. También me contó que su madre había fallecido de una cardiopatía y que la había perdido muy joven. Como Mónica no había podido ocuparse de ella cuando falleció, la realización de todos los trámites había recaído en su hermana pequeña, que no estaba emocionalmente preparada para ello. Mónica se había sentido muy culpable de no haber podido cuidar de su madre en las últimas etapas de su enfermedad y de no haber estado presente cuando realizó el pasaje al Gran Sueño. Su madre había sido la única persona a la que había podido contarle todo, ya que ni su padre ni posteriormente su padrastro habían estado presentes en su vida. Mónica derramó lágrimas de alivio esta vez, como si toda la carga de la culpabilidad hubiese desaparecido de un plumazo. Me quedé a su lado en silencio, sintiéndome honrada de poder compartir aquella liberación con ella.

Cuando le transmití el mensaje relacionado con la propietaria del lugar ella lo comprendió enseguida. Me confesó que aquella relación había sido muy abusiva y que aunque le había puesto punto y final, aquella mujer seguía acosándola. Para colmo, en aquel momento mantenía una relación

con otra persona que era mucho peor que la primera. Seguimos hablando durante un buen rato; tenía otras cosas que transmitirle, pero sentía que el principal mensaje del pequeño Gold, de veintisiete días de edad, había llegado a su destino.

Cuando se descifran las señales y se reciben los mensajes, ellos pueden

partir en paz.

Sonata, una yegua de pelaje bayo, apareció una mañana de verano vagando por un pueblo, fuera de su prado: tenía heridas en la cabeza y trastornos neurológicos. Nadie sabía cómo se había escapado ni tampoco si se había chocado contra algún obstáculo. La noche siguiente, murió.

Cuando conecté mi espíritu al suyo la vi increíblemente hermosa y fuerte, mentalmente lúcida y galopando. Me explicó que había tenido que partir porque se había dado un golpe en la cabeza que le había provocado un hematoma interno. Cuando todo aquello había pasado no había sido capaz de pensar correctamente ni de acordarse de nada: percibí que se había sentido como borracha o drogada y que no lograba controlar bien su cuerpo; ni siquiera sabía dónde se encontraba a pesar de que la tenían en estabulación libre. Vi que se había golpeado contra un trozo de metal que había sobre la puerta. Su guardiana María Ángeles, que llevaba tres años sin verla, dijo que recordaba que sobre los mosquetones había efectivamente una placa de metal que estaba a la altura de la yegua; ahora comprendía cómo se había hecho aquellas heridas. La hemorragia interna había afectado a una parte de la memoria de Sonata, que había escapado presa de un ataque de pánico.

Esto es lo que sentí, traducido en mis palabras: «Noto presión en la

cabeza, ya no veo nada, tengo la vista borrosa, estoy corriendo, ¿dónde estoy? No conozco este sitio, ¿qué voy a hacer? Me duele muchísimo la cabeza, ¿dónde estoy? Intento ver, encontrar el camino, ya no veo, lo veo todo negro».

María Ángeles me confirmó que Sonata había salido de noche. Los vecinos la habían oído galopar, pero no habían sabido a dónde iba, porque vagaba sin rumbo y daba vueltas en círculo. Al final la habían llevado de vuelta al establo.

Esto es lo que sentí, una vez más traducido en mis palabras: «Una luz preciosa y brillante me eleva por los aires; estoy flotando. Este lugar sí que lo conozco, aquí conozco a todo el mundo, son mi familia, mi manada. Veo otra vez, ¡qué bien veo!».

Aunque Sonata se acordaba de su guardiana, se trataba para ella de un recuerdo lejano, muy lejano. Gracias a la yegua pude recibir información sobre la difícil infancia que habían tenido María Ángeles y su hermano.

Así, tras hablar con la guardiana sobre su infancia le pregunté si tenía un hermano. Sí que lo tenía: estaba enfadada con él y ya no se hablaban. Su hermano apreciaba mucho a Sonata y era él quien la cuidaba. María Ángeles me dijo que su hermano solo apreciaba a la yegua porque era como una parte de la propia María Ángeles que podía tener. «¡Lo quiere todo!». Sí, después de que yo hiciese alusión a ello me confesó que había tenido muchos problemas con su familia e incluso una relación incestuosa con su hermano. Para ella todo aquello era como una prisión.

Que Sonata hubiese muerto con una pérdida de memoria le parecía significativo, como si ahora ella pudiese olvidar todo su pasado: su yegua había sido el único ser que la ataba a su familia. María Ángeles, una chica encantadora, había abandonado el hogar familiar muy joven y por ello llevaba años sin ver a su querida yegua. Siempre se había preguntado cómo podía llevársela consigo. Más tarde había tratado de perdonar a su familia y de reanudar el diálogo con ellos; ya llevaba tres días en el pueblo, pero aún no había ido a ver a Sonata. Aquella misma noche María Ángeles se despertó empapada en sudor debido a una pesadilla, con el corazón atenazado de ansiedad.

«¡Sentí que Sonata estaba conmigo!».

Sonata ya se había marchado al otro mundo: se llevó todos los sombríos recuerdos del pasado de María Ángeles consigo.

Cinammon, una yegua de ocho años y pelaje bayo, murió brutalmente un día del mes de abril a pesar de que el día anterior parecía estar en perfecto estado de salud y había comido normalmente.

El día de su muerte sufría muchísimo, tenía los ojos en blanco, y no tardó en perecer. El veterinario pensó que podría haber sido una miopatía, pero no podía realizar un diagnóstico preciso porque no la había examinado. La guardiana de la yegua, Joan, una encantadora joven de veintisiete años, me llamó para hablarme de Cinammon. Quería saber si su yegua había sido feliz, si había algo después de la muerte y si allí donde se encontraba podía ver seres humanos. Cinammon se me apareció resplandeciente, serena, apacible. Parecía estar viviendo su vida tranquilamente, solo que en otra dimensión. Quería que su guardiana supiera que estaba bien y que no tenía que preocuparse por ella. A su lado había otro caballo de color gris moteado que parecía vinculado a ella. La yegua me mostró que había tenido una muerte rápida: había sido como si un torrente de sangre le hubiese subido a la cabeza. Me explicó que ya se había decidido de antemano que su partida sería rápida. Cinammon me pareció muy diferente; su forma de pensar era distinta a lo habitual,

aunque no era demasiado comunicativa. Cuando estaba en la tierra había estado unida sobre todo a la otra yegua, Mimosa.

Joan siempre había tenido dudas sobre lo estrecho de su relación con Cinammon y sobre su forma de montar. Pensaba que no lo hacía bien y que su espíritu y el de la yegua nunca habían llegado a conectar del todo.

Cinammon me hizo saber que Joan siempre dudaba de sí misma; por eso le pedía a su guardiana que a partir de ahora confiase más en sí misma, que estuviese más tranquila.

Joan me dijo que la yegua gris moteada que estaba con Cinammon se llamaba Iris; había muerto a los diecisiete años y solía ser de su madre.

Cuando terminamos de hablar de Iris, Joan se sintió lo suficientemente cómoda para contarme que un íntimo amigo suyo que había fallecido le había tenido cariño a Cinammon. Quería saber si estaba con ella, si podían volver a verse.

Se lo pregunté mentalmente a la yegua. Me pareció que Cinammon había estado con aquel amigo íntimo después de fallecer. Me dijo que

aquel chico había tenido un accidente, y a mí me dio la impresión de que se encontraba en otra dimensión. De repente, el joven se me apareció: tenía cosas que decir. A propósito de esto: pienso que los espíritus pueden transmitirnos mensajes por medio de los animales. Diría que cuando hay una situación sin resolver, cuando la persona que quedó en la tierra tiene dudas y no se encuentra en paz, el espíritu del ser querido que murió puede aparecer para transmitirle un mensaje de vida por medio de un animal fallecido. El joven en cuestión me explicó que tenía un mensaje para su padre y también para su novia. Le pedía perdón por haber partido tan rápido, por haberle causado tanta pena. Había sido un accidente, no era así como le habría gustado partir. Me transmitió las siguientes palabras para Joan: «¡Te quiero! Ponte mi camiseta azul si te gusta. Cuida bien a los caballos. ¡Sé feliz! No te quedes atada a mí. Puedes irte con otro».

El joven se llamaba Horatio y solía ser el novio de Joan. Se habían conocido cuando ella tenía veintiún años. Era su media naranja, se amaban profundamente. Joan me dijo: «En una hora supimos que estábamos hechos el uno para el otro. ¿Puede oírme?».

El joven Horatio había muerto brutalmente al sufrir un ataque al corazón mientras participaba en una maratón. Ella no había querido que participase en la competición porque todavía no había entrenado lo suficiente. La pena y el sufrimiento de Joan eran indescriptibles: su vida entera se había derrumbado en un instante, ya nada tenía sentido, y luego su yegua Cinammon había muerto también. La joven se sentía

completamente indefensa, sola, sin amor, sin objetivo. Cuando estaba vivo, su novio solía decirle que no tenía suficiente confianza en sí misma.

Ahora Joan dormía todas las noches con la camiseta azul favorita de Horatio, porque así tenía impresión de que él estaba a su lado. Estaba tan triste que ni siquiera podía ocuparse de los caballos.

Horatio ya había ido a verla y a hablar con ella en sueños en varias ocasiones. También le daba numerosas señales. Joan me dijo: «Siempre le siento cerca de mí. Tengo miedo de que sin él mi vida sea demasiado larga. A su lado, una sola hora tenía un valor incalculable».

Era un día de verano en California. Margaret, una amiga mía muy querida, estaba paseando con su perro cuando de repente vio que en su camino había una paloma de color blanco y marrón. Se detuvo para admirarla mejor, ya que no era como las palomas que normalmente se

pueden ver por Los Ángeles. Al día siguiente, cuando iba de vuelta a casa tras su paseo, vio varias plumas magníficas esparcidas por el suelo y el cuerpo muerto y despedazado de la paloma que había visto el día anterior.

Un día más tarde, al volver a casa, se encontró con que había un cuervo tendido al pie de un árbol grande que había en su jardín. El pájaro, que parecía estar herido, la miró intensamente a los ojos. Margaret se quedó muy sorprendida cuando le miró a su vez, porque le pareció que los ojos del pájaro despedían reflejos, como si la mirada del cuervo le devolviese la suya propia. Aquel efecto óptico tan extraño le resultaba difícil de describir.

Margaret, trastornada, entró en casa para dejar sus cosas, y cuando volvió a salir se encontró con que el cuervo había muerto. Percibió claramente que se trataba de una señal, pero no comprendía exactamente cuál era el mensaje. ¿A qué se debía aquella sucesión de pájaros muertos en dos días? ¿Por qué había venido a morir bajo su árbol aquel cuervo y por qué la había mirado fijamente a los ojos?

Tras reflexionar unos días sobre todo ello Margaret fue a consultárselo a Conrad. Conrad le debe a sus ancestros amerindios la capacidad de interpretar los sueños y visiones de otros. Le explicó a Margaret que para seguir adelante tenía que dejar morir algo que había en su vida: aquella muerte representaba la de una relación que no era buena para ella.

Margaret comprendió el mensaje perfectamente, porque aquello encajaba con lo que estaba viviendo; supo exactamente a qué se refería y le pareció pertinente. Conrad le explicó también que la presencia del cuervo en su jardín representaba el acceso a una puerta, un pasaje a la otra dimensión que tan solo podría abrir si lograba dejar morir el pasado. Y

efectivamente, Margaret había empezado a recorrer el camino espiritual.

Su corazón se llenó de gratitud hacia el cuervo de ojos plagados de estrellas rutilantes, que había venido a regalarle su último aliento

desde algún lugar incierto.

Existe un antiguo proverbio que dice que las estrellas no son estrellas

en realidad, sino huecos en el cielo por los que se vierte el cariño de

nuestros seres queridos fallecidos, que luego resplandece sobre nosotros

para que sepamos que son felices.

Un día establecí una conexión con una hembra de cocker llamada **Kiss** que había muerto debido a tumores mamarios a la edad de once años. Su guardiana Amanda había estado extremadamente unida a ella, y su pena y tristeza resultaban evidentes mientras hablábamos. Cuando me conecté al el espíritu de Kiss, esta le pidió a su guardiana que fuese feliz y dejase de llorar. Me transmitió detalles relacionados con lo infeliz que era Amanda en sus relaciones personales y sobre los problemas que tenía con su joven hijo; explicó que su guardiana no se sentía realizada, que se sentía atrapada en su propia vida. Amanda me lo confirmó: «Vivo entre paréntesis…». La mañana del día en que habíamos acordado hablar, Amanda encontró una golondrina en la carretera. La vio claramente entre las ruedas de los coches que pasaban y pensó que si se quedaba ahí iba a acabar aplastada. Por lo tanto, detuvo el coche, cogió a la golondrina en brazos y se la llevó a casa. Como tenía que irse a trabajar se la dejó a su novio con las siguientes instrucciones: «Intenta hacer algo, no podemos dejarla morir».

El novio de Amanda se dio cuenta de que la razón de que la golondrina no pudiese volar era que tenía un ala pegada a las plumas de la cola. Le lavó el ala para quitarle la sustancia adhesiva, y en cuanto se hubo secado la golondrina alzó el vuelo y salió por la ventana a tomar el aire. Cuando Amanda se enteró de lo que había pasado se sintió extremadamente feliz, casi extasiada, y aquella sensación la acompañó durante todo el día. Se decía: «¡Mi pájaro vuela!». Habíamos quedado para hablar por teléfono sobre Kiss aquella misma tarde: Amanda quería que su perra le enviase un sueño para tener la certeza de que se encontraba bien, porque en el pasado había tenido una yegua que había fallecido y se le había aparecido de aquel modo. Sin embargo, en aquella ocasión no recibió el mensaje lleno de cariño en sueños, sino desde el mundo de las estrellas. A mí me parece que aquel mensaje le llegó por medio de la golondrina

inmovilizada: a veces hay que saber reconocer los mensajes para poder interpretarlos.

Es muy habitual que una experiencia vital inesperada que aporta una

sensación de felicidad, de alegría o de alivio extremo se trate de un

***regalo de los* Aumakuas.**

Kiss le envió la golondrina a Amanda para demostrarle que la libertad y la felicidad no son tan difíciles de conseguir. Su guardiana podía liberarse; tan solo tenía que encontrar sus ataduras y soltarse de ellas.

En Egipto siempre se ha asociado a las golondrinas con las estrellas, y por lo tanto con las almas de los muertos. En el capítulo 86 del *Libro de los Muertos** se les indica a los difuntos cómo transformarse en golondrina.

En los *Textos de las Pirámides**, sección 1216, el faraón narra que llegó a «la gran isla que hay en el centro del campo de las ofrendas», allí donde los dioses de las golondrinas alzan el vuelo. ¡Las golondrinas son las estrellas imperecederas!

Cuando nos transmiten mensajes a

través de sueños o visiones

«Chuang Tzu* soñó que era una mariposa y revoloteaba feliz sin saber

que era Chuang Tzu. De repente se despertó y se dio cuenta de que era

Chuang Tzu. Ya no sabía si él era Chuang Tzu y había soñado que era

una mariposa o si era una mariposa que estaba soñando que era

Chuang Tzu».

Zhuangzi, capítulo 2.

U**na** noche soñé que estaba muerta, que ya no estaba unida a mi identidad de Laila y que mi espíritu viajaba de aquí para allá disfrutando de los placeres del Más Allá. Ya no era más que conciencia, y era maravilloso. Aún dentro del sueño, en aquel estado de «muerte», tuve otro sueño (un sueño dentro de otro) en el que estaba viva de nuevo, pero en otra dimensión. Iba de visita a casa de unas personas que en el sueño conocía muy bien pero que no conocía ni en el sueño anterior en el que estaba muerta ni en mi vida actual de Laila. Aquellas personas vivían en el sur de Francia. Iba pues a visitarlas y al llegar veía a una niña de pelo muy largo tendida sobre la espalda de un perro blanco y negro. Al verme la niña salió corriendo con el largo cabello ondeando al viento a su espalda. El perro se levantó gimoteando y vi que la niña le había dado un mordisco en el cachete y le había arrancado un gran trozo de carne, dejándole una herida abierta y sanguinolenta. Lo cogí en brazos y la

herida se le cerró con un gesto de mi mano; luego el perro se fue a jugar a otra parte, tan contento. Entonces yo me giraba hacia mis conocidos y les decía: «Mirad, el ser humano no sabe lo que hace, es mucho más salvaje que las bestias».

Luego me despertaba y volvía al sueño en el que estaba muerta y era un espíritu que viajaba por el Más Allá. Mi espíritu se sorprendía de lo real que había parecido aquella vida que había experimentado en sueños, porque sabía que no había sido más que eso: era consciente de todas las cosas y podía viajar a través de múltiples capas de sueños

sabiendo en todo momento que no eran más que sueños. Tras tener el sueño sobre el perro blanco y negro mi espíritu se pasó un rato cavilando sobre la naturaleza del ser humano; en realidad no reflexionaba mucho sobre ello, pero sentía una gran compasión. Pensaba: «No saben lo que hacen porque están dormidos». Entonces, aún dentro del sueño, soñaba que me despertaba y pensaba: «¡Ah! Hay que ver lo reales que son los sueños».

Todavía podía recordar a aquellas personas y al perrito blanco y negro con la herida sangrante en el cachete. Entonces me desperté, esta vez de verdad, preguntándome: «¿Estoy viva? ¿Estoy muerta o es que sigo soñando?».

Las civilizaciones llevan pensando que los sueños son portales a otros mundos desde el principio de los tiempos. Hay explicaciones sobre el significado de los sueños en los *Upanishád**, en la Biblia, en el *Libro de los sueños** del antiguo Egipto y en *El libro de los muertos tibetano**. Los budistas tibetanos creen que la práctica del sueño lúcido sirve como preparación para la vida en el Más Allá, al que consideran similar al mundo de los sueños. Esta práctica permite liberarse de la ilusión del ciclo de la vida y la muerte. En algunas prácticas de yoga el soñador puede controlar su sueño y de este modo entrever la «Luz Clara» de «Lo que es»: la realidad definitiva.

Por otro lado, en algunas creencias de tipo chamánico se considera que tanto recordar los sueños como soñar conscientemente son prácticas espirituales. Según estas creencias los sueños son realidades tan importantes como la vida que vivimos cuando estamos despiertos. Los chamanes que han practicado el arte de soñar son incluso capaces de modificar aspectos de su propia realidad.

Algunos chamanes de tradiciones antiguas practican el sueño

consciente para acceder a otras dimensiones. A veces estas dimensiones

se les presentan como sueños dentro de otros sueños cuando logran

alcanzarlas.

Asimismo, los sueños eran muy importantes en la cultura hawaiana. La interpretación de los sueños y la práctica del sueño lúcido durante el *Moe'uhane* (sueño profundo) son competencia de los *Kahunas*, símbolos vivientes del poder divino (*mana*). Los *Kahunas* tienen la capacidad de hacer de intermediarios entre nuestro mundo y el de los espíritus. Están los Kahunas que interpretan los sueños (*wehewehe moe'uhane*), los que observan las acciones del espíritu o alma de una persona viva (*kilokil uhane*), y los que utilizan los sueños para sanar (*kahuna lapa'au*). En esta última práctica el *Kahuna* recibe sueños o visiones de su *Akua* (dios), y gracias a ellos descubre la causa de la enfermedad y la enfermedad propiamente dicha de la persona afectada.

Los sueños nos permiten atravesar el umbral de nuestra realidad para

llegar a la del Más Allá en las otras dimensiones y así poder acceder al

espíritu de nuestro querido animal fallecido. Podemos conectarnos a

él., saber qué tal le va, transmitirle nuestro cariño y recibir sus

mensajes.

Los espíritus de los animales no mueren. Están cerca de cada uno de vosotros, lo que ocurre es que no podéis verlos ni oírlos porque el ser humano siempre está muy ocupado. Los treinta y seis mil pensamientos que rondan habitualmente por nuestras cabezas hacen un ruido tremendo.

Este caos mental es lo que os impide verlos, olerlos y oírlos.

Los espíritus, sin embargo, sí que nos oyen a nosotros. A veces nos transmiten mensajes para tranquilizarnos, para hacernos saber que están bien y que siguen con vida. También nos piden que no lloremos y que no nos sintamos culpables. Como mientras dormimos no pensamos tanto, a ellos les resulta fácil transmitirnos un bonito mensaje en esos momentos, y por eso estos mensajes tan bellos nos llegan con la forma de intensos sueños. Pienso que estos sueños en realidad son conexiones, sus visitas a nuestra dimensión; esperan a que estemos dormidos para colarse a nuestro lado, hablarnos e

iluminarnos de amor con su presencia intangible. Se trata de una comunicación que nosotros percibimos como

un sueño. Al despertar pensamos: «¿Ha sido real o tan solo un sueño?

¡Qué real parecía! Era como si estuviese pasando de verdad».

Cuando nos quedamos dormidos nuestra conciencia viaja a una dimensión que no está limitada por el tiempo y el espacio. En nuestros sueños podemos caminar, volar, atravesar paisajes magníficos y volver a encontrarnos con aquellos de nuestros queridos animales que volvieron al Gran Todo como si estuvieran a nuestro lado, como si nada hubiera pasado. También les brindamos la oportunidad de que sean ellos los que acudan a nosotros para vernos, comunicarse con nosotros y a veces transmitirnos mensajes.

El veterinario le había dicho a Mónica que había que practicarle la eutanasia a su joven pastor alemán, **Priya**, que tenía acalasia. El perro estaba gravemente enfermo y no paraba de vomitar. Aquella noche Mónica se metió en la cama y antes de dormirse pidió que le dieran alguna señal. Al amanecer vio a un perro y a un pájaro en sueños. Los dos iban vestidos y estaban charlando entre sí; el pájaro iba volando y le mostraba al perro el camino a seguir. Parecían contentos: Mónica se quedó mirando cómo charlaban, y luego le dirigieron la palabra. Por desgracia, no se acordaba de lo que le habían dicho. Me dijo que lo raro era que unas semanas antes su pájaro Sunya había cruzado al otro Lado.

¿Sería que Sunya iba a mostrarle el camino a Priya? En cualquier caso, después de tener aquel sueño Mónica se sentía más tranquila, porque había recibido una señal.

En los sueños la separación entre la vida y la muerte deja de existir;

todo está unificado.

Los antiguos taoístas desarrollaron prácticas para poder acceder a los sueños de manera consciente. Consideraban que la creencia de que los sueños que tenemos habitualmente no son más que fantasías no tiene

fundamento alguno: aunque es cierto que los sueños no forman parte de la realidad física, la existencia física no es el único ámbito en el que se pueden vivir experiencias. Existen muchas dimensiones diferentes en las que nuestra noción de tiempo y espacio no existe. Lo que nosotros llamamos realidad corriente, la que está limitada a lo que experimentamos físicamente, no es más que un fragmento de la totalidad de nuestro ser.

Somos mucho más, somos multidimensionales: nuestra conciencia puede ir a todas partes. Considero necesario trabajar nuestra vigilia: imaginaos

cómo debe ser poder viajar a otras dimensiones con facilidad, reencontrarnos con nuestros queridos animales y conocer a muchos otros.

Los taoístas dicen: «Si puedo ver el Camino por la mañana, podré morir en paz por la tarde».

La capacidad de desligar la conciencia de la realidad física y de viajar

por las dimensiones intangibles supone el comienzo de otro ciclo de

existencia que trasciende la vida y la muerte.

Maya acababa de dejarnos.

Yo había pasado siete meses asistiendo a distancia a aquella preciosa gata atigrada de diez años. Tenía numerosos problemas físicos graves y para colmo el veterinario sospechaba que podía tener un tumor. Por todo ello, cada vez que veía a la gata en la consulta se sorprendía del buen aspecto que tenía y exclamaba que era imposible.

A ningún animal le he realizado sanaciones a distancia tanto tiempo como a Maya, pero es que su caso era distinto: yo sabía que no estaba preparada para partir y que necesitaba ayuda. Jason y su mujer Tiffany, sus guardianes, vivían en pareja con sus dos hijas, Amanda y Naomi. Esta última iba en silla de ruedas; sufría parálisis cerebral debido a una falta de oxígeno durante el nacimiento, y esto hacía que la vida cotidiana de la familia resultase extremadamente difícil. Tiffany incluso había tenido que dejar su empleo, de modo que el único que trabajaba era Jason, que tenía que levantarse muy

temprano por la mañana: pienso que era un hombre bueno, justo y valiente. Con todo, eran una familia adorable que estaba muy unida a pesar de los desafíos y los obstáculos que la vida les ponía por delante. Pienso que Maya estaba allí en «misión especial» si me permitís decirlo así, llevaba años asimilando muchas cosas para ayudar a su querida familia: la habían enviado de Arriba para que les prestase su ayuda y apoyo. Yo diría que en este tipo de casos es el alma del animal la que toma instintivamente la decisión de ayudar a una persona o a una familia. Considero que lo más importante es que no nos sintamos culpables, tan solo honrados de que estos animales hayan venido a nuestra vida. Soy plenamente consciente de que mi explicación es científicamente improbable y de que puede que se trate de una mera ilusión, pero es lo que siento.

Además, Jason y Tiffany me dijeron: «Para nosotros Maya no era una gata normal, ¡era mucho más!». No comprendían por qué había partido tan joven. Yo sabía que la gata llevaba ya mucho tiempo esperando, mucho más de lo que su cuerpo físico podía resistir, en parte porque

Amanda no estaba preparada en absoluto para su partida. Maya sufrió varios accidentes cerebrovasculares seguidos, pero la semana anterior se encontraba bien, comía y tenía energía. Aunque su peso fluctuaba, el veterinario volvió a hacer comentarios sobre su buena forma física, ya que le parecía algo verdaderamente excepcional.

Sin embargo, un día oí claramente una voz que me decía que Maya iba a partir muy pronto. Era un mensaje de Arriba que me estaba avisando para que pudiese decirle adiós. Aquel mensaje era para mí y sentí que no podía decirle nada a su familia para no interferir en la decisión de Maya respecto a la partida. Así pues, no me sorprendí cuando Jason me llamó un sábado para decirme que la gata no estaba bien y que había dejado de comer y de beber. El domingo por la mañana sufrió dos accidentes cerebrovasculares seguidos; tenía tantas convulsiones que parecía desmayarse cada vez y a Jason hasta le daba la impresión de que estaba muerta. Sin embargo, el corazón de Maya seguía latiendo y recuperaba el conocimiento. Su guardián quería que pudiese partir en paz, sin tener que volver a la clínica ni pasar por la inyección de la eutanasia. Le pregunté a todos los miembros de la familia si estaban preparados, sobre todo a Amanda, ya que iba a llamar a los Médicos del Cielo para ayudar a Maya en su transición. Jason me dijo que daba la impresión de que la gata lo hubiese planificado todo y esperado a un domingo de vacaciones para que estuviesen todos juntos.

La tarde que siguió al fallecimiento de Maya lloré con Jason y Tiffany.

Resultaba muy difícil aceptar su ausencia. Tiffany, consciente de que Maya había asimilado los problemas que había en su casa, se sentía culpable a pesar de mis explicaciones. Me dijo: «¡Todavía la necesitamos! Ahora no estamos mejor». El mayor deseo de los animales cuando parten es que nos sintamos bien, que seamos felices. Yo le había cogido cariño a Maya después de pasar tantos meses realizando sanaciones a su cuerpo físico. Aquella tarde estuve haciéndome preguntas sobre la naturaleza de la existencia. Cuando me fui a acostar por la noche traté con todas mis fuerzas de encontrar la razón de nuestra existencia, pensando que quizá tuviese que conseguir algo, algo que me faltaba…

Esa noche soñé que una grulla blanca de pico ligeramente anaranjado y ojos amarillos y penetrantes venía a posarse a mi lado. Sus plumas, diáfanas, brillantes y de un blanco inmaculado, despedían una fragancia que yo no lograba identificar, un fresco aroma a mar y flores celestiales.

Hizo un ligero movimiento de cabeza con el que me invitaba sutilmente a subir en su lomo y una vez estuve allí instalada me elevó hasta los cielos, muy alto, con la brisa fresca agitándome el pelo. Sobrevolamos desiertos,

islas exóticas y ciudades cubiertas de nieve. Desde aquella altura todo parecía mágico, y me di cuenta de que todas las emociones y preocupaciones que había tenido en relación con la vida, la muerte y el futuro habían perdido su peso. No existía nada más que el momento presente, el viento fresco en el pelo y el fuerte y robusto lomo de aquel pájaro bajo mi cuerpo; nada más que el poderoso batir de sus alas mientras atravesaba las nubes. Entonces comprendí hasta qué punto carecía de importancia todo lo que no fuera aquel momento que se repetía hasta el infinito. Todo lo demás parecía pura ilusión.

Sentí que atravesaba las barreras del tiempo: mis nociones de pasado, presente y futuro habían desaparecido. Lo único que quedaba eran variantes del «ahora» que danzaban en una espiral infinita. El desarrollo de mi espíritu había quedado suspendido y mis habituales y abundantes pensamientos habían quedado reducidos a Uno que estaba estrechamente ligado al vuelo de la grulla. ¡Era libre al fin!

Al centrar mi atención en el batir de las alas me perdí en el murmullo de las plumas y perdí la noción de mi identidad. Ya no era Laila, no era nadie de hecho: me limitaba a existir, no era más que una

conciencia unida al espacio. Aquello, aquel estado libre de pensamientos, la yo unida al Todo y la Unicidad eran el sentido de todo, la única Felicidad, el éxtasis.

Todos los días trato de recuperar aquella sensación, de buscarla en mi vida y de desarrollarla.

Si llegáis a avistar la grulla blanca, ya sea en una visión o en un sueño,

quizá os lleve a visitar el estanque celeste de las Islas de los

Bienaventurados sobre su lomo. ¿Y si estas islas no estuviesen en los

cielos a lo lejos sino errando en lo más profundo de nuestro interior?

Un mes después volví a hablar con Tiffany y Jason y les pregunté si habían visto por su casa algún objeto que no estuviese donde debía. A Tiffany le había parecido oír a Maya lamiéndose. Me dijeron que todas las tardes ponían un cacahuete y un bolígrafo sobre la mesa con la esperanza de que Maya les diese señales de vida, ya que cuando estaba viva le gustaba jugar con aquel bolígrafo y tirarlo al suelo. Recibí el mensaje de que Maya movería aquel bolígrafo para que sus guardianes estuviesen contentos y para que supieran que seguía presente, solo que en el otro Lado. Unas semanas más tarde, para gran alegría de todos, el bolígrafo que habían puesto sobre la mesa se movió durante la noche.

Aquella maravillosa y cariñosa familia había recibido una señal de Arriba, y bien que se lo merecían.

Una noche, un tiempo después del fallecimiento de su querido perro **Patch**, Noémie se encontraba acostada y arropada en la cama sin lograr quedarse dormida. En un momento dado sintió varios escalofríos por la espalda y tuvo una visión: vio a Patch tumbado sobre un costado, igual que cuando se ponía al sol. Estaba rodeado por una luz blanquecina y en compañía de una persona adulta completamente blanca que estaba detrás de él y a la que el perro estaba mirando. También estaba por allí, cerca de él, una perra de

corta edad que bailaba alegremente y que tenía un curioso parecido con Flamme, a la que Noémie tenía pensado ir a buscar aquel mismo sábado.

Flamme era la perrita que Noémie y su marido planeaban adoptar.

Aquella visión era un mensaje de Patch desde el Más Allá para hacerles saber que estaba vivo y bien, que ya no sufría y que se encontraba en la luz. La visión también les permitió saber que la perra que iban a adoptar venía del mismo grupo de almas que él y que todas ellas estaban de acuerdo con la adopción.

Patch les mostró también que estaba en compañía de otros espíritus, que no estaba solo. Gracias a la visión Noémie comprendió que su perro no estaba lejos; era simplemente que con su conciencia normal limitada a la realidad física no podía percibirlo.

En las creencias hawaianas la palabra *akaku* designa una visión que tenemos mientras estamos despiertos. Esta visión se transmite gracias al poder divino del *Aumakua* o espíritu guardián. Pienso que después de morir Patch se convirtió en el *Aumakua* de Noémie durante un tiempo y le transmitió su mensaje de amor eterno por medio de aquella visión, el *akaku*.

Los mensajes también pueden transmitirse mediante un sueño, el *moe'uhane* o sueño del alma. Los sueños pertenecen al ámbito espiritual.

Las revelaciones se transmiten durante la noche, cuando el espíritu del soñador abandona su cuerpo. En vez de dormir, los espíritus de los durmientes vagan durante la noche y viven grandes aventuras durante sus sueños. El espíritu parte del *Lua'uhane* (abismo del espíritu) para viajar a diversos lugares, vivir múltiples experiencias en otras dimensiones y conocer personas, animales y espíritus. Las experiencias vividas en sueños afectan luego a sus vidas.

El espíritu de un animal vivo también es capaz de viajar a otras

dimensiones: incluso puede visitarnos si desea vernos o hacernos

llegar

un mensaje.

En una ocasión asistí a distancia a una gata blanca llamada **Karuna** a la que le quedaba poco tiempo de vida debido a un cáncer. Había sufrido cáncer tras cáncer en las mamas y pasado por varias operaciones, pero hasta entonces siempre había cicatrizado correctamente y se había recuperado bien. Por desgracia, en aquella ocasión se encontraba muy débil debido a todas las veces que habían tenido que ponerle anestesia y volver a coserla: su vientre estaba demasiado maltratado por las cicatrices. Grâce, su guardiana, no quería que lo pasase mal ni que sufriera tratamientos innecesarios; esta vez todos sabíamos que partiría muy pronto. Karuna tan solo estaba esperando a que Grâce estuviese preparada, y para demostrarle que ella no lo estaba del todo bajaba por las escaleras, comía, ronroneaba y se mostraba muy cariñosa a pesar de lo increíblemente débil que estaba su cuerpo. El veterinario estaba de acuerdo con no practicarle la eutanasia; él también quería esperar, porque veía lo mucho que la gata estaba luchando por vivir un poco más. No comprendía cómo había podido aguantar tanto tiempo en la condición física en la que se encontraba. Es increíble hasta qué punto puede el espíritu sobreponerse a la debilidad del cuerpo: los animales nos enseñan

lecciones de vida todos los días. Lo que mantenía a Karuna con vida era el inmenso cariño que le tenía a su guardiana. Grâce era una bella mujer de origen indio; sus ojos dorados, como los de los gatos, destilaban bondad; irradiaba un refinamiento y una gracia excepcionales; ¡hacía honor a su nombre! La quise desde el mismo día en que la conocí. Sin embargo, desgraciadamente también Grâce había tenido cáncer de mama, y poco después de que se lo diagnosticasen había detectado el primer bulto en las mamas de Karuna. Grâce había demostrado su valor y la fortaleza de su espíritu a lo largo de su enfermedad. Sentía que por medio de sus numerosos cánceres Karuna quería hacerle comprender algo y deseaba saber qué era, pero se trataba de una carrera contra reloj. Grâce se había curado, y ahora Karuna quería asegurarse de que pudiese continuar su camino a solas. La generosidad extraordinaria que demostró la gata a pesar del deterioro de su cuerpo físico me llegó a lo más profundo del corazón.

Grâce fue abandonada tras su nacimiento en la India, y a los cinco años la adoptaron y llevaron a Europa. A su gata también la habían abandonado: alguien la dejó junto a sus hermanos y hermanas dentro de una caja de cartón en un picadero. Pienso que Karuna no quería

abandonar a Grâce por nada del mundo: deseaba estar a su lado hasta su último aliento. Decidí empezar a realizarle sanaciones a distancia para ayudarla a cumplir sus deseos.

Una tarde Karuna apareció de repente en la sala de sanaciones de mi casa de California. La vi tan claramente como si su cuerpo físico de verdad estuviera allí: estaba sentada en mi mesa, ronroneando y con aspecto tranquilo. No obstante, su piel irradiaba un extraordinario resplandor puro y blanco, y parecía estar flotando sobre una nubecita mullida y radiante. También pude percibir un ligero aroma a flores:

¡resultaba realmente mágico! Me di cuenta de que era el espíritu de Karuna, que había atravesado tanto los continentes como el éter para comunicarme que iba a partir. Emocionada y conmovida, disfruté de su delicada presencia; pasamos un rato en silencio, nuestros espíritus conectados, y luego se marchó tan furtivamente como había venido.

Esto fue lo que me dijo Grâce antes de la partida de Karuna:

«Encendí una vela sobre la mesilla de noche, coloqué fotos suyas y puse salvia a quemar…

Le di las gracias una vez más por todo lo que había hecho por mí, por el sufrimiento que había asimilado, por todo lo que yo no hubiera visto o hecho. Le dije que lo sentía, que la quería, que siempre la llevaré en el

corazón… que ya era hora de que volviese a la Luz, que no debía tener miedo, que Laila y Great Spirit estaban ahí para ayudarla».

Al día siguiente, Grâce me dijo que Karuna había partido. La partida tuvo lugar unas diez horas después de que su espíritu me visitase. Su guardiana me dijo: «Karuna estaba preciosa y tranquila. Te agradezco que me hayas brindado la oportunidad de vivir esos últimos instantes tan intensos a su lado: si le hubiesen puesto la inyección no habría podido hacerlo.

Aunque ha sido muy difícil no me arrepiento de nada.

He tenido la suerte de poder vivir esos momentos tan difíciles mientras ella todavía estaba aquí. Poder pedirle perdón a nuestro animal y decirle que le queremos mientras aún está ahí mirándonos y oyéndonos es una suerte inmensa, y además deja una gran paz, serenidad y felicidad. Con la inyección, no es posible; la inyección nos hace enfrentarnos a solas a la tristeza que nos causa todo lo que no pudimos decirles».

En sánscrito*, Karuna *significa «compasión»: el deseo de liberar a

todos los seres del sufrimiento. El significado original de la palabra era

«tristeza». La tristeza es para aquellos que no logran ver más allá de las

ilusiones de sufrimiento e ignorancia creadas por Maya, y nos permite

experimentar el grado más alto de* Karuna *: la compasión.

En las leyendas hawaianas se cuenta también que durante el sueño los durmientes se comunican con los *Aumakuas*, sus guardianes ancestrales.

Los sueños les permiten mantener esta importante relación con sus espíritus guardianes mientras aún siguen vivos, y los mensajes que reciben desde Arriba les sirven de guía en su vida cotidiana.

Abigail dormía con la toalla del gatito **Fairy**, e incluso había prendido el juguete del gato a su jersey con un alfiler. Fairy, un gatito de siete meses, ya no pertenecía a este mundo.

«Anoche le vi en sueños y se encontraba bien. Yo estaba en la cama y me levanté precipitadamente para cogerlo en brazos, abrazarlo, acariciarlo, besarlo. Podía sentir su pelaje y todo parecía muy real; él, sin embargo se resistía un poco, como si quisiera decirme: '¡Para, vale ya, ya está bien!'».

Abigail notaba su corazón latir con fuerza, como si supiera que la aparición de Fairy no duraría mucho tiempo.

Continuó hablando: «Le supliqué que me dijera lo que había pasado».

Me explicó que no paraba de llorar y que por la noche se despertaba gritando de terror. Quería saber cuál podía ser la razón de todo aquello:

¿le guardaba rencor el gatito? ¿Comprendía lo que había pasado?

Una amiga le había dejado a Fairy en pupilaje, pero Abigail había terminado por quedárselo más tiempo de lo esperado. Como el gatito había tenido diarrea desde el primer momento ella le había dado vermífugos y medicinas y una semana más tarde lo había llevado al veterinario de la SPA, que le dijo que volviese a recogerlo dos días después. Sin embargo, posteriormente el veterinario la llamó por teléfono para decirle que Fairy ya no estaba allí: había soltado un alarido y muerto después. De acuerdo con el diagnóstico la causa de la muerte había sido el sida felino, y el grito podría haberse debido a una malformación del corazón. La brutal partida de Fairy dejó conmocionada a Abigail.

Además, el día que lo había llevado al veterinario no parecía estar tan mal…

«Estaba durmiendo tranquilamente al sol; yo le cogí, le puse en una jaula… ¡y nunca más volví a verle! Ha sido culpa mía, él era lo mejor que me había pasado nunca».

Cuando conecté mi espíritu al de Fairy se me apareció muy luminoso y dando brincos de aquí para allá. No estaba previsto que se quedase mucho tiempo; había venido a traer alegría y entusiasmo a la vida de Abigail, que hasta entonces había sido gris y llena de dificultades. Su guardiana siempre tenía problemas y estaba convencida de que la mala suerte la perseguía. Aquel sueño tan real que había tenido en realidad había sido una visitilla de Fairy, que quería enseñarle a tranquilizarse buscando la alegría dentro de sí misma, a encontrar la felicidad sin él. La razón de que Abigail se despertase gritando de terror era su propio miedo: el miedo a que él hubiese partido sufriendo, a que le guardase rencor, a su propia soledad, a una vida sin amor. Sin embargo, los animales no nos guardan rencor y no nos juzgan. Es posible que el pequeño Fairy fuese el resplandeciente *Aumakua* de Abigail, que vino a visitarla por la noche para asegurarse de que estuviera bien. A Abigail le habría gustado atraparlo, pero los *Aumakuas* no se pueden atrapar.

Los Aumakuas viven en su propia dimensión, donde los cielos son de color oro y azul intenso, y nos permiten respirar el bálsamo de su espíritu en sueños.

¿Cómo podemos saber cuándo estamos soñando y cuándo estamos despiertos? ¿Cómo discernir si lo que percibimos es real o tan solo una ilusión? La «yo» que aparece en mis sueños encarnando distintos personajes, ¿es la misma «yo» de cuando estoy despierta o no? El animal que aparece en mi sueño, ¿de verdad es el mío o es uno diferente? ¿Es mi sueño el que estoy viviendo o es que estoy apareciendo en el sueño del animal? ¿Cómo puedo saber que de verdad estoy despierta cuando siento que me despierto? ¿Me despierto en mi realidad o en otro nivel de sueño?

Si sueño con mi animal eso quiere decir que no está muerto: sigue existiendo, solo que con forma de conciencia en Otro lugar que yo no puedo percibir en mi realidad física. Mediante mis sueños puedo acceder a este Otro lugar.

Poco después del fallecimiento de **Chispa,** nuestra gata de pelaje atigrado, mi hijo tuvo un sueño que os contaré a continuación. Los dos estaban muy unidos y la gata incluso se pasó años durmiendo en su cama a pesar de que no toleraba demasiado bien ni a los otros animales ni a los seres humanos de la familia. Fue a mi hijo a quien escogió como guardián y amigo. Luego estaba yo, *the next best* (la mejor después de él), pero Chispa solo venía a mí si su guardián no estaba, y con los otros miembros de la familia no se relacionaba en absoluto. Chispa nació en un refugió: cuando llegó a nuestra vida solo tenía meses de edad, y mi hijo cinco años. Cuando a los diecisiete él se marchó de Los Ángeles para cursar sus estudios de música, la gata se quedó en casa de su padre. Sin embargo, le costó mucho recuperarse de la marcha de su guardián, y su salud se deterioró. Tres años más tarde mi hijo volvió a la casa paterna para estudiar con un gran maestro de música y trabajar en la orquesta sinfónica juvenil de la ciudad. Pienso que Chispa le estaba esperando, que llevaba esperándole desde el principio: cuando él llegó volvió a vivir en su habitación y a dormir en su cama, y casi siempre estaba a su lado. Su salud volvió a deteriorarse y además pareció perder la cordura: se olvidaba de que acababa de comer y en cuanto terminaba volvía a pedir.

Estaba muy debilitada, y la última vez que la vi me temí que no le quedaba mucho tiempo. Creo que solo seguía allí para estar con mi

hijo.

Chispa desapareció en una época en la que mi hijo llevaba ya un tiempo fuera de Los Ángeles: su padre le dijo que llevaba unos días desaparecida y que no la encontraba a pesar de que la gata no solía salir de la casa y mucho menos de la habitación de mi hijo. Cuando él volvió fue a buscarla al jardín, y allí encontró su cuerpo sin vida y ya descompuesto. Se sintió muy triste y culpable; se reprochaba a sí mismo haberla dejado morir sola, sin nadie a su lado, y también haberse

enfadado con ella unos días antes porque maullaba muy alto y no paraba de querer entrar y salir de la casa.

Este es el sueño que me describió:

«Estaba en casa hablando por teléfono y cuando miré hacia fuera vi a Chispa, que me estaba dejando una piña de regalo frente a la puerta de entrada. Parecía completamente sana y más grande y gorda, como si fuese un macho. Estaba tranquila, al contrario que antes de su muerte. Me sorprendió mucho verla con vida y buena salud porque en la vida real había visto su cuerpo descompuesto unos días antes; no obstante, pensé que en realidad estaría viva y que se habría marchado a descansar, coger peso y curarse con la idea de volver después. Pasé un rato con ella.

También estaban Sueño* y Light*, que estaba un poco celosa de toda la atención que yo le prestaba a Chispa. Luego hablaba contigo y te decía que no me podía creer que estuviese viva: te describía cómo la había visto cuando pensaba que estaba muerta. Era todo muy real, pero no hubo desenlace alguno: me fui espabilando y cuando desperté me di cuenta de que no había sido más que un sueño. Me eché a llorar y le di las gracias a Chispa con todo mi corazón: le dije que la quería. Ahora estoy muy contento de saber que está bien, que me quiere y me perdona».

¿Cómo sabemos cuándo estamos dormidos y cuándo estamos

despiertos?

“Siempre estamos conectados a

vosotros, somos inmortales”

«La muerte no es apagar la luz; es apagar la lámpara porque ha

llegado el amanecer».

Rabindranath Tagore

C**onsidero** que los demás animales de nuestra familia pueden percibir claramente la presencia de los espíritus de los que han partido. Ellos no sufren la misma confusión que nosotros en lo que se refiere a la muerte y la inmortalidad, y aunque no piensan en términos de mortalidad e inmortalidad creo que comprenden perfectamente que cruzan a otra dimensión. Cuando el espíritu de un animal fallecido aparece en un entorno familiar en el que hay animales vivos, la reacción de estos últimos no es necesariamente de sorpresa: cuando le ven saben que ya no está en su dimensión física y pueden conectarse a él. Pienso que los animales saben cómo comunicarse con los espíritus de los animales difuntos que formaron parte de sus vidas y también diría que cuando se trata de animales que estuvieron muy unidos, el espíritu del que falleció se queda próximo al del animal vivo que queda en la tierra para hacerle compañía y consolarle. A los humanos les cuesta más percibir la presencia de los espíritus y comprender sus mensajes; como no creen demasiado en todo ello sus dudas y resistencia forman una barrera.

También influyen las nociones sobre lo que hay después de la muerte

inculcadas por las religiones y sus dogmas.

Si los animales quieren transmitirle mensajes a su guardián utilizarán

todo lo que esté a su disposición para hacerlo: señales, símbolos,

mensajes en el interior de un libro o visiones espontáneas.

En cierta ocasión estaba llevando a cabo una comunicación con dos gatos que vivían en un apartamento de Nueva York con Rebecca cuando de repente vi un perro que parecía un labrador muy blanco. Estaba lleno de vida y daba saltos en todas direcciones: irradiaba gran alegría y entusiasmo. La visión del perro me pilló completamente por sorpresa, porque estaba ocupada intentando explicarle a los dos gatos que tenían que dejar dormir a su guardiana en lugar de despertarla varias veces durante la noche. Como la presencia del perro era cada vez más insistente tuve que preguntarle a Rebecca si sabía quién era. Ella reconoció enseguida a **Spruce**, el perro que había tenido cuando era pequeña.

Estaba claro que su perro quería demostrarle que seguía vivo y que velaba por ella. Rebecca me dijo que Spruce había sido la clase de perro que le gusta a todo el mundo, incluso a la gente a la que no le gustan los perros.

La guardiana me contó lo siguiente: «Nunca pude despedirme de él. Yo tenía dieciocho años entonces y para poder seguir estudiando tenía que irme de casa. En aquella época todo era muy duro y me habría gustado tener a Spruce conmigo. Le diagnosticaron un tumor en los pulmones y al final se decidió no operarle. El día antes de marcharme fuimos los dos juntos a correr al bosque. Al día siguiente me tuve que ir y dos días después le durmieron. Spruce sabía que no volvería a verme».

Es posible que si no forman parte de la misma familia espiritual

algunos espíritus no tengan necesidad de reencontrarse en el Más Allá.

Solo se reencuentran si precisan ayudar a un familiar que se haya

quedado en la tierra o transmitirle algún mensaje.

Un día, por petición de Jennifer, conecté mi espíritu al de **Yarrow**, un gran pastor alemán que había muerto de un tumor en el bazo a los ocho años. Aunque las puertas de la casa de su guardiana no hacían ruido normalmente, Jennifer oyó que una de ellas chirriaba una tarde, y pensó en el perro inmediatamente. Además, en aquel mismo momento su gata Pixie subió corriendo la escaleras y se quedó mirando fijamente al techo, como si pudiese ver algo allí. Con todo, Yarrow había muerto hacía ya mucho tiempo. Había sufrido mucho por su enfermedad antes de partir, pero aún así se me apareció muy feliz, corriendo y jugando a la pelota con un hombre. Los dos estaban en un jardín; el hombre, que me dio la impresión de ser un familiar de Jennifer, llevaba una gorra azul, pantalones de trabajo y tirantes. Ella se quedó sorprendida, porque la descripción encajaba perfectamente con la de su padre, que había fallecido de muerte natural a los noventa y ocho años y que solía trabajar en su jardín a menudo con gorra, pantalones de trabajo y tirantes. Sin embargo, en vida su padre nunca había jugado mucho a la pelota con Yarrow, porque ya estaba muy débil. El que sí que solía jugar con el perro era el marido de Jennifer, que ya había fallecido. Yo le dije que a su marido no le veía, pero eso no quiere decir que no estuviese con Yarrow, tan solo que no me habían permitido verle. El que estaba ahí era su padre, que quería transmitirle a su hija un mensaje que ella no se esperaba en absoluto: en poco tiempo su vida iría a mejor, los obstáculos que estaba intentando superar desaparecerían y podría mudarse al fin. Tanto él como Yarrow la protegían. También me habló de un pequeño árbol frutal que había plantado para Jennifer en su jardín unos años antes. Ella me confirmó que tenía un ciruelo que le habían regalado justo en aquellas circunstancias. Este tipo de detalles me los transmiten para que las personas estén seguras de que el espíritu con el que se están comunicando se trata realmente de su ser querido fallecido; también les permiten saber con certeza que la conciencia de su ser querido continúa existiendo y que siempre estamos conectados aunque no nos podamos ver.

En otra ocasión establecí una conexión cuando Claire me llamó para

hablarme de su conejita blanca y negra, **Sweet Pea**. Poco después de llevarla al veterinario le habían dicho que su pequeña Sweet Pea había partido. Aunque le habían informado de la posibilidad de que la operación le provocase una conmoción a la conejita, la última vez que Claire la había visto parecía estar bien; la guardiana estaba hundida y sospechaba que el veterinario le había practicado la eutanasia a Sweet Pea sin decirle nada. «Ni siquiera he podido decirle adiós, ¡me la ha arrebatado!». Sweet Pea había sido un regalo lleno de amor, un rayito de alegría en su vida. Claire era una bella mujer que había vivido una infancia muy difícil y una vida adulta triste y solitaria. Cuando me conecté con el espíritu de Sweet Pea también me dio la impresión que su partida había sido demasiado abrupta y precipitada. Ya lo decía Claire:

«¡Hay algo que no cuadra!». Sweet Pea parecía sorprendida, como aturdida: no sabía muy bien dónde se encontraba. Su estado no era el de un animal que ha tenido una muerte tranquila y esperada. Me mostró a una mujer de cabello cobrizo que hablaba con acento, parecía sentir un cariño casi maternal por Claire y se compadecía de su suerte. Era ella quien había enviado a Sweet Pea a la vida de Claire porque esta estaba demasiado triste. La guardiana me dijo que la descripción de aquella mujer encajaba con la de la madre italiana de una de sus amigas, que había fallecido mucho tiempo atrás. La madre de su amiga siempre la había protegido y Claire pensaba en ella con frecuencia. En el pasado, cuando Claire era niña, aquella mujer tenía el pelo cobrizo y a menudo le acariciaba la mejilla diciendo: «¡Pobrecita, pobrecita mía!». La mujer quería que Claire supiera que no estaba sola sino protegida, y que volvería a ser feliz.

Todos los seres a los que queremos y que nos quieren están unidos

Arriba, formando un gran Círculo de una unidad prodigiosa. Todos

formamos parte de este gran Círculo, que está a nuestro alrededor y en

nuestro interior: no estamos solos. Los seres humanos se olvidan de

esto cuando vienen a la tierra y se sienten solos frente a la adversidad,

la pena, el sufrimiento y la soledad, pero siempre hay pequeños

espíritus de Luz que acuden a ellos con distintas formas. Entran en

vuestra vida un día cualquiera como por arte de magia para refrescaros

la memoria y en cuanto lo consiguen se marchan tan rápido como

llegaron. Apenas tenéis tiempo de daros cuenta, pero os dejan una

marca indeleble y brillante en el corazón.

En cierta ocasión vi durante un seminario a un precioso gato de pelaje sedoso, blanco y luminoso que estaba sentado a los pies de un hombre.

No daba crédito a mis ojos: ¡tenía que ser una aparición! No existen gatos tan bonitos y blancos. No obstante, le pregunté al hombre si por casualidad había tenido alguna vez un gato blanco. Él asintió y me dijo que su gato había sido un golden silver, una raza conocida por su pelaje largo y sedoso.

Unas horas más tarde aquel hombre, que se llamaba Michael, vino a hablar conmigo. Llamaban la atención sus ojos, azules como las aguas de un lago en calma. Se trataba de una persona fuera de lo común y percibí que era un hombre de fe, de oraciones.

Me explicó que el animal blanco que yo había visto había fallecido: él mismo había atropellado a su pobre gato mientras daba marcha atrás en un remolque, y su pena y culpabilidad habían sido terribles. Un día, varios años más tarde, entró en su vida un gato de pelaje atigrado rebosante de alegría y cariño que tanto él como su hijo habían querido muchísimo, pero que había sido atropellado por un coche. Luego, el hijo de Michael se había puesto enfermo y él se había pasado años rezando.

Finalmente su hijo se curó. Aunque le resultaba difícil recuperarse de la pérdida de sus gatos, sus muertes le habían abierto una puerta que de otra manera siempre habría estado cerrada para él: Michael había cambiado su vida y se había convertido en un hombre guiado por la fe. Creía posible que sus dos gatos compartiesen una misma alma. Lo cierto es que eso nadie podrá saberlo nunca, pero lo que está claro es que aquel precioso gato blanco era un alma bondadosa que seguía y guiaba a aquel hombre.

Michael me confesó que si yo no hubiese visto al gato a su lado jamás se habría atrevido a hablar conmigo. Tenía problemas de salud y deseaba que los Médicos del Cielo le prestasen su ayuda. Pienso que el precioso gato blanco de pelo centelleante que se me apareció aquel día era un auténtico *Aumakua*.

Los espíritus de Arriba saben lo que se hacen y organizan las circunstancias y los acontecimientos de forma muy hermosa. Se nos aparecen para mostrarnos que son inmortales y que Allí hay mucho Amor.

Lo que aprendemos

«Cuando un árbol se tala, de sus raíces vuelve a brotar un árbol nuevo.

Sin embargo, ¿de qué raíz puede volver a brotar el hombre tras haber sido segado por la muerte?

No digáis 'de su semilla', porque tan solo los hombres vivos la

producen. El árbol también crece a partir de una semilla, pero tras la

muerte siempre vuelve a brotar.

Un árbol que haya sido arrancado de raíz no volverá a brotar. ¿De qué

raíz puede volver a brotar el hombre tras haber sido segado por la

muerte?

Si pensáis que a lo largo de su existencia el hombre solo nace una vez,

yo os digo que estáis equivocados: siempre volverá a nacer. Sin

embargo, ¿quién hará esto posible?

Será Brahman*, Comprensión absoluta y Felicidad, objetivo definitivo

de quien ha renunciado a todos sus bienes y riquezas y de quien le

conoce y mora en Él».

Brihad araniaka upanishád, III, 9, 27

H**ope** era un bonito gato de pelaje atigrado blanco y rojizo y dos años de edad. Su guardiana Ashley lo llevó al veterinario después de que sufriese convulsiones y en la clínica le practicaron la eutanasia por miedo a que no pasase de aquella noche. Ashley quería saber si había hecho bien. ¿Por qué había partido tan joven? ¿Por qué nunca había sido cariñoso? No la dejaba cogerle en brazos…

Al conectarme con el espíritu de Hope le vi sereno y en paz: ya no parecía tener ningún problema físico. Me explicó que había tenido una malformación congénita que le impedía asimilar la comida, que era lo que había dicho el veterinario. Le hubiera gustado partir un poco más tarde.

La decisión de practicarle la eutanasia se había tomado demasiado pronto, no había estado preparado del todo: le habría gustado quedarse un poco más y terminar su vida correctamente al lado de Ashley. Ella, que no quería verle sufrir, había sido presa del pánico y había acudido precipitadamente a la consulta del veterinario para que

le practicasen la eutanasia. A pesar de todo, Hope no la juzgaba. Es algo que siempre me sorprende mucho de los animales: no nos juzgan para nada, en ningún caso, ni siquiera cuando no actuamos correctamente. El gato incluso le pedía a Ashley que no se sintiera culpable. Cuando establezco una conexión con un animal fallecido a veces también recibo información desde Arriba. Esta información no tiene por qué venir necesariamente del espíritu del animal, puede venir de un grupo de espíritus o seres de Luz que se encuentren con él en ese momento.

En cualquier caso, lo que me transmitieron esta vez fue que Ashley había tenido una relación difícil con su padre y en consecuencia no se sentía ni apreciada ni querida. Aquella relación había provocado que Ashley fuese demasiado dura consigo misma y que se mostrase excesivamente servicial con los demás con el fin de recibir su aprobación.

Hope tan solo había acudido a su vida por un tiempo. Aunque estaba a su lado, la apoyaba y la protegía, si no le había dado ninguna muestra de cariño, había sido para que ella pudiese comprender el amor incondicional, el que se da sin esperar nada a cambio. Cuando Ashley llegó por fin a comprender que podía querer a Hope simplemente por ser quien era, sin esperar nada por su parte, sin pedirle una evaluación, él estuvo preparado para emprender su gran y bello viaje hacia las grandes llanuras eternas del Más Allá.

Jack había perdido a **Rambo**, su gato de siete años.

No me explicó nada; lo único que me dijo fue: «Ha partido de forma misteriosa». Jack había sido profesor de universidad y acababa de jubilarse; aquella nueva etapa de su vida le angustiaba tanto que cayó enfermo. Se hacía muchas preguntas sobre la vida y la muerte y tenía miedo de que después de esta última no hubiese nada más. No lograba superar la pérdida de su gato, al que había querido muchísimo. Me contó que Rambo le había tenido especial cariño a su padre, fallecido dos años atrás, y que un día había demostrado ese afecto de una forma concreta, pero no me dijo cómo porque quería ver si yo podía percibirlo. También

me confesó que no creía en la vida después de la muerte; tenía sus dudas y un espíritu muy cartesiano. Cuando conecté mi espíritu al de Rambo, el gato me dijo que estaba bien, que había estado preparado para partir y que prefería una muerte repentina como la que había tenido a sufrir una larga enfermedad. Me mostró una casa con un jardín delantero y a una persona de edad avanzada que le había

abierto la puerta en plena noche para que saliese; explicó que un coche le había golpeado un poco más lejos.

Después me permitió ver que a su lado había otro gato que Jack había conocido y me habló del cambio en la vida de su guardián, de la ansiedad que le provocaban las nociones de la muerte y el vacío y de una persona con la que había tenido problemas en su departamento de la universidad; explicó la relación que había tenido Jack con aquella persona y lo que debía inferir de todo aquello, y dijo que aunque no podía volver a la vida de su guardián, le apoyaría y velaría por él.

Rambo me permitió ver una imagen de sí mismo jugando con los objetos personales de un hombre: una prenda que parecía una chaqueta y un sombrero color gris oscuro ligeramente aterciopelado o revestido de fieltro. Se divertía jugando con el sombrero como si se tratase de un ser viviente. Me dijo que aquel día que había estado jugando con el sombrero lo que había estado haciendo en realidad era transmitirle a Jack un mensaje de parte de su padre, que quería demostrarle que seguía vivo. La prueba era que Rambo nunca antes había tocado los objetos personales del padre de Jack, que había sido un hombre cariñoso, generoso y amable con el que todos habían tenido una bella complicidad.

Jack me confirmó que así solía ser su padre, que había fallecido de un cáncer doble en los intestinos cuando Rambo tenía tres años. Entonces me reveló el secreto de su misteriosa frase: aquella era la forma concreta en que Rambo había demostrado su afecto por su padre dos años después de su muerte. La señora que se ocupaba de limpiar su casa había llamado a Jack: «¡Señor, venga a ver!». Había sacado el abrigo y el sombrero del padre de Jack del armario y los había puesto sobre la cama. En aquel momento Rambo llegó corriendo, saltó sobre el abrigo y se puso a amasarlo con las patas, maullando insistentemente y levantando el hocico hacia el techo de una forma poco habitual en él. Tanto Jack como la señora se habían quedado anonadados. Tras pensarlo un poco, Jack me dijo que lo descubierto durante la conexión parecía muy posible, ya que efectivamente aquella noche se había quedado a dormir en su casa un sacerdote amigo suyo de setenta y cinco años al que no le gustaban los gatos. Que Jack supiera no se había levantado por la noche, pero era bastante plausible que le hubiera abierto la puerta a Rambo si el gato

había empezado a maullar, y él, que estaba en una habitación más apartada, no habría oído el sonido de la puerta de entrada al abrirse.

Además, aquel amigo suyo se levantaba a menudo por la noche.

También veía factible que a Rambo lo hubiese atropellado un coche, ya que todo el mundo le había buscado por todas partes. El gato nunca se alejaba mucho, y si estuviera vivo habría intentado volver. Finalmente me confirmó que había tenido un problema con un compañero de trabajo.

Tras mi conexión con Rambo, Jack se sentía más tranquilo. Todavía no estaba totalmente convencido de que hubiera vida después de la muerte, pero le habían sorprendido las imágenes y mensajes que Rambo me había transmitido durante la conexión. Me dijo: «No sé, pero parece que hay bastantes posibilidades de que haya vida después de la muerte. Quizá después de todo no nos espere tan solo la Nada».

Orion, el gran gato de ojos verdes y pelaje rojizo de Beatriz, no soportó bien la inyección de la quimioterapia, de modo que tres días más tarde le practicaron la eutanasia debido a la insistencia del veterinario.

Cuando establecí la conexión de espíritu a espíritu con Orion vi un magnífico gato color naranja muy joven, deslumbrante de luz y rebosante de energía. Quería que Beatriz supiese que ya no estaba enfermo, que estaba bien. Este fue su mensaje: «Te quiero. Siempre estaré ahí, junto a ti. Estaré contigo por siempre y notarás mi presencia o mi olor. Jamás te dejaré. Estaré a tu lado eternamente».

Comprendí que Orion era el único con quien Beatriz se sentía feliz y protegida. Aunque tenía un marido atento que le daba todo su apoyo, su relación con Orion era tan intensa y grandiosa que todo lo demás palidecía en comparación. Es probable que el gato tuviese una «misión»

que cumplir para Beatriz. El día que le practicaron la eutanasia su guardiana era consciente de que ya no aguantaba más, de que la situación era muy grave. El gato solía estar siempre a sus pies, como un perro, y venía siempre que le llamaba; también tenía la costumbre de sentarse cada día entre la espalda de Beatriz y el respaldo de su silla. Aquel día se había arrastrado por el suelo hasta llegar al pijama de Beatriz y ya no se movió de allí encima hasta que el marido de ella lo cogió para llevarlo a la clínica. Una vez allí el veterinario les dijo: «Está dormido, no le despertéis; vamos a practicarle la eutanasia». Beatriz se había desmayado súbitamente en la clínica la semana anterior: el miedo a que le arrebatasen a su querido Orion era tan intenso que ni siquiera había logrado mantenerse consciente. Al perder el conocimiento dejó caer al suelo al gato, al que tenía en brazos; este se había puesto loco de ira y empezado a escupir como si

quisiera proteger a su guardiana de un peligro inminente.

Ya de vuelta en casa Beatriz había pensado: «¡Más vale morir que sufrir así!». Una semana más tarde allí estaba de nuevo, en la consulta del veterinario en compañía de su marido y con el cuerpo dormido de Orion en sus brazos. El veterinario le puso la inyección: el gato dio un pequeño respingo y luego pareció calmarse. En aquel instante Beatriz sintió una inimaginable sensación de bienestar, como si algo entrase en su cuerpo, una sensación extraordinaria que no la ha abandonado desde entonces. Le basta con pensar en Orion para volver a sentirla; incluso duerme con su cojín, porque su contacto siempre consigue calmarla. Se siente feliz.

Beatriz solía tener un pelo precioso de color rojizo, como el pelaje de su gato, y aunque desde su fallecimiento se le ha puesto blanco ahora se toma las cosas con calma, se ha vuelto más tranquila. Me dijo: «Ha tenido que morir para que yo me tranquilizase…». Es cierto que antes era hiperactiva y siempre se sentía impaciente, pero Orion siempre estaba a su lado de todas maneras; si Beatriz se iba a hacer gimnasia, él se quedaba esperándola. Pasaba todo el tiempo a su lado: Beatriz y Orion no soportaban estar separados el uno del otro. En cierta ocasión en la que tuvieron que operar a Beatriz, Orion se puso enfermo y tuvo que quedarse en la clínica toda la noche, sin la compañía de ella. Su ansiedad fue tal que trató de destruir los barrotes de la jaula con los dientes para salir y acabó por torcerse la mandíbula. Cuando el marido de Beatriz fue a buscarle y le vio en aquel estado rompió a llorar a lágrima viva. Lloraba por la mandíbula herida del gato y porque veía el alcance de su amor por Beatriz. Era aquel gato de pelo rojo quien le daba paz y seguridad a su mujer: él nunca podría estar a su altura.

Hoy en día Beatriz percibe la presencia de Orion a su lado constantemente. A veces siente cierta serenidad mientras trabaja, una especie de calma; otras veces tiene un *flash* y ve la figura de su gato.

Cuando esto pasa le dice: «¿Me has dado una señal, no, Orion?».

Esto es lo que Beatriz me dijo: «Antes siempre estaba deseando volver a casa para verle. Ahora está a mi lado vaya donde vaya».

La muerte no existe si nuestro ser querido continúa viviendo en nuestro

corazón. Siempre está a nuestro lado, sin importar dónde estemos.

Nuestro corazón es nuestro hogar. Cuando morimos volvemos al hogar,

al Corazón.

¿Vuelven los animales?

«No ha habido ningún momento en el que tú, yo o estos reyes no

existiéramos, y tampoco dejaremos de existir en el futuro. El alma pasa

a un cuerpo distinto al morir, del mismo modo que cuando está

encarnada en el cuerpo pasa continuamente de la infancia a la

juventud y de ahí a la vejez. Ninguna persona sensata consideraría

extraño este cambio».

Bhágavad-guitá, 2, 12-13

E**n** el hinduismo se cree que el cuerpo no es más que un envoltorio y que el interior del alma, inmutable e indestructible, pasa por diferentes vidas en un ciclo de nacimientos y muertes. El final de este ciclo se llama *Mukthi*, que es cuando se produce al fin la fusión con Dios, *Moksha* (la Liberación).

Sandra, una amiga mía, me preguntó si su perra **Pénélope,** su gran amor, iba a volver. Tardó un año en recuperarse de su fallecimiento. Hace poco me envió una fotografía de un cachorro muy parecido a

Pénélope; sin embargo, aunque es cierto que su espíritu era de una naturaleza similar al de la perra, no reconocí su firma del ser. Considero posible que algunos animales puedan volver a nuestras vidas; de hecho, conozco a mucha gente que jura que su nuevo animal es la reencarnación del anterior. Sin embargo, también pienso que existen grupos de espíritus con energías o firmas similares, y cabe la posibilidad de que los animales que

llegan a nuestras vidas sean distintos pero formen parte del mismo grupo de espíritus.

En cierta ocasión le realicé sanaciones a distancia a un joven bóxer llamado **Wind**. Dorothy, su guardiana, era una encantadora mujer de mirada profunda que acababa de descubrir que su perro tenía una enfermedad congénita en los riñones. Mientras le realizaba las sanaciones a Wind recibí un mensaje de Arriba respecto a la enfermedad. Al parecer estaba relacionada con algo muy triste que le había ocurrido a Dorothy en el pasado: una pérdida, una pena tan profunda que nunca había podido superarla. Le pregunté por esto a la guardiana y ella me contó que cuando solo tenía quince años su padre había atropellado y matado a su primer bóxer, una hembra llamada Trance. «¡Lo hizo adrede!». Su padre había atropellado a la perra a propósito tras una fuerte pelea con el hermano de Dorothy. Ella se había quedado profundamente trastornada, pero nunca había podido expresar su tristeza porque su madre se lo había impedido.

Wind no se parecía a Trance; su personalidad era diferente, pero creo que es posible que viniera del mismo grupo de espíritus. En cualquier caso, había asimilado aquella gran tristeza y la llevaba en su interior. ¿Habría venido a ella con un problema genético para evitar que Dorothy se pusiese enferma o sería simplemente para traerle alegría? ¿Quizá para ambas cosas? Evidentemente, nadie lo sabrá nunca. El rencor que Dorothy le guardaba a su padre era muy profundo y además lo tenía arraigado en su interior desde hacía mucho tiempo. No lograba deshacerse de él a pesar de que era una persona espiritual y tenía un carácter maravilloso. Según el mensaje de Arriba, descubrir la enfermedad de Wind debía permitirle a Dorothy conceder el perdón y de este modo liberarse a sí misma.

Estoy convencida de que muchas veces los animales llegan a la vida de las personas para ayudarlas a recuperarse de algo que les haya ocurrido en el presente o en el pasado, independientemente de si es de carácter físico o emocional. El simple hecho de aprender a perdonar ya implica una auténtica sanación del alma. Pienso que es el propio espíritu del animal el que decide antes de venir a la tierra lo que

tendrá que hacer aquí; además, cuando vuelve al Más Allá a menudo se lleva consigo parte de nuestras penas y enfermedades. Aunque su muerte nos haga sentir una inmensa tristeza, en nuestro interior notamos que algo ha cambiado, aunque no sepamos exactamente el qué; nuestro corazón cambia, se abre, se vuelve maleable y receptivo. Algunas creencias consideran que el que se encuentra en plena búsqueda espiritual es un guerrero, ya que lucha contra sus propios demonios.

Los animales son «guerreros pacíficos». Su arma secreta, el conjuro mágico que utilizan para enfrentarse a nuestros sufrimientos y guiarnos hacia la paz interior, hacia nuestra Fuente, es el Amor incondicional.

Una leyenda apache cuenta la historia de Wind Dancer, un joven guerrero que a pesar de haber nacido sordo era capaz de conjurar hechizos sin palabras que sanaban y traían el buen tiempo. Se casó con Bright Rain, una hermosa joven a la que salvó del ataque de un lobo. Por desgracia, Wind Dancer murió durante otro rescate, y tras su muerte se instaló en el país un invierno glacial y mortal. El invierno acabó misteriosamente cuando Bright Rain empezó a pasear a solas por el bosque, y los Ancianos de la tribu descubrieron que Wild Dancer había vuelto junto a su esposa con forma de colibrí. Los colores de su plumaje recordaban a los ropajes ceremoniales y a la pintura de guerra que había llevado cuando era un guerrero. Todas las primaveras se acercaba a Bright Rain en los campos y le susurraba mágicos secretos al oído, lo que la colmaba de paz y felicidad.

Anya estaba muy unida a **Beauty**, su gatita color gris azulado. Su vínculo era tan fuerte que la guardiana pensaba que eran almas gemelas.

Me decía: «Nos comprendíamos con tan solo mirarnos a los ojos». La partida de Beauty fue brutal: se le quedó el cuello atascado en una ventana y murió estrangulada. Anya se llevó el peor disgusto de su vida: su tristeza fue tal que acabó por caer en una depresión. Aunque

había compartido su vida con otros animales anteriormente, con ninguno se había sentido como con Beauty. Como no podía soportar la idea de que su pequeña bola de pelo gris ya no estuviera a su lado, comenzó a buscar desesperadamente la reencarnación de su gata en la tierra. Yo le hablé de un perrito de pelaje rojizo y tamaño mediano, como un cocker, que iba a entrar en su vida. No afirmé nada respecto a la reencarnación. Anya se decidió por una raza de perros que le gustaba. Había una camada en la que solo quedaba una perra. La adoptó y la llamó Spice.

Anya deseaba que Spice fuese Beauty con todas sus fuerzas, pero no era así. Su personalidad no era la misma, no se parecían en nada. Anya lo sabía. Me dijo: «Me di cuenta enseguida, desde el primer momento en que la tuve en brazos. Sé que no es ella, no siento lo mismo. Quiero a

Spice, pero no es lo mismo». La tristeza de haber perdido a Beauty se quedó enterrada en el corazón de Anya.

No somos los Dueños del Destino de los demás: a los animales nos los

envían desde Arriba, no somos nosotros quienes decidimos quién vuelve

o no a nuestra vida. Todavía no sabemos qué otros regalos hay previstos

para nosotros, aquellos que todavía no han llegado.

Los grandes amores absolutos son difíciles de volver a encontrar tras la primera vez. El ser humano no comprende ese tipo de amor, un amor que se apodera de nosotros y nos arrastra como un vendaval hacia un torbellino de admiración y sensaciones renovadas

constantemente. Era lo que yo sentía cuando miraba fijamente los ojos como lagos profundos de mi siamés Chulo o estrechaba entre mis brazos a Sueño, mi rey de España. Se trata de algo indescriptible que tan solo conocen aquellos que lo han vivido. No obstante, hay veces que lo que nos envían los espíritus de Arriba es algo distinto: una criaturita inocente, como Spice, que nos aporta destellos de vida y una alegría sin pretensiones para ayudarnos a olvidar un poco nuestros sufrimientos.

Hay amores de todo tipo. Podemos aprender a amar de muchas

maneras.

Love, un gato blanco de gran tamaño y pelaje ligeramente atigrado, es un felino excepcional, singular, mágico. Aunque todos los gatos son maravillosos, resulta evidente que él es distinto de los demás. Lo conocí durante uno de los seminarios que he impartido, y enseguida me di cuenta de que su espíritu era diferente al de los gatos normales: he de admitir que jamás había visto ninguno como él. Durante el seminario se paseaba por el hotel sin perderse a pesar de que no lo conocía, del mismo modo que lo haría un ser humano. Interactuaba con las personas con las que se encontraba por el camino como si tuviese pequeñas conversaciones con ellos y luego continuaba explorando el lugar y los alrededores a sus anchas. En tan solo un fin de semana se convirtió en el favorito de todos los clientes del hotel. Chrystel, su guardiana, cursaba el seminario

tranquilamente y no parecía preocupada por las idas y venidas de su gato: le conocía y confiaba en él. Ella no le llamaba Love, le llamaba «¡mi hombre!». Lo cierto es que el gato se comportaba como un ser humano, y de hecho su guardiana le hablaba como si lo fuera. A mí me parecía, y creo que a Chrystel también, que era el gato macho más guapo del barrio.

Nos gustaba llamarle «el guapo» o «el macho guapo». Con todo, no cabe la menor duda de que tras su físico seductor se esconde un espíritu igual de fascinante y extraño. Yo creo que Love es único, la unicidad, la personificación de todos los gatos.

Chrystel, su guardiana, es una mujer maravillosa. He podido llegar a conocerla a lo largo de las varias comunicaciones que he realizado con Love y las sanaciones que le he realizado. He de decir que me encanta comunicarme con él: adoro su personalidad y su magnífico espíritu. Su guardiana es una mujer generosa y sensible, un espíritu libre que además siempre demuestra su buen humor. Si existe alguna mujer que

se merezca un gato como Love, sin lugar a dudas es Chrystel.

Chrystel había encontrado a Love II un año después de la muerte de su anterior gato, Love I. Lo sorprendente es que Love II se parecía a su predecesor tanto físicamente como en comportamiento. Hacía cosas parecidas incluso dentro del coche.

Una cosa estaba clara, y es que Love II era tan excepcional como lo había sido Love I.

Chrystel me contó que todos los días a las seis de la tarde Love II montaba en el ascensor del apartamento para acompañar a la gente del edificio. Su anterior gato, Love I, solía hacer lo mismo, solo que tenía por costumbre bajar por las escaleras y subir con el ascensor hasta haber acompañado a la última persona. Love II no utilizaba las escaleras: utilizaba el ascensor tanto para subir como para bajar.

Tanto Love I como Love II protegían a Chrystel como lo haría un hombre, y los dos lo hacían de forma curiosamente similar.

Ella me contó lo siguiente: «Un día me caí y me abrí la cabeza. Desde hacía unos días no podía cerrar la puerta del cuarto de baño sin que Love II se pusiera a aullar, porque no quería que me duchase con la puerta cerrada».

Tras el accidente, Chrystel tuvo una revelación: «Si la puerta hubiese estado cerrada cuando me caí me habría golpeado la cabeza contra el radiador y ahora no podría estar aquí hablando contigo».

También me contó esto: «Un día estaba en la cocina y se me cayeron un montón de cosas al suelo. Cuando oyó el sonido que hicieron al romperse, Love II, que estaba en el jardín, atravesó el apartamento como

una flecha y no paró de maullar frente a la puerta de la cocina hasta que la abrí. Él me protege, ¡es mi hombre! Love I hacía lo mismo».

Además, Love II, del mismo modo que Love I, entendía todo lo que Chrystel le decía. Los espíritus de ambos estaban ligados por un vínculo sutil.

En una ocasión, Chrystel le dijo a su gato: «Oye, esos pájaros, esos de colores tan bonitos, ¡no se matan!».

Un día, mientras estaba de paseo con Love II (porque cabe destacar que daba largos paseos con él, igual que solía hacer con Love I) vio

que de repente el gato se había tumbado sobre el vientre. Frente a él había un pájaro que estaba posado a no más de cinco centímetros de su cabeza.

Parecía que estuviesen charlando. El pájaro le miraba y Love le respondía maullando. ¡No se lo comió!

Hubo una temporada en la que otro gato iba a comer a casa de Chrystel y Love II bufaba porque no quería que estuviese allí. Chrystel le dijo:

«¡Déjale comer!». Desde aquel día, cuando el otro gato venía Love II dejaba su cuenco y esperaba a que hubiese terminado.

En otra ocasión tenían que coger un avión. Love II pesaba casi lo mismo que su predecesor, solo que un kilo más. Su guardiana le dijo: «¡Si quieres coger el avión conmigo, tienes que perder un kilo!». Love II dejó de comer un tiempo y perdió el kilo.

Al principio Love II le pertenecía a otra persona del edificio. En lugar de salir al jardín salía al hueco de la escalera, subía corriendo a la segunda planta y se ponía a maullar frente a la puerta del apartamento donde Chrystel solía vivir con Love I. Efectivamente, antes de mudarse a otro apartamento dentro del mismo edificio Chrystel había pasado diez años viviendo en la segunda planta. Tres semanas tras su llegada al edificio el gato recién llegado iba a esconderse a la planta baja para que su guardiana del momento no lo encontrase. Un día se refugió en casa de Chrystel; como hacía las mismas cosas y tenía los mismos gestos que el antiguo Love ella se encariñó con él enseguida.

Un mes más tarde la guardiana original llamó a su puerta y le dijo:

«¡Ese gato es mío!». Love, que ya vivía en casa de Chrystel, pareció esconderse para que no lo vieran. Tras varias escapadas del gato de un apartamento a otro y escenas similares a la primera, la guardiana original cogió el trasportín y el pasaporte de Love II, se los llevó a Chrystel y le dijo: «Es feliz con usted, se lo doy». Le contó que el gato llevaba yendo con regularidad a la segunda planta desde el primer día en que habían llegado.

Chrystel vive por Love: cuando me hablaba de él se le iluminaban los ojos. Quería saber si Love II y Love I eran el mismo.

Aunque no lo fueran, su guardiana quería pedirle perdón a Love I por haberle desatendido. En aquella época Chrystel no estaba bien, e

incluso había intentado suicidarse. Aquella misma semana el gato había desaparecido, y ella nunca supo cómo había muerto. Nadie ha encontrado nunca su cuerpo.

En aquella época Chrystel consultó a todos los videntes para encontrar a su Love, incluso a los de otros países. Al final incluso puso anuncios en los que prometía una recompensa… «Si miras las fotos de los dos, verás que hasta tienen las manchas en el mismo sitio».

Hoy en día Love I tendría diecinueve años. Chrystel se sentía culpable por haberlo perdido y por eso no había podido adoptar a otro gato entre los dos. Para mí resultaba obvio que Love II era el mismo gato y que había vuelto, pero no puedo afirmarlo con total seguridad porque nosotros no sabemos nada y no somos nadie para asegurar que algo es verdad o no en lo que respecta a una reencarnación.

A mí me parece que Love no había terminado de acompañar a Chrystel ni de protegerla y por eso volvió. Era algo que saltaba a la vista al estar en su presencia. El magnífico vínculo de amor tejido entre sus almas era eterno: se reencontrarían siempre.

Chrystel me dijo: «Una semana antes de que Love II viniera a mí, soñé que Love I, el primero, había vuelto y que lo tenía entre mis brazos».

Dorothy me llamó para hablarme de su caballo **Freckles**, que vivía en Colorado. No conseguía controlarlo y quería recuperar la confianza en él tras una caída; como tenía miedo de montarlo, incluso hablaba de venderlo. Estuvimos hablando durante largo rato. Yo le expliqué que el caballo percibía la angustia que ella sentía al montar y su constante preocupación por no hacerlo bien como una vulnerabilidad, y que por eso se encabritaba o la hacía caer. Dorothy debía recuperar la autoestima y su capacidad de liderazgo. Le pregunté si había aprendido muchas técnicas, porque Freckles parecía un poco confuso. Ella me confesó que había pasado años haciendo distintos cursos de etología. Le dije que lo primero que notaba Freckles era su ansiedad constante y su falta de confianza en sí misma, por muchas técnicas que conociera: aquello era en lo que ella debía trabajar. La verdadera razón de su miedo y ansiedad no tenía nada que ver con la caída, sino que venía de su infancia. Le expliqué que aquella sensación que tenía de no hacer nada bien, de no ser lo suficientemente buena, venía de algo grave que había vivido cuando era pequeña, algo relacionado con su padre. Dorothy me contó que su padre

había sido alcohólico y muy abusivo. De niña solía refugiarse en el prado para escapar a su violencia: allí había dos yeguas a las que

quería con todo su corazón y que prácticamente la criaron. Si pudo sobrevivir a los horrores de su vida cotidiana fue gracias al instinto maternal y protector de aquellas yeguas, que cuidaban de ella y la trataban como a una potrilla; ella también formaba parte de su manada. No obstante, le expliqué que aquel no era el papel de Freckles. Ya adulta, Dorothy había buscado un caballo para que nuevamente le diese cariño, paz y protección. ¡Con Freckles, la cosa era bien distinta! Su personalidad era salvaje, fogosa y enérgica, y había llegado a la vida de Dorothy para ayudarla a crecer y a encontrar su fuerza interior. La relación entre ellos no era posible si ella no se convertía en líder: era a ella a quien le correspondía darle confianza y seguridad al caballo, y no al revés. Cuando me comuniqué con Freckles me dio la impresión de que la estaba esperando; esperaba a la mujer magnífica y segura de sí misma en la que podía convertirse. Dorothy comenzaba a entenderlo: de repente se acordó de un sueño que había tenido sobre Soldier, su primer caballo de unos treinta años atrás. En una ocasión había sufrido una caída muy grave que le había provocado fisuras en la espalda y en consecuencia había tenido que dejar de montar un tiempo y abandonar el programa de equitación en el que estaba inscrita.

No culpaba a su caballo, porque la caída había sido un accidente. Soldier había fallecido ya, y en el sueño ella se decía a sí misma: «¿No ves que Soldier es New Recruit (joven soldado)?». Antes de que Dorothy lo adoptase, Freckles se llamaba New Recruit.

Aquel sueño había sido tan intenso que Dorothy se había despertado empapada en sudor y había pensado: «¿Será posible que Soldier haya vuelto?». Me preguntó qué pensaba yo. Nosotros no sabemos nada, así que nadie puede confirmar esta impresión, pero lo cierto es que durante la comunicación sí que me había parecido que Soldier había vuelto a la vida de Dorothy con la forma de Freckles para reparar lo sucedido en el pasado y ayudarla a cambiar. Los espíritus de ambos caballos tenían un curioso parecido.

Joy, una bonita gatita de pelaje atigrado con el pecho de color blanco, murió a los tres años debido a un edema pulmonar y a problemas cardiacos; el músculo que rodeaba su corazón se volvía cada vez más grueso y presionaba el interior. Yaëlle, que se convirtió en su guardiana, sintió inmediatamente que la conocía cuando se la encontró en la calle.

Enseguida supo que debía llevársela a casa, porque la vio en el mismo lugar en el que su anterior gato había desaparecido tres años atrás. Los vecinos le dijeron que hacía ya dos años que Joy vagabundeaba por

allí.

Yaëlle me llamó para que le realizase sanaciones a distancia a la gata.

Mientras lo hacía, vi aparecer la gran luz cargada de compasión y supe que Joy iba a partir; el esplendor y la suavidad de aquella luz no dejaban lugar a dudas. La gata murió al día siguiente. Cuando Yaëlle encontró su cuerpecito ya frío, todas las luces de la casa parpadearon.

Pienso que fue el espíritu de Joy indicándole a su guardiana que seguía a su lado.

Los espíritus de los animales que nos visitan nos hacen saber que están

presentes de diversas maneras: puede que las luces o los aparatos

electrónicos se enciendan o se apaguen, que sintamos cosquilleos,

escalofríos, roces, calor intenso o brisas de aire fresco aunque no

estemos al aire libre, o bien que percibamos el olor familiar de su pelaje

o aromas de flores.

En una ocasión realicé una comunicación con **Bianca**, una gata que sufría hiperestesia*. Cerca de ella vi a un gran gato de pelaje largo y rojizo que parecía estar cuidando de ella y protegiéndola a pesar de estar en el mundo del Éter. Karen me dijo que era su gato fallecido, Lynx; su príncipe, su gran amor. Cuando estaba vivo, Lynx siempre cuidaba de Bianca. La limpiaba y la tranquilizaba, y aunque la gata saltase encima de él y le golpease él siempre la trataba con mucha paciencia y no se enfadaba nunca. Lynx tenía una discapacidad en las patas traseras desde que era muy pequeño, pero si oía que a Bianca la atacaban otros gatos salía corriendo de la casa lo más rápido que podía para defenderla. Había muerto de un ataque al corazón a los dieciocho años: disfrutó de una vida plena y colmó de amor y ternura no solo a Bianca sino también a las personas de su entorno. Ahora la gata estaba sola; lo estaba pasando muy mal por su pérdida y para

colmo sufría mucho durante sus ataques de hiperestesia. Lo que de verdad me sorprendió fue lo que me dijo Lynx durante la comunicación con Bianca: me contó que en realidad era el gato que Karen había tenido antes de él, aquel por el que ella había llorado y que había muerto de forma extraña. Había vuelto y quería que su guardiana lo supiera. Karen pensó inmediatamente en su adorada gata Blossom, que había muerto atropellada diez años atrás. Un día una señora le había llevado el cuerpo herido de Blossom y le había dicho: «Creo que es tu gata».

Blossom había muerto en sus brazos. Karen ni siquiera había podido

ver su última mirada, porque la gata tenía la cabeza girada y miraba en dirección a su marido. Su guardiana quedó inconsolable; le habían quitado a su niña. El accidente le había seccionado a Blossom la columna vertebral, pero curiosamente su cuerpo no parecía dañado. A Karen le había parecido extraordinariamente hermosa al cogerla en brazos: nadie habría pensado que aquella gata tenía rota la columna vertebral. Dos años después de la muerte de Blossom alguien había llamado a Karen para hablarle sobre un gato abandonado, y ella había ido a buscar a Lynx.

Estaba en muy mal estado, delgado y con el tren posterior atrofiado: no le quedaba músculo en las patas traseras, igual que le había pasado a Blossom. Lo primero que hizo el gato al entrar en casa de Karen fue tirar el marco donde tenía puesta la foto de su anterior gata: aquello la convenció de que su alma era la misma que la de Blossom. Ella había sido su hija, y él, su príncipe.

Varios meses después de la partida de **Dream**, la hermosa hembra de labrador cuya historia ya he contado anteriormente, Mabel, que era creyente, fue a la iglesia a rezar. Cuando una vez frente a la estatua de la Virgen María pensó en Dream sintió que la invadía una inmensa tristeza acompañada por una fuerte y dolorosa presión en el pecho. Aquella sensación se apoderó completamente de ella, hasta el punto de dejarla sin aliento. Mabel no lo podía entender: normalmente se sentía muy tranquila en la presencia de la Virgen. Se preguntó si Dream querría decirle algo.

Cuando establecí la conexión con el espíritu de la perra no la vi con su cuerpo de labrador: en lugar de eso vi un cachorrito. No entendía nada; yo sabía que a menudo aparecen jóvenes, pero ¿tan jóvenes? Mabel me contó que planeaba adoptar un cachorro de labrador de la misma línea de sangre que Dream. ¿Quería la perra hacerle llegar algún mensaje, entonces? Me mostró fotos de los cachorros, y durante

la conexión con el espíritu de Dream sentí que uno de ellos, el más blanco, estaba ligado a ella. No podía confirmar que fuese una reencarnación porque no soy nadie para afirmar nada, pero lo que estaba claro es que estaban relacionados. Mabel se apresuró a llamar al criador: aquel cachorro era el que ella había besado en la nariz, el que había sentido que debía adoptar.

Por desgracia, el hombre le dijo que habían decidido quedárselo para la cría. Mabel insistió, pero el criador no dio su brazo a torcer. Ella se quedó muy triste, angustiada incluso: ¿Y si se trataba de Dream, que quería volver? ¿Por qué habría tenido aquella sensación tan intensa frente a la estatua de la Virgen? ¿Le había hablado? ¿Había hecho mal? Tendría que haber estado más espabilada. Yo quería mucho a Mabel, que era una mujer muy espiritual y de una gran generosidad. Le expliqué que si aquel

cachorro de verdad estaba vinculado a Dream se las apañaría para ir a su lado. Los espíritus saben cómo arreglárselas y tienen sus propios métodos, que a nosotros nos resultan muy misteriosos. Mabel no tenía de qué preocuparse: una semana más tarde me envió un mensaje para decirme que finalmente el criador había decidido no quedarse el cachorro y le había dicho que si aún lo quería podía ir a buscarlo. Mabel es muy feliz ahora: su nuevo cachorro, una hembra a la que ha llamado Night, la colma de amor.

¿Nos reencontraremos después?

«Al nacer lloramos y todo el mundo se alegra. Al morir nos alegramos y

todo el mundo llora».

Proverbio budista tibetano

C**arnation**, una yegua de pelaje bayo, murió en la clínica a las tres y media de la madrugada. Le practicaron la eutanasia debido a un cólico que se le había complicado: el veterinario dijo que estaba sufriendo demasiado. La muerte de la yegua fue muy repentina y Sarah, su guardiana, no estaba presente cuando ocurrió. Cuando hablé con ella estaba muy angustiada: «Se ha ido y lo estoy pasando fatal. Carnation nunca había estado enferma antes y estaba en plena forma a pesar de su edad. ¿Por qué ha partido tan repentinamente? No logro aceptar haberla perdido en menos de veinticuatro horas.

¡Era mi único motivo para vivir!».

Cuando establecí la conexión con Carnation la vi maravillosamente hermosa, joven y llena de luz; irradiaba un resplandor blanco y etéreo.

Me explicó que había tenido que partir de aquella manera y tan repentinamente para que Sarah no la viese morir, ya que nunca habría estado preparada y jamás lo habría aceptado. Me dijo que seguía allí para ayudar a su guardiana y que se reencontrarían más tarde. Me mostró a un veterinario reflexivo y compasivo y me explicó que aquel hombre había tomado la decisión correcta. Sabía que su guardiana estaba furiosa con él, pero el veterinario no era una persona que tomase decisiones a la ligera;

había sabido ver que la yegua no saldría de aquella. Todo había pasado como tenía que pasar.

Carnation me permitió ver que Sarah estaba sumida en una profunda tristeza: su vida no tenía sentido alguno y vivía con una permanente sensación de vacío interior. Sus relaciones sentimentales parecían complicadas e invariablemente abocadas al fracaso. Se sentía eternamente abandonada y sola, completamente sola.

La yegua me explicó que no la había abandonado; había partido porque era su hora. Sarah tampoco la había abandonado a ella en la clínica: en su fuero interno su guardiana había comprendido que era el momento.

Aquella era la razón de que Carnation hubiese partido.

Luego vi a una mujer que se me apareció junto a la yegua. Era de edad avanzada, tenía el rostro cubierto de arrugas y rebosaba bondad y amabilidad; el retrato perfecto de una abuela. La mujer me dijo: «Dile a Sarah que estamos a su lado para ayudarla. No está sola, nosotras la

apoyamos. Dile que no se abandone a sí misma». También me habló de la sensación de vacío que embargaba a Sarah; me contó que siempre se había sentido sola y pensado que nadie la comprendía. La mujer quería transmitirle su presencia y su cariño.

Ahora Sarah debía arreglárselas para salir adelante por sí misma.

Cuando hablé con Sarah vi que la culpabilidad era su mayor obstáculo.

Me dijo que Carnation nunca había estado enferma, tan solo una vez, y que aquella vez ella se había quedado a su lado toda la noche. ¿Por qué había partido, entonces? No lograba perdonarse. Le expliqué que en su fuero interno ella sabía que Carnation iba a partir; que había sido como un contrato entre las dos, algo que habían decidido juntas a otro nivel, inconscientemente. Ninguna de las dos había abandonado a la otra. Era así.

Sarah me explicó que aunque había tenido una infancia feliz se sentía atormentada por la idea de la muerte. Se hacía muchas preguntas al respecto: «¿De qué sirve vivir para morir después?», «¿y si la vida no continúa?». No lograba aceptar la partida de Carnation. Le expliqué una y otra vez que nunca habría estado preparada, ni siquiera en cien años, porque Carnation era, según ella, el único ser que le daba sentido a su vida. Su yegua era consciente de que iba a partir cuando estaba en la clínica, y lo había aceptado porque sabía que había llegado el momento.

Había preferido que Sarah no estuviese allí: aquella decisión la había tomado su contrapartida no física, la que todos tenemos. Sarah me dijo que parte de sí quería creer todo aquello, pero que la otra parte le decía que era imposible.

Le dije que lo único que yo podía hacer era transmitirle aquellos mensajes, que yo no poseía la verdad absoluta y que lo único que sabía es que no estamos solos, que existen otras dimensiones en las que hay mucha ayuda para nosotros y una gran fuente de Amor infinito.

Sarah me preguntó: «¿Es posible reencontrarse tras cruzar al otro Lado?».

Entonces le hablé de la señora mayor llena de bondad que había visto.

Le pregunté si había tenido una abuela que hubiera fallecido a la que hubiera estado muy unida.

Sí, se trataba de su abuela materna: fue ella quien le compró a Carnation. Sarah se emocionó mucho al saberla presente.

Le expliqué que su abuela había fallecido acompañada y plácidamente, y que habían ido a buscarla. Pude ver gran cantidad de seres de Luz alrededor de su cuerpo yaciente. Sarah me dijo que su abuela había muerto en casa, junto a su familia:

«Murió como una vela que se apaga».

Sí, entonces su abuela había estado preparada. No había tenido necesidad de luchar.

Le expliqué también que si su vida (la de Sarah) no tenía sentido era porque no lograba comprender de qué servía vivir si era solo para morir después. Buscaba la trascendencia, el sentido espiritual, y por eso a pesar de todo deseaba con todas sus fuerzas ser capaz de creer en la vida después de la muerte. Las religiones no le habían aportado nada.

Le expliqué que Carnation no era más que una chispa del Amor del que le había hablado, que es grandioso e infinito. Los Médicos del Cielo me han enseñado que no hace falta encontrarle sentido a la vida ni alcanzar grandes objetivos: ¡basta con ser feliz!

Sarah no era feliz… la había decepcionado mucha gente. Nadie le había aportado nada, y sus relaciones sentimentales menos aún. Ahora incluso la pena por la pérdida de Carnation estaba enterrada en su interior: no tenía con quién compartirla.

En mi opinión como Laila, la tristeza es parte de las experiencias terrenales. Todos la experimentamos, todos pasamos por ella. Es muy duro perder al animal que tanto hemos querido, una de nuestras mayores fuentes de Amor, pero no debemos abandonarnos a nosotros mismos por eso. Hay muchísimos otros seres de Luz que acuden a ayudarnos. En el caso de Sarah, saber que Carnation y su abuela estaban juntas y velando por ella la ayudó un poco a aceptar las nociones de la muerte y la separación física. Me preguntó entre sollozos si era posible reencontrarse al otro Lado…

«Cuando cruzamos al otro Lado, ¿cómo podemos reencontrarnos? Con

los pensamientos, con el espíritu, sin más…».

Un día les pregunté a los Médicos del Cielo cómo se las arreglaban para encontrarme. Me dijeron que les bastaba con pensar en mí para aparecer inmediatamente a mi lado. El pensamiento es como un velo tornasolado que nos transporta a través de todas las dimensiones que queramos, un velo irisado que debemos cuidar para que no se desgarre.

Hemos de hacer uso de nuestra voluntad para mantenerlo puro y positivo.

Cuanto más liberamos nuestro espíritu de los pensamientos negativos,

más ligero y luminoso se vuelve. El espíritu de un ser se desplaza más

rápido que la luz, atraviesa el metal, la madera, el hierro, la piedra y el

agua. Puede conectarse con los demás espíritus porque todos estamos

unidos.

Sarah se sentía aliviada. Lo que la atormentaba era la pregunta que se hacía respecto a aquella noche: ¿por qué había partido Carnation?

Carnation no es más que una chispa que prende un fuego de amor en el corazón, un fuego ardiente que todo el mundo tiene en su interior.

Caramelo murió de un cáncer linfático a la edad de seis meses. Su guardiana Carmen me llamó para que le realizase sanaciones a distancia cuando la perra estaba ya moribunda. El veterinario le había dicho:

«Llévesela a casa, partirá tranquilamente. No vale la pena practicarle la eutanasia». Yo no tenía muy claro que fuese posible hacer nada, y lo

cierto es que no albergaba muchas esperanzas, pero le dije que haría todo lo posible por ayudarla. Para gran sorpresa de todos, al día siguiente Caramelo volvió a levantarse, comió e incluso quiso salir. Carmen y José Luis, su pareja, pudieron disfrutar de dos semanas de intensa felicidad a su lado. Nadie habría pensado que aquella perra tenía cáncer del sistema linfático; el veterinario no lo podía entender y pensó que sería cosa del destino. Por desgracia, dos semanas más tarde el bazo de Caramelo se llenó de líquido; el veterinario propuso realizarle una punción para sacárselo, pero Carmen y José Luis prefirieron que le practicase la eutanasia. Había riesgo de que el tumor reventase de un día para otro y preferían que Caramelo partiese cuando aún estaba bien, que viviera sus últimos momentos con buena salud y guardase recuerdos felices de su vida. No soportaban verla con el vientre hinchado, tenían miedo de que se asfixiase. Cuando me conecté al espíritu de Caramelo la vi feliz y llena de energía, corriendo por ríos deslumbrantes de Luz. Cuando terminó de nadar se sacudió, y en vez de gotas de agua lo que salió volando fueron una especie de estrellas titilantes. La perra quería darle las gracias a sus guardianes por los paseos de las últimas dos semanas y comunicarles que no habría podido quedarse más tiempo. Había venido para estar con José Luis y ayudarle. Carmen me confirmó que había sido él quien había encontrado a Caramelo. La había visto en compañía de otra perra, abandonada y cubierta de barro, y le había cogido cariño enseguida: era

su perra, y él su auténtico guardián. Las últimas dos semanas Caramelo se lo había pasado estupendamente corriendo y nadando por los ríos del campo catalán: ¡le encantaba el agua! Después, la perra me habló de un hermano. Me pareció que era el hermano de Carmen, pero tuve dificultades para descifrar el mensaje y no me quedó claro si había fallecido o si la perra tenía un mensaje para él. Caramelo me habló de un chico joven, y de algo a lo que ella tenía que poner fin. Luego me dijo:

«Está conmigo». Cuando le pregunté a Carmen sobre esto ella me dijo que debía tratarse del mejor amigo de su hermano, que se había suicidado tirándose a las vías del tren tras un desengaño amoroso a los diecisiete años. Aquel chico había ido a ver al hermano de Carmen justo antes de suicidarse, pero precisamente en aquel momento su hermano no estaba en casa. Desde entonces se sentía culpable por ello: pensaba que si hubiese estado allí habría podido evitar el suicidio de su amigo.

Chocolate, una adorable perrita color marrón claro con una máscara alrededor de los ojos, murió en la calle a los dos años de edad. Vio

perros al otro lado de la calzada, ladró y tiró tan fuerte de la correa que se escapó de las manos de su guardián Jérémy. Murió en el acto. Marisol y su marido Jérémy no lograban superarlo. Este último, por su parte, estaba consumido por la culpa. Los dos lloraban la muerte de su pequeña Chocolate. No tenían hijos. No podían parar de llorar y de taladrarse la cabeza con preguntas sin respuesta: ¿Había soltado Jérémy la correa?

¿Había sido culpa suya? ¿Cómo había podido soltarla? Su deber era proteger a la pequeña Chocolate. Jérémy no hacía más que repasar mentalmente la escena del accidente. Unos días después falleció el padre de Marisol. ¿Había relación entre las dos muertes? ¿Había sido culpa suya? ¿Habían dicho o pensado algo que hubiera provocado aquellas desastrosas consecuencias? Marisol me dijo: «Todavía necesitamos a Chocolate. ¿Por qué ha partido? ¿Para ayudarme a comprender la muerte de mi padre? ¡Pero yo eso ya lo había aceptado!

Cuando me conecté al espíritu de Chocolate la vi radiante, llena de entusiasmo y alegría, y me mostró algo rojo que llevaba en la boca. Era muy amistosa y dulce: rebosaba energía y felicidad. También me permitió ver a un gato gris que parecía rodeado de una sensación de tristeza, y me dio la impresión de que Chocolate quería que yo me diese cuenta. La perra estaba rodeada por colores rutilantes, pero no sabría describirlos porque no se correspondían con lo que nosotros entendemos por colores.

Además, daba la impresión de que cambiaban y vibraban según los estados y pensamientos de Chocolate. Es más, se diría que aquellos matices celestes tenían pensamiento propio; irradiaban conciencia y la

perra se parecía fundirse en ellos y jugar con ellos. Resultaba verdaderamente deslumbrante. Parecía que los colores creasen un espacio como los que nosotros consideramos geográficos. El único que se asemejaba a un color terrestre era el rojo que la perra me había mostrado en su boca. Me hizo visualizar la escena: yo la veía desde lejos, sin emociones, como si viese una película. «Jérémy me sujeta. Veo que al otro lado hay un perrito marrón muy pequeño, junto a un grupo de tres personas que están hablando entre sí. Me emociono; quiero ir con el perrito cueste lo que cueste. Tiro de la correa pero Jérémy me sujeta firmemente. Tiro más, soy libre, corro, siento un golpetazo en el pecho, veo un gran remolque blanco y luego el cielo de color azul claro sin nubes, siento la presencia de Jérémy, floto, veo la carretera, el remolque blanco, el gas que sale de él, siento el olor del alquitrán, ya hace calor y veo a Jérémy en el suelo, tiene algo en

brazos, mi cuerpo, lo veo todo pero no estoy allí, estoy con los colores brillantes que responden a mis pensamientos, forman parte de mí y yo de ellos… ¡Ojalá Jérémy pudiese verlos y lo supiera!».

Yo, Laila, siento un breve instante de conciencia y luego al espíritu de Chocolate marcharse. Esto fue lo que me transmitió en pensamientos y sensaciones: había partido porque era su hora y Jérémy no había soltado la famosa correa. Fue entonces cuando me di cuenta de que era la correa lo que Caramelo llevaba en la boca. Jérémy me confirmó que en aquel momento había un grupo de tres personas charlando al otro lado de la calle. No había visto al perrito marrón, todo había pasado muy deprisa.

Había ido corriendo a la carretera para recoger el cuerpo yaciente de Chocolate, que parecía muerta. La llevaron a urgencias rápidamente pero era demasiado tarde: ya no tenía pulso. Sí, había un remolque blanco parado en la carretera, pero Jérémy no sabía si era el que había golpeado a Chocolate, ya no se acordaba. Sí, la correa de la perra era roja.

Chocolate quería que Jérémy comprendiese que no había sido culpa suya: quería que sus guardianes lo olvidasen todo menos la alegría, porque había llegado a sus vidas para aportarles precisamente eso. Podría volver más adelante. ¿Podían enterrar la correa? No quería causarles dolor. Había venido para traerles felicidad y alegría: «Sigo aquí, os veo, velo por vosotros». Marisol me dijo que Chocolate era lo mejor que le había pasado nunca. La había visto en una fotografía una vez que había ido a la tienda a comprar comida para gatos. Una señora de la SPA había puesto un anuncio allí para que se supiera que había perros en adopción.

Marisol sintió inmediatamente como si un gran rayo de luz le abriese el corazón. Oyó una voz que le decía: «¡Tienes que quedarte ese perro!».

Así, al día siguiente fue al refugio, donde normalmente matan a los animales al cabo de una semana. Chocolate era pura alegría, bondad y amor. Lo que les había dado a Marisol y a Jérémy había sido tan intenso que no podían soportar su pérdida. Además, le encantaban los

gatos. El gato gris que me había mostrado era Kool, que no comprendía su partida.

Chocolate me pidió que se lo explicase.

Mientras hablaba con Chocolate vi una imagen muy nítida del padre de Marisol. No parecía que estuviera en el mismo lugar que la perra, pero quería transmitir un mensaje. Aunque no vi dónde estaba, oí su voz: «Me alegro de haber podido decirte adiós. ¡Por favor, sé feliz! Estoy velando por ti. Ocúpate de los papeles de tu hermano. Y gracias por la bebida con burbujas…».

Como yo no entendía el mensaje, Marisol me lo explicó: habían pasado toda la noche en avión viajando de Los Ángeles a Michigan para poder llegar a tiempo de despedirse de su padre. Este había partido plácidamente, sereno, y su hija pudo estar presente cuando exhaló su último aliento. El hermano de Marisol era notario y se estaba ocupando de los papeles del fallecimiento. La guardiana se quedó un rato pensando sobre la bebida con burbujas y al principio creyó que su padre se referiría a las bebidas vitaminadas que no le gustaba tomar. Sin embargo, yo le dije que aquello no era lo que él me había mostrado: aquellas bebidas eran rojas y lo que yo había visto era de un tono más bien dorado.

Entonces, Marisol se acordó: después del funeral había brindado con champán en honor a su padre y cantado para él la canción *He's a jolly good fellow** (Porque es un chico excelente).

Su padre le agradeció el brindis y con ello le demostró que tanto él como Chocolate seguían vivos aunque no pudiese verles.

Los espíritus nos ven y nos oyen; se encuentran en una dimensión llena

de entusiasmo, centelleante de alegría y resplandeciente de Luz.

Madhuri es una mujer maravillosa, un espíritu libre lleno de bondad.

Su nombre significa «dulzura», y siempre que he tratado con ella he pensado que la dulzura de su corazón no tiene nada que envidiarle a la de la miel. Madhuri perdió a su magnífica gata siamesa **Lily**, que falleció tras una larga enfermedad.

Madhuri, que se quedó muy apenada tras la partida de su querida Lily, no quería adoptar otro gato. En una ocasión, justo tras asistir a uno de mis

seminarios de comunicación con los animales, aparcó su coche en la calle al volver del curso y de repente oyó unos maullidos. Al echar un vistazo por los alrededores vio que había un gato negro cerca de su coche. Le llamó: se trataba de una bonita gata que fue corriendo hacia ella y la siguió hasta que llegaron frente a su casa. Madhuri la dejó entrar y la gata se instaló en el sofá, como si estuviese en su hogar. Por la tarde, y para gran descontento de la gata, Madhuri la sacó a la calle. Al día siguiente, aquella gata negra la estaba esperando en el jardín: la llamó **Moksha**. Día tras día se repetía la misma escena: Madhuri sacaba a la gata a la calle por la tarde y se la encontraba junto a la puerta al día siguiente. Al tercer día incluso le dejó un ratón muerto de regalo frente a la entrada. Cuando Madhuri preguntó por el barrio descubrió que Moksha le pertenecía a los unos vecinos, pero la gata se negó en rotundo a regresar a su casa y siempre volvía a la de Madhuri, que la tenía allí cada día sin darle de comer. Aquella escena se sucedió durante dos meses; sin embargo, como durante el día no comía, la gata adelgazaba a ojos vistas. Finalmente, Madhuri decidió darle una tarrina de comida; Moksha la devoró con ansia.

En una ocasión, Madhuri estuvo fuera todo el día y no volvió a casa hasta rondando la medianoche; Moksha quiso entrar de todas maneras y se puso a arañar la puerta. Al tercer mes se produjo otro acontecimiento que le llegó a Madhuri al corazón, y eso que trataba de no ocuparse mucho de la gata para no encariñarse con ella, ya que después de todo, le pertenecía a los vecinos. Estos la querían y no comprendían su comportamiento. Uno de los días en los que Madhuri llevó a la gata de vuelta a su casa, esta, iracunda, arañó a su guardián. Madhuri ya no sabía qué hacer, porque veía que aquella gata negra se iba colando poco a poco en su vida. Moksha incluso vigilaba sus ventanas y acudía corriendo desde el otro extremo del jardín por poco que Madhuri descorriera las cortinas.

Otro día, tras sacar a Moksha a la calle, Madhuri fue a abrir el tragaluz.

Dos horas más tarde vio a la gata bajando tranquilamente por las escaleras: había entrado por aquella ventana. Madhuri vio que tenía mechones de pelo en las garras: se había peleado con la gata de un vecino y le había faltado poco para caerse durante la pelea. Para llegar hasta el tejado Moksha debía haberse pasado dos horas largas atravesando dos techados distintos e incluso habría tenido que saltar por un sitio muy alto.

Se quedó maravillada ante la capacidad de deducción de la gata y su determinación a quedarse con ella. A partir de aquel día, «el día del

tragaluz», no volvió a sacar a Moksha a la calle, para gran disgusto de los vecinos.

Mientras hablaba con Madhuri vi claramente la imagen de un gato gris de pelaje atigrado. Daba la impresión de que aquel gato había vivido cuando Madhuri era joven. Estaba íntimamente ligado a Moksha e incluso a Lily, su anterior gata. La guardiana supo inmediatamente quién era aquel gato atigrado: ¡el pequeño **Mukhi**! Le había recogido cuando era muy pequeño y se lo había confiado a sus padres, que vivían en el campo.

Aunque en aquel momento Mukhi quiso quedarse a su lado, ella no podía tenerlo en casa. A los dos años el padre y el hermano de Madhuri, que eran cazadores, lo mataron: no podían consentir que un gato les robase la caza. Me pareció que Moksha era aquel gato atigrado, que había vuelto a la vida de Madhuri con forma de gata negra para ponerle fin a algo.

Madhuri notó una sensación muy intensa en el corazón. Sí, estaba claro que así era: Mukhi había vuelto a su lado y ahora era Moksha. Entonces comprendió por qué la gata estaba tan determinada a quedarse con ella y lo que ella misma había sentido tras leer unas cartas de su madre que había encontrado recientemente. En aquellas cartas su madre le hablaba de Mukhi y finalmente le decía quién lo había matado. Madhuri había encontrado aquellas cartas tres meses después de la llegada de Moksha, y cuando las leyó lloró por su querido Mukhi. Desde entonces no había podido dejar de pensar en aquel gatito que había abandonado en la casa de sus padres en el campo.

«Entonces no sabía lo que sé ahora».

El comportamiento de Moksha cambió desde el día de la comunicación. Recuperó la energía y la alegría y empezó a jugar y a pasearse como un gato normal. Un tiempo después, Madhuri me dijo:

«Los cuatro primeros meses era una sombra. Ahora es una gata normal.

Incluso dormimos juntas».

Si un espíritu quiere volver a nuestro lado, encuentra la forma de hacerlo. Tuvo que esperar a que se abriese una puerta con la muerte de la preciosa Lily, pero Mukhi/Moksha se las arregló para volver con Madhuri a pesar de que le pertenecía a otras personas. Está claro que saber a ciencia cierta si Moksha de verdad era Mukhi es imposible: lo

único que puedo decir es que durante mi comunicación con Moksha tuve una visión y recibí un mensaje, y Madhuri, que es muy intuitiva, lo percibió en su interior como una verdad. Aquella experiencia permitió que su corazón recuperase algo de paz. Ahora Madhuri puede ocuparse sin reservas de su querida Moksha, y así liberarse de la culpabilidad de haber abandonado a

Mukhi. Nadie sabe cuánto tiempo vivirá Moksha: lo importante es el Amor que ambas se profesan.

La nueva vida después de la muerte

«Cuando dejo atrás lo que soy me convierto en lo que podría ser».

Lao-Tsé

E**n** la corte del rey Suddhodana estaba el magnífico caballo blanco real, Kanthaka, el preferido del príncipe Sidarta. El asceta Ásita había profetizado que si el príncipe era testigo del sufrimiento humano renunciaría a su trono y se convertiría en un líder espiritual. Sin embargo Sidarta llevaba una vida opulenta y protegida en la corte debido a las órdenes de su padre, que quería asegurarse de que jamás llegase a conocer ni el dolor ni el sufrimiento. No obstante, un día el príncipe franqueó los límites del palacio de su padre a lomos de Kanthaka mientras los guardias dormían y descubrió el mundo que había fuera, lleno de sufrimiento y pobreza. A partir de ese momento vivió como un asceta y finalmente se convirtió en el que hoy llamamos Buda, el Despierto. Se dice que cuando llegó el momento de separarse de su caballo, el príncipe le pidió amablemente a Kanthaka que volviese al palacio en compañía de su fiel sirviente Channa: de los ojos del caballo blanco se derramaban lágrimas mientras contemplaba

la silueta de Sidarta alejándose. Kanthaka se marchó con Channa, que le llevó de vuelta al palacio tras guiarlo por un bosque que bordeaba el río Anoma; sin embargo, el corazón del caballo se quebró: murió de tristeza por haberse separado de su querido Sidarta.

Se dice que se reencarnó en un brahmán que más tarde asistiría a los discursos de Buda para poder alcanzar la iluminación a su vez.

Un día en el que me encontraba meditando antes de comenzar con las sanaciones a distancia sentí de repente la inequívoca sensación de algo rozándose contra mi cuello. Un caballo blanco moteado apareció en mi campo visual: se había posado allí suavemente, como un copo de nieve.

Era una sensación muy suave y tenue: el caballo me mordisqueaba ligeramente la nuca, pero resultaba muy agradable y me hacía cosquillas.

Con un pensamiento, me pidió que lo acompañara. No me atreví a montarlo, así que le seguí a pie. Evidentemente todo esto tenía lugar en mi espíritu, durante mi meditación: así, me sentí caminar o más bien flotar junto a él. Cada vez que entraban en contacto con la tierra sus cascos producían sonidos maravillosos que llegaban hasta mi corazón y lo llenaban de alegría. Cruzamos a través de la niebla: era abundante, blanquecina, grisácea y húmeda, y hacía que me costase trabajo seguir al caballo. Hubo niebla durante largo rato, aunque no sabría decir exactamente cuánto en términos de tiempo real. Empecé a preguntarme en qué me había metido y si no debería volver a mi sala de sanaciones y mi meditación; sin embargo, la alegría casi infantil que me hacía sentir la presencia del caballo me instaba a continuar. Pasamos mucho tiempo atravesando la niebla, hasta que de repente esta se difuminó y pude ver un prado cubierto de vegetación: la hierba era de un tono verde esmeralda muy luminoso. En aquel prado había una yegua blanca cuya extraordinaria belleza me dejó sin aliento: parecía compuesta de destellos de luz. Emanaba de ella una conciencia de inteligencia ilimitada, y sus grandes ojos castaños irradiaban un raudal de compasión infinita. En los textos budistas antiguos se dice que la forma femenina de Buda, Guanyin, Madre Divina, a veces se manifiesta con la forma de un caballo blanco.

No tuve la menor duda de que era ella. Con un pensamiento, me pidió que la siguiese. Así, una vez más me encontré caminando, flotando, durante largo rato. Aquella vez había maravillosos paisajes que se sucedían ante mis ojos, y seguir a la yegua me resultó fácil. Llegamos a un lugar en el que había enormes y antiguos libros de

encuadernaciones doradas; sus páginas, que la yegua pasaba con el pensamiento, parecían hechas de papiro. Finalmente llegó a un capítulo en el que vi mi nombre escrito.

Ella me explicó, siempre con el pensamiento, que allí estaban escritas mis vidas. Las páginas empezaron a pasar: vi una vida etrusca con caballos, inscripciones en chino, algo que parecía sánscrito y otras cosas diferentes.

Aquello me interesaba mucho, pero como las páginas se pasaban solas e iban bastante deprisa no me daba tiempo de mirar o pararme a leer; parece que en aquel momento no me estaba permitido conocer aquellas vidas. A veces percibía contenido de tipo emocional sin ver palabras.

Como los libros eran inmensos no podía cogerlos en las manos ni tocarlos; no era más que una simple testigo del libro. Al llegar a cierta página, la yegua me miró: allí estaba escrita, en inglés y en grandes letras doradas, la palabra *self-realisation*, «autorrealización». Parecía que aquel capítulo era el que correspondía al tiempo presente. Sentí que una sensación de júbilo me embargaba y miré a la yegua con incredulidad: aquello siempre había sido mi mayor deseo, pero aún me sentía muy, muy lejos de conseguirlo, y no tenía ni idea de cómo lograrlo en mi vida actual. La hermosa yegua me indicó mentalmente que era posible si lo deseaba con vehemencia, que se trataba de una posibilidad entre otras muchas. Comprendí muy bien sus palabras cuando me dijo que dejase atrás quien soy y que me librase de los lastres; también me dijo otras cosas muy concretas. Mientras se comunicaba telepáticamente conmigo yo podía tocar su bella crin blanca, y su contacto me producía una indescriptible sensación llena de belleza y éxtasis. En aquel momento todo lo que me decía resultaba muy claro. Luego, salí de repente de mi estado de meditación y me encontré sentada en el sofá de mi sala de sanaciones, con mi conciencia de Laila. Ni siquiera tuve tiempo de decirle adiós. De la yegua blanca no me quedó más que el recuerdo, que aún flotaba en el aire. ¿Había sido un sueño, una ilusión? Puede que jamás lo sepa, pero poco importa. Si cierro los ojos todavía puedo dibujar en mi mente las líneas de su forma luminosa y recordar tanto su amor infinito como las ilimitadas posibilidades de desarrollo de mi ser que me mostró.

Todos buscamos alcanzar el renacimiento mediante nuestra evolución espiritual. Así es como algunos de nosotros escapamos a la idea de la muerte. Para no verla, el ser humano aparta la mirada y disfruta plenamente de los manjares terrenales. ¡Ya pensaremos en la muerte cuando sea la hora! Y sin embargo, cada vez que muere un animal o

una persona que hemos querido nos acordamos de ella; algunas personas lloran tanto por lo que han perdido como por su propio y posible final en alguna fecha indeterminada.

Otras personas, como los taoístas, dedican su vida a desarrollar sus capacidades y a buscar la inmortalidad por medio de la realización de numerosos ejercicios espirituales. Nuestro deseo es poder volar por los cielos, sobre las islas paradisiacas, y ayudar al resto de nuestros hermanos desde Allí. Sin embargo, lo cierto es que somos eternos y que siempre volvemos a nuestra casa, a nuestra Fuente. La vida en la tierra es como un viaje a otro país, una experiencia. Puede ser un viaje maravilloso o una pesadilla; eso es algo que decidimos nosotros y nadie más.

Nuestro espíritu es libre de volar como un pájaro, en realidad no está encerrado: puede salir de la cantimplora en la que estaba atrapado. «Coge mi pluma de oro y te ayudaré» le dijo el pájaro de fuego al príncipe.

En Egipto, el pájaro de alas doradas se llama Bennu; se trata de la criatura más antigua que haya existido jamás. Aquel pájaro de plumaje radiante surgió un día de las aguas sombrías del caos, se encaramó a un trozo de tierra y soltó un grito, el primero en oírse: fue entonces cuando empezó el Tiempo. Será este pájaro de fuego y alas doradas quien anuncie el fin de los tiempos y el retorno del mundo al caos, y él es quien guía a los espíritus de los muertos a través de los

peligros del Mundo Terrenal. Hay espíritus que incluso son capaces de convertirse en pájaros de fuego para poder viajar a sus anchas entre los mundos. El plumaje del pájaro Bennu es resplandeciente, de tonos turquesa y violeta iridiscente, y sus alas son de oro y fuego. Tiene una esperanza de vida de entre cien y ciento cinco años, tras los cuales construye un nido que prende fuego.

También él estalla en llamas entonces, y se convierte en cenizas de las que renace un joven fénix que vive tanto tiempo como el pájaro original.

Su canto tiene un timbre sobrenatural: es un sonido tan lleno de gracia y armonía que no existen palabras humanas para describirlo. El pájaro de fuego es eterno.

El pájaro de alas de oro somos nosotros: es nuestra alma. Volvemos a

nacer después de cada muerte de una vida terrestre, después de cada

retorno al mundo del Más Allá. Se trata de un hilo infinito que no se

puede cortar.

A lo largo de los muchos años durante los que he tenido la oportunidad de conectarme con numerosos espíritus de animales difuntos hay algo que siempre me ha sorprendido mucho, y es que hay un mensaje concreto que siempre aparece, como un *leitmotiv*. Estamos hablando de animales de

razas, países y edades distintos; cada uno ha vivido todo tipo de situaciones distintas y fallecido en unas circunstancias concretas, y sin embargo todos transmiten el mismo mensaje, del estilo: «¡No me llores!

¡Sé feliz! ¡Vive con alegría! ¡Os queremos!».

Uno de los Médicos del Cielo me dijo que nosotros, los humanos,

pensamos que la evolución espiritual se consigue a fuerza de ayunar

o

meditar. ¡La verdad es que la evolución espiritual no es más que lograr

ser feliz!

Una vez estaba en casa de mi amiga Angélique en el sur de Francia y un joven veterinario me llamó para que sanase a una vaca. Me dijo: «Está tumbada en el suelo y es preciso que se levante. ¿Puedes hacer algo?». No le habían realizado diagnóstico alguno; tras escaparse y separarse de las otras vacas se había dejado caer sin más en pleno centro del terreno. No tenía nombre; tan solo cifras tatuadas en una oreja. Era blanca como un lirio. Como no tenía nombre yo la llamaba *My Pretty Krishna Cow*, «mi vaquita de Krisná». Krisná, la encarnación de Visnú en las creencias hindúes y uno de los avatares más adorados de la Divinidad, era un pastor que quería mucho a las vacas de su rebaño y las llamaba a todas por su nombre. A mí me gustan mucho las vacas; en las creencias hindúes se consideran sagradas y van por ahí a sus anchas sin que nadie les haga daño. Representan la pureza y «Áhimsa», la no violencia. Son un símbolo de la Madre Tierra, porque dan mucho y reciben poco a cambio. Aunque hice todo lo posible por ayudar a mi vaca de Krisná, ella seguía sin levantarse. Unos días más tarde Noël, el hijo de doce años de Angélique, me preguntó: «¿Pero le has preguntado a la vaca lo que quiere?». La sabiduría del niño me hizo pensar. ¡Pues no, no le había preguntado! Tan solo había intentado ayudarla porque el veterinario me lo había pedido.

Entonces le llamé, y me dijo: «No, no se ha levantado. No parece que esté sufriendo, pero no se levanta. Es imprescindible que lo haga». Entonces le pregunté: «¿Y por qué es imprescindible?». Y él me respondió:

«Porque si no se levanta no podrá ir al matadero…».

Sentí como un impacto en el corazón, como si me hubiesen dado un mazazo. Me quedé tan atónita que se me cortó la respiración. Aturdida, saqué fuerzas para decirle: «¡Pero no voy a realizarle sanaciones a distancia para que vaya al matadero, eso es completamente contra natura!

¡Yo no tengo derecho a hacer eso!».

Además, para mí era la vaca de Krisná. ¡Era sagrada! Sin embargo, me cuidé mucho de decirle eso al veterinario. Él me respondió: «Si no va al matadero, la familia del campesino sufrirá este invierno. Cuentan

con el dinero de la venta».

Yo ya no sabía qué decir. ¿Qué era lo justo, qué era la verdad? ¿Qué debía hacer? Es cierto que si las vacas representan a la Madre Tierra es porque dan y reciben poco a cambio. ¿Y si aquello era el Ciclo de la Vida? ¿Tenía yo derecho a intervenir? Le dije: «Se lo voy a explicar a la vaca y te llamaré de nuevo. Mi deber es respetar sus deseos, así que si quiere partir donde está dejaré de realizarle sanaciones a distancia. Si lo que quiere es levantarse y partir junto a las otras vacas, la ayudaré a hacerlo. Le he dado mi palabra a los animales y respeto sus deseos.

Intento ser lo más justa e íntegra posible en lo que respecta a ellos, incluso cuando es difícil». Me dirigí en espíritu a mi vaca blanca de Krisná: ella entendía perfectamente lo que estaba pasando. Ya sabía lo que era el matadero y parecía comprender lo que les pasaba a todas las vacas del campesino. Es increíble hasta qué punto son conscientes los animales de todo lo que pasa, aunque la mayoría de los seres humanos crea que no entienden nada. Yo creo que el que no entiende nada es el ser humano. ¡Todos tenemos mucho que aprender aún!

Su conciencia parecía grande e infinita, como si fuera todas las vacas de Krisná a la vez: «Quiero partir aquí. Es aquí donde quiero morir. No, no iré al matadero. No quiero ir». Le prometí que la dejaría tranquila, que respetaría su último deseo. Se lo conté a Noël, el niño, que me dijo: «¡Ya sabía yo que había que preguntarle!».

Mi vaca blanca de Krisná partió dos días después, a solas y en medio del terreno: se la encontraron al alba. Volvió a la Madre Tierra. No hay regalo más grande que el de una vaca sagrada. El veterinario me llamó para contármelo: yo alternaba el llanto con la risa. Unos días más tarde fui a comprar a la tienda con mi amiga Angélique. Como estábamos en invierno se puso el abrigo, y cuando metió sin pensar la mano en el bolsillo sacó un largo tique de supermercado. Lo desenrolló y me dijo:

«Ah, no sabía que tenía esto en el bolsillo, es de hace mucho tiempo.

¿Cómo será que aún lo tengo?». Al echar un vistazo al tique su mirada se posó en la parte superior, en la primera línea. Allí ponía «La Vaca que ríe»; en el pasado mi amiga le había comprado aquellos quesitos a sus hijos. Se giró hacia mí y me dijo: «¡Mira, tu vaca ríe!».

My Krishna Cow, «mi querida vaca blanca sagrada», quería decirme que seguía ahí, que se había transformado en fuego, en cenizas, en

agua

cristalina, en Fuente, que estaba en todas partes, en todo, tanto en la Madre Tierra como en los Cielos divinos, que estaba en la Luz y reía…

«Ocúpate de ser feliz», dicen los Médicos del Cielo.

AGRADECIMIENTOS

Les doy las gracias de todo corazón a los maravillosos y radiantes pequeños espíritus de todos los animales que me permitieron conectarme a ellos por haberme dado la oportunidad de compartir aquellos momentos sagrados con vosotros. Espero que lo aquí escrito os ayude a vislumbrar el Más Allá y los otros Mundos y os aporte cierta paz interior.

Les doy las gracias con toda mi alma a los Médicos del Cielo y a los seres de Luz por todo el Amor y toda la Ayuda que me han dado y que continúan dándome todos los días de mi vida.

«Tan solo podremos deshacer el nudo enredado de la vida si conocemos

la verdad sobre el Amor, que es la auténtica naturaleza del Yo.

Alcanzar el punto más alto del Amor es la única manera de liberarse:

esa es la esencia de todas las religiones. La experiencia del Yo se reduce

al Amor, es decir: no ver más que el Amor, no oír más que el Amor, no

tocar más que el Amor, no saborear más que el Amor y no oler más que

el Amor. Eso es la felicidad».

Sri Ramana Maharshi

Historia de Mauai, héroe cultural. Esta leyenda popular se cuenta de distintas maneras y puede encontrarse en distintos formatos. No obstante, las principales referencias son:

E.R. Tregear, *Maori-Polynesian Comparative Dictionary*, Lyon and Blair, Lambton Quay, 1891.

M. Beckwith, *Hawaiian Mythology*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1970.

Historia de la mariposa blanca

F. Hadland Davis, *Myths and Legends of Japan*, G. G. Harrap and Company, Londres, 1913, págs. 218-219.

Historia de Wei Po-yang:

Wei Po-yang, the father of Alchemy--142 A.D., Fisher scientific Co., Pittsburgh, PA, Montreal, Canadá, volumen 6, 3.

Leyenda de Holawaka

*S. Bartlett, *The Mythology Bible: The Definitive Guide to Legendary*, Sterling publishing Co., INC, 2009, pág. 167.

* *Essays and Studies Presented to William Ridgeway on His Sixtieth Birthday*, Edmund Crosby Quigging, editado por Cambridge University Press, 1914, pág. 415.

Historia de la mariposa shoshone: esta historia me fue transmitida oralmente.

Leyenda de Parijata*

A. Porteous, *The Forest in Folklore and Mythology*, Courier Dover Publications Inc., 2002, pág. 293.

* *The Illustrated weekly of India*, tomo 110, números del 40 al 53.

Leyenda de Alida

*V. Ruíz y V. Sánchez Korro, *Latina Legacies: Identity, Biography and*

Community, Oxford University Press, Inc., 2005, pág. 155.

*P. S. Gates y D. L. Hall Mark, *Cultural Journey: Multicultural Literature for Children and Young Adults*, Scarecrow press, Inc., 2006, pág. 72.

Leyenda de Wild Dancer

L. Cuevas, *Apache Legends: Songs of the Wind Dancer*, Naturegraph Publishers, 1991, pág. 117.

Cuento de KHANTAKA

Under the Bodhi Tree

*Buddhist Text Translation Society, Dharma Realm Buddhist Association, 2004.

*K. Noguchi, *Rajagriha: a Tale of Gautama Buddha*, Allied Publishers Limited, Minoru Nogushi, 1992, pág. 24.

Tradición grecolatina: *La Eneida*, Virgilio, traducido por John Dryden.

Tradición hawaiana

Fornander Collection of Hawaian Antiquities and Folklore, editado por Abraham Fornander y Thomas George Thrum, Bishop Museum Press, 1920.

Hawaiian Mythology, Martha Warren Beckwith, Forgotten Books.

Tradición taoísta

Tao Te Ching: An Authentic Taoist, traducido por Lao-Tsé, Sweetwater Press, 2004.

The Great Stillness, Bruce Kumar Frantzis, North Atlantic Books, 2001.

Taoism: Origins, Beliefs, Practices, Holy Texts, Sacred Places, Jennifer Oldstone-Moore, Oxford University Press, 2003.

The Encyclopedia of Eastern Philosophy and Religion, Ingrid Fischer-Schreiber, Stephan Schuhmacher, Gert Woerner, Shambhala, 1994.

Tradición hinduista

The Garuda Purana, Forgotten Books.

Tradición budista

Breaking the Circle: Death and the Afterlife in Buddhism, Carl B.

Becker, Siu Press 1993.

Tradición egipcia

Death and the Afterlife in Ancient Egypt, John H. Taylor, University of Chicago Press, 2001.

The Ancient Egyptian Books of the Afterlife, Eric Hornung, David Lorton, Cornell University Press, 1999.

Tradición amerindia

The Mythology of Native North America, David Adams Leeming, Jake Page, University of Oklahoma Press, 2000.

Native American Stories of the Sacred, Evan T. Pritchard, SkyLight Paths Publishing, 2005.

GLOSARIO

Agua oscura

*Según la mitología griega Hades es hermano de Zeus y Poseidón. Como Zeus gobierna el Cielo y Poseidón el Mar y la Tierra, Hades reina bajo la Tierra.

*La mitología griega dice que Cerbero, el perro de Hades, guarda la entrada al mundo subterráneo e impide la huida de los que cruzan el Estigia, uno de los ríos que allí se encuentran. En la mitología griega se le describe frecuentemente con tres cabezas, crin y cola de serpiente.

*Médicos del Cielo: Para saber más sobre cómo conoció Laila a los Médicos del Cielo consulta el libro *Comunicarse con los Animales*.

En este libro Laila del Monte relata su curación a manos de estos espíritus sanadores. A partir de aquel momento los Médicos del Cielo decidieron convertirse en sus guías y prestarle su ayuda para el tratamiento a distancia de los animales que sufren.

Agua celeste

*payés: Derivado del catalán. Término empleado para designar a los

habitantes de la isla de Formentera, una de las Islas Baleares, en España.

La muerte y el Más Allá

*Éter: Originalmente se conocía como Éter a una deidad primordial de la mitología griega que era la personificación de las partes más altas del cielo y de su brillo. Basándose en el principio de que la Naturaleza teme al vacío, Aristóteles emplea el término éter para designar un supuesto quinto elemento que compondría la esfera celeste, en contraste con los cuatro elementos terrestres convencionales (agua, fuego, aire, tierra).

En el ámbito de la cosmogonía antigua el éter sería el espacio celeste, el fluido sutil considerado como uno de los elementos fundamentales o la sustancia fundamental origen de toda la creación. También puede designar al fluido sutil que supuestamente ocupa el espacio que hay más allá de la atmósfera terrestre.

Nuestro espíritu

*Maya: Designa a la ilusión, al sueño o a la dualidad que rige nuestra vida física.

*Jerónimo Bosch: Pintor holandés cuya fecha de nacimiento es incierta.

Murió en 1516.

* *Kahuna*: Palabra hawaiana que significa sacerdote, sanador, hechicero o experto en una profesión. En el libro, el término *kahuna* designa a un chamán o a un curandero que puede hacer que los espíritus de los fallecidos vuelvan al mundo de los vivos.

Cuando un animal parte

*Kozan Ichikyo: Monje y maestro zen japonés. Este poema lo escribió la mañana del día de su muerte, el 12 de febrero de 1360, a la edad de setenta y siete años. Tras escribir el último carácter murió sentado en su silla con el pincel en la mano.

*El taoísmo es una filosofía y religión china basada en textos, entre los que se encuentra el *Tao Te King* de Lao-Tsé.

*Según las leyendas chinas el monte Penglai es donde tiene lugar el banquete de los ocho inmortales. Las frutas que allí crecen contienen

el elixir de la eterna juventud. El *Shanhaijing* dice que la montaña entera es una isla que se encuentra al este del mar de Bohai. Las creencias taoístas consideran que actualmente existen cinco islas que forman parte de las tierras de la inmortalidad: Penglai, Fagzhang, Yingzhou, Daiyou y Yuanjiao.

*Wei Po-yang: Filósofo taoísta y uno de los primeros alquimistas, oriundo de la provincia de Wu en Jiangsu.

¿Están preparados para partir?

*Tao: Se trata de un término propio de la filosofía china explicado en el *Tao Te King* de Lao-Tsé. A menudo se traduce por «la doctrina», que significa «vía» o «camino». El Tao es la fuerza fundamental que se manifiesta en todas las cosas, vivas o inertes. Es la esencia misma de la realidad, y por naturaleza indescriptible.

Entre la vida y la muerte

* *Bhágavad-guitá*: Se considera uno de los textos más importantes de la historia de la literatura y de la filosofía hindú. El narrador es Krisná, venerado en la tradición hindú como una manifestación de Dios (*Parabrahman*) y al que se llama Bhagaván, el Divino Único.

*El *Garudá-purana* es uno de los textos hindús conocidos con el nombre de *smriti.* En la primera parte hay un diálogo entre Visnú y Garudá, el rey de los pájaros. La segunda parte trata sobre la vida después de la muerte, los ritos funerarios y la reencarnación.

¿Es posible disuadir a la sombra de la muerte?

¿Quién decide?

*Estrella fugaz o Pantera que cruza el cielo. Su nombre, Tekooms, significa «estrella fugaz».

El entierro y los rituales

* *Visnú-purana*: Texto sagrado que narra desde la Creación del universo hasta su destrucción. También incluye secciones que hablan sobre la genealogía de reyes, héroes y semidioses legendarios de la antigua India.

Vidas cortas. ¿Por qué vienen los animales a

nuestra vida?

* *Aumakua*: En la mitología hawaiana un *Aumakua* es un dios o un ancestro que a menudo aparece con forma animal. Cada persona tiene un *Aumakua* guardián que puede transmitirle mensajes mediante sueños o visiones.

El cuerpo no es más que un envoltorio

* *ba*: El *ba* se aproxima a la noción occidental de alma, pero también abarca todo aquello que hace único a un individuo, de forma similar al concepto de personalidad (en este sentido también los objetos inanimados podrían tener *ba)*. El *ba* es la parte de una persona que continúa viviendo después de la muerte del cuerpo, como el alma o el espíritu, y a veces se

representa como un pájaro de cabeza humana que vuela fuera de la tumba para unirse al *ka* en la vida después de la muerte.

* *ka*: El *ka* es el concepto egipcio de esencia espiritual, lo que diferencia a los vivos de los muertos; la muerte ocurre cuando el *ka* abandona el cuerpo. Los egipcios creían que Heket o Mesjenet era la creadora del *ka* de todas las personas. En el momento de su nacimiento les daba el soplo de vida, la parte de sus almas que hacía que estuviesen vivas. Es similar al concepto de espíritu de otras religiones.

* *aj*: El aj es más bien la inteligencia, como una entidad viva. Tras la muerte del cuerpo físico el *ba* y el *ka* se unen para reanimar el *aj*; esta reanimación no era posible si no se habían realizado los ritos funerarios correspondientes seguidos de ofrendas. El ritual se llamaba *saj*.

Al otro lado del puente del arcoíris

*Medicine Creek: Ahora es un parque natural en Nebraska.

«Dile que le quiero». Los mensajes, los regalos

* *Libro de los Muertos*: Recopilación de conjuros y fórmulas mágicas con gran cantidad de magníficas ilustraciones. El *Libro de los Muertos* se ponía en las tumbas egipcias, sobre el sarcófago o entre las vendas de la momia. Los textos que lo componen, que no están ordenados siguiendo ningún orden lógico, no se remontan más allá del siglo XVII a. C.

* *Textos de las Pirámides*: Los *Textos de las Pirámides* son las escrituras religiosas más antiguas que se conocen hoy en día. Son una

recopilación de las creencias funerarias de los egipcios del Imperio Antiguo.

Cuando nos transmiten mensajes a través de

sueños o visiones

*Chuang Tzu: Escritor taoísta, siglo IV a. C.

* *Upanishád*: Consideradas como conjunto, las 108 *Upanishád* constituyen la parte filosófica de las *Vedas*. Contienen esencialmente instrucciones religiosas, y los temas principales que se abordan en ellas son la meditación y la filosofía. También hablan sobre la naturaleza del

hombre y del universo, así como de la unión del Alma Individual (*jiva*) o el Yo (*atman*) con el Alma Universal (Brahman).

* *Libro de los Sueños* o *Interpretación de los Sueños*: Texto religioso del antiguo Egipto que forma parte de recopilaciones divididas en varios capítulos. En ocasiones su contenido aparece en las paredes de los templos o las tumbas.

* *El libro de los muertos tibetano* o *Bardo Thodol*: Describe los estados de conciencia y lo que se puede percibir desde el momento de la muerte hasta el renacimiento.

*Sueño era mi gato, al que perdí, y Light es mi perra.

Lo que aprendemos

*Brahman: El Ser Supremo, Uno y Absoluto, el Espíritu Universal origen del Universo.

¿Vuelven los animales?

*Hiperestesia: Enfermedad felina poco común. Algunos de los síntomas son nerviosismo, alopecia y automutilación.

¿Nos reencontraremos después?

*Canción popular de los Estados Unidos.

1 N. de la T.: Esta sigla hace referencia a la Société protectrice des animaux (sociedad protectora de animales) de Francia

2 N. de la T.: Juego de palabras sin equivalente en español. En

francés, el nombre de la planta, amarante, suena muy similar a âme marrante, que como se indica en el texto quiere decir «alma graciosa».

Para ponerse en contacto con Laila del Monte:

www.lailadelmonte.com

infolailadelmonte@gmail.com

Si desea más información sobre los libros y cursos de Laila del Monte o demás publicaciones de nuestra editorial, contacte con nosotros:

[w] www.istharlunasol.com

[c] info@istharlunasol.com

[t] +34 696 575 444

Document Outline

- Nota editorial
- ADVERTENCIA AL LECTOR
- PRÓLOGO
- 1. Agua oscura
- 2. Agua celeste
- 3. La muerte y el más allá
- 4. Nuestro espíritu
- 5. Cuando un animal parte
- 6. Las otras dimensiones
- 7. ¿Están preparados para partir?
- 8. Entre la vida y la muerte
- 9. ¿Es la hora de partir?
- 10. ¿Saben los animales cuándo van a partir?
- 11. Las circunstancias de la muerte y la mortalidad
- 12. ¿Se trata del destino o de una decisión?
- 13. ¿Debemos partir?
- 14. ¿Es posible disuadir a la sombra de la muerte? ¿Quién decide?
- 15. ¿Puede un animal ponerse enfermo y partir por nosotros?
- 16. ¿Decide partir el animal?
- 17. La eutanasia
- 18. Cuando “ellos” vienen a buscarnos
- 19. El entierro y los rituales
- 20. Los accidentes, las muertes repentinas e inesperadas
- 21. La tristeza
- 22. Vidas cortas: ¿Por qué vienen los animales a nuestra vida?
- 23. La culpabilidad
- 24. La partida que lleva al perdón
- 25. Cuando atraviesan el puente del arcoíris
- 26. Los pájaros del arcoíris
- 27. El cuerpo no es más que un envoltorio
- 28. Al otro lado del puente del arcoíris
- 29. Los animales que se reencuentran y los espíritus de grupo
- 30. La vida después de la muerte: los animales que se me aparecen, los espíritus guardianes
- 31. Cuando sentimos su presencia, las señales: “Nuestro amor está ahí para vosotros, para siempre”
- 32. “Dile que le quiero” Los mensajes, los regalos
- 33. Cuando nos transmiten mensajes a través de sueños o visiones

- 34. “Siempre estamos conectados a vosotros, somos inmortales”
- 35. Lo que aprendemos
- 36. ¿Vuelven los animales?
- 37. ¿Nos reencontraremos después?
- 38. La nueva vida después de la muerte
- AGRADECIMIENTOS
- FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA
- GLOSARIO